

POR EL AUTOR DE LAS AVENTURAS DE PERCY JACKSON

se

LAS PRUEBAS DE APOLO

LABERINTO EN LLAMAS



RICK RIORDAN

Lectulandia

Antes era el glorioso dios Apolo.

Ahora es Lester, un simple mortal.

Con la ayuda de algunos amigos semidioses, Lester ha conseguido sobrevivir a las dos primeras pruebas: una en el Campamento Mestizo y la otra en Indianápolis, donde Meg recibió la profecía oscura. Las palabras que pronunció sentada en el Trono de la Memoria revelaron que un *dream team* de tres emperadores romanos supervillanos planea atacar el Campamento Júpiter.

Mientras Leo vuela a toda velocidad para alertar a los miembros del Campamento del peligro inminente, Lester y Meg deberán cruzar el Laberinto para encontrar al tercer emperador (y a un Oráculo que habla con juegos de palabras) en algún punto de suroeste de América. Por suerte, había un verso en la profecía que les da un poco de esperanza: Solo el guía ungulado sabe cómo no perderse. Está claro que van a tener un sátiro que les acompañe y Meg sabe exactamente a quién tiene que pedir este favor.

Lectulandia

Rick Riordan

Laberinto en llamas

Las pruebas de Apolo - 3

ePub r1.0

Karras 30-04-2019

Título original: *The Trials of Apolo. The Burning Maze*

Rick Riordan, 2018

Traducción: Ignacio Gómez Calvo

Editor digital: Karras

ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

La Profecía Oscura

1. Antes era Apolo, ahora soy una rata en el Laberinto. Enviad ayuda y «cronuts»
2. Ahora soy una maleta sujeta a la espalda de un sátiro. La peor mañana de mi vida
3. Las estriges son un asco. Sí, en verdad os lo digo, qué ascazo dan
4. Bienvenido a mi base. Tenemos piedras, arena y ruinas. ¿He dicho que hay piedras?
5. Planta carnosa, cura mis múltiples cortes (pero sin llenarme de babas, por favor)
6. Lllamaradas por sorpresa, ardillas que me crispan los nervios... Me encanta el desierto
7. Los envases familiares deberían ser para las pizzas congeladas, no para las granadas
8. Volamos algunas cositas. ¿Creías que ya había explotado todo? Pues no, encontramos más cosas
9. Llamada a cobro revertido de Caballo. ¿Acepta la comunicación? No, oh, oh, oh, oh
10. Qué niño más mono, con sus botitas y su sonrisa asesina
11. Prohibido tocar al dios a menos que tengas buenas visiones y te laves las manos
12. ¡Oh, Pinto, Pinto! ¿Por qué eres de color amarillo vómito? Me esconderé en la parte trasera
13. No muevas la parrilla, Meg todavía está jugando con ella. Somos tan... BUM
14. Señor Bedrossian, señor Bedrossian, corre rápido como... unos pantalones de chándal
15. Grover se pira pronto, es un sátiro listo. Lester no lo es demasiado
16. Veamos quién gana en oratoria: Eres fea y das asco. Fin. ¿He ganado?
17. Phil y Don están muertos. Adiós, amor y dicha. Hola, insensatez
18. Quietecita, Medea. No te acerques tanto a mí con tu abrasador abuelo
19. Con los gayumbos embadurnados de grasa. No es tan divertido como parece
20. Oh, musa, cantemos alabanzas de los botánicos. Hacen cosas de plantas. Yupi

21. Cuando la vida te dé semillas, plántalas en suelo seco y rocoso. Yo soy optimista
22. Como trabajo escolar, he hecho este tablero de Monopoly con templos paganos
23. Hace un día precioso en el barrio... Espera, va a ser que no
24. ¡Ah, Santa Bárbara! ¡Famosa por el surf! ¡Los tacos de pescado! ¡Y los romanos pirados!
25. Todos en el mismo barco. Un momento. Dos de los nuestros han desaparecido. La mitad en el mismo barco
26. Oh, Florence y Grunk, qué no sé qué tan repipi. Ya volveré con vosotros
27. Puedo mataros a todos o puedo cantaros a Joe Walsh. Vosotros elegís
28. Apolo, disfrazado de Apolo, disfrazado de... No. Demasiado deprimente
29. Caballos con voz no hay dos, no hay dos. Solo... ¡¡¡Corre!!! ¡¡¡Te matará!!!
30. Nunca te abandonaré. El amor nos mantendrá unidos o el pegamento. El pegamento también
31. Te doy mi corazón. Lo digo en sentido metafórico. Aparta ese cuchillo
32. No me obligues a hacerlo. Estoy loco, pienso hacerlo, me... Ay, eso ha dolido
33. No te esperan buenas noticias, ya te avisé al principio. Abandona, lector
34. Accidente de «surf», mi nuevo eufemismo para referirme a la peor noche de la historia
35. Si le das un ukelele a un pandos, querrá clases. ¡¡No lo hagas!!
36. Una cuarta suspendida, el acorde que tocas justo antes de que de repente...
37. ¿Quieres jugar a un juego? Es sencillo. Tienes que adivinar y mueres chamuscado
38. ¡Canto a mí mismo! Aunque Apolo mola más. Concretamente, mogollón más
39. Noble sacrificio. Os protegeré de las llamas. Hala, qué bueno soy
40. Enhorabuena, has terminado con los acertijos. Has ganado... enemigos
41. Meg canta. Se acabó. Todo el mundo a casa. Estamos achicharrados
42. ¿Quieres una profecía? Te soltaré algunas tonterías. ¡Trágate mis sandeces!
43. Mi capítulo favorito, porque solo hay una muerte triste, que es una desgracia

44. Ja, ja, ja, ¿dríades? Eres más lento que el caballo del malo. Adiós, don Caballo
45. Las flores del desierto se abren. La lluvia del atardecer refresca el aire.
¡Hora de un concurso!
46. Segundo premio: un viaje por carretera con Bon Jovi en casete. Primer premio: por favor, no preguntes
47. Las bebidas a bordo incluyen las lágrimas de un dios. Por favor, pague el importe exacto

Guía de lenguaje apolíneo

Sobre el autor

*Para Melpómene, la musa de la tragedia.
Espero que estés contenta*

La Profecía Oscura

*Las palabras rescatadas por la memoria se incendiarán,
antes de que la luna nueva asome por la Montaña del Demonio.
El señor mudable a un gran reto se enfrentará,
hasta que el Tíber se llene de cuerpos sin término.*

*Pero hacia el sur debe seguir su curso el sol
por laberintos oscuros hasta tierras de muerte que abrasa
para dar con el amo del caballo blanco y veloz
y arrancarle el aliento de la recitadora del crucigrama.*

*Al palacio del oeste debe ir Lester;
la hija de Deméter encontrará sus raíces de antaño.
Solo el guía ungulado sabe cómo no perderse
para recorrer el camino con las botas de tu adversario.*

*Cuando se conozcan los tres y al Tíber lleguen con vida,
Apolo empezará entonces su coreografía.*

Antes era Apolo, ahora soy una rata en
el Laberinto.
Enviad ayuda y *cronuts*

No.

Me niego a narrar esta parte de mi historia. Fue la semana más infame, humillante y horrible de mis cuatro mil y pico años de vida. Tragedia. Desastre. Congoja. No pienso contártela.

¿Por qué sigues ahí? ¡Lárgate!

Desgraciadamente, creo que no tengo elección. Sin duda Zeus espera que te cuente la historia como parte de mi castigo.

No le basta con haber hecho de mí, el antes divino Apolo, un adolescente mortal con acné, michelines y el seudónimo de Lester Papadopoulos. No le basta con haberme encargado la peligrosa misión de liberar cinco importantes oráculos antiguos de un trío de malvados emperadores romanos. ¡Ni siquiera le basta con haberme hecho esclavo —a mí, que fui su hijo favorito— de una prepotente semidiosa de doce años llamada Meg!

Por si todo eso fuera poco, Zeus quiere que deje constancia de mi vergüenza para la posteridad. Muy bien. Pero estás avisado. En estas páginas solo te espera sufrimiento.

¿Por dónde empezar?

Por Grover y Meg, por quiénes si no.

Habíamos recorrido el Laberinto durante dos días, habíamos cruzado fosos de tinieblas y rodeado lagos de veneno, habíamos atravesado ruinosos grandes almacenes en los que solo había tiendas de Halloween de rebajas y sospechosos bufets libres de comida china.

El Laberinto podía ser un sitio desconcertante. Como una red de capilares bajo la piel del mundo de los mortales, conectaba sótanos, cloacas y túneles olvidados de todos los rincones del mundo sin respetar las leyes del tiempo y el espacio. Uno podía entrar en el Laberinto por una alcantarilla de Roma, andar tres metros, abrir una puerta y encontrarse en un campo de entrenamiento para payasos en Buffalo, Minnesota. (No preguntes, por favor. Fue traumático).

Yo habría preferido evitar el Laberinto. Lamentablemente, la profecía que habíamos recibido en Indiana era muy concreta: «Por laberintos oscuros hasta tierras de muerte que abrasa». ¡Qué divertido! «Solo el guía ungulado sabe cómo no perderse».

Sin embargo, no parecía que nuestro guía ungulado, el sátiro Grover Underwood, supiera el camino.

—Te has perdido —dije por cuadragésima vez.

—¡No me he perdido! —protestó él.

Avanzaba trotando con sus vaqueros holgados y su camiseta verde desteñida, bamboleando las pezuñas en sus New Balance 520 especialmente modificadas. Llevaba el cabello rizado tapado con un gorro de punto rojo. Por qué creía que ese disfraz le ayudaba a hacerse pasar por humano era algo que se me escapaba. Se le veían claramente los bultos de los cuernos debajo del gorro. Las zapatillas se le escapaban de las pezuñas varias veces al día, y me estaba hartando de hacer de recogezapatos.

Se detuvo en un cruce del pasillo. A cada lado, unos muros de piedra toscamente tallados se perdían en la oscuridad. Grover se tiró de la perilla rala.

—¿Y bien? —preguntó Meg.

Grover se estremeció. Al igual que yo, había llegado a temer la desaprobación de nuestra amiga.

No es que Meg McCaffrey tuviera un aspecto aterrador. Era menuda para su edad y llevaba ropa de los colores de un semáforo —vestido verde, mallas amarillas, zapatillas de caña alta rojas— raída y sucia de arrastrarnos por túneles estrechos. Su pelo moreno cortado a lo paje estaba lleno de telarañas. Los cristales de sus gafas con montura de ojos de gato se encontraban tan sucios que no sabía cómo podía ver. En conjunto, parecía una niña de

párvulos que había sobrevivido a una encarnizada reyerta en el patio por la posesión de un columpio.

Grover señaló el túnel de la derecha.

—Estoy... estoy convencido de que Palm Springs está en esa dirección.

—¿Convencido? —preguntó ella—. ¿Como la última vez, cuando nos metimos en unos servicios y pillamos a un cíclope en el váter?

—¡Eso no fue culpa mía! —protestó él—. Además, en esta dirección huele bien. A... cactus.

Meg olfateó el aire.

—Yo no huelo a cactus.

—Meg —dije—, se supone que Grover es nuestro guía. No nos queda más remedio que fiarnos de él.

—Gracias por el voto de confianza —contestó él resoplando—. ¡Os recuerdo que yo no pedí que me trajesen por arte de magia de la otra punta del país ni despertarme en un huerto de tomates en una azotea de Indianápolis!

Valientes palabras, aunque no apartaba la vista de los anillos que Meg llevaba en el dedo corazón de cada mano, temiendo tal vez que invocase sus cimitarras doradas y lo convirtiese en tajadas de cabrito asado.

Desde que se había enterado de que era hija de Deméter, la diosa de los cultivos, Grover Underwood se había comportado como si Meg le intimidase más que yo, una antigua deidad del Olimpo. La vida no era justa.

—Está bien —dijo ella, limpiándose la nariz—. Es que no pensaba que nos pasaríamos dos días vagando por aquí. La luna nueva es...

—Dentro de tres días —la interrumpí—. Ya lo sabemos.

Puede que fuese demasiado brusco, pero no necesitaba que me recordasen la otra parte de la profecía. Mientras nosotros viajábamos hacia el sur en busca del siguiente Oráculo, nuestro amigo Leo Valdez pilotaba desesperadamente su dragón de bronce hacia el Campamento Júpiter, el campo de entrenamiento de semidioses romanos en el norte de California, con la esperanza de prevenirlos del fuego, la muerte y la destrucción que supuestamente les esperaba en la luna nueva.

Intenté suavizar el tono.

—Tenemos que confiar en que Leo y los romanos puedan ocuparse de lo que ocurra en el norte. Nosotros ya tenemos nuestra misión.

—Y fuego de sobra. —Grover suspiró.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Meg.

El sátiro siguió mostrándose evasivo, como había hecho los dos últimos días.

—Es mejor no hablar de eso... aquí.

Miró a su alrededor con nerviosismo como si las paredes oyesen, una posibilidad nada desdeñable. El Laberinto era una estructura viva. A juzgar por los olores que emanaban de algunos pasillos, estaba convencido de que como mínimo tenía intestino grueso.

Grover se rascó las costillas.

—Intentaré que lleguemos rápido, chicos —prometió—. Pero el Laberinto tiene voluntad propia. La última vez que estuve aquí con Percy...

Adoptó una expresión nostálgica, como solía ocurrirle cuando se refería a sus viejas aventuras con su mejor amigo, Percy Jackson. Lo comprendía perfectamente. Percy era un semidiós de los que convenía tener cerca. Lamentablemente, no era tan fácil de invocar desde un huerto de tomates como nuestro guía sátiro.

Puse la mano en el hombro de Grover.

—Sabemos que lo estás haciendo lo mejor que puedes. Sigamos adelante. Y de paso que olfateas cactus, si pudieras estar atento por si hueles algo para desayunar (café y *cronuts* con sirope de arce y limón, por ejemplo), sería estupendo.

Seguimos a nuestro guía por el túnel de la derecha.

Pronto el pasadizo se estrechó y nos obligó a agacharnos y a andar como patos en fila india. Yo me quedé en medio, el sitio más seguro. Puede que no te parezca valiente, pero Grover era un señor de la naturaleza, un miembro del Consejo de Ancianos Ungulados de los sátiros. Supuestamente, tenía grandes poderes, aunque yo todavía no le había visto utilizar ninguno. En cuanto a Meg, no solo podía manejar dos cimitarras doradas, sino que también hacía cosas increíbles con sobres de semillas, de los que había hecho una buena provisión en Indianápolis.

Por otra parte, yo me había ido quedando cada día más débil e indefenso. Desde la batalla contra el emperador Cómodo, al que había cegado con un estallido de luz divina, no había podido invocar ni una pizca de mi antiguo poder divino. Los dedos se me habían vuelto lentos en el mástil del ukelele de combate. Mis dotes como arquero habían empeorado. Incluso había fallado un tiro al disparar al cíclope del váter. (No sé cuál de los dos había pasado más vergüenza). Al mismo tiempo, las visiones que a veces me paralizaban se habían vuelto más frecuentes y más intensas.

No había compartido mis preocupaciones con mis compañeros. Todavía no.

Quería creer que mis poderes simplemente se estaban recargando. Al fin y al cabo, las pruebas de Indianápolis habían estado a punto de acabar conmigo.

Pero existía otra posibilidad. Yo había caído del Olimpo y había hecho un aterrizaje de emergencia en un contenedor de Manhattan en enero. Ahora era marzo. Eso significaba que había sido humano unos dos meses. Era posible que cuanto más tiempo siguiera siendo mortal, más me debilitaría y más me costaría recuperar mi estado divino.

¿Había sido así las dos veces que Zeus me había desterrado a la Tierra? No me acordaba. Algunos días ni siquiera me acordaba del sabor de la ambrosía, ni de los nombres de los caballos que tiraban de mi carro solar, ni de la cara de mi hermana melliza Artemisa. (Normalmente, habría dicho que no recordar la cara de mi hermana era una suerte, pero la echaba mucho de menos. No se te ocurra contarle que he dicho eso).

Avanzamos sigilosamente por el pasillo, con la Flecha de Dodona zumbando en mi carcaj cual teléfono sin sonido, como si quisiera que la sacara y le consultara qué hacer.

Traté de ignorarla.

Las últimas veces que había pedido consejo a la flecha no se había mostrado dispuesta a ayudar. Peor aún, había comunicado que no estaba dispuesta a ayudar en lenguaje shakespeariano, utilizando un estilo insoportable. Nunca me gustaron los noventa. (Me refiero a la década de 1590). Tal vez consultase con la flecha cuando llegásemos a Palm Springs. Si es que llegábamos a Palm Springs...

Grover se detuvo en otro cruce.

Olfateó hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Le tembló la nariz como a un conejo que acaba de oler a un perro.

De repente gritó: «¡Atrás!», y retrocedió. El pasillo era tan estrecho que cayó sobre mi regazo, lo que me hizo caer sobre el regazo de Meg, que se sentó de golpe lanzando un gruñido de sorpresa. Antes de que pudiera decir que no me van los masajes en grupo, se me taponaron los oídos. Toda la humedad del aire fue absorbida. Me invadió un olor acre —como a alquitrán reciente de una carretera de Arizona— y, ante nosotros, a través del pasillo, rugió una cortina de fuego amarillo, una oleada de calor puro que cesó con la misma rapidez con que había empezado.

Me crepitaban los oídos... posiblemente porque la sangre me hervía en la cabeza. Tenía la boca tan seca que me era imposible tragar. No sabía si solo yo temblaba sin poder controlarme o si temblábamos los tres.

—¿Qué-qué ha sido eso? —pregunté, pero me di cuenta de que mi primer impulso había sido decir «quién». Había algo en aquella llamarada que me había resultado terriblemente familiar. En el persistente humo amargo, me parecía detectar un hedor a odio, frustración y hambre.

El gorro rojo de Grover echaba humo. Olía a pelo de cabra quemado.

—Eso —dijo débilmente— quiere decir que nos estamos acercando. Tenemos que darnos prisa.

—Como yo he estado diciéndoos —masculló Meg—. Venga, quita. —Me dio un rodillazo en el trasero.

Me levanté como pude en el angosto túnel. Una vez apagado el fuego, me quedó la piel húmeda y pegajosa. El pasillo que se extendía ante nosotros se había vuelto oscuro y silencioso, como si no se tratase de un conducto para el fuego del infierno, pero yo había pasado suficiente tiempo en el carro solar para calibrar el calor de las llamas. Si aquella llamarada nos hubiera alcanzado, habríamos sido ionizados y reducidos a plasma.

—Tendremos que ir por la izquierda —decidió Grover.

—Ejem —dije—, la izquierda es por donde ha venido el fuego.

—También es el camino más rápido.

—¿Qué tal si damos marcha atrás? —propuso Meg.

—Estamos cerca, chicos —insistió Grover—. Lo noto. Pero hemos entrado en su parte del Laberinto. Si no nos damos prisa...

—¡Scriii!

El ruido vino del pasillo de detrás de nosotros. Yo quería creer que era un sonido metálico aleatorio que el Laberinto producía: una puerta metálica que giraba sobre unas bisagras oxidadas o un juguete a pilas de la tienda de artículos de Halloween que había caído en un pozo sin fondo. Pero la expresión de la cara de Grover confirmó mi sospecha: el ruido era el grito de un ser vivo.

—¡¡¡Scriii!!! —Este segundo grito sonó mucho más airado, y mucho más cerca.

No me gustaba lo que Grover había dicho de que estábamos en «su parte del Laberinto». ¿A quién se refería? Te aseguro que no quería meterme en un pasillo con una parrilla superpotente, pero, por otra parte, el grito de detrás me aterrizó.

—Corred —dijo Meg.

—Corred —convino Grover.

Enfilamos a toda velocidad el túnel de la izquierda. Lo único bueno fue que era un poco más grande, cosa que nos ofreció más espacio para

movernos. En la siguiente encrucijada, giramos otra vez a la izquierda y luego torcimos a la derecha. Saltamos por encima de un foso, subimos por una escalera y corrimos por otro pasillo, pero no parecía que la criatura de detrás tuviese problemas para seguir nuestro olor.

—¡¡¡Scriiii!!! —gritó en la oscuridad.

Yo conocía ese sonido, pero mi defectuosa memoria humana no lo ubicaba. Algún tipo de ave. Ninguna especie adorable como un periquito o una cacatúa. Algo de las regiones infernales: peligroso, sanguinario, muy malhumorado.

Fuimos a dar a una cámara circular que parecía el fondo de un pozo gigante. Una estrecha rampa subía en espiral por el áspero muro de ladrillo. Lo que podía haber en lo alto era un enigma para mí. No vi más salidas.

—¡¡¡Scriiii!!!

El grito me hizo daño en los huesos del oído medio. Un aleteo resonó en el pasillo detrás de nosotros... ¿o estaba oyendo a más de un pájaro? ¿Viajaban esos bichos en bandada? Había tropezado antes con ellos. ¡Maldita sea, debería saberlo!

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Meg—. ¿Arriba?

Grover contempló la penumbra de arriba, boquiabierto.

—No tiene sentido. Esto no debería estar aquí.

—¡Grover! —gritó ella—. ¿Arriba, sí o no?

—¡Sí, arriba! —chilló él—. ¡Vamos arriba!

—No —repuse, notando el hormigueo del miedo en la nuca—. No lo conseguiremos. Tenemos que bloquear el pasillo.

Meg frunció el ceño.

—Pero...

—¡Plantas mágicas! —grité—. ¡Deprisa!

Lo bueno de Meg es que si necesitas plantas mágicas por arte de magia, es la persona indicada. Metió las manos en los bolsillos de su cinturón de jardinería, abrió un sobre de semillas desgarrándolo y las lanzó al túnel.

Grover sacó de repente su zampoña. Tocó una animada melodía para estimular el crecimiento mientras Meg se arrodillaba ante las semillas, con la cara arrugada de la concentración.

Juntos, el señor de la naturaleza y la hija de Deméter formaban un superdúo de jardineros. Las semillas se convirtieron en tomates. Sus tallos crecieron y se entrelazaron a través de la boca del túnel. Las hojas se abrieron a velocidad ultrarrápida. Los tomates se hincharon y se transformaron en

frutos rojos del tamaño de puños. El túnel estaba casi bloqueado cuando una figura oscura con plumas atravesó súbitamente un hueco de la red.

El pájaro me rozó la mejilla con las garras al pasar volando y estuvo a punto de darme en el ojo. La criatura se puso a dar vueltas por la estancia chillando triunfalmente, y acto seguido se posó en la rampa en espiral a tres metros por encima de nosotros, mirando con unos ojos redondos y dorados como faros.

¿Una lechuza? No, era el doble de grande que los especímenes más voluminosos de Atenea. Su plumaje desprendía un brillo negro obsidiana. Levantó una pata roja curtida, abrió su pico dorado y, empleando su gruesa lengua negra, se lamió la sangre de las garras: mi sangre.

Se me nubló la vista y me flaquearon las piernas. Fui vagamente consciente de otros sonidos procedentes del túnel: chillidos de frustración y batir de alas de otros pájaros diabólicos que embestían contra las tomateras tratando de abrirse paso.

Meg apareció a mi lado con las cimitarras destellando en las manos y los ojos clavados en el enorme pájaro oscuro situado encima de nosotros.

—¿Estás bien, Apolo?

—Una estrige —dije cuando el nombre brotó de lo más recóndito de mi débil mente mortal—. Ese bicho es una estrige.

—¿Cómo lo matamos? —preguntó ella, siempre centrada en los aspectos prácticos.

Me toqué los cortes de la cara. No me notaba ni la mejilla ni los dedos.

—Bueno, matarlo podría ser un problema.

Grover chilló mientras las estriges del exterior gritaban y embestían contra las tomateras.

—Hay seis o siete más que intentan entrar, chicos. Las tomateras no van a aguantar.

—Contéstame ahora mismo, Apolo —me ordenó Meg—. ¿Qué tengo que hacer?

Yo quería obedecer. De verdad. Pero me costaba articular las palabras. Me sentía como si Hefesto acabase de practicarme una de sus famosas extracciones dentales y todavía estuviese bajo el efecto de su néctar de la risa.

—S-si matas al pájaro, caerá una maldición sobre ti —dije finalmente.

—¿Y si no lo mato? —preguntó ella.

—Oh, entonces te destripará, se beberá tu sangre y se comerá tu carne. — Sonreí, aunque tenía la sensación de que no había dicho nada gracioso—. Y tampoco dejes que una estrige te arañe. ¡Te paralizará!

A modo de demostración, me caí de lado.
Por encima de nosotros, la estrige desplegó las alas y se lanzó en picado.

Ahora soy una maleta sujeta a la
espalda de un sátiro.
La peor mañana de mi vida

—¡Alto! —gritó Grover—. ¡Venimos en son de paz!

El pájaro no se dejó impresionar. Atacó, y si no le dio al sátiro en la cara, fue porque Meg la emprendió a estocadas con la criatura. La estrige giró bruscamente, pirueteó entre las cimitarras y se posó en la rampa un poco más arriba.

—¡¡¡Scriiii!!! —gritó, erizando las plumas.

—¿Cómo que tienes que matarnos? —preguntó Grover.

Meg frunció el entrecejo.

—¿Puedes hablar con ella?

—Pues sí —contestó el sátiro—. Es un animal.

—¿Por qué no nos has explicado hasta ahora qué estaba gritando? —inquirió Meg.

—¡Porque antes solo chillaba «scriiii»! —explicó él—. Ahora dice «scriiii» en plan «Tengo que mataros».

Intenté mover las piernas. Parecía que se hubieran convertido en sacos de cemento, cosa que me resultó un tanto divertida. Seguía sin poder mover los brazos y notaba una sensación en el pecho, pero no sabía cuánto duraría.

—¿Qué tal si le preguntas a la estrige por qué tiene que matarnos? —propuse.

—¡Scriiii! —dijo Grover.

Me estaba hartando del idioma de las estriges. El pájaro contestó con una serie de graznidos y chasquidos.

Mientras tanto, en el pasillo, las otras estriges chillaban y aporreaban la red de tomateras. Empezaron a asomar garras negras y picos dorados que convirtieron los tomates en salsa pico de gallo. Calculé que disponíamos de unos minutos hasta que los pájaros consiguieran romper la malla vegetal y nos mataran a todos, pero sus picos afilados eran monísimos.

Grover se retorció las manos.

—La estrige dice que la han enviado para que se beba nuestra sangre, se coma nuestra carne y nos destripe, aunque no necesariamente en ese orden. Dice que lo siente, pero que es una orden directa del emperador.

—Malditos emperadores —farfulló Meg—. ¿Cuál de ellos?

—No lo sé —contestó Grover—. La estrige lo llama Scriii.

—¿Puedes traducir «destripar» —observó ella—, pero no puedes traducir el nombre del emperador?

Personalmente, me parecía bien. Desde que nos habíamos ido de Indianápolis, había pasado mucho tiempo dándole vueltas a la profecía que habíamos recibido en la Cueva de Trofonio. Ya nos habíamos encontrado con Nerón y Cómodo, y me temía lo peor sobre la identidad del tercer emperador, con quien todavía no habíamos coincidido. De momento no buscaba confirmación. La euforia del veneno de la estrige estaba empezando a disiparse, y como estaba a punto de ser devorado vivo por una superlechuza chupasangre, no necesitaba más motivos para llorar de desesperación.

La estrige se abalanzó sobre Meg, que se hizo a un lado, golpeó al pájaro en las plumas de la cola con la cara de la cuchilla cuando la criatura pasó a toda velocidad y lanzó a la desdichada ave contra la pared de enfrente, donde se dio de cabeza contra los ladrillos y estalló en una nube de polvo de monstruo y plumas.

—¡Meg! —grité—. ¡Te dije que no la mates! ¡Te caerá una maldición!

—No la he matado. Se ha suicidado contra la pared.

—No creo que las Moiras piensen lo mismo.

—Pues no se lo digamos.

—¿Chicos? —Grover señaló las tomateras, que estaban menguando rápidamente atacadas por garras y picos—. Ya que no podemos matar a las estriges, tal vez deberíamos reforzar esa barrera.

Levantó la zampoña y tocó. Meg transformó sus espadas en anillos y estiró las manos hacia las tomateras. Los tallos se volvieron más gruesos, y las raíces lucharon por afianzarse en el suelo de piedra, pero era una batalla perdida. Al otro lado ahora había demasiadas estriges que golpeaban y atravesaban los nuevos brotes en cuanto aparecían.

—Es inútil. —Meg retrocedió dando traspiés, con la cara salpicada de gotas de sudor—. Poco podemos hacer sin tierra ni sol.

—Tienes razón. —Grover miró por encima de nosotros y siguió con la vista la rampa en espiral hasta la oscuridad—. Ya casi estamos. Si conseguimos llegar a lo alto antes de que las estriges pasen...

—Pues subiremos —anunció Meg.

—¿Hola? —dije tristemente—. Aquí, un exdios paralizado.

Grover miró a Meg haciendo una mueca.

—¿Cinta americana?

—Cinta americana —convino ella.

Que los dioses me defiendan de los héroes con cinta americana. Además, parece que siempre la lleven encima. Meg sacó un rollo de un bolsillo de su cinturón. Me sentó, espalda contra espalda con Grover, y acto seguido procedió a pasarnos la cinta por debajo de las axilas y a atarme al sátiro como si fuera una mochila.

Grover se levantó tambaleándose con la ayuda de Meg y me zarandeó de tal forma que vi aleatoriamente las paredes, el suelo, la cara de nuestra semidiosa y mis piernas paralizadas desparradas debajo del cuerpo.

—Ejem, ¿Grover? —dije—. ¿Tendrás fuerzas suficientes para llevarme hasta arriba?

—Los sátiros somos muy buenos escaladores —contestó resollando.

Empezó a subir por la estrecha rampa, con mis pies paralizados arrastrándose por detrás de nosotros. Meg nos siguió volviendo la vista de vez en cuando hacia las tomateras, que se iban rompiendo rápidamente.

—Apolo, háblame de las estriges —me pidió.

Escudriñé mi cerebro buscando datos útiles.

—Son... son pájaros de mal agüero —dije—. Cuando aparecen, pasan cosas malas.

—No me digas —comentó ella—. ¿Qué más?

—Ejem, normalmente se alimentan de los jóvenes y los débiles. Bebés, ancianos, dioses paralizados...; esa clase de gente. Se crían en los confines del Tártaro. Solo es una suposición, pero estoy seguro de que no son buenas mascotas.

—¿Cómo las espantamos? —preguntó—. Si no podemos matarlas, ¿cómo las detenemos?

—No lo sé.

Meg suspiró decepcionada.

—Habla con la Flecha de Dodona. A ver si sabe algo. Yo intentaré ganar algo de tiempo.

Bajó corriendo por la rampa. Hablar con la flecha era lo único que podía empeorar el día, pero había recibido órdenes, y cuando Meg me mandaba algo, no podía desobedecer. Alargué la mano por encima del hombro, rebusqué en el carcaj y saqué el proyectil mágico.

—Hola, sabia y poderosa flecha —dije. (Siempre es mejor empezar haciendo la pelota).

OS HABÉIS DEMORADO MUCHO, recitó la flecha. HE INTENTADO HABLAR CON VOS UN TIEMPO INDECIBLE.

—Han pasado cuarenta y ocho horas —contesté.

EN VERDAD, EL TIEMPO PASA MUY DESPACIO CUANDO UNO ESTÁ EN EL CARCAJ. DEBERÍAIS PROBARLO A VER QUÉ OS PARECE.

—Vale. —Resistí las ganas de partir el astil de la flecha—. ¿Qué puedes contarme de las estriges?

DEBO DECIROS QUE... UN MOMENTO. ¿ESTRIGES? ¿POR QUÉ ME PREGUNTÁIS POR ELLAS?

—Porque, para vuestra... para tu información, están a punto de matarnos.

¡DEMONIOS!, exclamó la flecha gimiendo. ¡DEBÉIS EVITAR TALES PELIGROS!

—No se me habría ocurrido —dije—. ¿Tienes alguna información relacionada con estas aves, oh, sabio proyectil?

La flecha vibró; sin duda trataba de acceder a Wikipedia, aunque ella siempre niega que se conecte a internet. Tal vez sea una casualidad que siempre resulte de más utilidad cuando estamos en una zona con *wifi* gratis.

Grover cargó valientemente con mi lamentable cuerpo mortal por la rampa. Resoplaba y jadeaba mientras se tambaleaba peligrosamente cerca del borde. El suelo de la sala estaba ahora a quince metros por debajo de nosotros; lo bastante lejos como para sufrir una caída letal. Veía a Meg paseándose abajo, murmurando para sí y abriendo más sobres de semillas.

Arriba, parecía que la rampa no se acabase nunca. Fuera lo que fuese lo que nos aguardaba al final, suponiendo que tuviese un final, permanecía en la oscuridad. Me parecía toda una falta de consideración que no hubiera un ascensor en el Laberinto o, como mínimo, un pasamanos en condiciones. ¿Cómo se suponía que iban a disfrutar de esa trampa mortal los héroes con problemas de accesibilidad?

Finalmente, la Flecha de Dodona emitió su veredicto: *LAS ESTRIGES SON PELIGROSAS.*

—Una vez más, tu sabiduría ilumina las tinieblas —dije.

CALLAOS, continuó la flecha. *ES POSIBLE MATAR A ESOS PÁJAROS, AUNQUE EL QUE LO HAGA QUEDARÁ MALDITO Y HARÁ QUE APAREZCAN MÁS ESTRIGES.*

—Ya, ya. ¿Qué más?

—¿Qué dice? —preguntó Grover entre jadeo y jadeo.

Entre sus muchas irritantes cualidades, la flecha únicamente hablaba mentalmente conmigo, de modo que yo no solo parecía un chalado cuando hablaba con ella, sino que tenía que informar continuamente de sus divagaciones a mis amigos.

—Todavía está buscando en Google —le dije al sátiro—. Tal vez, oh, flecha, podrías hacer la búsqueda «estriga más vencer».

¡YO NO HAGO TRAMPAS!, rugió la flecha. Acto seguido se quedó callada suficiente tiempo para escribir «estriga + vencer».

SE PUEDE REPELER A LOS PÁJAROS CON VÍSCERAS DE CERDO, informó. *¿TENÉIS?*

—Grover —grité por encima del hombro—, ¿por casualidad tienes vísceras de cerdo?

—¿Qué? —El sátiro se volvió, aunque no era una forma muy efectiva de mirarme, ya que yo estaba sujeto con cinta americana a su espalda. Por poco me arrancó la nariz contra la pared de ladrillo—. ¿Por qué iba a llevar vísceras de cerdo? ¡Soy vegetariano!

Meg subió con dificultad por la rampa para reunirse con nosotros.

—Los pájaros casi han pasado —informó—. He probado con distintas plantas. He intentado invocar a Melocotones... —Se le quebró la voz de desesperación.

Desde que habíamos entrado en el Laberinto, no había podido invocar a su esbirro, el espíritu de los melocotones, que era útil a la hora de pelear, pero bastante quisquilloso cada vez que aparecía. Me imaginaba que, como las tomatas, Melocotones no rendía bien bajo tierra.

—¿Qué más, Flecha de Dodona? —grité—. ¡Tiene que haber algo aparte de intestinos de cerdo para acorralar a las estrigas!

ESPERAD, dijo la flecha. *¡ATENCIÓN! PARECE QUE EL MADROÑO PUEDE SERVIR.*

—¿Que mi moño qué? —pregunté.

Demasiado tarde.

Debajo de nosotros, las estrigas atravesaron la barricada de tomates lanzando gritos sanguinarios y entraron en tropel en la estancia.

Las estriges son un asco.
Sí, en verdad os lo digo, qué ascazo
dan

—¡Por ahí vienen! —chilló Meg.

Venga ya. Cada vez que yo quería que me hablase de algo importante, se callaba, pero cuando nos enfrentábamos a un peligro evidente, malgastaba saliva gritando: «Por ahí vienen».

Grover apretó el paso y mostró una fuerza heroica subiendo por la rampa mientras cargaba con mi cuerpo fofo pegado con cinta americana a su espalda.

Al volverme para mirar hacia atrás, vi perfectamente a las estriges que salían de entre las sombras, con sus ojos amarillos brillantes como monedas en una fuente turbia. ¿Había una docena? ¿Más? Considerando los problemas que habíamos tenido con una sola estrige, no me gustaban nuestras posibilidades de éxito frente a una bandada entera, sobre todo porque ahora estábamos alineados como blancos succulentos en una cornisa estrecha y resbaladiza. Dudaba que Meg pudiera ayudar a suicidarse a todos los pájaros estampándolos de cabeza contra la pared.

—¡Madroños! —grité—. La flecha ha dicho que los madroños repelen a las estriges.

—Es una planta. —Grover respiró entrecortadamente—. Creo que una vez conocí a un madroño.

—Flecha —dije—, ¿qué es un madroño?

¡NO LO SÉ! ¡QUE NACIERA EN UNA ARBOLEDA NO QUIERE DECIR QUE SEPA DE JARDINERÍA!

Indignado, volví a meter la flecha en el carcaj.

—Cúbreme, Apolo. —Meg me puso una de sus espadas en la mano y empezó a rebuscar en su cinturón de jardinería, mirando nerviosa a las estriges que subían.

No tenía claro cómo esperaba que la cubriese. La esgrima se me daba fatal incluso cuando no estaba pegado con cinta americana a la espalda de un sátiro ni me enfrentaba a unos objetivos que condenaban a quienes los mataban.

—¡Grover! —chilló Meg—. ¿Podemos saber qué clase de planta es el madroño?

Abrió un sobre al azar rasgándolo y lanzó las semillas que contenía al vacío. Los granos estallaron como palomitas de maíz y formaron unos boniatos del tamaño de granadas con frondosos tallos verdes. Los boniatos cayeron entre la bandada de estriges, impactaron a unas cuantas y les arrancaron graznidos de sorpresa, pero los pájaros siguieron viniendo.

—Eso son tubérculos —dijo Grover resollando—. Creo que el madroño es una planta con frutos.

Meg abrió otro sobre de semillas y lanzó a las estriges una explosión de arbustos salpicados de frutas verdes. Los pájaros se limitaron a esquivarlos virando.

—¿Uvas? —preguntó Grover.

—Grosellas —lo corrigió Meg.

—¿Estás segura? —inquirió el sátiro—. La forma de las hojas...

—¡Grover! —le espeté—. Ciñámonos a la botánica militar. ¿Qué es...? ¡La cabeza!

Juzga tú, amable lector. ¿Acaso crees que estaba preguntando «¿Qué es la cabeza?»? Por supuesto que no. A pesar de las posteriores quejas de Meg, intentaba avisarla de que la estrige más próxima embestía directa contra su cara.

Si ella no entendió mi advertencia, no fue culpa mía.

Blandí la cimitarra prestada intentando proteger a mi joven amiga. Solo mi terrible puntería y los rápidos reflejos de Meg impidieron que la decapitase.

—¡Para! —gritó, apartando de un espadazo a la estrige.

—¡Has dicho que te cubra! —protesté.

—No me refería... —Ella gritó de dolor y tropezó al recibir un corte sangrante en el muslo derecho.

Entonces fuimos engullidos por una tormenta furiosa de garras, picos y alas negras. Meg blandía su cimitarra como una loca. Una estrige se abalanzó

sobre mi cara y, cuando estaba a punto de arrancarme los ojos con las patas, Grover hizo algo inesperado: gritó.

«¿Qué tiene eso de sorprendente?», te preguntarás. «Estando rodeado de pájaros que devoran vísceras es un momento perfecto para gritar».

Cierto. Pero el sonido que salió de la boca del sátiro no fue un grito corriente.

Reverberó por la cámara como la onda expansiva de una bomba y dispersó a los pájaros, sacudió las piedras e hizo que me invadiera un miedo irracional.

Si no hubiera estado pegado con cinta a su espalda, habría huido. Habría saltado de la cornisa solo para escapar de ese sonido. Así las cosas, solté la espada de Meg y me tapé los oídos con las manos. Ella, que estaba postrada en la rampa, sangrando y seguramente medio paralizada por el veneno de estrige, se hizo un ovillo y sepultó la cabeza entre los brazos.

Las estriges huyeron y regresaron a la oscuridad.

El corazón me latía con fuerza y la adrenalina corría por mis venas. Tuve que respirar hondo varias veces antes de poder hablar.

—Grover, ¿has invocado el Pánico? —le pregunté.

No le veía la cara, pero notaba cómo temblaba. Estaba tumbado en la rampa de lado, de tal manera que yo me encontraba mirando a la pared.

—No era mi intención. —Su voz sonó ronca—. Hacía años que no lo hacía.

—¿Pá-pánico? —preguntó Meg.

—El grito del dios desaparecido Pan —expliqué. La simple mención de su nombre me llenaba de tristeza. ¡Ah, qué buenos tiempos habíamos pasado el dios de la naturaleza y yo en la antigüedad, bailando y retozando en el monte! Pan era un retozador de primera. Luego los humanos destruyeron casi todo el monte, y él se esfumó. Humanos, sois los culpables de que los dioses no podamos tener cosas bonitas.

—No sabía que alguien pudiera utilizar ese poder, aparte de Pan —dije—. ¿Cómo lo has hecho?

Grover emitió un sonido que fue mitad sollozo, mitad suspiro.

—Es una larga historia.

Meg gruñó.

—Nos ha librado de los pájaros. —Oí que rasgaba una tela; debía de estar haciéndose una venda para la pierna.

—¿Estás paralizada? —pregunté.

—Sí —murmuró—. De cintura para abajo.

Grover se movió bajo nuestro arnés de cinta americana.

—Yo estoy bien, pero me encuentro agotado. Los pájaros volverán, y ya no puedo subirte por la rampa.

No me extrañaba. El grito de Pan espantaba prácticamente a cualquier criatura, pero era un tipo de magia agotadora. Cada vez que Pan la empleaba, tenía que echarse una siesta de tres días.

Debajo de nosotros, los gritos de las estriges reverberaban por el Laberinto. A juzgar por sus chillidos, estaban pasando del miedo —«¡Salid volando!»— a la confusión: «¿Qué hacemos volando?».

Traté de mover los pies. Para mi sorpresa, ya notaba los dedos dentro de los calcetines.

—¿Puede soltarme alguien? —pregunté—. Creo que se me está pasando el efecto del veneno.

Sin abandonar su posición horizontal, Meg utilizó una cimitarra para liberarme de la cinta americana. Los tres nos pusimos en fila con las espaldas pegadas a la pared: tres cebos de estrige sudorosos, lamentables y patéticos esperando la muerte. Debajo de nosotros, los graznidos de los pájaros de mal agüero aumentaron de volumen. No tardarían en volver más furiosos que nunca. A unos quince metros por encima de nosotros, apenas visible a la tenue luz de las espadas de Meg, la rampa terminaba en un techo de ladrillo abovedado.

—Adiós, salida —dijo Grover—. Estaba convencido... Este hueco se parece mucho a... —Movié la cabeza como si no soportase contarnos lo que esperaba encontrar.

—No pienso morir aquí —masculló Meg.

Su apariencia decía lo contrario. Le sangraban los nudillos y tenía las rodillas despellejadas. Su vestido verde, un preciado regalo de la madre de Percy Jackson, parecía haber sido utilizado como rascador por un tigre dientes de sable. Se había arrancado la pernera izquierda de las mallas y la había usado para restañar la hemorragia del corte de su muslo, pero la tela estaba empapada.

Aun así, sus ojos relucían de forma desafiante. Los diamantes de imitación de la montura de sus gafas todavía brillaban, y yo había aprendido a contar siempre con Meg McCaffrey mientras le brillasen los diamantes de imitación.

Rebuscó entre sus sobres de semillas, mirando las etiquetas con los ojos entornados.

—Rosas, narcisos, calabazas, zanahorias...

—No... —Grover se golpeó la frente con el puño—. El madroño es como... un árbol con flores. Argh, debería haberlo sabido.

Comprendía sus problemas de memoria. Yo debería haber sabido muchas cosas: los puntos débiles de las estriges, la salida secreta más cercana del Laberinto, el número privado de Zeus para poder llamarlo y suplicarle que me perdonase la vida. Pero tenía la mente en blanco. Me habían empezado a temblar las piernas —una posible señal de que pronto volvería a andar—, pero eso no me animaba. No tenía adónde ir, salvo para elegir si quería morir en lo alto de la cámara o en el fondo.

Meg seguía revolviendo sobres de semillas.

—Nabos suecos, glicinas, espinos de fuego, fresas...

—¡Fresas! —Grover chilló tan fuerte que pensé que quería lanzar otro grito de Pánico—. ¡Eso es! ¡El madroño también se llama árbol de fresas!

Meg frunció el entrecejo.

—Las fresas no crecen en árboles. Son del género *Fragaria* y pertenecen a la familia de las rosas.

—¡Sí, sí, ya lo sé! —Grover giró las manos como si las palabras no le salieran lo bastante rápido—. Y el madroño pertenece a la familia del brezo, pero...

—¿De qué estáis hablando? —inquirí. Me preguntaba si estaban compartiendo la conexión *wifi* de la Flecha de Dodona para buscar información en *botanica.com*—. Estamos a punto de morir, ¿y os ponéis a debatir sobre géneros de plantas?

—¡Puede que la *Fragaria* sirva! —insistió Grover—. El fruto del madroño se parece a la fresa. Por eso a veces lo llaman árbol de fresas. Una vez conocí a una dríade del madroño. Tuvimos una buena discusión sobre el tema. Además, estoy especializado en el cultivo de fresas. ¡Todos los sátiros del Campamento Mestizo estamos especializados en ese campo!

Meg miró su sobre de semillas de fresa muy poco convencida.

—No sé.

Debajo de nosotros, una docena de estriges salieron repentinamente de la boca del túnel chillando en un coro de furia predestripadora.

—¡Prueba con *Fraggle Rock*! —grité.

—*Fragaria* —me corrigió Meg.

—¡¡¡Como se llame!!!

En lugar de lanzar las semillas de fresa al vacío, abrió el sobre, las sacudió y fue distribuyéndolas a lo largo del borde de la rampa con una lentitud exasperante.

—Deprisa. —Busqué mi arco con las manos—. Tenemos unos treinta segundos.

—Un momento. —Meg extrajo las últimas semillas dando golpecitos.

—¡Quince segundos!

—Espera. —Tiró el sobre. Colocó las manos sobre las semillas como si fuera a tocar un teclado (actividad que, por cierto, no se le daba nada bien, a pesar de mis esfuerzos por enseñarle).

—Vale —dijo—. Ahora.

Grover levantó su zampoña y empezó a tocar una versión frenética de «Strawberry Fields Forever» en compás ternario. Me olvidé del arco, cogí el ukelele y me puse a acompañarlo. No sabía si serviría de algo, pero si iban a descuartizarme, al menos quería irme al otro barrio tocando a los Beatles.

Justo cuando la avalancha de estriges estaba a punto de atacar, las semillas explotaron como una serie de fuegos artificiales. Unas serpentinas verdes describieron un arco a través del vacío, se engancharon a la pared del fondo y formaron una hilera de enredaderas que me recordó las cuerdas de un laúd gigante. Las estriges podrían haber volado fácilmente a través de los huecos, pero se volvieron locas, viraron con brusquedad para evitar las plantas y chocaron unas con otras en el aire.

Mientras tanto, las enredaderas se volvieron más tupidas, salieron hojas, brotaron flores y las fresas maduraron e inundaron el aire de su dulce fragancia.

La cámara retumbó. En las zonas donde las fresas tocaron la piedra, el ladrillo se agrietó y se deshizo, circunstancia que brindó a las fresas un sitio ideal para echar raíces.

Meg levantó las manos de su teclado imaginario.

—¿Está el Laberinto... colaborando?

—¡No lo sé! —contesté, rasgueando furiosamente un acorde de fa menor séptima—. ¡Pero no pares!

Las fresas se extendieron por las paredes a una velocidad increíble, como una marea verde.

Yo estaba pensando «¡Qué pasada, imagínate lo que podrían hacer las plantas con la luz del sol!», cuando el techo abovedado se agrietó como una cáscara de huevo. Unos rayos radiantes hendieron la oscuridad. Cayeron pedazos de roca que se estrellaron contra los pájaros y perforaron las fresas (que, a diferencia de las estriges, volvieron a crecer casi de inmediato).

En cuanto la luz del sol alcanzó a las aves, las criaturas gritaron y se deshicieron en polvo.

Grover bajó la zampoña, yo dejé el ukelele y observamos asombrados cómo las plantas seguían creciendo y entrelazándose hasta que un trampolín de estolones de fresa cruzó toda la sala a nuestros pies.

El techo se había desintegrado, y un radiante cielo azul había quedado al descubierto. Un aire caluroso y seco descendía como el aliento de un horno abierto.

Grover alzó la cara hacia la luz e inspiró profundamente mientras en sus mejillas brillaban las lágrimas.

—¿Estás herido? —pregunté.

Me miró fijamente. Ver la pena de su cara dolía más que mirar la luz del sol.

—El olor a fresas —dijo—. Como en el Campamento Mestizo. Hace tanto tiempo...

Sentí una extraña punzada en el pecho. Le di una palmadita en la rodilla. No había pasado mucho tiempo en el Campamento Mestizo, el campo de entrenamiento de semidioses griegos de Long Island, pero entendía cómo se sentía Grover. Me preguntaba qué tal les iría a mis hijos allí: Kayla, Will y Austin. Me acordaba de cuando había estado sentado con ellos junto a la fogata cantando «Mi madre fue un minotauro» mientras comíamos malvavisco asado en unos palos. Semejante nivel de camaradería es poco habitual, incluso en una vida inmortal.

Meg se apoyó contra la pared. Tenía la tez pálida y le costaba respirar.

Hurgué en los bolsillos y encontré un pedazo cuadrado de ambrosía en una servilleta. No la guardaba para mí. En mi estado mortal, la comida de los dioses podría haberme provocado combustión espontánea. Pero había descubierto que Meg no siempre se acordaba de tomar la ambrosía.

—Come. —Le metí la servilleta en la mano—. La parálisis se te pasará más rápido.

Ella apretó la mandíbula como si fuera a gritar «¡No quiero!», pero prefirió volver a tener las piernas operativas. Empezó a mordisquear la ambrosía.

—¿Qué hay ahí arriba? —preguntó, contemplando el cielo azul con el ceño fruncido.

Grover se secó las lágrimas de la cara.

—Lo hemos conseguido. El Laberinto nos ha traído directos a nuestra base.

—¿Nuestra base? —Me alegré de saber que teníamos una base. Esperaba que eso representase seguridad, una cama blanda y, con suerte, una máquina

de café.

—Sí. —Grover tragó saliva, nervioso—. Suponiendo que quede algo de ella. Vamos a averiguarlo.

Bienvenido a mi base.
Tenemos piedras, arena y ruinas.
¿He dicho que hay piedras?

Me dicen que llegué a la superficie.

No me acuerdo.

Meg estaba medio paralizada, y Grover me había subido hasta la mitad de la rampa, de modo que no me parece justo que fuera yo quien se desmayase, pero ¿qué quieres que te diga? El acorde de fa menor séptima de «Strawberry Fields Forever» debió de agotarme más de lo que pensaba.

De lo que sí me acuerdo es de los sueños febriles.

Ante mí se erguía una elegante mujer de piel aceitunada, con el cabello color caoba largo recogido en un moño y un vestido ligero sin mangas de un gris como las alas de una polilla. Aparentaba unos veinte años, pero sus ojos eran como perlas negras; su duro lustre era producto de siglos, un caparazón defensivo que ocultaba una pena y una decepción indecibles. Eran los ojos de una inmortal que había visto caer grandes civilizaciones.

Nos encontrábamos uno al lado del otro sobre una plataforma de piedra, en el borde de algo parecido a una piscina cubierta llena de lava. El aire rielaba debido al calor, y los ojos me picaban por culpa de las cenizas.

La mujer levantó los brazos en un gesto de súplica. Tenía las muñecas esposadas con unos grilletes de hierro al rojo vivo y unas cadenas fundidas la sujetaban a la plataforma, aunque el metal caliente no parecía quemarle.

—Lo siento —dijo.

De algún modo supe que no se dirigía a mí. Yo solo estaba observando la escena a través de los ojos de otra persona, y esa persona era a la que la mujer

acababa de dar una mala noticia, una noticia demoledora, aunque no tenía ni idea de cuál era.

—Te salvaría si pudiera —continuó—. La salvaría a ella. Pero no puedo. Dile a Apolo que tiene que venir. Solo él puede liberarme, aunque sea una... —Se atragantó como si se le hubiera atascado un trozo de cristal en la garganta—. Seis letras —dijo con voz ronca—. Empieza por te.

«Trampa», pensé. «¡La respuesta es “trampa”!».

Me entusiasmé por un momento, como cuando estás viendo un concurso y sabes una respuesta. «¡Si yo fuera el concursante, me llevaría todos los premios!», piensas.

Entonces me di cuenta de que no me gustaba ese concurso. Sobre todo si la respuesta era «trampa». Sobre todo si esa trampa era el gran premio que me esperaba.

La imagen de la mujer se deshizo en llamas.

Me encontraba en otro sitio: una terraza cubierta con vistas a una bahía iluminada por la luna. A lo lejos, envuelto en niebla, se alzaba el familiar perfil oscuro del monte Vesubio, pero el Vesubio antes de que la erupción de 79 a. C. volase su cima en pedazos, destruyese Pompeya y exterminase a miles de romanos. (Puedes echarle la culpa a Vulcano. Tuvo una mala semana).

El cielo vespertino tenía un color morado, y la costa se hallaba iluminada únicamente por la luz del fuego, la luna y las estrellas. Bajo mis pies, baldosas de oro y plata brillaban en el suelo de mosaico de la terraza, un tipo de decoración que muy pocos romanos podían permitirse. En las paredes había frescos multicolores enmarcados con colgaduras de seda que debían de haber costado cientos de miles de denarios. Descubrí dónde debía de estar: una villa imperial, uno de los muchos palacios de recreo que bordeaban el golfo de Nápoles durante los primeros días del Imperio. Normalmente, un palacio como ese habría desprendido una luz resplandeciente durante toda la noche como muestra de poder y opulencia, pero las antorchas de la terraza estaban apagadas y envueltas en tela negra.

A la sombra de una columna, un joven esbelto miraba hacia el mar. Su expresión se hallaba oscurecida, pero su postura revelaba impaciencia. Tiraba de su túnica blanca, se cruzaba de brazos y taconeaba contra el suelo con sus pies calzados en sandalias.

Un segundo hombre salió resueltamente a la terraza con el tintineo de una armadura y la respiración fatigosa de un fornido luchador. El yelmo de un guardia pretoriano le tapaba la cara.

Se arrodilló ante el joven.

—Está hecho, *princeps*.

Princeps. «Primero de la fila» o «primer ciudadano», el bonito eufemismo que los emperadores romanos empleaban para restar importancia a su poder absoluto.

—¿Esta vez estás seguro? —preguntó una voz juvenil y aflautada—. No quiero más sorpresas.

El pretor gruñó.

—Totalmente seguro, *princeps*.

El guardia estiró sus enormes antebrazos peludos. Unos arañazos sangrantes brillaban a la luz de la luna, como si unas uñas desesperadas le hubieran desgarrado la piel.

—¿Qué has utilizado? —El joven parecía fascinado.

—Su almohada —contestó el hombre corpulento—. Me pareció lo más fácil.

El joven rio.

—Ese viejo cerdo se lo merecía. Llevo años esperando que se muera y, cuando por fin anunciamos que ha estirado la *crus*, tiene las narices de volver a despertar. No, señor. Mañana será un nuevo día, un día mejor para Roma.

Se situó a la luz de la luna y dejó su cara a la vista: una cara que yo había deseado no volver a ver.

Tenía un atractivo anguloso, aunque las orejas le sobresalían demasiado. Poseía una sonrisa torcida. Sus ojos tenían la calidez de los de una barracuda.

Aunque no reconozcas sus facciones, querido lector, seguro que has coincidido con él. Es el abusón del colegio demasiado encantador para ser cazado; el que inventa las bromas más crueles, tiene a otros que le hacen el trabajo sucio y goza de una reputación intachable ante los profesores. Es el chico que arranca las patas a los insectos y tortura a animales callejeros, pero que se ríe con una alegría tan inocente que casi te convence de que se trata de una diversión inofensiva. Es el chico que roba dinero de los cepillos de la iglesia a espaldas de las ancianas que lo alaban por ser «un jovencito tan amable».

Es esa persona, esa clase de maldad.

Y esta noche tenía un nuevo nombre que no auguraba un futuro mejor para Roma.

El guardia pretoriano agachó la cabeza.

—¡Ave, César!

Me desperté del sueño temblando.

—Qué oportuno —dijo Grover.

Me incorporé. Tenía la cabeza a punto de estallar. La boca me sabía a polvo de estrige.

Estaba tumbado bajo un cobertizo improvisado: un plástico azul colocado en una ladera con vistas al desierto. El sol se estaba poniendo. A mi lado, Meg dormía acurrucada con la mano posada en mi muñeca. Habría sido un detalle entrañable si yo no hubiera sabido dónde habían estado esos dedos. (Una pista: en los agujeros de su nariz).

Grover se hallaba sentado en una losa de piedra cercana bebiendo agua de su cantimplora. A juzgar por su expresión de agotamiento, supuse que había estado vigilándonos mientras dormíamos.

—¿Me he desmayado? —deduje.

Él me lanzó la cantimplora.

—Creía que yo dormía como un lirón, pero comparado contigo... Has estado horas sobando.

Bebí un trago y me quité las legañas deseando poder borrar los sueños de mi cabeza con la misma facilidad: una mujer encadenada en una habitación en llamas, una trampa reservada a Apolo, un nuevo César con la sonrisa afable de un joven sociópata.

«No pienses en ello», me dije. «Los sueños no son necesariamente verdad».

«No», me contesté. «Solo los malos. Como los que he tenido».

Me centré en Meg, que roncaba a la sombra del plástico. Tenía la pierna recién vendada. Llevaba una camiseta de manga corta limpia por encima del vestido manchado. Traté de soltarme la muñeca, pero ella me agarró más fuerte.

—Se encuentra bien —me aseguró Grover—. Al menos físicamente. Se durmió después de que te trajimos aquí. —Frunció el ceño—. Pero me pareció que no le hacía gracia estar en este lugar. Dijo que no soportaba este sitio. Que quería marcharse. Yo temía que volviese al Laberinto, pero la convencí de que primero tenía que descansar y le toqué un poco de música para que se relajara.

Escudriñé el entorno preguntándome qué había afectado tanto a Meg.

Debajo de nosotros se extendía un paisaje solo un pelín más acogedor que el de Marte. (Me refiero al planeta, no al dios, aunque supongo que ninguno de los dos es un gran anfitrión). Montañas ocre abrasadas por el sol rodeaban un valle sembrado de campos de golf de un verde antinatural, llanuras áridas

y polvorientas y extensos barrios de muros de estuco blancos, tejados rojos y piscinas azules. Bordeando las calles, hileras de palmeras lánguidas sobresalían como costuras deshilachadas. Aparcamientos de asfalto rielaban con el calor. Una bruma marrón flotaba en el aire y llenaba el valle como salsa aguada.

—Palm Springs —dije.

Había conocido bien la ciudad en los años cincuenta. Estaba convencido de que había dado una fiesta con Frank Sinatra al final de esa misma calle, junto a aquel campo de golf..., pero parecía otra vida. Probablemente porque lo había sido.

Ahora la zona parecía mucho menos acogedora: la temperatura era demasiado elevada para una tarde de principios de primavera, y el aire era demasiado denso y acre. Algo no encajaba, algo que yo no acababa de identificar.

Escudriñé nuestro entorno inmediato. Habíamos acampado en la cima de una colina, con el monte de San Jacinto a nuestras espaldas, hacia el oeste, y la extensión de Palm Springs a nuestros pies, hacia el este. Un camino de grava rodeaba el pie de la colina y serpenteaba hacia el barrio más próximo a un kilómetro más o menos por debajo, pero podía apreciar que nuestra cima había albergado una gran estructura en el pasado.

Media docena de cilindros de ladrillo huecos se hallaban hundidos en la pendiente rocosa; cada uno debía de tener nueve metros de diámetro, como los armazones de unos ingenios azucareros en ruinas. Las estructuras tenían distintas alturas y se encontraban en diferentes estados de deterioro, pero estaban niveladas unas con otras por la parte superior, de modo que supuse que debían de haber sido las columnas de apoyo de una casa construida sobre pilotes. A juzgar por los desechos que cubrían la ladera —esquirlas de cristal, tablas carbonizadas, trozos de ladrillo ennegrecidos—, deduje que la casa debía de haberse incendiado muchos años antes.

Entonces caí en la cuenta: debíamos de haber escapado del Laberinto por uno de esos cilindros.

Me volví hacia Grover.

—¿Y las estriges?

Él negó con la cabeza.

—Si sobrevivió alguna, no se arriesgaría a exponerse a la luz del sol, aunque consiguiera atravesar las fresas. Las plantas han llenado todo el hueco. —Señaló el círculo de ladrillo más lejano, por donde debíamos de haber aparecido—. Ya no entra ni sale nadie por allí.

—Pero... —Señalé las ruinas—. Esta no es tu base, ¿verdad?

Yo esperaba que él me corrigiese: «¡Oh, no, nuestra base es aquella bonita casa de allí abajo con piscina olímpica justo al lado del agujero quince!».

En cambio, el sátiro tuvo el descaro de alegrarse.

—Sí. Este sitio tiene una energía natural muy poderosa. Es un santuario perfecto. ¿Notas la fuerza vital?

Recogí un ladrillo carbonizado.

—¿Fuerza vital?

—Ya lo verás. —Grover se quitó el gorro y se rascó entre los cuernos—. Tal como están las cosas, las dríades tienen que mantenerse ocultas hasta que se pone el sol. Es la única forma de que sobrevivan. Pero pronto despertarán.

«Tal como están las cosas».

Miré hacia el oeste. El sol acababa de ponerse detrás de las montañas. El cielo estaba veteado de gruesas capas de color rojo y negro, más propias de Mordor que del sur de California.

—¿Qué está pasando? —pregunté, aunque no estaba seguro de querer saber la respuesta.

Grover miró tristemente a lo lejos.

—¿No has visto las noticias? Los peores incendios forestales en la historia del estado. Además de la sequía, las olas de calor y los terremotos. —Se estremeció—. Han muerto miles de dríades. Miles más están hibernando. Si fueran simples desastres naturales, sería bastante grave, pero...

Meg chilló, todavía dormida, y se incorporó bruscamente parpadeando confundida. Por su mirada de pánico, deduje que sus sueños habían sido aún peores que los míos.

—¿Es-estamos de verdad aquí? —preguntó—. ¿No lo he soñado?

—Tranquila —dije—. Estás a salvo.

Ella negó con la cabeza, los labios temblorosos.

—No. No, no lo estoy.

Se quitó las gafas torpemente como si prefiriese ver el entorno borroso.

—No puedo estar aquí. Otra vez no.

—¿Otra vez? —pregunté.

Me vino a la memoria un verso de la profecía de Indiana: «La hija de Deméter encontrará sus raíces de antaño».

—¿Quieres decir que has vivido aquí?

Meg echó un vistazo a las ruinas. Se encogió de hombros tristemente, aunque ignoro si eso significaba «No lo sé» o «No quiero hablar del tema».

El desierto me parecía un extraño hogar para Meg: una niña de las calles de Manhattan, criada en la casa real de Nerón.

Grover se acarició la perilla pensativamente.

—Una hija de Deméter... En realidad tiene mucho sentido.

Lo miré fijamente.

—¿En este sitio? Una hija de Vulcano, quizá. O de Feronia, la diosa de los bosques. O incluso de Mefitis, la diosa del gas venenoso. Pero ¿Deméter? ¿Qué se supone que va a cultivar aquí una hija de Deméter? ¿Piedras?

Grover puso cara de ofendido.

—Tú no lo entiendes. Cuando conozcas a los demás...

Meg salió a gatas de debajo del plástico. Se puso en pie con paso vacilante.

—Tengo que irme.

—¡Espera! —suplicó el sátiro—. Necesitamos tu ayuda. ¡Por lo menos habla con los otros!

Ella vaciló.

—¿Otros?

Grover señaló hacia el norte. No vi adónde apuntaba hasta que me levanté. Entonces distinguí, medio oculta detrás de las ruinas de ladrillo, una hilera de seis estructuras cuadradas blancas como... ¿cobertizos? No. Invernaderos. El más cercano a las ruinas se había derretido y desplomado hacía mucho, sin duda víctima del fuego. Los muros y el tejado de policarbonato ondulado del segundo se habían desmoronado como un castillo de naipes. Pero los otros cuatro estaban intactos. En el exterior había montones de macetas de barro. Las puertas estaban abiertas. Dentro, la materia vegetal verde presionaba contra las paredes translúcidas: hojas de palmera como manos gigantes que empujaban para salir.

Yo no entendía cómo algo podía vivir en ese yermo quemado y baldío, y menos dentro de un invernadero diseñado para mantener un clima todavía más cálido. No tenía ningunas ganas de acercarme a esas claustrofóbicas cajas calientes.

Grover sonrió de modo alentador.

—Estoy seguro de que ya se habrá despertado todo el mundo. ¡Vamos, os presentaré a la panda!

Planta carnosa, cura mis múltiples
cortes (pero sin llenarme de babas, por
favor)

Grover nos llevó al primer invernadero intacto, que desprendía un olor que recordaba el aliento de Perséfone.

No es un halago. La señorita Primavera solía sentarse a mi lado en las cenas familiares y no tenía reparos en compartir su halitosis. Imagínate el olor de un cubo lleno de abono húmedo y caca de lombriz. Sí, adoro la primavera.

Dentro del invernadero, las plantas lo habían invadido todo. Me pareció espantoso, ya que la mayoría eran cactus. Junto a la puerta había un cactus piña achaparrado del tamaño de un tonel, con sus espinas amarillas como pinchos de kebab. En el rincón del fondo había un majestuoso árbol de Josué cuyas ramas enmarañadas sostenían el techo. Contra la pared opuesta florecía un enorme nopal, docenas de tallos erizados y rematados con frutos morados de aspecto delicioso, si no fuera porque cada uno tenía más pinchos que la maza de Ares. Unas mesas metálicas rechinaban bajo el peso de otras plantas carnosas: *Salicornia*, *Escobaria vivipara*, *Cylindropuntia cholla* y montones más cuyos nombres no conocía. Rodeado de tantas espinas y flores, y en medio de un calor tan sofocante, me acordé del concierto de Iggy Pop en el festival Coachella de 2003.

—¡He vuelto! —anunció Grover—. ¡Y traigo amigos!

Silencio.

Incluso al atardecer, la temperatura en el interior era tan elevada y el aire estaba tan cargado, que pensé que me moriría de una insolación en aproximadamente cuatro minutos. Y eso que era un antiguo dios del sol.

Al final apareció la primera dríade. Una burbuja de clorofila se hinchó en un lado del nopal y estalló en una niebla verde. Las gotitas se fusionaron y se transformaron en una niña de piel color esmeralda, pelo amarillo de punta y un vestido con flecos hecho totalmente con espinas de cactus. Su mirada era casi tan puntiaguda como su vestido. Afortunadamente, iba dirigida a Grover, no a mí.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—Ah. —El sátiro se aclaró la garganta—. Me llamaron. Una invocación mágica. Os lo contaré luego a todos. ¡Pero, mira, he traído a Apolo! ¡Y a Meg, una hija de Deméter!

Me exhibió como si fuese un magnífico premio de *El precio justo*.

—Hum —dijo la dríade—. Supongo que las hijas de Deméter son de fiar. Soy Nopal.

—Hola —saludó Meg débilmente.

La dríade me miró entornando los ojos. Considerando el vestido con espinas que llevaba, esperaba que no fuera aficionada a los abrazos.

—¿Eres Apolo, el dios Apolo? —preguntó—. No me lo creo.

—Algunos días yo tampoco —reconocí.

Grover echó un vistazo a la estancia.

—¿Dónde están los demás?

Justo entonces brotó otra burbuja de clorofila de una planta carnosa. Apareció una segunda dríade: una joven corpulenta con un caftán como una alcachofa. Su pelo era un bosque de triángulos verde oscuro. Su cara y sus brazos relucían como si acabase de ponerse aceite. (Bueno, esperaba que fuera aceite y no sudor).

—¡Oh! —gritó, al ver nuestro maltrecho aspecto—. ¿Estáis heridos?

Nopal puso los ojos en blanco.

—Déjalo ya, Al.

—¡Pero parecen heridos! —Al avanzó arrastrando los pies. Me cogió la mano. Tenía un tacto frío y grasiento—. Deja que me encargue de estos cortes. Grover, ¿por qué no has curado a esta pobre gente?

—¡Lo he intentado! —protestó el sátiro—. ¡Pero han sufrido un montón de daños!

Ese podría ser mi lema vital, pensé: «Sufre un montón de daños».

Al pasó las puntas de los dedos por encima de mis cortes y dejó un rastro pringoso como el moco de las babosas. No fue una sensación agradable, pero me alivió el dolor.

—Eres Aloe Vera —comprendí—. Yo preparaba ungüentos curativos contigo.

Ella sonrió.

—¡Se acuerda de mí! ¡Apolo se acuerda de mí!

Al fondo de la sala, una tercera dríade salió del tronco del árbol de Josué: una dríade masculina, que constituía un espécimen bastante inusual. Tenía la piel marrón como la corteza de su árbol, el cabello color aceituna largo y alborotado, y la ropa de un tono caqui curtido. Podría haber sido un explorador que volvía del desierto.

—Soy Josué —dijo—. Bienvenidos a Aeithales.

Y en ese momento Meg McCaffrey decidió desmayarse.

Podría haberla avisado de que desvanecerse delante de un chico atractivo no era nunca buena idea. La estrategia no me había dado resultado ni una sola vez en miles de años. Aun así, como era una buena amiga, la atrapé antes de que se diera de morros contra la grava.

—¡Oh, pobrecilla! —Aloe Vera lanzó a Grover otra mirada crítica—. Está rendida y acalorada. ¿Es que no la habéis dejado descansar?

—¡Ha estado durmiendo toda la tarde!

—Pues está deshidratada. —Aloe puso la mano en la frente de Meg—. Necesita agua.

Nopal resopló.

—Como todos.

—Llévala a la Cisterna —dijo Al—. Mellie ya debería estar despierta. Yo iré enseguida.

Grover se animó.

—¿Mellie está aquí? ¿Han llegado?

—Llegaron esta mañana —contestó Josué.

—¿Y los grupos de búsqueda? —preguntó el sátiro—. ¿Alguna noticia?

Las dríades se cruzaron miradas de preocupación.

—Las noticias no son buenas —dijo Josué—. Hasta ahora solo ha vuelto un grupo y...

—Disculpad —rogué—. No tengo ni idea de qué estáis hablando, pero Meg pesa. ¿Dónde la pongo?

Grover se movió.

—Claro. Perdona, te acompaño. —Se echó el brazo izquierdo de Meg sobre los hombros y cargó con la mitad de su peso. A continuación se volvió hacia el grupo de dríades—. Eh, ¿qué tal si quedamos en la Cisterna para cenar? Tenemos mucho que hablar.

Josué asintió con la cabeza.

—Avisaré a los demás invernaderos. Y recuerda que nos prometiste enchiladas, Grover. Hace tres días.

—Ya. —El sátiro suspiró—. Traeré más.

Los dos juntos sacamos a Meg a rastras del invernadero.

Mientras la arrastrábamos a través de la ladera, le hice a Grover la pregunta que más me acuciaba:

—¿Las dríades comen enchiladas?

Él puso cara de ofendido.

—¡Claro! ¿Crees que solo comen fertilizante?

—Pues... sí.

—Ya estamos con los estereotipos —murmuró.

Decidí que era el momento de cambiar de tema.

—¿Han sido imaginaciones mías —pregunté— o Meg se ha desmayado al oír el nombre de este sitio? Aeithales. Quiere decir «invernadero» en griego antiguo, si mal no recuerdo.

Me parecía un extraño nombre para un sitio en el desierto. Claro que no más extraño que el hecho de que las dríades comiesen enchiladas.

—Descubrimos el nombre grabado en el viejo umbral —dijo Grover—. Hay muchas cosas que no sabemos sobre las ruinas, pero como dije antes, en este sitio hay mucha energía natural. Quienquiera que vivió aquí y puso en marcha los invernaderos... sabía lo que hacía.

Ojalá yo hubiera podido decir lo mismo.

—¿No nacieron las dríades en esos invernaderos? ¿No saben quién las plantó?

—La mayoría eran demasiado pequeñas cuando la casa se incendió —me explicó Grover—. Algunas de las plantas más mayores podrían saber más, pero están en fase de latencia. O —señaló con la cabeza los invernaderos destrozados— ya no están con nosotros.

Guardamos un instante de silencio por las difuntas plantas carnosas.

Grover nos condujo hacia el cilindro de ladrillo más grande. A juzgar por su tamaño y situación en el centro de las ruinas, supuse que debía de haber sido la columna de apoyo central de la estructura. Al nivel del suelo, unas aberturas rectangulares rodeaban la circunferencia como las ventanas de un castillo medieval. Arrastramos a Meg por una de ellas y fuimos a parar a un espacio muy parecido al foso en el que habíamos luchado contra las estriges.

La parte superior estaba abierta al cielo. Una rampa en espiral descendía, pero afortunadamente solo bajaba seis metros antes de llegar al fondo. En el

centro del suelo de tierra, como el agujero de un donut gigante, resplandecía un estanque azul oscuro que refrescaba el ambiente y daba un aire confortable y acogedor al espacio. Alrededor del estanque había un corro de sacos de dormir. Los nichos incrustados en las paredes rebosaban cactus en flor.

La Cisterna no era una estructura sofisticada —nada que ver con el pabellón comedor del Campamento Mestizo o la Estación de Paso de Indiana—, pero en su interior enseguida me sentí mejor, a salvo. Comprendí a qué se refería Grover. Ese sitio desprendía una energía relajante.

Llevamos a Meg hasta el fondo de la rampa sin tropezar ni caernos, cosa que me pareció un importante logro. La dejamos en uno de los sacos de dormir, y a continuación Grover escudriñó la estancia.

—¿Mellie? —gritó—. ¿Gleeson? ¿Estáis aquí?

El nombre de Gleeson me sonaba vagamente, pero, como siempre, era incapaz de ubicarlo.

De las plantas no brotaron burbujas de clorofila. Meg se puso de lado y murmuró en sueños algo sobre Melocotones. Entonces, en la orilla del estanque, empezaron a acumularse unas volutas de bruma blanca que se fusionaron y se transformaron en la silueta de una mujer menuda con un vestido plateado. Su cabello moreno flotaba a su alrededor como si estuviera bajo el agua y dejaba ver unas orejas ligeramente puntiagudas. En un portabebés que le colgaba del hombro llevaba a un niño dormido de unos siete meses, con los pies unguilados y unos cuernecitos de cabra en la cabeza. El pequeño tenía un moflete rollizo apretado contra la clavícula de su madre. Su boca era una auténtica cornucopia de babas.

La ninfa de las nubes (pues sin duda es lo que era) sonrió a Grover. Tenía unos ojos marrones inyectados en sangre debido a la falta de sueño. Se llevó un dedo a los labios para indicar que prefería no despertar al niño. La comprendía perfectamente. A esa edad, los bebés de sátiro son gritones y revoltosos, y pueden atravesar con los dientes varias latas al día.

—¡Lo has conseguido, Mellie! —susurró nuestro amigo sátiro.

—Grover, querido. —Ella miró la figura durmiente de Meg y acto seguido me hizo una señal ladeando la cabeza—. ¿Tú eres... eres él?

—Si te refieres a Apolo —dije—, me temo que sí.

Mellie frunció los labios.

—Había oído rumores, pero no me los creía. Pobrecillo. ¿Cómo lo llevas?

En el pasado me habría burlado de cualquier ninfa que se hubiera atrevido a llamarme «pobrecillo». Claro que pocas ninfas me habrían mostrado tal consideración. Normalmente, estaban demasiado ocupadas huyendo de mí.

Ahora se me hizo un nudo en la garganta al escuchar la muestra de preocupación de Mellie. Estuve tentado de apoyar la cabeza en su otro hombro y contarle mis penas llorando.

—Estoy... estoy bien —logré decir—. Gracias.

—¿Y tu amiga dormida? —preguntó.

—Solo está agotada, creo. —Sin embargo, me preguntaba si ese era el único problema de Meg—. Aloe Vera ha dicho que vendrá a ocuparse de ella dentro de unos minutos.

Mellie puso cara de preocupación.

—Está bien. Me aseguraré de que Aloe no se pasa.

—¿De que no se pasa?

Grover tosió.

—¿Dónde está Gleeson?

Mellie echó un vistazo a la sala como si acabara de darse cuenta de que el tal Gleeson no estaba presente.

—No lo sé. En cuanto llegamos aquí, entré en latencia y he estado así todo el día. Dijo que iba a la ciudad a por material de *camping*. ¿Qué hora es?

—Ya se ha puesto el sol —contestó Grover.

—Debería haber vuelto ya. —La figura de Mellie brilló de agitación y se volvió tan borrosa que temí que el bebé atravesase su cuerpo y se cayese.

—¿Gleeson es tu marido? —aventuré—. ¿Un sátiro?

—Sí, Gleeson Hedge —contestó ella.

Entonces me acordé vagamente de él: el sátiro que había viajado con los semidioses del *Argo II*.

—¿Sabes adónde ha ido?

—Al venir pasamos por delante de una tienda de excedentes militares, bajando la cuesta. A él le encantan esas tiendas. —Mellie se volvió hacia Grover—. Puede que se haya distraído, pero... ¿No podrías ir a ver si está bien?

En ese momento me di cuenta de lo agotado que debía de estar Grover Underwood. Sus ojos estaban todavía más rojos que los de Mellie. Tenía los hombros caídos. La flauta de caña le colgaba lánguidamente del cuello. A diferencia de Meg y de mí, él no había dormido desde la noche anterior en el Laberinto. Había invocado el grito de Pan, nos había puesto a salvo y luego se había pasado todo el día vigilándonos, esperando a que las dríades despertasen. Y ahora le pedían que hiciera otra excursión para ver cómo estaba Gleeson Hedge.

Aun así, él logró sonreír.

—Claro, Mellie.

Ella le dio un beso en la mejilla.

—¡Eres el mejor señor de la naturaleza de la historia!

Grover se ruborizó.

—Vigila a Meg McCaffrey hasta que volvamos, ¿quieres? Venga, Apolo.
Nos vamos de compras.

Llamaradas por sorpresa, ardillas que
me crispan los nervios...
Me encanta el desierto

Después de cuatro mil años, todavía podía aprender importantes lecciones vitales. Por ejemplo, nunca vayas de compras con un sátiro.

Encontrar la tienda nos llevó una eternidad porque Grover no paraba de distraerse. Se detuvo a charlar con una yuca, indicó el camino a una familia de ardillas de tierra y, como olió algo que se quemaba, me obligó a atravesar con él el desierto hasta que encontramos un cigarrillo encendido que alguien había tirado en la carretera.

—Así es como empiezan los incendios —dijo, y acto seguido se deshizo responsablemente de la colilla comiéndosela.

Yo no veía nada que pudiera incendiarse en un radio de un kilómetro y medio. Estaba bastante seguro de que las piedras y la tierra no eran inflamables, pero no discutía con gente que comía cigarrillos. Seguimos buscando la tienda de excedentes militares.

Anocheció. El horizonte brillaba hacia el oeste; no era el naranja habitual de la contaminación lumínica de los mortales, sino el rojo funesto de un infierno lejano. El humo tapaba las estrellas. La temperatura apenas descendió. El aire seguía teniendo un olor acerbo y extraño.

Me acordé de las llamaradas que habían estado a punto de incinerarnos en el Laberinto. Parecía que el calor tuviera personalidad propia: una malevolencia llena de rencor. Me imaginaba esas llamaradas corriendo por debajo del suelo del desierto, atravesando el Laberinto, convirtiendo el terreno de los mortales de encima en un páramo todavía más inhabitable.

Pensé en el sueño en el que aparecía la mujer con las cadenas fundidas en una plataforma situada sobre una piscina de lava. A pesar de la vaguedad de mis recuerdos, estaba seguro de que la mujer era la sibila eritrea, el siguiente Oráculo que debía liberar de las garras de los emperadores. Algo me decía que estaba encerrada en el centro mismo de... lo que generaba ese fuego subterráneo. No me hacía gracia buscarla.

—Grover, en el invernadero comentaste algo sobre unos grupos de búsqueda —dije.

Él me miró y tragó saliva con cara de dolor como si tuviera la colilla atascada en la garganta.

—Los sátiros y las dríades más valientes... se han desplegado por la zona durante meses. —Clavó los ojos en la carretera—. No tenemos muchos buscadores. Con los incendios y el calor, los cactus son los únicos espíritus de la naturaleza que pueden manifestarse. Hasta ahora solo unos cuantos han vuelto con vida. El resto... no lo sabemos.

—¿Qué buscan? —pregunté—. ¿La causa del fuego? ¿El emperador? ¿El Oráculo?

El calzado adaptado a las pezuñas de Grover resbalaba y patinaba en el arcén de grava.

—Todo está relacionado. No puede ser de otra forma. Yo no sabía de la existencia del Oráculo hasta que tú me hablaste de él, pero si el emperador está vigilándolo, tiene que estar en la maraña. Y la maraña es la causa de nuestros problemas con el fuego.

—Cuando dices «maraña», ¿te refieres al Laberinto?

—Más o menos. —A Grover le tembló el labio inferior—. La red de túneles que hay debajo del sur de California. Creemos que forma parte del Laberinto, pero ha sucedido algo. Es como si esa sección del Laberinto se hubiera... contagiado. Como si tuviera fiebre. Se han producido incendios y estos cada vez son más violentos. A veces se concentran y expulsan... ¡Allí!

Señaló hacia el sur. A medio kilómetro subiendo la siguiente colina, una columna de llamas amarillas salió disparada hacia el cielo como la punta encendida de una antorcha. Acto seguido desapareció, dejando una parcela de roca derretida. Consideré lo que me habría pasado si hubiera estado allí cuando salió el fuego.

—Eso no es normal —dije.

Empezaron a temblarme los tobillos como si fuera yo el que tuviera pies falsos.

Grover asintió con la cabeza.

—Ya tenemos bastantes problemas en California: la sequía, el cambio climático, la contaminación, lo habitual. Pero esas llamas... —Su expresión se endureció—. Es un tipo de magia que no entendemos. Me he pasado aquí casi un año entero tratando de dar con la fuente del calor para poder apagarla. He perdido a muchos amigos.

Tenía la voz quebrada. Yo sabía lo que era perder amigos. A lo largo de los siglos, había perdido a muchos mortales importantes para mí, pero en ese momento me vino a la mente uno en concreto: la grifo Heloise, que había muerto en la Estación de Paso defendiéndonos a todos del ataque del emperador Cómodo. Me acordé de su cuerpo frágil y sus plumas mientras se desintegraban en un lecho de hierba en el huerto de la azotea de Emmie.

Grover se arrodilló y ahuecó la mano en torno a un puñado de hierbajos. Las hojas se desmenuzaron.

—Demasiado tarde —murmuró—. Cuando yo era un buscador e intentaba encontrar a Pan, por lo menos tenía esperanza. Pensaba que daría con él y que el dios de la naturaleza nos salvaría a todos. Ahora... está muerto.

Eché un vistazo a las luces parpadeantes de Palm Springs, tratando de imaginarme a Pan en un sitio como ese. Los humanos se habían cargado el mundo natural. No me extrañaba que Pan se hubiera esfumado. Lo que quedaba de su espíritu se lo había dejado a sus seguidores —los sátiros y las dríades—, confiándoles la misión de proteger la naturaleza.

Yo podría haber avisado a Pan de que era una idea terrible. Una vez me fui de vacaciones y le confié a mi seguidor Nelson Riddle la disciplina de la música. Cuando volví unas décadas más tarde, me encontré la música pop contaminada de violines pastosos y coros, y a Lawrence Welk tocando el acordeón por televisión en horario de máxima audiencia. Nunca más.

—Pan estaría orgulloso de tus esfuerzos —le dije a Grover.

Incluso a mí me pareció un comentario hecho sin entusiasmo.

El sátiro se levantó.

—Mi padre y mi tío sacrificaron sus vidas buscando a Pan. Ojalá tuviéramos más ayuda para cumplir esta misión. A los humanos no parece que les importe. Ni siquiera a los semidioses. Ni siquiera...

Se interrumpió, pero yo sospechaba que estaba a punto de decir: «Ni siquiera a los dioses».

Había que reconocer que tenía razón.

Normalmente, los dioses no llorábamos la pérdida de un grifo, ni de unas cuantas dríades, ni de un ecosistema. «Eh», pensábamos. «¡A mí no me concierne!».

Cuanto más tiempo pasaba en el pellejo de un mortal, más me afectaban las pérdidas, hasta la más mínima.

Detestaba ser mortal.

Seguimos la carretera que rodeaba los muros de una urbanización cercada hacia unos letreros de neón situados a lo lejos. Yo miraba dónde ponía el pie, temiendo a cada paso que una llamarada me convirtiese en flambeado de Lester.

—Has dicho que todo está relacionado —recordé—. ¿Crees que el tercer emperador creó ese laberinto en llamas?

Grover miró a un lado y a otro, como si el tercer emperador pudiera salir de detrás de una palmera con un hacha y una máscara terrorífica. Considerando mis sospechas sobre la identidad del emperador, puede que no fuera una idea tan disparatada.

—Sí —dijo—, pero no sabemos cómo ni por qué. Ni siquiera sabemos dónde tiene su base el emperador. Que nosotros sepamos, se mueve continuamente.

—Y... —Tragué saliva, temiendo preguntar—. ¿La identidad del emperador?

—Lo único que sabemos es que utiliza el monograma «NH». De Neos Helios.

Una ardilla de tierra imaginaria se abrió paso a mordiscos por mi columna.

—Es griego. Significa «Nuevo Sol».

—Exacto —convino Grover—. No es el nombre de un emperador romano.

No, pensé. Pero era uno de mis títulos favoritos.

Decidí no compartir esa información; al menos allí a oscuras, con un sátiro nervioso por toda compañía. Si confesaba lo que sabía, Grover y yo podíamos romper a llorar abrazados el uno al otro, cosa que no solo sería bochornosa, sino también de poca ayuda.

Dejamos atrás la verja del barrio: PALMERAS DEL DESIERTO. (¿De verdad alguien había cobrado por inventarse ese nombre?). Seguimos hasta la calle comercial más próxima, donde había luces de restaurantes de comida rápida y gasolineras.

—Esperaba que Mellie y Gleeson tuvieran información nueva —dijo Grover—. Han estado en Los Ángeles con unos semidioses. Creía que a lo mejor habrían tenido más suerte siguiendo al emperador o buscando el centro de la maraña.

—¿A eso ha venido a Palm Springs la familia Hedge? —pregunté—. ¿A compartir información?

—En parte. —El tono de Grover hacía pensar que la llegada de Mellie y Gleeson respondía a un motivo más siniestro y triste, pero no insistí.

Nos detuvimos en un cruce principal. Al otro lado del bulevar había un almacén de oportunidades con un reluciente letrero rojo: ¡DESMADRE MILITAR DE MARCO! En el aparcamiento solo había un viejo Pinto amarillo aparcado cerca de la entrada.

Volví a leer el letrero de la tienda. Al mirarlo por segunda vez, reparé en que el nombre no era MARCO, sino MACRÓN. Tal vez me había contagiado de la dislexia de los semidioses al pasar demasiado tiempo con ellos.

Desmadre Militar sonaba a la clase de sitio que no me interesaba visitar. Y Macrón a macarrón o... a otra cosa. ¿Por qué ese nombre desató otra manada de ardillas de tierra por mi sistema nervioso?

—Parece cerrado —dije sin entusiasmo—. Debe de estar en otra tienda de excedentes militares.

—No. —Grover señaló el Pinto—. Ese es el coche de Gleeson.

Claro, pensé. Con la suerte que tengo, ¿cómo no iba a serlo?

Me dieron ganas de escapar. No me gustaba la forma en que aquel gigantesco letrero rojo bañaba el asfalto de luz color sangre. Pero Grover Underwood nos había guiado por el Laberinto, y después de tanto hablar de los amigos que había perdido, no iba a permitir que perdiera a otro.

—Bueno —dije—, pues vamos a buscar a Gleeson Hedge.

Los envases familiares deberían ser para las *pizzas* congeladas, no para las granadas

¿Tan difícil podía ser encontrar a un sátiro en una tienda de excedentes militares?

Resultó que bastante.

El Desmadre Militar de Macrón era una extensión sin fin: un pasillo tras otro de material que no interesaría a ningún ejército que se precie. En la entrada, un gigantesco cajón con un letrero de neón morado anunciaba: ¡SALACOTS! ¡COMPRE 3 Y LLÉVESE 1 GRATIS! En un expositor había un árbol de Navidad hecho de bombonas de propano con guirnaldas de mangueras de soplete y un cartel que rezaba: ¡SIEMPRE DE TEMPORADA! Había dos pasillos de medio kilómetro de largo cada uno dedicado exclusivamente a ropa de camuflaje de todos los colores posibles: marrón desierto, verde bosque, gris ártico y rosa chicle, por si tu equipo de operaciones especiales necesitaba infiltrarse en una fiesta de cumpleaños infantil con motivos de princesas.

Encima de cada pasillo había indicadores colgados: PARAÍSO DEL HOCKEY, ANILLAS DE GRANADA, SACOS DE DORMIR, BOLSAS DE CADÁVERES, LÁMPARAS DE QUEROSENO, TIENDAS DE CAMPAÑA, PALOS GRANDES Y PUNTIAGUDOS. Al fondo de la tienda, a un día de caminata más o menos, un inmenso cartel proclamaba: ¡¡¡ARMAS DE FUEGO!!!

Miré a Grover, cuya cara se veía aún más pálida bajo la fuerte luz de los fluorescentes.

—¿Empezamos por el material de *camping*? —pregunté.

Las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo mientras echaba un vistazo a una muestra de pinchos empaladores multicolores.

—Conociendo al entrenador Hedge, irá hacia las pistolas.

De modo que emprendimos la caminata hacia la lejana tierra prometida de
¡¡¡ARMAS DE FUEGO!!!

No me gustaba la iluminación excesivamente intensa de la tienda. No me gustaba la música enlatada excesivamente alegre, ni el aire acondicionado excesivamente frío que hacía que el local pareciera un depósito de cadáveres.

Los pocos empleados de la tienda no nos hicieron caso. Un joven ponía pegatinas de 50 % DE DESCUENTO con una etiquetadora de precios a una hilera de inodoros portátiles Porta-Popó™. Otro empleado permanecía inmóvil con una expresión vaga en la caja rápida, como si hubiera alcanzado el nirvana de puro aburrimiento. Cada trabajador llevaba un chaleco amarillo con el logotipo de Macrón en la parte de atrás: un sonriente centurión romano que hacía un gesto de aprobación juntando el pulgar y el índice.

Tampoco me gustaba ese logotipo.

En la parte delantera de la tienda había una caseta elevada con una mesa de supervisor detrás de una pantalla de plexiglás, como el puesto del alcaide en una cárcel. Allí se hallaba sentado un hombre como un toro, con una calva reluciente y las venas del cuello abultadas. Su camisa de vestir y su chaleco amarillo apenas podían contener los grandes músculos de sus brazos. Sus pobladas cejas blancas le conferían una expresión de sorpresa. Al vernos pasar, su sonrisa me provocó escalofríos.

—Creo que no deberíamos estar aquí —murmuré.

Grover observó al supervisor.

—Estoy seguro de que no hay monstruos. Si los hubiera, los olería. Ese tío es humano.

Sus palabras no me tranquilizaron. Algunas de las personas a las que menos aprecio tenía eran humanas. De todas formas, seguí a Grover y nos adentramos en la tienda.

Como él había predicho, Gleeson Hedge se encontraba en la sección de armas de fuego, llenando su carrito de la compra de miras telescópicas de rifle y escobillas para limpiar cañones mientras silbaba.

Vi por qué Grover lo llamaba «entrenador». Hedge llevaba un pantalón corto de poliéster azul fuerte que dejaba al descubierto sus peludas patas de cabra, una gorra roja calada entre sus pequeños cuernos, un polo blanco y un silbato que le colgaba del cuello, como si esperase que fuesen a llamarlo en cualquier momento para arbitrar un partido de fútbol.

A juzgar por su cara curtida por el sol, parecía mayor que Grover, pero con los sátiros era difícil estar seguro. Maduraban aproximadamente a la mitad de velocidad que los humanos. Por ejemplo, sabía que Grover tenía treinta y tantos años en edad humana, pero solo dieciséis desde el punto de vista de los sátiros. El entrenador podría haber tenido entre cuarenta y cien años en tiempo humano.

—¡Gleeson! —gritó Grover.

El entrenador se volvió y sonrió. Su carrito estaba lleno hasta los topes de carcajes, cajas de munición y lotes de granadas plastificadas que prometían ¡DIVERSIÓN PARA TODA LA FAMILIA!

—¡Hola, Underwood! —dijo—. ¡Qué oportuno! Ayúdame a coger unas minas terrestres.

Grover se estremeció.

—¿Minas terrestres?

—Bueno, solo son carcasas vacías —aclaró Gleeson, señalando una fila de botes metálicos que parecían cantimploras—, pero he pensado que podíamos llenarlos de explosivos y volver a activarlas. ¿Prefieres los modelos de la Segunda Guerra Mundial o los de la época de Vietnam?

—Esto... —Grover me agarró y me empujó hacia delante—. Gleeson, le presento a Apolo.

Gleeson frunció el entrecejo.

—Apolo... ¿Apolo Apolo? —Me escrutó de la cabeza a los pies—. Es aún peor de lo que pensábamos. Chico, tienes que hacer más abdominales.

—Gracias. —Suspiré—. Nunca me lo habían dicho.

—Yo podría ponerte en forma —meditó el entrenador—. Pero antes échame una mano. ¿Minas de fragmentación? ¿Minas antipersona Claymore? ¿Qué opinas?

—Creía que estaba comprando material de *camping*.

Gleeson arqueó las cejas.

—Esto es material de *camping*. Si voy a estar al aire libre con mi mujer y mi hijo escondidos en esa cisterna, me sentiré mucho mejor sabiendo que estoy armado hasta los dientes y rodeado de explosivos de detonación por presión. ¡Tengo una familia que proteger!

—Pero... —Miré a Grover, quien movió la cabeza como diciendo: «Ni lo intentes».

Llegados a este punto, querido lector, te estarás preguntando: «¿Por qué le llevas la contraria, Apolo? ¡Gleeson tiene razón! ¿Por qué perder el tiempo

con espadas y arcos cuando puedes luchar contra los monstruos con minas terrestres y ametralladoras?».

Por desgracia, cuando uno lucha contra fuerzas ancestrales, las armas modernas resultan poco fiables en el mejor de los casos. Los mecanismos de las pistolas y las bombas fabricadas por mortales acostumbran a encasquillarse en situaciones sobrenaturales. Las explosiones pueden dar resultado o no, y la munición corriente solo sirve para molestar a la mayoría de los monstruos. Algunos héroes sí que utilizan armas de fuego, pero su munición debe estar hecha con metales mágicos: bronce celestial, oro imperial, hierro estigio, etc.

Por desgracia, esos materiales son poco frecuentes. Las balas confeccionadas mágicamente son complicadas de usar. Solo se pueden utilizar una vez antes de su desintegración, mientras que una espada hecha de un metal mágico dura milenios. Simplemente no resulta práctico disparar a lo loco cuando luchas contra una gorgona o una hidra.

—Ya tiene un buen surtido de artículos —dije—. Además, Mellie está preocupada. Lleva usted todo el día fuera.

—¡Eso no es cierto! —protestó Hedge—. Un momento. ¿Qué hora es?

—Es de noche —respondió Grover.

El entrenador parpadeó.

—¿En serio? Oh, por todos los discos del *hockey*. Creo que me he entretenido demasiado en el pasillo de las granadas. Bueno, está bien. Supongo...

—Disculpe —dijo una voz a mi espalda.

El grito agudo que sonó después pudo ser de Grover. O posiblemente fue mío, ¿quién sabe? Me di la vuelta y descubrí que el enorme hombre calvo de la caseta del supervisor se nos había acercado sigilosamente por detrás. Era toda una proeza, considerando que medía casi dos metros quince y debía de pesar cerca de ciento cuarenta kilos. Estaba flanqueado por dos empleados que miraban impasiblemente al vacío sosteniendo sendas etiquetadoras de precios.

El encargado sonrió, con sus pobladas cejas blancas arqueándose hacia el cielo y sus dientes de los distintos colores del mármol de las lápidas.

—Siento interrumpir —dijo—. No recibimos a muchos famosos y... tenía que asegurarme. ¿Es usted Apolo? O sea... ¿el Apolo original?

Parecía encantado con la posibilidad. Miré a mis compañeros sátiros. Gleeson asintió con la cabeza. Grover negó enérgicamente.

—¿Y si fuera Apolo? —pregunté al encargado.

—¡Oh, le regalaríamos la compra! —gritó el encargado—. ¡Sacaríamos la alfombra roja!

Qué faena. Nunca había podido resistirme a la alfombra roja.

—Bueno, entonces sí —dije—. Soy Apolo.

El encargado chilló; un sonido parecido al que hizo el jabalí de Erimanto cuando le disparé en los cuartos traseros.

—¡Lo sabía! Soy un gran admirador suyo. Me llamo Macrón. ¡Bienvenido a mi tienda!

Miró a sus dos empleados.

—Sacad la alfombra roja para que podamos enrollar a Apolo. Pero antes demos una muerte rápida e indolora a los sátiros. ¡Qué gran honor!

Los empleados levantaron sus etiquetadoras de precios, listos para rebajarnos a artículos de oferta.

—¡Un momento! —grité.

Los empleados titubearon. De cerca, vi lo mucho que se parecían: las mismas melenas morenas grasientas, los mismos ojos vidriosos, las mismas posturas rígidas. Podrían haber sido gemelos o —una idea horrible se coló en mi cerebro— productos de la misma cadena de montaje.

—Yo, ejem, esto... —dije, lírico hasta el fin—. ¿Y si en realidad no soy Apolo?

La sonrisa de Macrón perdió parte de sus vatios.

—Bueno, entonces tendría que matarle por decepcionarme.

—Vale, soy Apolo —dije—. Pero no puede matar a sus clientes. ¡Esa no es forma de regentar una tienda de excedentes militares!

Detrás de mí, Grover se puso a pelear con el entrenador Hedge, que intentaba desesperadamente abrir un envase familiar de granadas mientras maldecía el embalaje a prueba de manipulaciones.

Macrón juntó sus manos rollizas.

—Ya sé que es una grosería terrible. Le pido disculpas, lord Apolo.

—Entonces..., ¿no nos matará?

—Bueno, ya le he dicho que no voy a matarlo. El emperador tiene planes para usted. ¡Lo necesita vivo!

—Planes —repetí.

Detestaba los planes. Me recordaban cosas fastidiosas como las reuniones para fijar objetivos que Zeus organizaba una vez al siglo o los ataques peligrosísimos. O a Atenea.

—Pe-pero ¿y mis amigos? —tartamudeé—. No puede matar a los sátiros. ¡Y un dios de mi talla no puede ser enrollado en una alfombra roja sin su

séquito!

Macrón observó a los sátiros, que seguían peleándose por las granadas envueltas en plástico.

—Hum —murmuró—. Lo siento, lord Apolo, pero puede que esta sea mi única oportunidad de volver a ganarme el favor del emperador. Estoy bastante seguro de que no le interesan los sátiros.

—¿Quiere decir... que ha perdido el favor del emperador?

Macrón lanzó un suspiro. Empezó a arremangarse como si le esperase una ardua y tediosa matanza de sátiros.

—Me temo que sí. ¡Desde luego yo no pedí que me desterrasen a Palm Springs! Lamentablemente, el *princeps* es muy exigente con sus fuerzas de seguridad. Mis tropas fallaron demasiadas veces, y nos envió aquí. Nos sustituyó por ese horrible hatajo de estriges, mercenarios y orejones. ¿Se lo puede creer?

Ni me lo podía creer ni lo entendía. ¿Orejones?

Examiné a los dos empleados, que seguían inmóviles, con la mirada perdida y el rostro inexpresivo.

—Sus empleados son autómatas —comprendí—. ¿Estos son los antiguos soldados del emperador?

—Desgraciadamente, sí —contestó Macrón—. Pero son muy competentes. Cuando le entregue al emperador, seguro que lo entenderá y me perdonará.

Las mangas le quedaban ahora por encima de los codos y dejaban a la vista unas viejas cicatrices blancas, como si muchos años atrás una víctima desesperada le hubiera arañado los antebrazos...

Me acordé del sueño del palacio imperial y del pretor arrodillado ante su nuevo emperador.

Recordé tardíamente el nombre de ese pretor.

—Nevio Sutorio Macrón.

Macrón sonrió a sus empleados robóticos.

—No me puedo creer que Apolo se acuerde de mí. ¡Qué honor!

Sus empleados robóticos permanecieron impertérritos.

—Usted mató al emperador Tiberio —dije—. Lo ahogó con una almohada.

Macrón pareció avergonzado.

—Bueno, ya estaba muerto en un noventa por ciento. Yo simplemente agilicé las cosas.

—Y lo hizo por... —un burrito helado de pavor cayó en mi estómago— el siguiente emperador. Neos Helios. ¿No es así?

Macrón asintió con la cabeza, entusiasmado.

—¡Exacto! ¡El único e incomparable Cayo Julio César Augusto Germánico!

Extendió los brazos como si esperase un aplauso.

Los sátiros dejaron de luchar. Hedge siguió mordiendo el envase de granadas, aunque hasta a sus dientes de sátiro les estaba costando arrancar el grueso plástico.

Grover retrocedió e interpuso el carrito entre él y los empleados de la tienda.

—¿Ca-cayo quién? —Me miró—. ¿Qué quiere decir eso, Apolo?

Tragué saliva.

—Quiere decir que nos toca correr. ¡Ahora!

Volamos algunas cositas.
¿Creías que ya había explotado todo?
Pues no, encontramos más cosas

La mayoría de los sátiros destacan a la hora de huir.

Sin embargo, Gleeson Hedge no era como la mayoría. Él cogió una escobilla para limpiar armas del carrito, gritó «¡¡¡Muere!!!» y atacó al encargado de ciento cuarenta kilos.

Incluso los autómatas se quedaron tan sorprendidos que no reaccionaron, un detalle que probablemente salvó la vida a Hedge. Yo agarré al sátiro por el cuello y lo arrastré hacia atrás cuando los empleados empezaron a disparar alocadamente etiquetas de descuento naranjas que volaron por encima de nuestras cabezas.

Tiré de Gleeson por el pasillo mientras él lanzaba una patada feroz y volcaba el carrito de la compra a los pies de nuestros enemigos. Otra etiqueta de descuento me rozó el brazo con la fuerza del guantazo de una titana furiosa.

—¡Cuidado! —gritó Macrón a sus hombres—. ¡Necesito a Apolo entero, no a mitad de precio!

Gleeson intentó agarrarse a los estantes, cogió un ejemplar de demostración del cóctel molotov con encendido automático de Macrón™ (¡COMPRE UNO Y LLÉVESE DOS GRATIS!) y se lo lanzó a los empleados de la tienda profiriendo el grito de guerra «¡Tomad excedente!».

Macrón chilló cuando el cóctel molotov aterrizó en medio de las cajas de munición desperdigadas de Gleeson y, como bien avisaba la publicidad, estalló en llamas.

—¡Arriba! —El entrenador me placó por la cintura. Me echó al hombro como un saco de balones de fútbol, escaló los estantes en un colosal despliegue de montañismo caprino y saltó al siguiente pasillo mientras las cajas de munición explotaban detrás de nosotros.

Caímos en un montón de sacos de dormir enrollados.

—¡Corre, corre! —gritó, como si a mí no se me hubiera ocurrido la idea.

Lo seguí con dificultad; me zumbaban los oídos. En el pasillo que acabábamos de abandonar, oí golpes y gritos como si Macrón corriera por encima de una sartén caliente llena de palomitas de maíz.

No vi rastro de Grover.

Cuando llegamos al final del corredor, un dependiente dobló la esquina con su etiquetadora levantada.

—¡Buenas! —Hedge le asestó una patada giratoria.

Se trataba de un movimiento de notoria dificultad. Incluso Ares a veces se caía y se partía la rabadilla practicándolo en su *dojo* (mira el vídeo «Ares patético» que se hizo viral en el monte Olimpo el año pasado, y que yo, desde luego, *no* subí a la red).

Para mi sorpresa, el entrenador Hedge la ejecutó a la perfección. Su pezuña impactó en la cara del dependiente autómatas y le arrancó la cabeza de cuajo. El cuerpo cayó de rodillas y se desplomó hacia delante, mientras los cables del cuello echaban chispas.

—Hala. —Gleeson examinó su pezuña—. ¡La cera acondicionadora Cabra de Hierro funciona realmente!

El cuerpo decapitado del empleado me recordó los blemias de Indianápolis, que perdían sus cabezas falsas a menudo, pero no tenía tiempo para recrearme en el terrible pasado cuando tenía un terrible presente al que enfrentarme.

Detrás de nosotros, Macrón gritó:

—Oh, ¿qué han hecho ahora?

Estaba al fondo del pasillo, con la ropa manchada de hollín y el chaleco amarillo tan agujereado que parecía un trozo humeante de queso gruyer. Sin embargo —qué suerte la mía—, parecía ileso. El segundo empleado se encontraba detrás de él, aparentemente indiferente al hecho de que su cabeza robótica estaba en llamas.

—Apolo —me reprendió Macrón—, es inútil luchar contra mis autómatas. Esto es una tienda de excedentes militares. Tengo cincuenta más en el almacén.

Miré al entrenador.

—Larguémonos de aquí.

—Sí. —Gleeson cogió un mazo de *croquet* de un estante cercano—. Puede que cincuenta sean demasiados hasta para mí.

Rodeamos las tiendas de campaña y serpenteamos por el Paraíso del Hockey tratando de volver a la entrada de la tienda. A pocos pasillos de allí, Macrón daba órdenes a gritos:

—¡A por ellos! ¡No dejaré que me obliguen a suicidarme otra vez!

—¿Otra vez? —murmuró Gleeson, agachándose debajo del brazo de un maniquí de *hockey*.

—Trabajó para el emperador. —Yo jadeaba procurando no quedarme atrás—. Viejos amigos. Pero... —jadeo— el emperador no se fiaba de él. Ordenó lo detuvieran... —jadeo— y ejecutasen.

Nos detuvimos al final de un pasillo. El entrenador se asomó a la esquina buscando señales de hostiles.

—¿Y Macrón se suicidó? —preguntó—. Qué imbécil. ¿Por qué vuelve a trabajar para el emperador si ese tío quiso matarlo?

Me sequé el sudor de los ojos. Sinceramente, ¿por qué tenían que sudar tanto los cuerpos de los mortales?

—Me imagino que el emperador lo resucitó y le dio una segunda oportunidad. Los romanos tienen unas ideas muy raras sobre la lealtad.

Gleeson gruñó.

—Hablando del tema, ¿dónde está Grover?

—Llegando a la Cisterna, si es listo.

Él frunció el entrecejo.

—No. No creo que haya hecho eso. Bueno... —Señaló hacia delante, donde las puertas correderas de cristal daban al aparcamiento. Su Pinto amarillo se hallaba a una distancia tentadora; la primera vez en la historia que las palabras «amarillo», «Pinto» y «tentador» aparecen en la misma frase—. ¿Estás listo?

Arremetimos contra las puertas.

Las puertas no colaboraron. Me estampé contra una y reboté. El entrenador aporreó el cristal con su mazo de *croquet* y luego intentó propinarle unas cuantas patadas a lo Chuck Norris, pero ni siquiera sus pezuñas enceradas con Cabra de Hierro le hicieron un rasguño.

—Vaya por los dioses —dijo Macrón detrás de nosotros.

Me volví tratando de contener un gemido. El encargado estaba a seis metros, debajo de una balsa de *rafting* colgada del techo con un cartel que atravesaba la proa: ¡BARCADAS DE DESCUENTOS! Estaba empezando a entender

por qué el emperador había ordenado que detuvieran y ejecutaran a Macrón. Para ser un hombre tan corpulento, se le daba muy bien acercarse a la gente sin hacer ruido.

—Esas puertas de cristal son a prueba de bombas —nos explicó—. En el departamento de bricolaje para refugios nucleares tenemos unas de oferta esta semana, pero supongo que no le servirían de nada.

Aparecieron más empleados con chalecos amarillos procedentes de varios pasillos: una docena de autómatas idénticos, algunos cubiertos de plástico de burbujas como si acabaran de salir del almacén. Formaron un semicírculo irregular detrás del encargado.

Saqué el arco y disparé a Macrón, pero me temblaban tanto las manos que la flecha no dio en el blanco y se incrustó en la frente envuelta en plástico de un autómata con un nítido ¡pop! El robot apenas pareció percatarse.

—Hum. —Macrón hizo una mueca—. Es usted totalmente mortal, ¿verdad? Supongo que es cierto eso que dice la gente: «Nunca conozcas a tus dioses. Solo conseguirás llevarte una decepción». Espero que quede suficiente de usted para que la amiga mágica del emperador pueda trabajar.

—¿Suficiente de m-mí? —dije tartamudeando—. ¿A-amiga mágica?

Esperé a que Gleeson Hedge hiciera algo inteligente y heroico. Seguro que tenía una bazuca portátil en el bolsillo de sus pantalones cortos. O a lo mejor su silbato de entrenador era mágico. Pero parecía que se sentía tan acorralado y desesperado como yo, y no era justo. Estar acorralado y desesperado era cosa mía.

Macrón hizo crujir los nudillos.

—Es una lástima, la verdad. Yo soy mucho más leal que ella, pero no debo quejarme. ¡Cuando le lleve al emperador, seré recompensado! ¡Mis autómatas recibirán una segunda oportunidad como la guardia personal del emperador! Después, ¿qué más me da? La hechicera puede llevarlo a usted al Laberinto y obrar su magia.

—¿Su-su magia?

Gleeson levantó el mazo de *croquet*.

—Yo me cargaré a todos los que pueda —me murmuró—. Tú busca otra salida.

Agradecía el detalle. Lamentablemente, no creía que el sátiro pudiera conseguirme mucha ventaja. Además, no me gustaba la idea de volver con Mellie, aquella ninfa de las nubes bondadosa y falta de sueño, e informarla de que su marido había muerto a manos de un pelotón de robots envueltos en

plástico de burbujas. ¡Oh, mis simpatías por los mortales me estaban ablandando!

—¿Quién es esa hechicera? —pregunté—. ¿Qué... qué piensa hacer conmigo?

La sonrisa de Macrón era fría y falsa. Yo mismo había esbozado esa sonrisa muchas veces en la antigüedad cada vez que un pueblo griego me rezaba para que los salvara de una plaga y yo tenía que decirles: «Vaya, lo siento, pero yo he provocado esa plaga porque no me gustáis. ¡Que paséis un buen día!».

—Pronto lo verá —prometió Macrón—. Yo no la creí cuando dijo que usted caería de lleno en la trampa, pero aquí está. Ella predijo que sería incapaz de resistirse al Laberinto en Llamas. En fin. ¡Miembros del equipo del Desmadre Militar, matad al sátiro y atrapad al antiguo dios!

Los autómatas avanzaron arrastrando los pies.

Al mismo tiempo, una mancha borrosa verde, roja y marrón me llamó la atención cerca del techo: una figura de sátiro que saltó de la parte superior del pasillo más próximo, se columpió de un fluorescente y cayó en la balsa de *rafting* colgada sobre la cabeza de Macrón.

Antes de que yo pudiera gritar «¡Grover Underwood!», la balsa aterrizó encima del encargado y sus secuaces y los sepultó bajo una barcada de descuentos. Grover escapó de un salto con un remo en la mano y gritó:

—¡Vamos!

La confusión nos brindó unos instantes para huir, pero con las puertas de salida cerradas a cal y canto, solo pudimos adentrarnos en la tienda.

—¡Muy buena! —Gleeson dio una palmadita a Grover en la espalda mientras atravesábamos corriendo el departamento de camuflaje—. ¡Sabía que no nos abandonarías!

—Sí, pero aquí dentro no hay naturaleza por ninguna parte —se quejó Grover—. Ni plantas. Ni tierra. Ni luz natural. ¿Cómo se supone que vamos a luchar en estas condiciones?

—¡Pistolas! —propuso el entrenador.

—La sección de pistolas está completamente incendiada —dijo Grover— gracias a cierto cóctel molotov y unas cajas de munición.

—¡Maldición! —exclamó Gleeson.

Pasamos por delante de una muestra de armas de artes marciales, y al entrenador se le iluminaron los ojos. Rápidamente cambió su mazo de *croquet* por unos *nunchakus*.

—¡Esto ya es otra cosa! ¿Qué queréis, unos *shurikens* o una *kusarigama*, chicos?

—Yo quiero escapar —dijo Grover, agitando su remo—. ¡Entrenador, ha de dejar de pensar en atacar de frente! ¡Tiene familia!

—¿Crees que no lo sé? —gruñó—. Intentamos instalarnos con los McLean en Los Ángeles, y mira lo bien que nos ha salido.

Ya me había imaginado que había una historia detrás —¿por qué habían venido aquí desde Los Ángeles y por qué Gleeson parecía tan resentido?—, pero tal vez el mejor momento para hablar del asunto no era mientras huíamos de unos enemigos en una tienda de excedentes militares.

—Propongo que busquemos otra salida —dije—. Podemos escapar y discutir sobre armas ninja al mismo tiempo.

Ese arreglo pareció satisfacerlos a los dos.

Pasamos a toda velocidad por delante de unas piscinas hinchables (¿qué tenían esos artículos de excedentes militares?), doblamos una esquina y vimos delante de nosotros, en la esquina del fondo del edificio, unas puertas dobles con el letrero SOLO PERSONAL AUTORIZADO.

Grover y Hedge se adelantaron corriendo y me dejaron jadeando detrás. En algún lugar cercano, la voz de Macrón gritó:

—¡No puede escapar, Apolo! Ya he llamado al Caballo. Llegará en cualquier momento.

¿El caballo?

¿Por qué esa palabra hacía vibrar un acorde de si mayor de terror absoluto por mis huesos? Busqué una respuesta clara en mis confusos recuerdos, pero no hallé nada.

Lo primero que me planteé fue que a lo mejor el Caballo era un nombre de guerra. Tal vez el emperador había contratado a un luchador malvado vestido con una capa de satén negra, unos calzoncillos de licra brillantes y un casco con forma de cabeza de caballo.

Lo segundo que me planteé fue por qué Macrón podía pedir ayuda cuando a mí me estaba prohibido. Las comunicaciones de los semidioses habían sido saboteadas mágicamente durante meses, los teléfonos se cortocircuitaban, los ordenadores se derretían, los iris-mensajes y los pergaminos mágicos no funcionaban, y, sin embargo, nuestros enemigos no tenían problemas para enviarse mensajes del tipo «Apolo, mi ksa. Dónde stás tú? Ayúdame a kargármelo!».

No era justo.

Lo justo habría sido que yo hubiera recuperado mis poderes divinos y hubiera volado en pedacitos a nuestros enemigos.

Cruzamos las puertas con el rótulo SOLO PERSONAL AUTORIZADO. Dentro había un trastero/zona de carga y descarga lleno de más autómatas cubiertos de plástico de burbujas, todos silenciosos e inmóviles como los asistentes a una fiesta de inauguración de una casa de Hestia. (Puede que fuera la diosa del hogar familiar, pero esa señora no tenía ni idea de dar una fiesta).

Los dos sátiros pasaron por delante de los robots corriendo y empezaron a tirar de la persiana metálica de garaje que cerraba la zona de carga y descarga.

—Cerrada. —Gleeson golpeó la persiana con su *nunchaku*.

Miré a través de las ventanitas de plástico de las puertas de personal. Macrón y sus secuaces corrían en dirección a nosotros.

—¿Escapamos o nos quedamos? —pregunté—. Están a punto de acorralarnos otra vez.

—¿Qué tienes, Apolo? —preguntó el entrenador.

—¿A qué se refiere?

—¿Qué as te guardas en la manga? Yo preparé el cóctel molotov. Grover lanzó la balsa. Te toca. ¿Fuego divino, por ejemplo? Nos vendría bien un poco de fuego divino.

—¡No guardo nada de fuego divino en las mangas!

—Nos quedamos —decidió Grover. Me lanzó su remo de balsa—. Apolo, bloquea esas puertas.

—Pero...

—¡No dejes entrar a Macrón!

Meg debía de haberle dado clases de reafirmación personal. Corrí a hacer lo que me había ordenado.

—Entrenador —continuó Grover—, ¿puede tocar una canción de apertura para la puerta de la zona de carga?

Gleeson gruñó.

—Hace años que no lo hago, pero lo intentaré. ¿Qué harás tú?

Grover estudió a los autómatas inactivos.

—Una cosa que me enseñó mi amiga Annabeth. ¡Deprisa!

Introduje el remo a través de los picaportes de las puertas y acto seguido acerqué un poste del que colgaba una pelota y lo apoyé contra la puerta. Gleeson empezó a tocar una melodía con el silbato del entrenador: «The Entertainer», de Scott Joplin. Nunca había pensado en el silbato como un instrumento musical, y la interpretación del sátiro no me hizo cambiar de opinión.

Mientras tanto, Grover arrancó el plástico del autómeta más cercano y le dio un golpecito con los nudillos en la frente. La máquina emitió un sonido metálico hueco.

—Bronce celestial, sin duda —concluyó el sátiro—. ¡Podría funcionar!

—¿Qué vas a hacer? —pregunté—. ¿Derretirlos para fabricar armas?

—No, activarlos para que nos hagan caso.

—¡No nos ayudarán! ¡Son de Macrón!

Hablando del pretor, Macrón empujó las puertas y sacudió el remo y el poste.

—¡Venga ya, Apolo! ¡Deje de dar problemas!

Grover quitó el plástico con burbujas de otro autómeta.

—Durante la batalla de Manhattan —dijo—, cuando estábamos luchando contra Cronos, Annabeth nos habló de una orden de anulación grabada en la memoria de los autómetas.

—¡Eso solo es para las estatuas públicas de Manhattan! —repuse—. ¡Cualquier dios que se precie lo sabe! No puedes esperar que estos trastos respondan a «secuencia de órdenes: Dédalo veintitrés».

Inmediatamente, como en un siniestro episodio de *Doctor Who*, los autómetas envueltos en plástico se pusieron firmes y se volvieron para mirarme.

—¡Sí! —chilló Grover alegremente.

Yo no me sentí tan alegre. Acababa de activar una sala llena de trabajadores temporales metálicos más propensos a matarme que a obedecerme. No tenía ni idea de cómo había descubierto Annabeth Chase que la orden de Dédalo se podía utilizar con cualquier autómeta. Por otra parte, ella había logrado rediseñar mi palacio en el monte Olimpo con una acústica perfecta y altavoces con sonido Surround en el cuarto de baño, de modo que su inteligencia no debería haberme sorprendido.

El entrenador Hedge siguió tocando a Scott Joplin. La puerta de la zona de carga y descarga no se movía. Macrón y sus hombres golpeaban contra mi barricada improvisada y estuvieron a punto de lograr que se me escapase el poste de las manos.

—¡Apolo, habla con los autómetas! —dijo Grover—. Están esperando tus órdenes. ¡Diles que inicien el Plan Termópilas!

No me gustaba que me recordasen las Termópilas. Muchos espartanos valerosos y atractivos habían muerto en esa batalla defendiendo a Grecia de los persas. Pero hice lo que me dijo.

—¡Iniciad el Plan Termópilas!

En ese momento, Macrón y sus doce sirvientes cruzaron las puertas: partieron el remo, derribaron el poste del que colgaba la pelota y me lanzaron en medio de mis nuevos amigos metálicos.

Macrón se detuvo tambaleándose, con seis secuaces desplegados a cada lado.

—¿Qué es esto? ¡No puede activar a mis autómatas, Apolo! ¡No los ha pagado! ¡Miembros del equipo del Desmadre Militar, atrapad a Apolo! ¡Haced pedazos a los sátiros! ¡Poned fin a esos pitidos infernales!

Dos cosas nos salvaron de una muerte instantánea. Primero, Macrón cometió el error de dar demasiadas órdenes al mismo tiempo. Como cualquier maestro te podrá confirmar, un director de orquesta nunca debe ordenar simultáneamente que los violines vayan más rápido, los timbales bajen y los metales vayan *in crescendo*. (Personalmente, yo habría ido a por el silbador sin ninguna contemplación).

¿La otra cosa que nos salvó? En lugar de hacer caso a Macrón, nuestros nuevos amigos los trabajadores temporales empezaron a poner en práctica el Plan Termópilas. Avanzaron arrastrando los pies y entrelazaron los brazos y rodearon al encargado y a sus compañeros, que trataron de evitar torpemente a sus colegas robóticos y chocaron unos con otros confundidos. (La escena me recordaba cada vez más una fiesta de inauguración de Hestia).

—¡Parad! —chilló Macrón—. ¡Os ordeno que paréis!

Eso no hizo más que aumentar la confusión. Sus leales secuaces se pararon en seco y dejaron que nuestros monigotes manejados por Dédalo rodearan al grupo de hostiles.

—¡No, vosotros no! —gritó Macrón a sus máquinas—. ¡Vosotros no os paréis! ¡Seguid luchando!

Sus palabras no contribuyeron a aclarar la situación.

Los monigotes de Dédalo rodearon a sus camaradas y los estrujaron dándoles un enorme abrazo de grupo, y a pesar de su tamaño y su fuerza, Macrón quedó atrapado en el centro retorciéndose y empujando inútilmente.

—¡No! ¡No puedo...! —Escupió plástico de burbujas por la boca—. ¡Socorro! ¡El Caballo no puede verme así!

Los monigotes de Dédalo empezaron a emitir un zumbido desde lo más profundo de su pecho, como un motor que no funciona en la marcha adecuada. De las junturas de sus cuellos comenzó a salir humo.

Retrocedí como hace uno cuando un grupo de robots empieza a echar humo.

—Grover, ¿en qué consiste exactamente el Plan Termópilas?

El sátiro tragó saliva.

—Ejem, tienen que mantenerse firmes para que nosotros podamos retirarnos.

—Entonces, ¿por qué echan humo? —pregunté—. ¿Y por qué están empezando a ponerse rojos?

—Vaya, hombre. —Grover se mordió el labio inferior—. Es posible que hayan confundido el Plan Termópilas con el Plan Petersburg.

—¿Y eso quiere decir...?

—Que puede que estén a punto de sacrificarse explotando.

—¡Entrenador! —grité—. ¡Pite mejor!

Me lancé sobre la persiana de la zona de carga y descarga, introduje los dedos por debajo de la parte inferior y la levanté con todas mis patéticas fuerzas de mortal. Me puse a silbar la frenética melodía de Gleeson. Incluso bailé un poco de claqué, pues es bien sabido que acelera los hechizos musicales.

Detrás de nosotros, Macrón chilló:

—¡Caliente! ¡Caliente!

Empecé a notar un calor incómodo en la ropa, como si estuviese sentado en el borde de una hoguera. Después de la experiencia con el muro de llamas en el Laberinto, no quería arriesgarme con un abrazo de grupo/explosión en ese cuartito.

—¡Levanta! —grité—. ¡Pita!

Grover se unió a nuestra desesperada interpretación de Joplin. Finalmente, la persiana de la zona de carga y descarga empezó a ceder y chirrió en señal de protesta cuando la levantamos unos centímetros del suelo.

Los chillidos de Macrón se volvieron ininteligibles. Los zumbidos y el calor me recordaron cuando mi carro solar despegaba y salía disparado al cielo en una muestra triunfal del poder del sol.

—¡Venga! —grité a los sátiros—. ¡Pasad por debajo!

Me pareció un gesto bastante heroico por mi parte..., aunque para ser sincero esperaba que ellos dijeran: «¡Oh, no, por favor! ¡Los dioses primero!».

No tuvieron ese detalle. Se escurrieron por debajo de la puerta y me la sostuvieron por el otro lado mientras yo trataba de pasar por el hueco. Lamentablemente, me vi obstaculizado por mis malditos michelines. Resumiendo, me quedé atascado.

—¡Vamos, Apolo! —chilló Grover.

—¡Ya lo intento!

—¡Mete la panza, muchacho! —gritó el entrenador.

Nunca había tenido un entrenador personal. Los dioses no necesitamos que alguien nos grite y nos haga pasar vergüenza para que nos esforcemos más. Y, sinceramente, ¿a quién le interesaría ese puesto sabiendo que podías acabar fulminado por un rayo la primera vez que riñeses a tu cliente y le mandases que hiciera cinco flexiones más?

Sin embargo, esa vez me alegré de que me chillasen. Las exhortaciones del entrenador me dieron la motivación adicional que necesitaba para introducir mi cuerpo fofo de mortal por la rendija.

Apenas me había puesto en pie cuando Grover gritó:

—¡Tírate!

Saltamos del borde de la zona de carga y descarga cuando la puerta de acero —que al parecer no era a prueba de bombas— explotó detrás de nosotros.

Llamada a cobro revertido de Caballo.
¿Acepta la comunicación? No, oh, oh,
oh, oh

¡Oh, qué infamia!

Explícame por qué siempre acabo cayendo en contenedores de basura, por favor.

Aun así, debo confesar que ese contenedor en concreto me salvó la vida. El Desmadre Militar de Macrón estalló en una serie de explosiones que sacudieron el desierto e hicieron vibrar las tapas de la apestosa caja metálica que nos dio cobijo. Sudorosos y trémulos, sin apenas poder respirar, los dos sátiros y yo nos acurrucamos en medio de las bolsas de basura y escuchamos el repiqueteo de los desechos que llovieron del cielo: un inesperado aguacero de madera, yeso, cristal y material deportivo.

Después de lo que me parecieron años, me disponía a decir algo —del tipo «Sacadme de aquí o voy a vomitar»— cuando Grover me tapó la boca con la mano. Apenas podía verlo a oscuras, pero sacudió la cabeza urgentemente, con los ojos muy abiertos de inquietud. El entrenador Gleeson Hedge también parecía tenso. Le temblaba la nariz como si oliera algo aún peor que la basura.

Entonces oí el clop, clop, clop de unos cascos contra el asfalto que se acercaban a nuestro escondite.

—Vaya, esto es ideal —masculló una voz grave.

Un hocico de animal olfateó el borde del contenedor; probablemente buscaba a supervivientes. A nosotros.

Procuré no llorar ni hacerme pis en los pantalones. Conseguí una de las dos cosas. Te dejaré que decidas cuál.

Las tapas del contenedor siguieron cerradas. Tal vez la basura y el almacén en llamas enmascaraban nuestro olor.

—Eh, Gran C —dijo la misma voz grave—. Sí. Soy yo.

Por la falta de respuesta audible, deduje que el recién llegado hablaba por teléfono.

—No, el sitio ha desaparecido. No lo sé. Macrón debe de haber...

Hizo una pausa, como si la persona al otro lado de la línea se hubiera puesto a soltar una diatriba.

—Lo sé —dijo el recién llegado—. Puede haber sido una falsa alarma, pero... Oh, porras. Viene la policía humana.

Un momento después, oí un sonido débil de sirenas a lo lejos.

—Podría registrar la zona —propuso el recién llegado—. Ir a ver las ruinas de la colina.

Hedge y Grover se cruzaron una mirada de preocupación. Estaba claro que las ruinas eran nuestro santuario, que en ese momento alojaban a Mellie, al bebé Hedge y a Meg.

—Ya sé que crees que te ocupaste de ese sitio —dijo el recién llegado—, pero sigue siendo peligroso. Te lo aseguro...

Esta vez oí una vocecilla débil echando pestes al otro lado de la línea.

—De acuerdo, C. Sí. ¡Por los juanetes de Júpiter, tranquilízate! Voy a... Está bien, está bien. Vuelvo para allá.

Su suspiro de irritación me indicó que la llamada debía de haber terminado.

—Este chico me va a provocar un cólico —masculló para sí mismo en voz alta el extraño.

Algo golpeó el lateral del contenedor, justo al lado de mi cara. A continuación los cascos se alejaron galopando.

Pasaron varios minutos hasta que me pareció que podía mirar a los sátiros sin peligro. Acordamos silenciosamente que teníamos que salir del contenedor antes de morir de asfixia, de un golpe de calor o por la peste de mis pantalones.

En el exterior, el callejón estaba lleno de pedazos humeantes de metal y plástico retorcido. El almacén era una estructura chamuscada, y las llamas seguían danzando en el interior y añadían más columnas de humo al cielo nocturno lleno de cenizas.

—¿Qui-quién era ese? —preguntó Grover—. Olía a un tío montado a caballo, pero...

El *nunchaku* del entrenador Hedge hizo ruido en sus manos.

—¿Un centauro, quizá?

—No. —Puse la mano en el lateral metálico abollado del contenedor, que ahora lucía la huella inconfundible de una herradura—. Era un caballo. Un caballo parlante.

Los sátiros me miraron fijamente.

—Todos los caballos hablan —dijo Grover—. Solo que lo hacen en su idioma.

—Un momento. —Hedge me miró con el entrecejo fruncido—. ¿Quieres decir que entiendes su lenguaje?

—Sí —contesté—. Ese caballo hablaba en nuestro idioma.

Ellos esperaban que me explicase, pero fui incapaz de seguir hablando. Ahora que ya no corríamos un peligro inmediato y que la adrenalina estaba disminuyendo, se apoderó de mí una profunda desesperación. Si había albergado alguna esperanza de equivocarme con respecto al enemigo al que nos enfrentábamos, esas esperanzas se habían esfumado.

Cayo Julio César Augusto Germánico... Por extraño que parezca, varios romanos antiguos famosos respondían a ese nombre. Pero... ¿el señor de Nevio Sutorio Macrón? ¿El Gran C? ¿Neos Helios? ¿El único emperador romano que poseyó un caballo parlante? Solo podía ser una persona. Una persona terrible.

Las luces intermitentes de los vehículos de emergencias parpadeaban contra las hojas de las palmeras más cercanas.

—Tenemos que largarnos de aquí —dije.

Gleeson Hedge se quedó mirando los escombros de la tienda de excedentes.

—Sí. Vamos a la parte delantera a ver si mi coche ha sobrevivido. Ojalá hubiera sacado un poco de material de *camping* de este embrollo.

—Tenemos algo mucho peor. —Respiré entrecortadamente—. Tenemos la identidad del tercer emperador.

La explosión no había dañado el Ford Pinto amarillo de 1979 del entrenador. Por supuesto que no. Solo un auténtico apocalipsis mundial podía destruir un coche tan horrible. Me senté en la parte trasera, vestido con un pantalón de camuflaje rosa chicle nuevo que habíamos rescatado de entre los

restos de excedentes militares. Me encontraba en tal estado de *shock* que apenas recuerdo haber pasado por Enchiladas del Rey y haber pillado suficientes platos combinados para alimentar a varias docenas de espíritus de la naturaleza.

Cuando volvimos a las ruinas de la cima, convocamos una reunión con los cactus.

La Cisterna estaba abarrotada de dríades de plantas del desierto: Árbol de Josué, Nopal, Aloe Vera y muchas más, que iban vestidas con ropa llena de espinas y procuraban no pincharse unas a otras.

Mellie se desvivía por Gleeson; tan pronto lo colmaba a besos y le decía lo valiente que era como le daba puñetazos y lo acusaba de querer que criase al bebé sola y viuda. El niño —que descubrí que se llamaba Chuck— estaba despierto y nada contento. Cuando su padre intentaba cogerlo en brazos, le daba patadas en la barriga y le tiraba de la perilla con sus puñitos rechonchos.

—Mirando el lado bueno —dijo Gleeson a Mellie—, hemos comprado enchiladas y yo he conseguido un *nunchaku* alucinante.

Ella miró al cielo, tal vez deseando poder retomar su sencilla vida de nube soltera.

En cuanto a Meg McCaffrey, había recobrado la conciencia y tenía mejor aspecto que nunca, únicamente estaba un poco más grasosa debido a los cuidados de Aloe Vera. Se hallaba sentada en el borde de la piscina, dibujando surcos en el agua con los pies y mirando de soslayo a Árbol de Josué, que estaba cerca, meditando elegantemente con su pantalón caqui.

Le pregunté cómo se encontraba —porque soy de lo más atento—, pero ella me rechazó con un gesto de la mano insistiendo en que estaba bien. Creo que mi presencia le daba corte porque intentaba mirar discretamente a Josué, cosa que me hizo poner los ojos en blanco.

«Chica, se te ve a la legua», me apetecía decirle. «No eres nada sutil, y tenemos que hablar urgentemente de lo que pasa cuando te cueles por una dríade masculina».

Sin embargo, no quería que ella me ordenara darme un guantazo, así que mantuve la boca cerrada.

Grover repartió platos de enchilada a todo el mundo. Él no comió nada —una clara señal de lo nervioso que estaba—, pero se paseó por la circunferencia de la piscina tocando su flauta de caña con los dedos.

—Chicos —anunció—, tenemos problemas.

Yo no me habría imaginado a Grover Underwood como un líder. Sin embargo, cuando habló, los demás espíritus de la naturaleza le prestaron toda

su atención. Hasta el pequeño Chuck se calmó y ladeó la cabeza hacia él, como si le pareciera interesante y digno de una patada.

Grover relató todo lo que nos había pasado desde que nos habíamos juntado en Indianápolis. Narró nuestros días en el Laberinto en Llamas: los fosos y los lagos de veneno, la repentina ola de fuego, la bandada de estriges y la rampa que nos había llevado hasta esas ruinas.

El grupo de dríades miraba a su alrededor con nerviosismo, como si se imaginasen la Cisterna llena de lechuzas diabólicas.

—¿Seguro que estamos a salvo? —preguntó una chica baja y rellenita con un acento cantarín y flores rojas en el cabello (o que le brotaban del cabello).

—No lo sé, Reba. —Grover nos miró a Meg y a mí—. Esta es Rebutia, chicos. Reba, para abreviar. Es un trasplante de Argentina.

La saludé con la mano educadamente. Nunca había conocido a un cactus argentino, pero tenía debilidad por Buenos Aires. No puedes decir que has bailado el tango hasta bailar con un dios griego por pareja en La Ventana.

—Creo que esa salida del Laberinto no ha estado siempre ahí —continuó Grover—. Ahora está cerrada. Creo que el Laberinto nos ha ayudado trayéndonos a casa.

—¿Que nos ha ayudado? —Nopal alzó la vista de sus enchiladas de queso—. ¿El mismo Laberinto que alberga un fuego que está destruyendo todo el estado? ¿El mismo Laberinto que hemos estado explorando durante meses buscando sin suerte la causa de los incendios? ¿El mismo Laberinto que se ha tragado una docena de nuestros grupos de búsqueda? ¿Qué pasará entonces cuando el Laberinto se niegue a ayudarnos?

El resto de dríades asintió gruñendo. Algunas se erizaron, literalmente.

Grover levantó las manos para tranquilizar a todo el mundo.

—Ya sé que todos estamos preocupados y decepcionados. Pero el Laberinto en Llamas no representa todo el Laberinto. Y por lo menos ahora tenemos una idea de por qué el emperador lo construyó así. Es por Apolo.

Docenas de espíritus de los cactus se volvieron para mirarme.

—Que quede claro —dije con un hilo de voz— que no es culpa mía. Díselo, Grover. Dile a tus simpáticas..., tus espinosas amigas que no es culpa mía.

El entrenador Hedge gruñó.

—Bueno, un poco sí que lo es. Macrón dijo que el Laberinto en Llamas es una trampa pensada para ti. Probablemente, por el chisme ese del Oráculo que estás buscando.

La mirada de Mellie se desplazaba de su marido a mí y viceversa como si estuviera viendo un partido de *ping-pong*.

—¿Macrón? ¿El chisme del Oráculo?

Le expliqué que Zeus me hacía viajar por todo el país liberando antiguos oráculos como penitencia, porque era un padre así de horrible.

Hedge relató a continuación nuestra divertida sesión de compras en el Desmadre Militar de Macrón. Cuando se despistó hablando de los distintos tipos de minas terrestres que había encontrado, Grover intervino.

—Así que hicimos explotar a Macrón —resumió—, que era un seguidor romano de ese emperador. Nos habló de una especie de hechicera que quiere... no sé, practicar una magia maligna contra Apolo, supongo. Y ayuda al emperador. Y creemos que ha puesto al siguiente Oráculo...

—La sibila eritrea —señalé.

—Eso —convino Grover—. Creemos que la ha puesto en el centro del Laberinto en Llamas como cebo para Apolo. Además, hay un caballo que habla.

A Mellie se le nubló el rostro, como era de esperar considerando que se trataba de una nube.

—Todos los caballos hablan.

Grover explicó lo que habíamos oído en el contenedor. Luego retrocedió y explicó qué hacíamos en el contenedor. Luego explicó que yo me había hecho pis en los pantalones y que por eso llevaba un pantalón de camuflaje rosa chicle.

—Oooh. —Todas las dríades asintieron con la cabeza como si esa fuera la cuestión que realmente les preocupaba.

—¿Podemos volver al problema que nos ocupa? —rogué—. ¡Tenemos una causa común! Vosotras queréis que los incendios se terminen. Yo tengo que liberar a la sibila eritrea. Las dos cosas requieren buscar el centro del Laberinto. Allí encontraremos el origen de las llamas y a la sibila. Simplemente... lo sé.

Meg me observaba con atención como si tratara de decidir qué incómoda orden me daba: «¿Tírate a la piscina?», «¿Abraza a Nopal?», «¿Busca una camiseta que haga juego con tu pantalón?».

—Cuéntame lo del caballo —dijo.

Orden recibida. No tenía alternativa.

—Se llama Incitatus.

—Y habla de una forma que los humanos entienden —concluyó Meg.

—Sí, aunque por lo general solo habla con el emperador. No me preguntes cómo habla. Ni de dónde viene. No lo sé. Es un caballo mágico. El emperador confía en él, probablemente más que en nadie. Cuando gobernaba en la antigua Roma, vestía a Incitatus con el morado senatorial, e incluso intentó nombrarlo cónsul. La gente creía que estaba loco, pero nunca lo estuvo.

Meg se inclinó sobre la piscina y encogió los hombros como si se replegase en su caparazón mental. Para ella, los emperadores siempre eran un tema delicado. Se había criado en casa de Nerón (aunque las palabras «maltratada» y «manipulada» eran más exactas), pero me había entregado al emperador romano en el Campamento Mestizo antes de volver conmigo en Indianápolis: un asunto que habíamos evitado y que no habíamos abordado durante un tiempo. Yo no la culpaba, pobrecilla. De verdad. Pero conseguir que se fiase de mi amistad, que se fiase de alguien después de haber tenido a Nerón como padrastro, era como adiestrar a una ardilla silvestre para que comiera de la mano de una persona. Cualquier ruido fuerte podía hacerla escapar, o morder, o las dos cosas.

(Soy consciente de que no es una comparación justa. Meg muerde mucho más fuerte que una ardilla silvestre).

Finalmente, dijo:

—El verso de la profecía que dice «El amo del caballo blanco y veloz».

Asentí con la cabeza.

—Incitatus pertenece al emperador. O puede que «pertener» no sea el verbo correcto. Incitatus es el brazo derecho del hombre que ahora reclama el oeste de Estados Unidos: Cayo Julio César Germánico.

En ese momento debía sonar un grito ahogado de horror colectivo proferido por las dríades, y quizá un poco de música inquietante de fondo. En cambio, me encontré con unas caras inexpresivas. El único sonido inquietante de fondo que se oyó fue al pequeño Chuck mordiendo la tapa de poliestireno del tercer plato de cena para llevar de su padre.

—Ese Cayo —dijo Meg—. ¿Es famoso?

Me quedé mirando las aguas oscuras de la piscina. Casi deseé que Meg me mandase tirarme y ahogarme. O que me obligase a ponerme una camiseta que hiciera juego con mi pantalón rosa chicle. Cualquier castigo habría sido más llevadero que contestar a su pregunta.

—El emperador es más conocido por su apodo de la infancia —dije—. Que él aborrece, por cierto. La historia lo recuerda como Calígula.

Qué niño más mono, con sus botitas y su sonrisa asesina

¿Conoces el nombre de Calígula, querido lector?

Si no es así, considérate afortunado.

Alrededor de la Cisterna, las dríades de los cactus sacaron sus pinchos, la parte inferior de Mellie se deshizo en niebla y el pequeño Chuck acabó escupiendo un trozo de poliestireno.

—¿Calígula? —Al entrenador Hedge le empezó a temblar el ojo como cuando Mellie amenazaba con quitarle sus armas *ninja*—. ¿Estás seguro?

Ojalá no lo hubiera estado. Ojalá hubiera podido anunciar que el tercer emperador era el anciano y bondadoso Marco Aurelio, o el noble Adriano, o el incompetente de Claudio.

Pero Calígula...

Incluso para los que sabíamos poco sobre él, el nombre de Calígula evocaba las más siniestras y perversas imágenes. Su mandato fue más sangriento e infame que el de Nerón, que había crecido temiendo a su retorcido tío abuelo Cayo Julio César Germánico.

Calígula: sinónimo de asesinato, tortura, locura, exceso. Calígula: el malvado tirano con el que se comparaba a los demás malvados tiranos. Calígula: cuya reputación era peor que la de la marca de automóviles Edsel, el *Hindenburg* y los Black Sox de Chicago juntos.

Grover se estremeció.

—Siempre he odiado ese nombre. ¿Qué significa, por cierto? ¿Asesino de sátiros? ¿Chupasangre?

—Botitas —dije.

El cabello enmarañado color aceituna de Josué se puso de punta, cosa que a Meg le pareció fascinante.

—¿Botitas? —Josué echó un vistazo a la Cisterna, preguntándose tal vez si no había entendido la broma. Nadie reía.

—Sí.

Todavía me acordaba de lo mono que estaba el pequeño Calígula con su uniforme de legionario en miniatura cuando acompañaba a su padre, Germánico, en nuestras campañas militares. ¿Por qué los sociópatas siempre eran tan adorables de niños?

—Los soldados de su padre le pusieron el apodo cuando era un niño —expliqué—. Llevaba unas botas de legionario muy pequeñas, unas *caligae*, y a ellos les parecía graciosísimo. Así que lo llamaron Calígula: Botas Pequeñas, o Patucos, o Botitas. Podéis elegir la traducción que prefiráis.

Nopal pinchó sus enchiladas con el tenedor.

—Por mí, como si se llama Cielito Pimpollo. ¿Cómo podemos vencerlo para que nuestras vidas vuelvan a la normalidad?

Los otros cactus gruñeron y asintieron con la cabeza. Estaba empezando a sospechar que los nopales eran los agitadores natos del mundo de los cactus. Si juntas los suficientes, iniciarán una revolución y derrocarán el reino animal.

—Tenemos que andarnos con cuidado —advertí—. Calígula es un maestro poniendo trampas a sus enemigos. ¿Os suena la expresión «Cavar tu propia tumba»? Se creó para Calígula. Él disfruta de su reputación de loco, pero es una tapadera. Está totalmente cuerdo. Y también es completamente amoral, más aún que...

Me interrumpí. Estaba a punto de decir «más aún que Nerón», pero ¿cómo podía hacer un comentario así delante de Meg, cuya infancia entera había sido emponzoñada por Nerón y su *alter ego*, la Bestia?

«Ten cuidado, Meg», decía siempre Nerón. «Pórtate bien o despertarás a la Bestia. Yo te quiero mucho, pero la Bestia... No me gustaría que hicieras algo malo y terminases sufriendo».

¿Cómo podía cuantificar yo semejante maldad?

—En fin —dije—, Calígula es listo, paciente y paranoico. Si ese Laberinto en Llamas es una trampa compleja, parte de un plan más ambicioso, no será fácil de superar. Y aunque lo encontremos, vencerlo será todo un reto. —Tuve la tentación de añadir: «Puede que no nos interese encontrarlo. A lo mejor deberíamos huir».

Las dríades no tenían esa opción. Estaban arraigadas, literalmente, a la tierra en la que crecían. Los trasplantes como Reba eran raros. Pocos espíritus de la naturaleza podían sobrevivir si los plantaban en una maceta y los trasladaban a un nuevo medio. Aunque todas las dríades allí presentes consiguieran escapar de los incendios del sur de California, miles más se quedarían y arderían.

Grover se estremeció.

—Si la mitad de las cosas que he oído sobre Calígula son verdad...

Hizo una pausa; al parecer se percató de que todo el mundo lo estaba observando y evaluando si debían dejarse llevar por el pánico a partir de las reacciones del sátiro. Yo, por mi parte, no quería estar en medio de una sala llena de cactus gritando y corriendo de un lado a otro.

Afortunadamente, Grover no perdió los nervios.

—Nadie es invencible —declaró—. Ni titanes ni gigantes ni dioses..., y menos aún un emperador romano que se llama Botitas. Ese tío está haciendo que el sur de California se marchite y muera. Él está detrás de las sequías, el calor y los incendios. Tenemos que encontrar la forma de detenerlo. Apolo, ¿cómo murió Calígula la primera vez?

Hice memoria. Como siempre, el disco duro mortal que tenía por cerebro estaba lleno de lagunas, pero me acordé de un túnel oscuro atestado de guardias pretorianos apiñados alrededor del emperador, con sus cuchillos brillantes y resplandecientes de sangre.

—Lo mataron sus propios guardias —dije—, y seguro que eso lo ha hecho todavía más paranoico. Macrón dijo que el emperador cambiaba continuamente su guardia personal. Primero los autómatas sustituyeron a los pretores. Luego los cambió por mercenarios y estriges y... ¿orejones? No sé qué significa eso.

Una dríade resopló indignada. Supuse que era Cholla, ya que parecía una *Cylindropuntia cholla*: pelo blanco escaso, barba blanca rizada y grandes orejas con forma de raquetas cubiertas de púas.

—¡Ninguna persona decente con orejas grandes trabajaría para semejante bellaco! ¿No tiene más puntos débiles? ¡Debe de tener alguno más!

—¡Sí! —terció el entrenador Hedge—. ¿Le dan miedo las cabras?

—¿Es alérgico a la savia de cactus? —preguntó esperanzada Aloe Vera.

—No que yo sepa —dije.

Las dríades reunidas se quedaron decepcionadas.

—Recibisteis una profecía en Indiana, ¿no? —preguntó Josué—. ¿No hay alguna pista en ella?

Tenía un tono escéptico, y yo podía entenderlo. Una profecía indiana no sonaba igual de bien que una profecía délfica.

—Tengo que encontrar el «palacio del oeste» —dije—. Debe de ser la base de operaciones de Calígula.

—Nadie sabe dónde está —masculló Nopal.

Puede que fueran imaginaciones mías, pero me dio la impresión de que Mellie y Gleeson intercambiaron una mirada de inquietud. Esperé a que dijeran algo, pero permanecieron callados.

—Otra pista de la profecía —continué—. Tengo que «arrancarle el aliento de la recitadora del crucigrama». Creo que quiere decir que tengo que liberar a la sibila eritrea de su control.

—¿Tiene crucigramas esa sibila? —preguntó Reba—. A mí me gustan los crucigramas.

—El Oráculo le dio las profecías en forma de acertijos —expliqué—. Como crucigramas. O acrósticos. La profecía también anunciaba que Grover nos traería aquí, y que durante los próximos días pasarán cosas terribles en el Campamento Júpiter...

—La luna nueva —murmuró Meg—. Es dentro de poco.

—Sí. —Procuré contener la irritación. Parecía que Meg quisiera que yo estuviera en dos sitios al mismo tiempo, algo que no habría supuesto ningún problema para Apolo el dios. Pero Lester el humano a duras penas lograba estar en un solo lugar.

—Hay otro verso —recordó Grover—. «Para recorrer el camino con las botas de tu adversario». ¿Puede tener algo que ver con las botitas de Calígula?

Me imaginé mis gigantescos pies de chico de dieciséis años apretujados en unos zapatitos militares de piel para un niño pequeño. Me empezaron a doler los dedos de los pies.

—Espero que no —contesté—. Pero si lográramos liberar del Laberinto en Llamas a la sibila, estoy seguro de que nos ayudaría. Me gustaría contar con más información antes de correr a enfrentarme a Calígula en persona.

Otras cosas que me habrían gustado: recuperar mis poderes divinos, todas las armas del Desmadre Militar de Macrón cargadas y con el seguro puesto en manos de un ejército de semidioses, una carta de disculpa de mi padre Zeus en la que me prometiera que no volvería a transformarme en humano y un baño. Pero como se suele decir, a falta de Apolo, bueno es Lester.

—Volvemos al punto de partida —dijo Josué—. Tú necesitas liberar al Oráculo. Nosotros necesitamos que el fuego se apague. Para eso necesitamos recorrer el Laberinto, pero nadie sabe cómo hacerlo.

Gleeson Hedge se aclaró la garganta.

—Puede que alguien lo sepa.

Nunca tantos cactus habían mirado fijamente a un sátiro.

Cholla se acarició su barba blanca rala.

—¿Quién es ese alguien?

Hedge se volvió hacia su esposa, como diciendo: «Todo tuyo, tesoro».

Mellie dedicó unos microsegundos más a reflexionar sobre el cielo nocturno y tal vez sobre su antigua vida como soltera nebulosa.

—La mayoría de vosotros sabéis que hemos estado viviendo con los McLean —dijo.

—La familia de Piper McLean —expliqué—, hija de Afrodita.

Me acordaba de ella: se encontraba entre los siete semidioses que habían zarpado a bordo del *Argo II*. De hecho, había abrigado la esperanza de llamarlos a ella y a su novio, Jason Grace, cuando estaba en el sur de California para ver si estaban dispuestos a vencer al emperador y liberar al Oráculo por mí.

Un momento. Tacha eso. Evidentemente, quería decir que esperaba que me ayudasen a lograr esas cosas.

Mellie asintió con la cabeza.

—Yo fui la ayudante personal del señor McLean. Gleeson ejercía de padre y de amo de casa, y lo hacía estupendamente...

—¿Verdad que sí? —convino él, dándole al pequeño Chuck la cadena del *nunchaku* para que la mordiese.

—Hasta que todo se torció —continuó Mellie suspirando.

Meg McCaffrey ladeó la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Es una larga historia —dijo la ninfa de las nubes en un tono que daba a entender: «Te lo contaría, pero luego tendría que convertirme en un nubarrón y llorar a mares y fulminarte con un rayo»—. El caso es que hace un par de semanas Piper soñó con el Laberinto en Llamas. Creía que había encontrado una forma de llegar al centro. Se fue a investigar con... ese chico, Jason.

«Ese chico». Mi perspicacia me decía que Mellie no estaba contenta con Jason Grace, hijo de Júpiter.

—Cuando volvieron... —la ninfa hizo una pausa, y su mitad inferior se arremolinó en una espiral de materia de nube—. Dijeron que habían fracasado, pero creo que no contaron toda la verdad. Piper insinuó que habían encontrado algo allí abajo que... les había sacudido.

Pareció que los muros de la Cisterna crujiesen y se moviesen en medio del refrescante aire nocturno, como si vibrasen compasivamente con la palabra «sacudido». Pensé en el sueño en el que la sibila encadenada pedía disculpas a alguien después de darle una terrible noticia: «Lo siento. Te salvaría si pudiera. La salvaría a ella».

¿Se dirigía a Jason, a Piper o a los dos? Si era así y en realidad habían encontrado el Oráculo...

—Necesitamos hablar con esos semidioses —decidí.

Mellie agachó la cabeza.

—No puedo llevaros. Volver... me partiría el corazón.

Hedge pasó al pequeño Chuck al otro brazo.

—Yo podría...

Mellie le lanzó una mirada de advertencia.

—No, yo tampoco puedo —murmuró Hedge.

—Yo os llevaré —se ofreció Grover, aunque parecía más agotado que nunca—. Sé dónde está la casa de McLean. Pero, ejem, ¿podríamos esperar a mañana por la mañana?

Una sensación de alivio se apoderó de las dríades reunidas. Sus púas se relajaron. La clorofila volvió a su tez. Grover no había resuelto sus problemas, pero les había dado esperanza: la sensación de que al menos podíamos hacer algo.

Contemplé el círculo de cielo naranja brumoso que se alzaba por encima de la Cisterna. Pensé en los incendios que resplandecían hacia el oeste, y en lo que podía estar pasando hacia el norte en el Campamento Mestizo. Sentado en el fondo de un pozo en Palm Springs, sin poder ayudar a los semidioses romanos ni saber lo que les estaba ocurriendo, podía empatizar con las dríades: arraigadas a la tierra, observando con desesperación cómo el fuego descontrolado se acercaba más y más.

No quería frustrar sus nuevas esperanzas, pero me sentí en la obligación de decir:

—Hay más. Es posible que vuestro santuario deje de ser seguro.

Les conté lo que Incitatus le había dicho a Calígula por teléfono. Y no, nunca pensé que informaría de una conversación entre un caballo parlante y un emperador romano muerto.

Aloe Vera se puso a temblar y sacudió varias espinas triangulares de su cabello con gran valor medicinal.

—¿Có-cómo saben que existe Aeithales? ¡Nunca nos han molestado aquí! Grover hizo una mueca.

—No lo sé. Pero... el caballo insinuó que Calígula fue quien lo destruyó hace años. Dijo algo así como: «Ya sé que crees que te ocupaste de ese sitio, pero sigue siendo peligroso».

La cara marrón corteza de Josué se puso todavía más oscura.

—No tiene sentido. Ni siquiera nosotros sabemos qué era este lugar.

—Una casa —dijo Meg—. Una casa grande construida sobre pilotes. Estas cisternas... servían de columnas de apoyo, refrigeración geotérmica, suministro de agua.

Las dríades se erizaron de nuevo. No dijeron nada y esperaron a que Meg continuase.

Ella retiró los pies mojados, un gesto que le hizo parecer una ardilla nerviosa a punto de marcharse dando brincos. Me acordé de que había querido irse de allí en cuanto habíamos llegado y de que nos había advertido que era peligroso. Recordé un verso de la profecía del que aún no habíamos hablado: «La hija de Deméter encontrará sus raíces de antaño».

—Meg —dije, lo más delicadamente posible—, ¿de qué conoces este sitio?

Su expresión se volvió tensa pero desafiante, como si no supiera si romper a llorar o pelearse conmigo.

—Fue mi hogar —respondió—. Mi padre construyó Aeithales.

Prohibido tocar al dios a menos que
tengas buenas visiones y te laves las
manos

No se hace algo así.

No anuncias que tu padre construyó una casa misteriosa en un lugar sagrado para las dríades y luego te levantas y te largas sin dar explicaciones.

Sin embargo, eso fue justo lo que hizo Meg.

—Hasta mañana —dijo sin dirigirse a nadie en concreto.

Subió por la rampa sin calzarse, a pesar de pasar por delante de veinte especies distintas de cactus, y se internó en la oscuridad.

Grover echó un vistazo a sus compañeras congregadas.

—Ejem, vaya, ha sido una reunión provechosa.

E inmediatamente se desplomó y se puso a roncar antes de tocar el suelo.

Aloe Vera me lanzó una mirada de preocupación.

—¿Sigo a Meg? A lo mejor necesita más pulpa de aloe.

—Voy a ver qué tal está —prometí.

Los espíritus de la naturaleza empezaron a recoger los restos de la cena (las dríades son muy concienzudas con esas cosas) mientras yo iba a buscar a Meg McCaffrey.

La encontré a un metro y medio del suelo, sentada en el borde del cilindro de ladrillo más apartado, girada hacia dentro y mirando el foso de debajo. A juzgar por la cálida fragancia a fresa que salía de las grietas de la piedra, deduje que se trataba del mismo pozo que habíamos utilizado para salir del Laberinto.

—Me estás poniendo nervioso —dije—. ¿Quieres hacer el favor de bajar?

—No —respondió ella.

—Por supuesto que no —murmuré.

Empecé a trepar, a pesar de que escalar muros no se encuentra en mi conjunto de aptitudes. (Oh, ¿a quién pretendo engañar? En mi estado actual, mi conjunto de aptitudes es nulo).

Me senté con Meg en el borde del cilindro y me puse a columpiar los pies sobre el abismo por el que habíamos escapado... ¿De verdad había sido esa misma mañana? No podía ver la red de fresales entre las sombras, pero su olor resultaba intenso y exótico en el marco desértico. Es curioso cómo algo común puede volverse especial en un entorno nuevo. O, en mi caso, cómo un dios increíblemente especial puede volverse de lo más común.

La noche descoloraba la ropa de Meg y hacía que pareciera un semáforo en escala de grises. La nariz le moqueaba y le relucía. Detrás de los cristales sucios de sus gafas, tenía los ojos húmedos. Daba vueltas a un anillo de oro y luego al otro, como si estuviese girando los mandos de una radio anticuada.

Había sido un largo día para los dos. No nos incomodaba el silencio, y yo no estaba seguro de poder soportar más información espantosa sobre la profecía de Indiana. Pero necesitaba explicaciones. Antes de acostarme otra vez en ese sitio, quería saber lo seguro o peligroso que era, y si podía despertarme con un caballo parlante delante de las narices.

Tenía los nervios destrozados. Consideré estrangular a mi joven ama y chillarle: «¡¡¡Cuéntamelo ya!!!», pero no me pareció muy considerado con sus sentimientos.

—¿Te apetece hablar del tema? —pregunté con delicadeza.

—No.

No me sorprendió mucho. Incluso en las mejores circunstancias, Meg no era dada a la conversación.

—Si Aeithales es el sitio mencionado en la profecía —dije—, tus raíces de antaño, entonces podría ser importante saber cosas de él... para poder seguir vivos.

Me miró. No me mandó que me tirase al foso de las fresas ni que me callase. En lugar de eso, dijo:

—Toma —y me cogió la muñeca.

Me había acostumbrado a las visiones en vigilia: los momentos en que retrocedía al pasado cada vez que mis experiencias divinas sobrecargaban mis neuronas mortales. Pero eso fue distinto. En lugar de en mi pasado, me zambullí en el de Meg McCaffrey y vi sus recuerdos desde su punto de vista.

Me encontraba en uno de los invernaderos antes de que las plantas se desmadrasen. Los estantes metálicos estaban llenos de hileras ordenadas de nuevos brotes de cactus, y cada tiesto de barro estaba provisto de un termómetro digital y un medidor de humedad. Aspersores y lámparas de cultivo se hallaban suspendidos en lo alto. El aire era cálido, pero agradable, y olía a tierra recién removida.

La grava húmeda crujía bajo mis pies mientras seguía a mi padre en su recorrido; es decir, al padre de Meg.

Le vi sonreírme desde mi posición privilegiada de niña. Cuando era Apolo, había coincidido con él en otras visiones: un hombre maduro de cabello moreno rizado y nariz ancha y pecosa. Lo había visto en Nueva York dándole a Meg una rosa de su madre, Deméter. También había visto su cadáver abierto en canal en la escalera de la estación de Grand Central, con el pecho destrozado a cuchilladas o arañazos, el día que Nerón se convirtió en el padrastro de Meg.

En ese recuerdo del invernadero, Meg McCaffrey no parecía mucho más pequeña que en las otras visiones. Las emociones que percibía me indicaban que tenía unos cinco años, la misma edad que tenía cuando ella y su padre terminaron en Nueva York. Pero el señor McCaffrey parecía mucho más contento en esa escena, mucho más a gusto. Mientras Meg contemplaba el rostro de su padre, me sentí abrumado por su alegría y su satisfacción. Estaba con su padre. La vida era maravillosa.

Al señor McCaffrey le brillaban los ojos. Cogió un brote de cactus plantado en un tiesto y se arrodilló para enseñárselo a Meg.

—A este lo llamo Hércules porque lo soporta todo —dijo.

Flexionó el brazo y gritó:

—¡Grrr! —y a Meg le dio un ataque de risa.

—¡Hér-cu-les! —repitió ella—. ¡Enséñame más plantas!

El señor McCaffrey dejó a Hércules en el estante y levantó un dedo como un mago:

—¡Observa!

Metió la mano en el bolsillo de su camisa vaquera y ofreció su puño ahuecado a Meg.

—Intenta abrirlo —dijo.

Ella tiró de sus dedos.

—¡No puedo!

—Sí que puedes. Eres muy fuerte. ¡Esfuézate!

—¡Grrr! —dijo la pequeña Meg. Esta vez consiguió abrir la mano de su padre y descubrió seis semillas hexagonales del tamaño de unas pequeñas monedas. En el interior de sus gruesas pieles, las semillas emitían un brillo tenue que les hacía parecer una flota de ovnis diminutos—. Oooh —exclamó—. ¿Puedo comérmelas?

Su padre se rio.

—No, tesoro. Son unas semillas muy especiales. Nuestra familia ha intentado producir semillas como estas desde... —silbó en voz baja— hace mucho tiempo. Y cuando las plantemos...

—¿Qué? —preguntó Meg entrecortadamente.

—Serán muy especiales —prometió él—. ¡Más fuertes aún que Hércules!

—¡Plántalas ahora!

Su padre le revolvió el pelo.

—Todavía no, Meg. No están listas. Pero cuando llegue el momento, necesitaré tu ayuda. Las plantaremos juntos. ¿Me prometes que me ayudarás?

—Te lo prometo —dijo ella, con toda la solemnidad de su corazón de niña de cinco años.

La escena cambió. Meg entró descalza en el bonito salón de Aeithales, donde su padre se hallaba de cara a una pared de cristal curvo con vistas a las luces nocturnas de Palm Springs. Hablaba por teléfono de espaldas a Meg. Ella debería haber estado durmiendo, pero algo la había despertado: tal vez una pesadilla, tal vez la sensación de que su padre estaba alterado.

—No, no lo entiendo —dijo él por el teléfono—. No tienes derecho. Esta finca no es... Sí, pero mi investigación no puede... ¡Eso es imposible!

Meg avanzó sigilosamente. Le gustaba estar en el salón. No solo por la bonita vista, sino por la sensación de la madera noble encerada bajo sus pies descalzos, lisa, fría y suave; era como si se deslizase por una capa de hielo viviente. Le gustaban las plantas que su padre tenía en las estanterías y en unos tiestos gigantes repartidos por toda la sala: cactus con flores de muchos colores, árboles de Josué que formaban columnas vivientes y sostenían el techo extendiéndose en una red de ramas peludas y puntiagudos macizos verdes. Meg era demasiado pequeña para comprender que los árboles de Josué no debían hacer eso. A ella le parecía de lo más lógico que la vegetación se entrelazase y contribuyese a formar la casa.

También le gustaba el gran pozo circular del centro de la sala —la Cisterna, lo llamaba su padre—, que estaba separado con una cerca por motivos de seguridad, pero tenía la maravillosa capacidad de refrescar la casa entera y hacer que resultase segura y afianzada. A Meg le encantaba bajar

corriendo por la rampa y meter los pies en el agua fresca de la piscina del fondo, aunque su padre siempre le decía: «¡No te mojes demasiado! ¡Te convertirás en una planta!».

Pero por encima de todo le gustaba la mesa grande en la que trabajaba su padre: el tronco de un mezquite que salía del suelo y volvía a hundirse en él como el cuerpo de una serpiente marina surcando las olas, formando un arco. La parte superior del tronco era lisa y llana, una superficie de trabajo perfecta. Los huecos del árbol servían de casillas para el almacenaje. Unas ramitas con hojas se elevaban de la superficie de la mesa describiendo una curva y creaban una estructura perfecta para colocar el monitor del ordenador de su padre. Meg le había preguntado una vez si había hecho daño al árbol al tallar la mesa, y él se había reído entre dientes.

—No, tesoro, yo nunca haría daño al árbol. El mezquite se ofreció a transformarse en mesa.

A la Meg de cinco años tampoco le parecía raro hablar de un árbol como si fuera una persona.

Sin embargo, esa noche Meg no se sentía tan cómoda en el salón. No le gustaba cómo le temblaba la voz a su padre. Llegó a la mesa y, en lugar de los habituales sobres de semillas, dibujos y flores, encontró un montón de correspondencia —cartas escritas a máquina, gruesos documentos grapados, sobres—; todo de color amarillo diente de león.

Meg no sabía leer, pero no le gustaban esas cartas. Parecían importantes, oficiales y severas. El color le hacía daño a los ojos. No era tan bonito como el de los dientes de león de verdad.

—Tú no lo entiendes —dijo el padre por teléfono—. Esto es más que el trabajo de mi vida. Son siglos. Miles de años de trabajo... Me da igual si parece un disparate. No puedes...

Se volvió y se quedó inmóvil al ver a Meg ante su mesa. Su cara sufrió un espasmo; su expresión pasó de la ira al miedo y la preocupación, y luego adoptó una alegría forzada. Se metió el teléfono en el bolsillo.

—Hola, tesoro —dijo con una voz aguda—. No podías dormir, ¿verdad? Sí, yo tampoco.

Se acercó a la mesa, metió los papeles amarillos en un hueco del árbol y tendió la mano a Meg.

—¿Quieres ir a ver los invernaderos?

La escena cambió otra vez.

Un recuerdo confuso y fragmentario: Meg llevaba su atuendo favorito, un vestido verde y unas mallas amarillas. Le gustaba porque su padre decía que

parecía uno de sus amigos del invernadero: un ser hermoso que estaba creciendo. Andaba por el camino de entrada, con su manta favorita en la mochila, dando traspiés a oscuras detrás de su padre porque este decía que tenían que darse prisa. Solo habían podido coger lo que podían llevar encima.

Estaban a mitad de camino del coche cuando la niña se detuvo al ver que las luces de los invernaderos estaban encendidas.

—Meg —dijo su padre, con la voz quebrada como la grava que pisaban—. Vamos, tesoro.

—Pero Hér-cu-les... —repuso ella—. Y los demás.

—No podemos llevárnoslos —explicó él, conteniendo un sollozo.

Meg nunca le había oído llorar antes, y se sintió como si la tierra desapareciese debajo de ella.

—¿Las semillas mágicas? —preguntó—. ¿Podemos plantarlas... en el sitio al que vamos?

La idea de ir a otra parte le resultaba insoportable y terrible. Ella no había conocido otro hogar que Aeithales.

—No podemos, Meg. —Su padre apenas podía hablar—. Tienen que crecer aquí. Y ahora...

Miró atrás para ver la casa, que flotaba sobre sus enormes soportes de piedra, con las ventanas resplandecientes de luz dorada. Pero algo no iba bien. Unas siluetas oscuras atravesaban la ladera: unos hombres, o algo que parecían hombres, vestidos de negro rodeaban la finca. Y más siluetas oscuras daban vueltas en lo alto, con unas alas que tapaban las estrellas.

Su padre le cogió la mano.

—No hay tiempo, tesoro. Tenemos que irnos. Ya.

Lo último que Meg recordaba de Aeithales era estar sentada en la ranchera de su padre, con la cara y las manos pegadas a la ventanilla trasera, tratando de no perder de vista las luces de la casa. Solo estaban a media cuesta cuando su hogar estalló en una flor de fuego.

Dejé escapar un grito ahogado, y mis sentidos volvieron súbitamente al presente. Meg apartó la mano de mi muñeca.

La miré asombrado; mi percepción de la realidad dio tal vuelco que temí caer al foso de las fresas.

—Meg, ¿cómo has...?

Ella se tocó un callo de la palma de la mano.

—No sé. Necesitaba hacerlo.

Una respuesta muy propia de ella. Aun así, los recuerdos habían sido tan dolorosos y tan vivos que me dolía el pecho, como si me hubieran dado una descarga con un desfibrilador.

¿Cómo había compartido Meg su pasado conmigo? Sabía que los sátiros podían crear una conexión por empatía con sus amigos más íntimos. Grover Underwood tenía una con Percy Jackson, que, según él, explicaba por qué a veces tenía unos antojos inexplicables de tortitas de arándanos. ¿Poseía Meg un don parecido, tal vez porque estábamos unidos como ama y sirviente?

No lo sabía.

Lo que sí sabía era que sufría, mucho más de lo que expresaba. Las tragedias de su breve vida habían empezado antes de la muerte de su padre. Habían empezado aquí. Estas ruinas eran lo único que quedaba de la vida de la que podía haber disfrutado.

Tenía ganas de abrazarla. Y, créeme, no era un sentimiento que experimentase a menudo. Las posibilidades de que me diera un codazo en las costillas o un golpe en la nariz con la empuñadura de la espada eran elevadas.

—¿Has...? —Titubeé—. ¿Has tenido esos recuerdos desde el principio? ¿Sabes lo que tu padre quería hacer aquí?

Ella se encogió de hombros lánguidamente. Cogió un puñado de tierra y lo dejó caer poco a poco en el foso como si plantase semillas.

—Phillip —dijo Meg, como si se le acabase de ocurrir el nombre—. Mi padre se llamaba Phillip McCaffrey.

El nombre me recordó a Filipo, el rey macedonio que había sido el padre de Alejandro. Un buen guerrero, pero nada divertido. Nunca le interesó la música ni la poesía ni el tiro con arco. Para Filipo solo existían las falanges. Qué aburrido.

—Phillip McCaffrey fue muy buen padre —dije, procurando que la amargura no aflorase a mi voz. Yo tampoco tenía mucha experiencia en materia de padres buenos.

—Olía a abono —recordó Meg—. Pero en el buen sentido.

Yo no sabía la diferencia entre un buen y un mal olor a abono, pero asentí con la cabeza respetuosamente.

Contemplé la hilera de invernaderos; sus contornos apenas se veían contra el cielo nocturno negro rojizo. Era evidente que Phillip McCaffrey había sido un hombre con talento. ¿Un botánico, quizá? Desde luego había contado con el favor de Deméter. ¿Cómo, si no, podía haber construido una casa como Aeithales en un lugar con semejante poder natural? ¿En qué había estado trabajando y a qué se refería cuando decía que su familia había estado

investigando en el mismo campo durante miles de años? Los humanos casi nunca pensaban en términos de milenios. Tenían suerte si sabían los nombres de sus bisabuelos.

Y lo más importante, ¿qué le había pasado a Aeithales y por qué? ¿Quién había echado a los McCaffrey de su casa y los había obligado a dirigirse al este, a Nueva York? La última pregunta, por desgracia, era la única a la que creía que tenía respuesta.

—Calígula hizo esto —dije, señalando los cilindros en ruinas de la ladera—. Es a lo que se refería Incitatus cuando dijo que el emperador se encargó de este sitio.

Meg se volvió hacia mí con cara de piedra.

—Tenemos que averiguarlo. Mañana. Tú, Grover y yo. Encontraremos a esa Piper y ese Jason.

Las flechas de mi carcaj hicieron ruido, pero no estaba seguro de si la Flecha de Dodona vibraba para llamarme la atención o si me temblaba el cuerpo.

—¿Y si Piper y Jason no saben nada útil?

Meg se limpió la tierra de las manos.

—Forman parte de los siete, ¿no? Los amigos de Percy Jackson.

—Pues... sí.

—Entonces sabrán alguna cosa. Nos ayudarán. Encontraremos a Calígula. Exploraremos ese sitio laberíntico, liberaremos a la sibila y apagaremos el fuego y todo eso.

Admiré su capacidad para resumir nuestra misión con tan elocuentes palabras.

Por otra parte, no me entusiasmaba explorar el sitio laberíntico, aunque contásemos con la ayuda de otros dos semidioses poderosos. En la antigua Roma también había habido semidioses poderosos y muchos habían intentado derrocar a Calígula, pero todos habían muerto.

No me quitaba de la cabeza la visión de la sibila en la que se disculpaba por una noticia terrible. ¿Desde cuándo se disculpaba un Oráculo?

«Te salvaría si pudiera. La salvaría a ella».

La sibila había insistido en que yo fuera a rescatarla. Solo yo podía liberarla, aunque fuera una trampa.

Nunca me habían gustado las trampas. Me recordaban cuando había estado enamorado de Britomartis. Uf, la cantidad de fosos con tigres birmanos en los que había caído por esa diosa.

Meg sacó las piernas del pozo.

—Me voy a dormir, y tú deberías hacer lo mismo.

Saltó de la tapia y atravesó con cuidado la ladera en dirección a la Cisterna. Como no me había mandado que me acostase, me quedé en la cornisa un largo rato mirando el abismo lleno de fresas, atento por si oía el aleteo de pájaros de mal agüero.

¡Oh, Pinto, Pinto! ¿Por qué eres de
color amarillo vómito?
Me esconderé en la parte trasera

Dioses del Olimpo, ¿es que no había sufrido bastante?

Viajar en coche de Palm Springs a Malibú con Meg y Grover ya habría sido suficiente castigo. Evitar zonas de evacuación por incendio y la hora punta de la mañana lo empeoró. Pero ¿teníamos que hacer el trayecto en el Ford Pinto de 1979 color mostaza de Gleeson Hedge?

—¿Os estáis quedando conmigo? —pregunté cuando encontré a mis amigos esperando con Gleeson en el coche—. ¿No tiene ningún cactus un vehículo mejor..., digo, un vehículo distinto?

El entrenador Hedge se puso hecho una furia.

—Oye, colega, deberías estar agradecido. ¡Este coche es un clásico! Perteneció a mi abuelo. Lo he mantenido en muy buen estado, así que no se os ocurra destrozarlo.

Pensé en mis últimas experiencias con vehículos: el carro solar estrellado de frente contra el lago del Campamento Mestizo; el Prius de Percy Jackson encajado entre dos melocotoneros en un huerto de Long Island; un Mercedes robado serpenteando por las calles de Indianápolis, conducido por un trío de diabólicos espíritus de la fruta.

—Cuidaremos bien de él —prometí.

El entrenador Hedge consultó con Grover para asegurarse de que sabía cómo encontrar la casa de los McLean en Malibú.

—Los McLean deberían seguir allí —meditó Hedge—. Al menos, eso espero.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Grover—. ¿Por qué no iban a estar allí? Hedge tosió.

—¡En fin, buena suerte! Dadle recuerdos a Piper si la veis. Pobrecilla... Se volvió y regresó trotando colina arriba.

El interior del Pinto olía a poliéster caliente y pachuli, un aroma que me traía malos recuerdos de mis bailes discotequeros con John Travolta. (Un dato curioso: en italiano, su apellido significa «asfixiante», una palabra que describe a la perfección el efecto que tenía su colonia).

Grover se puso al volante ya que Gleeson solo le confió las llaves a él. (Qué maleducado).

Meg iba en el asiento del pasajero con las zapatillas de deporte rojas apoyadas en el salpicadero mientras se divertía haciendo crecer buganvillas alrededor de sus tobillos. Parecía de buen humor, a pesar de la sesión de confidencias trágicas de la noche anterior. Por lo menos uno de los dos estaba animado. Yo apenas podía pensar en las pérdidas que ella había sufrido sin contener las lágrimas.

Afortunadamente, tenía mucho espacio para llorar en la intimidad porque iba en la parte trasera.

Nos dirigimos hacia el oeste por la interestatal 10. Cuando pasábamos por Moreno Valley, tardé un rato en darme cuenta de lo que ocurría: en lugar de teñirse poco a poco de verde, el paisaje seguía siendo marrón; el calor, agobiante, y el aire, seco y ácido, como si el desierto de Mojave se hubiera olvidado de sus límites y se hubiera extendido hasta Riverside. Hacia el norte, el cielo era una bruma espesa, como si el bosque de San Bernardino se hubiera incendiado.

Cuando llegamos a Pomona y nos metimos en un atasco, el Pinto temblaba y resollaba como un jabalí insolado.

Grover miró por el retrovisor un BMW que iba detrás de nosotros.

—¿Los Pinto no explotan si les dan por detrás? —preguntó.

—Solo a veces —dije.

Cuando llevaba las riendas del carro del sol, nunca me preocupaba conducir un vehículo que ardía en llamas, pero después de que Grover sacara el asunto a colación, estuve mirando todo el rato detrás de mí, deseando que el BMW retrocediera.

Necesitaba desesperadamente un desayuno en condiciones; no unas simples enchiladas frías de la noche anterior. Habría arrasado una ciudad griega por una buena taza de café y un agradable paseo en coche en la dirección contraria a la que íbamos.

Estaba empezando a desvariar. No sabía si soñaba despierto como consecuencia de las visiones del día anterior o si mi conciencia intentaba escapar del asiento trasero del Pinto, pero me sorprendí reviviendo recuerdos de la sibila eritrea.

Entonces me acordé de su nombre: Herófila, «amiga de héroes».

Vi su tierra natal, la bahía de Eritras, en la costa de lo que algún día sería Turquía. Una media luna de montañas doradas azotadas por el viento y salpicadas de coníferas se ondulaba hasta las frías aguas azules del mar Egeo. En una pequeña cañada cerca de la boca de una cueva, un pastor vestido de lana hilada a mano se hallaba arrodillado junto a su mujer, la náyade de un manantial cercano, mientras esta daba a luz a su hija. Te ahorraré todos los detalles menos uno: mientras la mujer gritaba y daba el último empujón, la niña salió de su vientre cantando en lugar de llorar; su preciosa voz llenó el aire del sonido de las profecías.

Como te podrás imaginar, eso me llamó la atención. A partir de ese momento, la chica se volvió sagrada para Apolo. La bendije convirtiéndola en uno de mis oráculos.

Recordaba a Herófila como una joven que deambulaba por el Mediterráneo compartiendo su sabiduría. Cantaba para todo el que la quisiera escuchar: reyes, héroes, sacerdotes de mis templos. Todos se esforzaban por transcribir sus letras proféticas. Imagínate tener que memorizar de un tirón todas las canciones de un musical, sin poder rebobinar, y te harás una idea del problema al que se enfrentaban.

Herófila simplemente tenía demasiados buenos consejos que compartir. Su voz era tan cautivadora que a sus oyentes les resultaba imposible captar todos los detalles. Ella no podía controlar lo que cantaba ni cuándo lo cantaba. Nunca se repetía. Había que estar atento.

Predijo la caída de Troya, vaticinó el ascenso de Alejandro Magno y aconsejó a Eneas dónde debía establecer la colonia de lo que un día se convertiría en Roma. Pero ¿hicieron caso los romanos de sus consejos, como «Cuidado con los emperadores», «No os volváis locos con los gladiadores» o «Las togas no son una buena tendencia»? No. No lo hicieron.

Durante novecientos años, Herófila vagó por la Tierra. Hacía todo lo posible por ayudar, pero a pesar de mis bendiciones y mis esporádicos ramos de flores para levantarle la moral, se fue desanimando. Todos sus conocidos de la juventud habían muerto. Había visto civilizaciones surgir y caer. Había oído a demasiados sacerdotes y héroes decir: «Un momento, ¿qué? ¿Puedes repetirlo? Voy a por un lápiz».

Volvió a la ladera de su madre en Eritras, y aunque el manantial se había secado siglos antes, y con él el espíritu materno, Herófila se instaló en una cueva cercana. Ayudaba a los suplicantes que acudían buscando su consejo, pero su voz nunca volvió a ser la misma.

Su hermoso canto era cosa del pasado. Yo no sabía si había perdido la confianza o si el don de la profecía se había transformado en una maldición. Herófila cantaba entrecortadamente y omitía palabras importantes que el oyente tenía que adivinar. A veces le fallaba la voz por completo. Frustrada, escribía versos en hojas secas y dejaba que el suplicante los ordenase correctamente para descubrir su significado.

La última vez que vi a Herófila... sí, fue en 1509, la convencí para que saliera de su cueva y viajara a Roma, donde Miguel Ángel estaba pintando su retrato en el techo de la Capilla Sixtina. Al parecer, era homenajeadá por una oscura profecía de la antigüedad, cuando había predicho el nacimiento de Jesús de Nazaret.

—No sé, Miguel —dijo Herófila, sentada al lado del pintor en su andamio, observándolo trabajar—. Es bonito, pero no tengo los brazos tan... —Le falló la voz—. Diez letras, empieza por eme.

Miguel Ángel se dio unos golpecitos en los labios con el pincel.

—¿Musculosos?

Herófila asintió con la cabeza enérgicamente.

—Puedo arreglarlo —prometió él.

Después Herófila volvió a su cueva para siempre. Reconozco que le perdí la pista. Supuse que se había esfumado, como muchos otros oráculos antiguos. Y, sin embargo, allí estaba ahora, en el sur de California, a merced de Calígula.

Debería haber seguido enviándole ramos de flores.

Ahora lo único que podía hacer era compensar mi negligencia. Herófila seguía siendo mi Oráculo, igual que Rachel Dare en el Campamento Mestizo, o el fantasma del pobre Trofonio en Indianápolis. Tanto si era una trampa como si no, no podía dejarla en una cueva de lava esposada con unos grilletes fundidos. Empecé a preguntarme si quizá, solo quizá, Zeus había hecho bien enviándome a la Tierra para subsanar los errores que había cometido.

Rápidamente aparté la idea de mi mente. No. Era un castigo de lo más injusto. Aun así, puf, ¿existe algo peor que darte cuenta de que podrías coincidir con tu padre en algo?

Grover condujo por el extremo norte de Los Ángeles, entre un tráfico casi tan lento como el proceso de intercambio de ideas de Atenea.

No quiero ser injusto con el sur de California. Cuando no se incendiaba, ni quedaba atrapado en una bruma marrón de niebla tóxica, ni retumbaba debido a los terremotos, ni se deslizaba hasta el mar, ni se atascaba por culpa del tráfico, tenía cosas que me gustaban: la escena musical, las palmeras, las playas, los días agradables, la gente guapa. Sin embargo, entendía por qué Hades había situado la entrada principal del inframundo allí. Los Ángeles era un imán para las aspiraciones humanas: el sitio perfecto para que los mortales se juntasen, llenos de sueños de fama, y luego fracasasen, muriesen y se fuesen por el desagüe rumbo al olvido.

¿Lo ves? ¡Puedo ser un observador ecuánime!

De vez en cuando miraba al cielo con la esperanza de ver a Leo Valdez volando en lo alto en su dragón de bronce, Festo. Quería que llevara una gran pancarta en la que pusiera: ¡TODO VA GUAY! La luna nueva no era hasta dentro de dos días, pero a lo mejor Leo había terminado su misión de rescate antes de tiempo. Podría aterrizar en la carretera y decirnos que el Campamento Mestizo estaba a salvo de la amenaza a la que se habían enfrentado. Luego podría pedirle a Festo que chamuscara los coches que teníamos delante para agilizar el viaje.

Por desgracia, ningún dragón de bronce daba vueltas por encima de nosotros, aunque habría sido difícil de ver. Todo el cielo era de color bronce.

—Bueno, Grover —dije, después de varias décadas en la autopista Costa del Pacífico—, ¿conoces a Piper o a Jason?

Él negó con la cabeza.

—Ya sé que parece raro. Todos hemos pasado mucho tiempo en el sur de California. Pero yo he estado liado con los incendios. Jason y Piper han estado de misiones y yendo al instituto. No he tenido ocasión. El entrenador dice que son... majos.

Me dio la impresión de que estuvo a punto de decir otra cosa.

—¿Hay algún problema del que tengamos que estar al tanto? —pregunté.

Grover tamborileó con los dedos sobre el volante.

—Bueno..., han estado sometidos a mucho estrés. Primero, fueron a buscar a Leo Valdez. Luego cumplieron otras misiones. Después al señor McLean las cosas empezaron a irle mal...

Meg levantó la vista de la buganvilla que estaba trenzando.

—¿El padre de Piper?

El sátiro asintió con la cabeza.

—Es un actor famoso, ¿sabes? ¿Te suena Tristan McLean?

Un escalofrío de placer me recorrió la espalda. Me encantó Tristan McLean en *Rey de Esparta*. Y en *Jake Steel 2: El regreso de Steel*. Para ser un mortal, ese hombre tenía unos abdominales interminables.

—¿En qué sentido le fueron mal las cosas? —pregunté.

—Eso es que no lees las noticias de los famosos —dedujo Grover.

Triste, pero cierto. Con tanto ir de un lado para otro convertido en mortal, liberando oráculos antiguos y luchando contra megalómanos romanos, no había tenido tiempo para ponerme al día de los cotilleos de Hollywood.

—¿Una ruptura desagradable? —especulé—. ¿Un litigio de paternidad? ¿Dijo algo horrible en Twitter?

—No exactamente —contestó Grover—. A ver... qué tal van las cosas cuando lleguemos. A lo mejor no es tan grave.

Lo dijo con el mismo tono que usa la gente cuando espera que la situación sea exactamente así de grave.

Cuando llegamos a Malibú, era prácticamente la hora de comer. Tenía el estómago casi del revés debido al hambre y el mareo del viaje en coche. Yo, que antes pasaba todo el día en el Maserati del sol, mareado. La culpa la tenía Grover. Se le iba la pezuña en el acelerador.

Claro que mirándolo por el lado positivo, el Pinto no había explotado y encontramos la casa de McLean sin problemas.

Apartada de la sinuosa carretera, la mansión del número 12 de Oro del Mar abrazaba los acantilados rocosos que dominaban el Pacífico. Desde la calle, las únicas partes que se veían eran los muros de seguridad de estuco blanco, la verja de hierro forjado y una serie de tejados de tejas de barro rojas.

El lugar habría irradiado una sensación de privacidad y de tranquilidad zen de no ser por los camiones de mudanzas aparcados enfrente. La verja estaba abierta de par en par y cuadrillas de hombres corpulentos transportaban sofás, mesas y grandes obras de arte. Paseándose de acá para allá al final del camino de entrada con aspecto desaliñado y aturdido, como si acabara de salir de un accidente de tráfico, se hallaba Tristan McLean.

Tenía el pelo más largo que en las películas que yo había visto. Unos sedosos cabellos morenos le caían sobre los hombros. Había engordado y ya no parecía la máquina de matar perfecta de *Rey de Esparta*. Sus vaqueros blancos estaban manchados de hollín. Su camiseta negra tenía un roto en el cuello. Sus mocasines parecían un par de patatas demasiado horneadas.

Resultaba extraño que un famoso de su talla estuviera delante de su casa de Malibú sin vigilantes ni asistentes personales ni fervientes fans; ni siquiera una multitud de paparazis para hacerle fotos embarazosas.

—¿Qué le pasa? —me pregunté.

Meg miró a través del parabrisas entornando los ojos.

—Tiene buen aspecto.

—No —insistí—. Tiene un aspecto... del montón.

Grover apagó el motor.

—Vamos a saludar.

El señor McLean dejó de pasearse cuando nos vio. Sus ojos marrón oscuro parecían desenfocados.

—¿Sois los amigos de Piper?

Yo no encontraba las palabras para contestar. Hice un sonido gutural que no emitía desde que conocí a Grace Kelly.

—Sí, señor —dijo Grover—. ¿Está en casa?

—Casa... —Tristan McLean paladeó la palabra. Pareció resultarle amarga y carente de significado—. Entrad. —Señaló vagamente al fondo del camino de acceso—. Creo que está... —Su voz se fue apagando al ver a dos empleados de la empresa de mudanzas que se llevaban una gran estatua de mármol de un siluro—. Adelante. No importa.

No estaba seguro de si se dirigía a nosotros o a los de la empresa de mudanzas, pero su tono de derrota me inquietó más aún que su aspecto.

Atravesamos unos jardines con setos esculpidos y fuentes chispeantes, cruzamos una entrada de ancho doble con puertas de roble pulidas y accedimos a la casa.

El suelo de baldosas de Saltillo rojas relucía y las paredes blancas conservaban las marcas de los cuadros que habían estado colgados hasta hacía poco. A nuestra derecha se extendía una cocina *gourmet* que hasta Edesia, la diosa romana de los banquetes, habría adorado. Ante nosotros se hallaba un gran salón con el techo de vigas de cedro de casi diez metros de altura, una enorme chimenea y una pared con puertas de cristal correderas que daban a una terraza con vistas al mar.

Lamentablemente, la estancia era una cáscara hueca: ni muebles, ni alfombras, ni obras de arte; solo unos cuantos cables que caían de la pared y una escoba y un recogedor apoyados en un rincón.

Un salón tan imponente no debería haber estado vacío. Parecía un templo sin estatuas, música y ofrendas de oro. (Oh, ¿por qué me torturo con esas analogías?).

Sentada en el borde de la chimenea examinando un montón de papeles, había una joven de piel bronceada y pelo moreno cortado a capas. Su

camiseta de manga corta naranja del Campamento Mestizo me hizo suponer que estaba mirando a Piper, hija de Afrodita y Tristan McLean.

Nuestros pasos resonaban en el inmenso espacio, pero Piper no levantó la vista cuando nos acercamos. Tal vez estaba demasiado absorta en sus papeles o daba por hecho que éramos de la empresa de mudanzas.

—¿Quieren que vuelva a levantarme? —murmuró—. Yo diría que la chimenea se queda aquí.

—Ejem —dije.

Alzó la vista. Sus iris multicolores reflejaban la luz como prismas nublados. Me observó como si no estuviera segura de a quién miraba (qué bien conocía la sensación) y acto seguido echó el mismo vistazo a Meg.

Fijó la mirada en Grover y se quedó boquiabierta.

—Yo... yo te conozco —dijo—. De las fotos de Annabeth. ¡Eres Grover!

Se levantó de golpe, y los papeles se desperdigaron sobre las baldosas.

—¿Qué ha pasado? ¿Están bien Annabeth y Percy?

El sátiro retrocedió poco a poco, una reacción comprensible considerando la expresión intensa de Piper.

—¡Están bien! —contestó—. Al menos eso creo. Hace, ejem, un tiempo que no hablo con ellos, pe-pero tengo una conexión por empatía con Percy, así que si no estuviera bien, creo que lo sabría...

—Apolo. —Meg se arrodilló. Recogió un papel caído con expresión todavía más seria que Piper.

Mi estómago acabó de ponerse del revés. ¿Por qué no me había fijado antes en el color de los documentos? Todos los papeles —sobres, informes, cartas comerciales— eran de color amarillo diente de león.

—«Finanzas N. H.» —leyó Meg en el membrete—. Sección de Terrenos Triunvirato...

—¡Eh! —Piper le arrebató el papel de la mano—. ¡Eso es privado! —A continuación se volvió hacia mí como si estuviese rebobinando mentalmente—. Un momento. ¿Te ha llamado Apolo?

—Eso me temo. —Le dediqué una torpe reverencia—. Apolo, dios de la poesía, la música, el tiro con arco y muchas otras disciplinas importantes, a tu servicio, aunque en mi carné de conducir pone «Lester Papadopoulos».

Ella parpadeó.

—¿Qué?

—Ella es Meg McCaffrey —dije—. Hija de Deméter. No quería ser indiscreta. Es que hemos visto unos papeles como estos antes.

La mirada de Piper pasó de mí a Meg y a Grover. El sátiro se encogió de hombros como diciendo: «Bienvenida a mi pesadilla».

—Vais a tener que ponerme al día —decidió.

Le hice un breve resumen lo mejor que pude: mi caída a la Tierra, mi servidumbre hacia Meg, mis dos anteriores misiones para liberar los oráculos de Dodona y Trofonio, mis viajes con Calipso y Leo Valdez...

—¡¿Leo?!! —Piper me agarró tan fuerte el brazo que temí que fuera a dejarme morados—. ¿Está vivo?

—Me haces daño —gimoteé.

—Perdón. —Me soltó—. Tengo que saberlo todo de Leo. Ya.

Obedecí lo mejor que pude, temiendo que si no lo hacía me sacara la información del cerebro físicamente.

—Será impresentable —masculló—. Lo buscamos durante meses, ¿y aparece en el Campamento como si nada?

—Sí —convine—. Hay una lista de espera de gente para pegarle. Podemos darte hora para el otoño que viene. Pero ahora mismo necesitamos tu ayuda. Tenemos que liberar a la sibila del emperador Calígula.

La expresión de Piper me recordó la de un malabarista que trata de seguir quince objetos distintos en el aire al mismo tiempo.

—Lo sabía —murmuró—. Sabía que Jason no me decía...

De repente, media docena de empleados de la empresa de mudanzas cruzaron la puerta principal hablando en ruso.

Piper frunció el entrecejo.

—Hablemos en la terraza —dijo—. Intercambiaremos malas noticias.

No muevas la parrilla, Meg todavía
está jugando con ella.
Somos tan... BUM

¡Oh, la vista espectacular del mar! ¡Oh, las olas rompiendo contra los acantilados, y las gaviotas dando vueltas en el cielo! ¡Oh, el empleado de mudanzas corpulento y sudoroso en una tumbona consultando sus mensajes!

El hombre alzó la vista cuando llegamos a la terraza. Frunció el entrecejo, se levantó de mala gana y entró pesadamente, dejando una mancha de sudor con forma de empleado de mudanzas en la tela de la silla.

—Si todavía tuviera la cornucopia —dijo Piper—, dispararía unos jamones cocidos a esos tíos.

Mis músculos abdominales se crisparon. Había recibido un impacto de cerdo cocido en la barriga cierta vez que Deméter estaba especialmente cabreada conmigo..., pero eso era otra historia.

Piper trepó la valla de la terraza y se sentó encima mirando hacia nosotros, con los pies enganchados en las barras. Supuse que se había sentado allí cientos de veces y ya no pensaba en la altura. Mucho más abajo, al pie de una escalera de madera en zigzag, una estrecha franja de playa abrazaba la base de los acantilados. Las olas rompían contra las rocas dentadas. Decidí no sentarme con Piper en la baranda. No me daban miedo las alturas, pero sí mi escaso equilibrio.

Grover miró la tumbona sudada —el único mueble que quedaba en la terraza— y optó por quedarse de pie. Meg se acercó a una parrilla de acero inoxidable a gas empotrada y empezó a jugar con los mandos. Calculé que disponíamos de cinco minutos hasta que nos volase a todos en pedazos.

—Bueno. —Me apoyé en la baranda al lado de Piper—. Conoces a Calígula.

Sus ojos pasaron del verde al marrón, como la corteza de un árbol al envejecer.

—Sabía que había alguien detrás de nuestros problemas: el Laberinto, los incendios, esto. —Señaló la mansión vacía a través de las puertas de cristal—. Cuando cerramos las Puertas de la Muerte, luchamos contra muchos malos que habían vuelto del inframundo. Tiene sentido que detrás de Terrenos Triunvirato estuviese un emperador romano malvado.

Calculaba que Piper tenía unos dieciséis años, la misma edad que... no, no podía decir «la misma edad que yo». Si pensaba en mí en esos términos, tendría que comparar su cutis perfecto con mi cara llena de marcas de acné, su nariz finamente cincelada con mi montón de cartílago bulboso, su físico curvilíneo con el mío, que también era curvilíneo, pero de la peor de las maneras. Entonces tendría que gritar: «¡¡¡Te odio!!!».

Era una chica muy joven y sin embargo había tenido que presenciar muchas batallas. Dijo: «Cuando cerramos las Puertas de la Muerte» como sus compañeros del instituto dirían «Cuando fuimos a nadar a casa de Kyle».

—Sabíamos que había un laberinto en llamas —continuó—. Gleeson y Mellie nos hablaron de él. Dijeron que los sátiros y las dríades... —Señaló a Grover—. Bueno, no es ningún secreto que lo habéis pasado mal con la sequía y los incendios. Luego tuve unas pesadillas. Ya sabéis.

Grover y yo asentimos con la cabeza. Hasta Meg levantó la vista de sus peligrosos experimentos con utensilios de cocina al aire libre y gruñó compasiva. Todos sabíamos que los semidioses no podían echar una siesta sin verse atormentados por augurios y presagios.

—En fin —continuó Piper—, pensé que podríamos buscar el centro del laberinto. Me imaginé que el responsable de que nuestras vidas se hubieran convertido en un infierno estaría allí y que podríamos devolverlo al inframundo.

—Cuando hablas en plural —dijo Grover—, ¿te refieres a ti y...?

—A Jason. Sí.

Su voz se apagó al pronunciar el nombre, como me pasaba a mí cuando me veía obligado a pronunciar los nombres de Jacinto o Dafne.

—Ha pasado algo entre vosotros dos —deduje.

Ella se quitó una mota invisible de los vaqueros.

—Ha sido un año difícil.

«A mí me lo vas a contar», pensé.

Meg activó uno de los quemadores de la barbacoa, que despidió una llama azul como un motor de propulsión.

—¿Habéis roto o qué?

Solo McCaffrey podía tener tan poco tacto hablando de amor con una hija de Afrodita al mismo tiempo que encendía fuego delante de un sátiro.

—Por favor, no juegues con eso —le pidió Piper con delicadeza—. Y, sí, hemos roto.

—¿De verdad? —dijo Grover balando—. Pero yo he oído... Yo pensaba...

—¿Tú pensabas qué? —La voz de Piper no se alteró—. ¿Que estaríamos juntos para siempre como Percy y Annabeth? —Miró la casa vacía, no como si echara de menos los antiguos muebles, sino como si se imaginase el espacio totalmente redecorado—. Las cosas cambian. La gente cambia. Jason y yo... empezamos de una forma extraña. Hera nos manipuló, nos hizo creer que teníamos un pasado común que en realidad no existía.

—Ah —dije—. Parece típico de Hera.

—Luchamos contra Gaia. Luego pasamos meses buscando a Leo. Después intentamos adaptarnos al instituto, y cuando por fin tenía un poco de tiempo para respirar... —Vaciló escrutando cada una de nuestras caras como si se diera cuenta de que estaba a punto de confesar los verdaderos motivos, los motivos profundos, a unas personas a las que apenas conocía. Recordé que Mellie se había referido a Piper como «pobrecilla» y el desagrado con el que la ninfa de las nubes había pronunciado el nombre de Jason.

—En fin —dijo la chica—, las cosas cambian. Pero estamos bien. Él está bien. Yo estoy bien. Por lo menos..., lo estaba hasta que esto empezó. —Señaló el gran salón, donde los empleados de la empresa de mudanzas cargaban ahora con un colchón hacia la puerta principal.

Decidí que había llegado el momento de coger el toro por los cuernos. O, más bien, de coger el toro por los cuernos si los de la empresa de mudanzas no se lo hubieran llevado.

—¿Qué pasó exactamente? —pregunté—. ¿Qué hay en todos esos documentos amarillos?

—Como este —dijo Meg, sacando de su cinturón de jardinería una carta doblada que debía de haber birlado en el gran salón. Para ser una hija de Deméter, tenía la mano larga.

—¡Meg! —dije—. Eso no es tuyo.

Puede que fuera un poco susceptible a los robos de correo ajeno. Artemisa había rebuscado una vez en mi correspondencia y había encontrado unas

cartas picantes de Lucrecia Borgia que me había estado recordando durante décadas.

—Finanzas N. H. —insistió Meg—. Neos Helios. Calígula, ¿verdad?

Piper clavó las uñas en la barandilla de madera.

—Deshazte de ella. Por favor.

Meg tiró la carta a las llamas.

Grover suspiró.

—Podría habérmela comido. Es mejor para el medio ambiente, y el papel de carta está riquísimo.

El comentario arrancó una débil sonrisa a Piper.

—El resto es todo vuestro —prometió—. En cuanto a lo que pone en las cartas, todo es palabrería legal y financiera aburrida. En resumen, mi padre está arruinado. —Me miró arqueando una ceja—. ¿De verdad no has visto ninguna crónica de sociedad? ¿Ni las portadas de las revistas?

—Eso mismo le pregunté yo —dijo Grover.

Tomé nota mental de visitar el quiosco más cercano y abastecerme de material de lectura.

—Llevo un retraso terrible —reconoció—. ¿Cuándo empezó todo?

—Ni lo sé —dijo ella—. Jane, la exasistente personal de mi padre... estaba en el ajo. También su gestor financiero. Su contable. Su agente. Esa empresa, Terrenos Triunvirato... —Abrió las manos como si describiera un desastre natural que no podría haber previsto—. Se tomaron muchas molestias. Debieron de dedicar años y decenas de millones de dólares para destruir todo lo que mi padre había construido: sus méritos, sus bienes, su reputación en los estudios. Todo se perdió. Cuando contratamos a Mellie..., se portó estupendamente. Ella fue la primera que vio los problemas. Intentó ayudar, pero ya era demasiado tarde. Ahora mi padre está peor que arruinado. Tiene muchas deudas. Debe millones en impuestos de los que ni siquiera estaba al tanto. Lo máximo a lo que podemos aspirar es a evitar que lo metan en la cárcel.

—Qué horror —dije.

Y lo decía en serio. La perspectiva de no volver a ver los abdominales de Tristan McLean en la gran pantalla era una gran decepción, aunque era demasiado discreto para decirlo delante de su hija.

—Tampoco puedo esperar mucha compasión —dijo Piper—. Deberíais ver a los chicos de mi instituto. Se dedican a sonreír con superioridad y a hablar de mí a mis espaldas. Más de lo normal, quiero decir. «Bua, pobrecita. Has perdido tus tres casas».

—¿Tres casas? —preguntó Meg.

Yo no veía qué tenía eso de sorprendente. La mayoría de las deidades menores y los famosos que conocía tenían por lo menos una docena, pero Piper adoptó una expresión avergonzada.

—Ya sé que es ridículo —dijo—. Nos han embargado diez coches. Y el helicóptero. Van a ejecutar la hipoteca de esta casa a finales de semana y a quedarse el avión.

—Tienes un avión. —Meg asintió con la cabeza como si fuera lo más lógico del mundo—. Mola.

Piper suspiró.

—Me dan igual las cosas, pero el simpático exguardaparques que trabajaba para nosotros de piloto se va a quedar sin trabajo. Y Mellie y Gleeson han tenido que marcharse. También el personal de la casa. Pero sobre todo... me preocupa mi padre.

Seguí su mirada. Tristan McLean deambulaba ahora por el gran salón mirando las paredes lisas. Me gustaba más cuando encarnaba a un héroe. El papel de padre destrozado no le pegaba.

—Ha estado recuperándose —nos explicó Piper—. El año pasado lo secuestró un gigante.

Me estremecí. Un hombre podía quedar marcado gravemente si lo raptaban gigantes. Ares había sido secuestrado por dos hacía milenios y nunca volvió a ser el mismo. Antes era arrogante y pesado. Después, arrogante, pesado e irritable.

—Me sorprende que tu padre no haya perdido la cabeza —dije.

El rabillo de los ojos de Piper se puso tirante.

—Cuando lo rescatamos de las garras del gigante, utilizamos una poción para borrarle la memoria. Afrodita dijo que era lo único que podíamos hacer por él. Pero ahora... ¿Cuántos golpes puede soportar una persona?

Grover se quitó el gorro y se lo quedó mirando tristemente. A lo mejor estaba pensando cosas respetuosas, o a lo mejor solo tenía hambre.

—¿Qué haréis ahora?

—Nuestra familia todavía tiene propiedades en las afueras de Tahlequah, Oklahoma, el terreno cheroqui original —dijo Piper—. A finales de semana aprovecharemos el último viaje en el avión para volver a casa. Esta batalla la ha ganado vuestro emperador malvado.

No me gustaba que se refirieran a los emperadores como «míos». Tampoco me gustaba la forma en que dijo «casa», como si ya hubiera aceptado que viviría el resto de su vida en Oklahoma. Que conste que no

tengo nada contra Oklahoma. Mi amigo Woody Guthrie era de Okemah. Pero normalmente los mortales de Malibú no lo veían como una mejora.

Además, la idea de que Tristan y Piper se vieran obligados a desplazarse al este me recordó las visiones que Meg me había mostrado la noche anterior: ella y su padre habían sido expulsados de su hogar con los mismos documentos legales de color diente de león, habían huido de su casa en llamas y habían acabado en Nueva York. Habían huido del fuego de Calígula para caer en las brasas de Nerón.

—No podemos dejar que Calígula gane —le dije a Piper—. No eres la única semidiosa que él ha elegido como objetivo.

Ella pareció asimilar esas palabras y, acto seguido, se volvió hacia Meg como si realmente la viera por primera vez.

—¿Tú también?

Meg apagó el quemador.

—Sí. Mi padre.

—¿Qué pasó?

Meg se encogió de hombros.

—Fue hace mucho tiempo.

Esperamos, pero Meg había decidido hacer de Meg.

—Mi joven amiga es una niña de pocas palabras —expliqué—. Pero con su permiso...

Meg no me mandó callar ni me ordenó que me tirase de la terraza, de modo que le relaté a Piper lo que había visto en los recuerdos de McCaffrey.

Cuando hube terminado, ella saltó de la baranda, se acercó a Meg y, antes de que yo pudiera decir «¡Cuidado, muerde más fuerte que una ardilla silvestre!», abrazó a la pequeña.

—Lo siento. —Piper le besó la coronilla.

Esperé nervioso a que las cimitarras doradas de Meg apareciesen destellando en sus manos. En cambio, tras un momento de parálisis y sorpresa, se abandonó en los brazos de la chica. Permanecieron así un largo rato; Meg temblando y Piper abrazándola como si fuera el mismísimo consolador en jefe de semidioses y como si sus problemas fueran irrelevantes comparados con los de la niña.

Finalmente, con un resoplido/hipo, Meg se apartó limpiándose la nariz.

—Gracias.

Piper me miró.

—¿Cuánto hace que Calígula amarga la vida a los semidioses?

—Varios miles de años —contesté—. Él y los otros dos emperadores no han vuelto por las Puertas de la Muerte. En realidad, nunca se fueron del mundo de los vivos. En el fondo son dioses menores. Han tenido milenios para forjar su imperio secreto, Terrenos Triunvirato.

—¿Y por qué nosotros? —preguntó Piper—. ¿Por qué ahora?

—En tu caso, todo apunta a que Calígula no te quiere en medio —dije—. Si estás distraída con los problemas de tu padre, no supones una amenaza, sobre todo si estás en Oklahoma, lejos de su territorio. En cuanto a Meg y su padre..., no lo sé. Él estuvo implicado en un trabajo que Calígula consideró amenazante para él.

—Algo que habría ayudado a las dríades —añadió Grover—. Teniendo en cuenta dónde estaba trabajando, tuvieron que ser los invernaderos. Calígula arruinó a un hombre de la naturaleza.

Nunca había oído a Grover tan furioso. Dudaba que un sátiro pudiera dedicar mayor elogio a un humano que llamarlo «hombre de la naturaleza».

Piper estudió las olas en el horizonte.

—Creéis que está todo relacionado. Calígula está preparando algo, echando a todo el que supone una amenaza para él, creando ese Laberinto en Llamas, destruyendo a los espíritus de la naturaleza.

—Y encerrando al Oráculo de Eritras —dije—. Creando una trampa... para mí.

—Pero ¿qué quiere? —inquirió Grover—. ¿Cuál es su propósito?

Eran unas preguntas magníficas. Sin embargo, con Calígula casi nunca querías saber las respuestas. Te hacían llorar.

—Me gustaría preguntarle a la sibila —dije—, en caso de que aquí alguien sepa cómo encontrarla.

Piper apretó los labios.

—Ah. Por eso estáis aquí.

Miró a Meg y luego la parrilla a gas; tal vez trataba de decidir qué era más peligroso: venir con nosotros de misión o quedarse allí con una hija de Deméter aburrida.

—Iré a por mis armas —dijo—. Nos vamos de paseo.

Señor Bedrossian, señor Bedrossian,
corre rápido como... unos pantalones
de chándal

—No os riais —advirtió Piper cuando salió de su cuarto.

A mí no se me habría pasado por la cabeza. Piper McLean iba vestida a la moda y lista para el combate con unas Converse blancas, unos vaqueros ceñidos y gastados, un cinturón de piel y una camiseta naranja del Campamento. En un lado del pelo llevaba trenzada una pluma azul intenso: una pluma de arpía, si no me equivocaba.

Tenía sujeta al cinturón una daga de hoja triangular como las que portaban las mujeres griegas: un parazonio. Hécuba, antes de ser reina de Troya, llevaba uno cuando salía conmigo. Que yo recordase, tenía fundamentalmente un uso ceremonial, pero era muy afilada. (Hécuba tenía un poco de genio).

Del otro lado del cinturón de Piper pendía... Ah. Me figuré que ese era el motivo de que se sintiera cohibida. Enfundado contra el muslo tenía un carcaj en miniatura lleno de proyectiles de treinta centímetros de largo, con las plumas hechas de cardos peludos. Colgado del hombro, junto con una mochila, llevaba el tubo de un metro y veinte centímetros de una caña de río.

—¡Una cerbatana! —grité—. ¡Me encantan las cerbatanas!

No es que fuera un experto, pero la cerbatana era un arma de proyectiles: elegante, difícil de dominar y muy furtiva. ¿Cómo no iba a encantarme?

Meg se rascó el cuello.

—¿Las cerbatanas son griegas?

Piper rio.

—No, no son griegas. Son de origen cheroqui. Mi abuelo Tom me hizo esta hace mucho tiempo. Siempre quería que yo practicara.

La perilla de Grover se movió como si quisiera liberarse de su mentón, a lo Houdini.

—Las cerbatanas son muy difíciles de manejar. Mi tío Ferdinand tenía una. ¿Qué tal se te da?

—No soy la mejor tiradora —reconoció Piper—. No se me da ni de lejos tan bien como a mi prima de Tahlequah; ella es una campeona tribal. Pero estuve practicando la última vez que Jason y yo estuvimos en el Laberinto. —Tocó el carcaj—. Estas me fueron bastante útiles. Ya lo veréis.

Grover logró contener su nerviosismo. Yo entendía su preocupación. En manos de un novato, una cerbatana era más peligrosa para los aliados que para los enemigos.

—¿Y la daga? —preguntó el sátiro—. ¿De verdad es...?

—Katoptris —dijo Piper orgullosamente—. Perteneció a Helena de Troya.

Grité.

—¿Tienes la daga de Helena de Troya? ¿Dónde la encontraste?

La chica se encogió de hombros.

—En un cobertizo del Campamento.

Sentí como si me diesen un tirón de pelo. Me acordaba del día que Helena había recibido esa daga como regalo de bodas. Qué cuchillo tan espléndido, empuñado por la mujer más hermosa que ha caminado por la Tierra. (Sin ánimo de ofender a los miles de millones de mujeres que también son encantadoras; os quiero a todas). ¿Y Piper había encontrado esa arma de trascendencia histórica, perfectamente fabricada y poderosa en un cobertizo?

Por desgracia, el tiempo lo convierte todo en una baratija, por muy importante que sea. Me preguntaba si a mí me esperaba el mismo destino. Dentro de mil años, alguien podría encontrarme en un cobertizo y decir: «Oh, mira. Apolo, dios de la poesía. A lo mejor puedo sacarle brillo y utilizarlo».

—¿La hoja todavía muestra visiones? —pregunté.

—¿Conque lo sabes, eh? —Piper negó con la cabeza—. Las visiones se interrumpieron el pasado verano. ¿No tendrá nada que ver eso con que te echaran a patadas del Olimpo, verdad, señor dios de la Profecía?

Meg resopló.

—Casi todo es culpa suya.

—¡Oye! —dijo—. Ejem, pasemos a otra cosa. ¿Adónde nos llevas exactamente, Piper? Si os han embargado todos los coches, me temo que

tendremos que conformarnos con el Pinto del entrenador Hedge.

Ella sonrió burlonamente.

—Creo que tenemos algo mejor. Seguidme.

Nos llevó hasta el camino de acceso, donde el señor McLean había reanudado sus funciones de vagabundo alelado. Andaba sin rumbo fijo por la entrada con la cabeza gacha como si buscara una moneda en el suelo. Se había pasado los dedos por el pelo y le habían quedado algunos mechones de punta.

Los empleados de la empresa de mudanzas estaban haciendo el descanso para comer delante de la puerta trasera de una camioneta y comían en unos platos de porcelana que sin duda habían estado en la cocina de los McLean poco antes.

El señor McLean miró a Piper. No parecieron preocuparle la daga ni la cerbatana.

—¿Vas a salir?

—Solo un rato. —Ella le besó en la mejilla—. Volveré por la noche. No dejes que se lleven los sacos de dormir, ¿vale? Podemos acampar en la terraza. Será divertido.

—Está bien. —Él le dio una palmadita en el brazo distraídamente—. Buena suerte... ¿con los estudios?

—Sí —dijo Piper—. Con los estudios.

Cómo no adorar la Niebla. Puedes salir tranquilamente de tu casa armada hasta los dientes y acompañada de un sátiro, una semidiosa y un antiguo dios del Olimpo fofo, y gracias a la magia alteradora de la percepción de la Niebla, tu padre mortal cree que vas a estudiar con un grupo de compañeros. «Eso es, papá. Tenemos que repasar unos problemas de matemáticas sobre la trayectoria de los dardos de cerbatana contra blancos en movimiento».

Piper nos llevó a la casa del vecino de enfrente: una mansión frankensteiniana con azulejos toscanos, ventanas modernas y aguilones victorianos que proclamaba: «¡Tengo mucho dinero y poco gusto! ¡¡¡Socorro!!!».

En la rotonda de la entrada, un hombre corpulento vestido con ropa deportiva salía de su Cadillac Escalade blanco.

—¡Señor Bedrossian! —gritó Piper.

El hombre se sobresaltó y la miró con cara de terror. A pesar de su camiseta para entrenar, su pantalón de chándal y sus llamativas zapatillas de deporte, parecía que hubiera estado vagueando más que haciendo ejercicio. Ni estaba sudado ni jadeaba. Su pelo ralo formaba un brochazo de grasa negra

perfecto sobre su cuero cabelludo. Cuando fruncía el ceño, sus facciones se desplazaban al centro de su cara como si rodeasen los agujeros negros idénticos de sus fosas nasales.

—Pi-Piper —tartamudeó—. ¿Qué estás...?

—¡Me gustaría pedirle prestado el Escalade! ¡Gracias! —La chica sonrió.

—Bueno, en realidad no es...

—¿No es ningún problema? —continuó ella—. ¿Y le encantaría dejármelo el resto del día? ¡Fantástico!

La cara de Bedrossian se retorció.

—Sí —consiguió pronunciar—. Claro.

—¿Las llaves, por favor?

El señor Bedrossian le lanzó el llavero y entró corriendo en su casa tan rápido como le permitió su pantalón de chándal.

Meg silbó en voz baja.

—Cómo ha molado.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Grover.

—Eso —dije— ha sido su capacidad de persuasión. —Volví a estudiar a Piper McLean, sin saber si debía estar impresionado o si debía echar a correr detrás del señor Bedrossian, presa del pánico—. Un raro don entre los hijos de Afrodita. ¿Le pides prestado a menudo el coche al señor Bedrossian?

Piper se encogió de hombros.

—Ha sido un vecino horrible. Tiene un montón de coches más. Creedme, para él no es ningún problema. Además, normalmente devuelvo lo que pido prestado. Normalmente. ¿Nos vamos? Apolo, puedes conducir tú.

—Pero...

Ella esbozó aquella sonrisa de inquietante dulzura como diciendo «Podría obligarte a hacerlo».

—Yo conduzco —dije.

Tomamos la carretera de la costa con vistas en el Bedrossianmóvil. Como el Escalade era solo un poco más pequeño que el tanque escudefuego de Hefesto, tenía que tener cuidado de evitar las motos que pasaban rozando, los buzones, los niños montados en triciclos y otros molestos obstáculos.

—¿Vamos a recoger a Jason? —pregunté.

A mi lado en el asiento del copiloto, Piper cargó la cerbatana con un dardo.

—No es necesario. Además, está en clase.

—Tú no.

—Yo estoy de mudanza, ¿recuerdas? El lunes que viene tengo que ir al Instituto de Secundaria de Tahlequah. —Levantó la cerbatana como si fuera una copa de champán—. Arriba, Tigers.

Sus palabras sonaron extrañamente desprovistas de ironía. Una vez más, me pregunté cómo podía estar tan resignada a su destino, tan dispuesta a dejar que Calígula los expulsara a ella y a su padre de la vida que habían forjado allí. Pero como tenía un arma cargada en la mano, no le llevé la contraria.

Meg asomó la cabeza entre nuestros asientos.

—¿No necesitaremos a tu exnovio?

Viré bruscamente y estuve a punto de atropellar a la abuela de alguien.

—¡Meg! —la regañé—. Vuelve a sentarte y abróchate el cinturón, por favor. Grover... —Miré por el espejo retrovisor y vi que el sátiro estaba masticando un trozo de tela gris—. Grover, deja de comerte el cinturón de seguridad. Estás dando mal ejemplo.

Él escupió la tira.

—Perdón.

Piper revolvió el pelo a Meg y la empujó jovialmente al asiento trasero.

—Respondiendo a tu pregunta, no. Estaremos muy bien sin Jason. Yo puedo enseñaros cómo entrar en el Laberinto. Al fin y al cabo, fue mi sueño. Es la entrada que utiliza el emperador, así que debería ser la forma más directa de llegar al centro, donde tiene a vuestra sibila.

—Y cuando entrasteis la otra vez —dije—, ¿qué pasó?

Se encogió de hombros.

—Lo típico en el Laberinto: trampas, pasillos que cambian... Y también unas criaturas extrañas. Guardias. Son difíciles de describir. Y fuego. Mucho fuego.

Me acordé de la visión en la que Herófila levantaba sus brazos encadenados en la sala con lava y pedía disculpas a alguien que no era yo.

—¿No encontrasteis el Oráculo? —pregunté.

Piper se quedó callada a lo largo de media manzana contemplando vistas fugaces del mar entre las casas.

—Yo no. Pero Jason y yo nos separamos un rato. Ahora... me pregunto si me contó todo lo que le pasó. Estoy segura de que se calló algo.

Grover volvió a abrocharse el cinturón de seguridad machacado.

—¿Por qué?

—Es una muy buena pregunta y un buen motivo para volver sin él —dijo Piper—. Quiero verlo todo con mis propios ojos.

Tenía la sensación de que Piper ocultaba bastante información sobre sí misma: dudas, conjeturas, sentimientos íntimos, tal vez lo que le había pasado en el Laberinto.

Bravo, pensé. Nada anima más una misión peligrosa que el drama personal de dos héroes que han tenido una relación sentimental y puede, o puede que no, se cuenten entre ellos (y a mí) toda la verdad.

Piper me indicó que me dirigiera al centro de Los Ángeles.

Lo consideré una mala señal. El «centro de Los Ángeles» siempre me había parecido un oxímoron, como «helado caliente» o «inteligencia militar». (Sí, Ares, era un insulto).

En Los Ángeles todo son extensiones y barrios periféricos. No está pensado para tener un centro, como la *pizza* tampoco está pensada para que lleve trozos de mango. Oh, sí, aquí y allá, entre los insulsos edificios gubernamentales grises y las tiendas cerradas, se habían revitalizado partes del centro. Mientras serpenteábamos por las calles, vi bastantes bloques de pisos, tiendas modernas y hoteles pijos abiertos recientemente. Pero todas esas iniciativas me parecían tan eficaces como maquillar a un legionario romano. (Y, créeme, lo había intentado).

Paramos cerca de Grand Park, que ni era grande ni valía un pimiento como parque. Al otro lado de la calle se alzaba un panal de ocho plantas de hormigón y cristal. Me acordé que había ido allí en una ocasión, décadas antes, para inscribir mi divorcio de Greta Garbo. ¿O era de Liz Taylor? No me acordaba.

—¿El Registro Civil? —pregunté.

—Sí —dijo Piper—. Pero no vamos a entrar. Aparca en aquella zona de carga. Está permitido aparcar quince minutos.

Grover se inclinó hacia delante.

—¿Y si no hemos vuelto al cabo de quince minutos?

Piper sonrió.

—Entonces estoy segura de que los de la grúa cuidarán bien del Escalade del señor Bedrossian.

Una vez fuera del coche, seguimos a Piper a un lado del complejo gubernamental, donde se llevó un dedo a los labios para pedir silencio y nos hizo señas para que nos asomáramos a la esquina.

Un muro de hormigón de seis metros de alto recorría la manzana a lo largo, salpicado de anodinas puertas metálicas que deduje que eran entradas de servicio. Delante de una de esas puertas, a mitad de la manzana, se hallaba un extraño guardia.

Pese a hacer un día caluroso, llevaba traje y corbata negros. Era achaparrado y fornido, con unas manos extraordinariamente grandes. Tenía algo enrollado alrededor de la cabeza que no acababa de identificar, como un pañuelo palestino extragrande hecho de felpa blanca peluda, que le caía sobre los hombros y le colgaba hasta la mitad de la espalda. Eso solo tal vez no habría sido tan raro. Podría haber sido un vigilante privado que trabajaba para un magnate del petróleo saudí. Pero ¿qué hacía en un callejón al lado de una puerta metálica que no parecía tener nada de particular? ¿Y por qué su cara estaba totalmente cubierta de pelo blanco, un pelo que hacía juego con la prenda de su cabeza?

Grover olfateó el aire y nos hizo escondernos detrás de la esquina.

—Ese tío no es humano —susurró.

—Premio para el sátiro —susurró a su vez Piper, aunque yo no sabía por qué hablábamos tan bajo. Estábamos a media manzana de distancia, y había mucho ruido.

—¿Qué es? —preguntó Meg.

Piper miró el dardo de su cerbatana.

—Buena pregunta. Pueden ser un auténtico problema si no los pillas por sorpresa.

—¿Hay más de uno? —pregunté.

—Sí. —Piper frunció el ceño—. La última vez había dos. Y tenían el pelo negro. No sé por qué este es distinto. Pero esa puerta es la entrada del Laberinto, así que tenemos que cargárnoslo.

—¿Utilizo las espadas? —preguntó Meg.

—Solo si yo fallo. —Piper tomó aire varias veces—. ¿Listos?

No creía que aceptara un no por respuesta, de modo que asentí con la cabeza como Grover y Meg.

La chica salió, levantó la cerbatana y disparó.

Era un tiro de quince metros, al límite de lo que yo considero una distancia factible para el uso de la cerbatana, pero Piper dio en el blanco. El dardo atravesó la pernera izquierda del hombre.

El guardia miró el extraño nuevo accesorio que le sobresalía del muslo. Las plumas del astil combinaban a la perfección con su pelo blanco.

«Estupendo», pensé. «Solo lo hemos cabreado».

Meg invocó sus espadas doradas.

Grover buscó con las manos su zampoña.

Me preparé para escapar gritando.

—Un momento —dijo Piper.

El guardia se inclinó hacia un lado como si toda la ciudad se estuviera escorando a estribor y acto seguido cayó redondo en la acera.

Arqueeé las cejas.

—¿Veneno?

—La receta especial del abuelo Tom —dijo Piper—. Venga, vamos. Os enseñaré lo más raro de Cara Peluda.

Grover se pira pronto, es un sátiro
listo.
Lester no lo es demasiado

—¿Qué es? —volvió a preguntar Meg—. Qué gracioso.

«Gracioso» no habría sido el adjetivo que yo habría elegido.

El guardia estaba tumbado boca arriba, en estado semiconsciente, echando espuma por la boca, con los ojos medio cerrados y los párpados temblando.

Tenía ocho dedos en cada mano. Eso explicaba por qué se veían tan grandes de lejos. A juzgar por la anchura de sus zapatos de piel negros, supuse que también tenía ocho dedos en los pies. Parecía joven, como mucho un adolescente en términos humanos, pero salvo la frente y las mejillas, toda su cara estaba cubierta de un fino pelo blanco similar al pelaje del pecho de un terrier.

Sin embargo, lo más llamativo eran sus orejas. Lo que yo había confundido con una prenda para la cabeza se había desenrollado y había dejado al descubierto dos óvalos de cartílago caídos con forma de orejas humanas, pero del tamaño de una toalla de playa cada uno, por lo que enseguida deduje que al pobre chico debían de haberlo apodado Dumbo en el colegio. Sus canales auditivos eran lo bastante anchos como para atrapar pelotas de béisbol, y estaban llenos de tantos pelos que Piper podría haberlos utilizado a modo de plumas para decorar todos los dardos de su carcaj.

—Orejón —dije.

—¿No me digas? —comentó Meg.

—No, me refiero a que debe de ser uno de los orejones de los que habló Macrón.

Grover dio un paso atrás.

—¿Las criaturas que Calígula está usando como guardia personal? ¿Es necesario que den tanto miedo?

Di una vuelta alrededor del joven humanoide.

—¡Pensad en lo fino que debe de tener el oído! Imaginaos todos los acordes de guitarra que podría tocar con esas manos. ¿Cómo es que nunca he visto esta especie antes? ¡Serían los mejores músicos del mundo!

—Hum —dijo Piper—. Yo no entiendo de música, pero luchan como no te imaginas. Dos de ellos estuvieron a punto de matarnos a Jason y a mí, y eso que ambos hemos luchado contra muchos monstruos.

No veía que el guardia llevara armas encima, pero no me costaba creer que fuera un duro rival. Esos puños de ocho dedos podrían haber hecho mucha pupa. Aun así, me parecía un desperdicio entrenar a esas criaturas para la guerra...

—Increíble —murmuré—. Después de cuatro mil años, todavía descubro cosas nuevas.

—Como lo tonto que eres —dijo Meg sin que nadie le hubiera pedido su opinión.

—No.

—Entonces, ¿ya lo sabías?

—Chicos —nos interrumpió Grover—, ¿qué hacemos con el orejón?

—Matarlo —propuso Meg.

La miré frunciendo el ceño.

—¿Qué ha sido del «Qué gracioso»? ¿Y de «Todo lo que está vivo se merece una oportunidad de crecer»?

—Trabaja para los emperadores —dijo ella—. Es un monstruo. Volverá al Tártaro convertido en polvo, ¿no?

Meg miró a Piper buscando confirmación, pero la chica estaba escudriñando la calle.

—Sigue pareciéndome raro que solo haya un guardia —dijo Piper, cavilando—. ¿Y por qué es tan joven? Lo normal, después de que logramos entrar aquí la otra vez, es que hubieran puesto más guardias. A menos...

No terminó la frase, pero yo la oí alto y claro: «A menos que quieran que entremos».

Estudié el rostro del guardia, que seguía temblando debido a los efectos del veneno. ¿Por qué su cara tenía que recordarme el pecho de un perro? Hacía difícil matarlo.

—Piper, ¿qué hace exactamente tu veneno?

Se arrodilló y sacó el dardo.

—A juzgar por el efecto que tuvo en los otros orejones, lo paralizará un buen rato, pero no lo matará. Es veneno de serpiente de coral diluido con unos ingredientes vegetales especiales.

—Recuérdame que nunca beba tu infusión de hierbas —murmuró Grover. La chica sonrió.

—Podemos dejar al orejón. No me parece justo mandarlo al Tártaro.

—Hum. —Meg no parecía convencida, pero agitó sus dos espadas, que volvieron a adoptar forma de anillos de oro.

Piper se acercó a la puerta metálica. La abrió y dejó ver un montacargas oxidado con una sola palanca de mando y ninguna puerta.

—Vale, solo para que quede claro —dijo—, os enseñaré por dónde entramos en el Laberinto Jason y yo, pero no pienso hacer el típico numerito de rastreadora india americana. No sé rastrear. No soy vuestra guía.

Todos aceptamos de buena gana, como hace uno cuando un amigo con opiniones firmes y dardos envenenados le da un ultimátum.

—Otra cosa —continuó—, si alguno de vosotros siente la necesidad de recibir guía espiritual, yo no estoy aquí para eso. No voy a daros antiguos consejos cheroquis.

—Muy bien —dijo—. Aunque como antiguo dios de las profecías, me gustan los consejos espirituales.

—Pues tendrás que pedirselos al sátiro —replicó Piper.

Grover se aclaró la garganta.

—Ejem, ¿reciclar da buen karma?

—Eso es —dijo ella—. ¿Todo el mundo de acuerdo? Pues todos a bordo.

El interior del montacargas estaba mal iluminado y olía a sulfuro. Me acordé de que Hades tenía un ascensor en Los Ángeles que llevaba al inframundo. Esperaba que Piper no se hubiera confundido de misión.

—¿Estás segura de que este trasto va al Laberinto en Llamas? —pregunté—. Porque no he traído palitos para Cerbero.

Grover gimoteó.

—Tenías que mencionar a Cerbero. Eso da mal karma.

Piper le dio al interruptor. El montacargas traqueteó y empezó a descender a la misma velocidad que mi moral.

—La primera parte es solo mortal —nos aseguró—. El centro de Los Ángeles está lleno de túneles de metro abandonados, refugios antiaéreos, cloacas...

—Las cosas que más me gustan —murmuró el sátiro.

—No conozco bien la historia —dijo Piper—, pero Jason me dijo que durante la ley seca los contrabandistas y los fiesteros utilizaban algunos túneles. Ahora hay grafiteros, fugitivos, sintechos, monstruos, funcionarios públicos...

A Meg le tembló la boca.

—¿Funcionarios públicos?

—Sí —dijo Piper—. Algunos empleados municipales utilizan los túneles para ir de un edificio a otro.

Grover se estremeció.

—¿Pudiendo andar al sol en contacto con la naturaleza? Es repugnante.

Nuestra caja metálica oxidada traqueteaba y chirriaba. No sabía lo que había abajo, pero sin duda nos oiría llegar, sobre todo si tenía orejas del tamaño de toallas de playa.

A los quince metros, el montacargas se paró dando sacudidas. Ante nosotros se extendía un pasillo de cemento totalmente cuadrado e insulso, iluminado con débiles fluorescentes azules.

—No da mucho miedo —comentó Meg.

—Espera —dijo Piper—. Lo divertido está más adelante.

Grover agitó las manos sin demasiado entusiasmo.

—Yupi.

El pasillo cuadrado daba a un túnel cilíndrico más grande con el techo cubierto de conductos y tuberías. Las paredes estaban tan llenas de pintadas que podrían haber sido una obra maestra desconocida de Jackson Pollock. Había latas vacías, ropa sucia y sacos de dormir mohosos tirados por el suelo que inundaban el aire del inconfundible olor de un campamento de sintechos: sudor, orines y desesperación absoluta.

Ninguno de nosotros dijo nada. Yo procuré respirar lo mínimo posible hasta que salimos a un túnel todavía más grande con una vía de tren oxidada. En las paredes, letreros metálicos agujereados rezaban: ALTO VOLTAJE, PROHIBIDO EL PASO Y SALIDA.

El balasto crujía bajo nuestros pies y las ratas correteaban por la vía y chillaban a Grover al pasar.

—Las ratas —susurró— son unas maleducadas.

Después de cien metros, Piper nos llevó hasta un pasillo lateral revestido de linóleo. Hileras de fluorescentes medio fundidos parpadeaban en lo alto. A lo lejos, apenas visible a la tenue luz, dos figuras se hallaban desplomadas en el suelo una al lado de la otra. Supuse que eran dos indigentes hasta que Meg se quedó inmóvil.

—¿Son dríades?

Grover gritó alarmado.

—¿Pita? ¿Planta del Dinero? —Corrió hacia ellas, y el resto de nosotros lo seguimos.

Pita era un enorme espíritu de la naturaleza digno de su planta. De pie, debía de medir al menos dos metros y diez centímetros, y tenía una piel de color gris azulado, largas extremidades y un pelo serrado que debía de ser la muerte literal para el champú. Alrededor del cuello, las muñecas y los tobillos, llevaba unas cintas con pinchos, por si alguien trataba de inmiscuirse en su espacio personal. Arrodillada al lado de su amiga, Pita no tenía demasiado mal aspecto hasta que se volvió y dejó ver sus quemaduras. El lado izquierdo de su cara era una masa de tejido carbonizado y savia reluciente. Su brazo izquierdo no era más que un rizo marrón seco.

—¡Grover! —dijo con voz ronca—. Ayuda a Planta del Dinero. ¡Por favor!

El sátiro se arrodilló junto a la dríade herida.

Era la primera vez que yo veía una planta del dinero, pero entendí por qué recibía ese nombre. Su cabello era una mata tupida de discos trenzados como monedas verdes. Su vestido estaba hecho del mismo material, de modo que parecía estar ataviada con una lluvia de monedas de color clorofila. Su cara pudo haber sido hermosa en el pasado, pero ahora estaba arrugada como un globo de fiesta que lleva una semana hinchado. De las rodillas para abajo, le habían desaparecido las piernas; se habían quemado. Intentó enfocar la vista en nosotros, pero sus ojos eran de un verde opaco. Cuando se movía, le caían monedas de jade del pelo y del vestido.

—¿Grover está aquí? —Parecía que respirase una mezcla de gas de cianuro y limaduras de metal—. Grover..., hemos estado muy cerca.

Al sátiro le tembló el labio inferior y sus ojos se inundaron de lágrimas.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo...?

—Allí abajo —dijo Pita—. Llamas. Ella salió de repente. Magia... —Empezó a escupir savia.

Piper miró con cautela por el pasillo.

—Voy a reconocer el terreno. Enseguida vuelvo. No quiero que me pillen por sorpresa.

Se fue a toda prisa por el corredor.

Pita intentó hablar otra vez, pero se cayó de lado. Meg logró atraparla y sostenerla sin acabar atravesada. Tocó el hombro a la dríade y murmuró entre dientes:

—Crece, crece, crece.

Las grietas del rostro carbonizado de Pita empezaron a curarse y su respiración se calmó. A continuación, Meg se volvió hacia Planta del Dinero. Le puso la mano en el pecho y retrocedió cuando se le soltaron más pétalos de jade.

—No puedo hacer mucho por ella aquí abajo —dijo Meg—. Las dos necesitan agua y sol. Enseguida.

—Las llevaré a la superficie —se ofreció Grover.

—Yo te ayudaré —dijo Meg.

—No.

—Grover...

—¡No! —Al sátiro se le quebró la voz—. Cuando esté fuera, podré curarlas igual que tú. Este es mi grupo de búsqueda, y estaban aquí obedeciendo mis órdenes. Es mi responsabilidad ayudarlas. Y tu misión está aquí abajo, con Apolo. ¿De verdad quieres que siga sin ti?

A mí me pareció una magnífica observación. Iba a necesitar la ayuda de Meg.

Entonces me di cuenta de cómo me miraban los dos, como si dudasen de mis habilidades, de mi valor y de mi capacidad para cumplir la misión sin una niña de doce años que me llevase de la mano.

Tenían razón, está claro, pero no por eso resultaba menos vergonzoso.

Me aclaré la garganta.

—Bueno, estoy seguro de que si no me quedara más remedio...

Meg y Grover ya habían perdido el interés por mí, como si mis sentimientos no fueran su principal preocupación. (Ya. Yo tampoco daba crédito). Juntos ayudaron a Pita a ponerse en pie.

—Estoy bien —insistió ella, tambaleándose precariamente—. Puedo andar. Coge a Planta del Dinero.

Grover la recogió con delicadeza.

—Ten cuidado —le avisó Meg—. No la sacudas o perderá todos los pétalos.

—No sacudir a Planta del Dinero —dijo el sátiro—. Entendido. ¡Buena suerte!

Grover se internó a toda prisa en la oscuridad con las dos dríades justo cuando Piper volvía.

—¿Adónde van? —preguntó.

Meg se lo explicó.

La chica frunció todavía más el ceño.

—Espero que no tengan problemas para salir. Si el guardia se despierta...
—Dejó la frase en el aire—. En fin, pongámonos en marcha. Estad atentos. Tened los ojos bien abiertos.

A menos que me inyectase cafeína pura o me electrificase los calzoncillos, no sabía cómo podía estar más despierto ni cómo podía tener los ojos más abiertos. Meg y yo seguimos a Piper por el sombrío pasillo iluminado con fluorescentes.

A los treinta metros, el pasillo se abría a un inmenso espacio que parecía...

—Un momento —dije—. ¿Esto es un aparcamiento subterráneo?

Desde luego lo parecía, salvo por la ausencia total de coches. En el suelo de cemento brillantado había flechas indicadoras amarillas y filas de espacios cuadriculados pintados que se perdían en la oscuridad. Hileras de columnas cuadradas sostenían el techo seis metros más arriba. En algunas había letreros como TOCAR EL CLAXON, SALIDA, CEDA EL PASO A LOS VEHÍCULOS DE LA DERECHA.

En una ciudad con tantos coches como Los Ángeles, resultaba extraño que alguien abandonase un aparcamiento utilizable. Por otra parte, supuse que los parquímetros eran una buena solución cuando tu otra opción era un inquietante laberinto frecuentado por grafiteros, grupos de dríades y funcionarios públicos.

—Aquí es —dijo Piper—. Este es el sitio donde Jason y yo nos separamos.

El olor a sulfuro era más intenso allí, mezclado con una fragancia más dulce..., como a clavo y miel. Me puso nervioso porque me recordaba algo que no acababa de identificar: algo peligroso. Resistí las ganas de huir.

Meg arrugó la nariz.

—Puaj.

—Sí —convino Piper—. La última vez olía igual. Pensé que era por... —Sacudió la cabeza—. En fin, justo aquí salió una cortina de llamas de repente. Jason corrió hacia la derecha y yo hacia la izquierda. Os lo aseguro, parecía un calor lleno de maldad. Es el fuego más intenso que he notado en mi vida, y he luchado contra Encélado.

Temblé al acordarme del aliento de fuego de ese gigante. Solíamos mandarle cajas de pastillas para el ardor de estómago por las Saturnales para hacerlo cabrear.

—¿Y qué ocurrió cuando tú y Jason os separasteis? —pregunté.

Piper se dirigió a la columna más cercana y pasó la mano por encima de las letras de un letrero de CEDA EL PASO.

—Intenté encontrarlo, claro. Pero desapareció sin más. Lo busqué mucho tiempo. Me puse de los nervios. No estaba dispuesta a perder a otro...

Titubeó, pero lo entendí. Ya había sufrido la pérdida de Leo Valdez, a quien hasta hacía poco había creído muerto. No estaba dispuesta a perder a otro amigo.

—El caso —dijo— es que empecé a oler esa fragancia. ¿Esa especie de aroma a clavo?

—Es inconfundible —convine.

—Asqueroso —me corrigió Meg.

—Empezó a volverse muy intenso —continuó Piper—. Sinceramente, me asusté. Sola, a oscuras, me entró pánico. Me largué. —Hizo una mueca—. No fue muy heroico, lo sé.

Yo no iba a criticarla, considerando que en ese momento las rodillas me estaban temblando y enviando un mensaje en código morse: «¡¡¡Huye!!!».

—Jason apareció más tarde —dijo Piper—. Simplemente, cruzó la salida. No quiso hablar de lo que había pasado. Solo dijo que no serviría de nada volver al Laberinto. Que las respuestas estaban en otra parte. Dijo que quería considerar unas ideas y que se pondría en contacto conmigo. —Se encogió de hombros—. Eso fue hace dos semanas. Todavía estoy esperando.

—Encontró el Oráculo —aventuré.

—Es lo que creo. A lo mejor, si vamos en esa dirección —señaló a la derecha—, lo descubrimos.

Ninguno de nosotros se movió. Ninguno gritó «¡Viva!» y se zambulló alegremente en la oscuridad perfumada de sulfuro.

Los pensamientos me daban vueltas muy rápido en la cabeza.

Un calor maligno, como si tuviera personalidad propia. El seudónimo del emperador: Neos Helios, el Nuevo Sol, el intento de Calígula por investirse a sí mismo dios viviente. Una frase que Nevio Macrón había dicho: «Espero que quede suficiente de usted para que la amiga mágica del emperador pueda trabajar».

Y esa fragancia a clavo y miel, como un perfume antiguo, combinada con sulfuro.

—Pita ha dicho «Ella salió de repente» —recordé.

La mano de Piper apretó la empuñadura de su daga.

—Esperaba haber oído mal. O a lo mejor con «ella» se refería a Planta del Dinero.

—Eh —dijo Meg—. Escuchad.

Era difícil con el ruido que me hacía la cabeza mientras me daba vueltas y el chisporroteo de la electricidad en mis calzoncillos, pero al final lo oí: un estrépito de madera y metal resonando en la oscuridad y el susurro y el chirrido de unas grandes criaturas que se movían con rapidez.

—Piper —dije—, ¿a qué te recuerda ese perfume? ¿Por qué te dio miedo? Sus ojos eran ahora de un azul eléctrico como su pluma de arpía.

—Una... una vieja amiga, alguien que mi madre me avisó que algún día volvería a ver. Pero no podía ser ella...

—Una hechicera —deduje.

—Chicos —nos interrumpió Meg.

—Sí. —La voz de Piper se volvió fría y grave, como si acabara de darse cuenta del lío en el que estábamos metidos.

—Una hechicera de la Cólquida —dije—. Una nieta de Helios que conducía un carro.

—Tirado por dragones —apuntó Piper.

—Chicos —repitió Meg, en tono más urgente—, tenemos que escondernos.

Demasiado tarde, claro.

El carro dobló la esquina traqueteando, tirado por dos dragones dorados que escupían gases dorados por sus orificios nasales como locomotoras alimentadas a base de sulfuro. La conductora no había cambiado desde la última vez que la había visto, hacía miles de años. Todavía era morena y regia, y apareció con su vestido negro de seda ondeando a su alrededor.

Piper sacó su daga. Se situó a la vista. Meg siguió su ejemplo, invocó sus espadas y se puso hombro con hombro con la hija de Afrodita. Yo, tonto de mí, permanecí a su lado.

—Medea. —Piper escupió la palabra con todo el veneno y la fuerza con que escupiría un dardo por la cerbatana.

La hechicera tiró de las riendas y paró el carro. En otras circunstancias, puede que hubiera disfrutado de la expresión de sorpresa de su cara, pero no duró mucho.

Medea se rio con genuino placer.

—Piper McLean, querida muchacha. —Me clavó su mirada oscura y rapaz—. Este es Apolo, deduzco. Oh, me has ahorrado mucho tiempo y molestias. ¡Cuando hayamos terminado, servirás de aperitivo a mis dragones!

Veamos quién gana en oratoria: Eres
fea y das asco.
Fin. ¿He ganado?

Dragones del sol... Los odio. Y eso que yo era un dios del sol.

Comparados con otros dragones, no son especialmente grandes. Con un poco de lubricación y de fuerza, puedes meter uno en una autocaravana de mortales. (Yo lo he hecho. Deberías haber visto la cara que se le quedó a Hefesto cuando le pedí que entrase en el vehículo a revisar el pedal del freno).

Pero lo que no tenían de tamaño, lo compensaban con su crueldad.

Las mascotas de Medea gruñían y lanzaban mordiscos y mostraban sus colmillos de porcelana en los hornos ardientes de sus bocas. Sus alas, plegadas contra sus lomos, relucían como paneles solares. Pero lo peor de todo eran sus brillantes ojos naranja...

Piper me dio un empujón y me hizo apartar la vista.

—No te los quedes mirando —me advirtió—. Te paralizarán.

—Ya lo sé —murmuré, aunque mis piernas habían estado a punto de volverse de piedra. Me había olvidado de que ya no era un dios. Ya no era inmune a menudencias como los ojos de los dragones del sol y la posibilidad de morir.

La hija de Afrodita le dio un codazo a Meg.

—Eh. Tú tampoco los mires.

La niña parpadeó y salió de su estupor.

—¿Qué? Son bonitos.

—¡Gracias, querida! —La voz de la hechicera se volvió dulce y tranquilizadora—. No nos han presentado formalmente. Soy Medea. Y está

claro que tú eres Meg McCaffrey. He oído hablar mucho de ti. —Tocó la barandilla del carro—. Acércate, querida. No tienes por qué temerme. Soy amiga de tu padrastro. Yo te llevaré con él.

Meg frunció el entrecejo, confundida. Bajó las puntas de sus espadas.

—¿Qué?

—Está utilizando su capacidad de persuasión. —La voz de Piper me alcanzó como un vaso de agua helada en la cara—. No la escuches, Meg. Y tú tampoco, Apolo.

Medea suspiró.

—¿De verdad, Piper McLean? ¿Vamos a enfrentarnos en otro combate de oratoria?

—No hace falta —dijo Piper—. Volvería a ganar yo.

Medea frunció el labio haciendo una buena imitación de los gruñidos de los dragones del sol.

—Meg tiene que estar con su padrastro. —Movié la mano hacia mí como si apartase la basura—. No con este ser patético que no merece llamarse dios.

—¡Eh! —protesté—. Si tuviera mis poderes...

—Pero no los tienes —dijo Medea—. Mírate, Apolo. ¡Mira lo que te ha hecho tu padre! Pero no te preocupes. Tu sufrimiento se ha acabado. ¡Yo te sacaré el poder que te quede y le daré buen uso!

Los nudillos de Meg se volvieron blancos en las empuñaduras de sus espadas.

—¿Qué quiere decir eso? —murmuró—. Oiga, Doña Mágica, ¿a qué se refiere?

La hechicera sonrió. Ya no llevaba la corona que le correspondía por derecho natural como princesa de la Cólquida, pero en su cuello todavía brillaba un colgante dorado: las antorchas cruzadas de Hécate.

—¿Se lo cuento yo, Apolo, o se lo cuentas tú? Sin duda sabes por qué os he traído aquí.

«Ella me ha traído aquí...», pensé.

Como si cada paso que había dado desde que había salido de aquel contenedor de Manhattan hubiera estado predeterminado, orquestado por ella... El problema era que me parecía perfectamente posible. Esa hechicera había destruido reinos. Había traicionado a su propio padre ayudando al Jason original a robar el Vellocino de Oro. Había matado a su hermano y lo había cortado en trocitos. Había asesinado a sus propios hijos. Era la seguidora más cruel y más ávida de poder de Hécate, y también la más temible. Y no solo

eso, también era una semidiosa de linaje ancestral, la nieta del mismísimo Helios, antiguo titán del sol.

Eso significaba...

De repente caí en la cuenta, un descubrimiento tan horrible que se me doblaron las rodillas.

—¡Apolo! —gritó Piper—. ¡Levántate!

Lo intenté, de verdad, pero mis piernas no colaboraban. Me puse a cuatro patas y dejé escapar un indecoroso gemido de dolor y terror. Oí un plas, plas, plas y me pregunté si las amarras que fijaban mi mente a mi cráneo mortal se habían roto finalmente.

Entonces me di cuenta de que Medea me estaba aplaudiendo educadamente.

—Eso es. —Rio entre dientes—. Has tardado, pero hasta tu lento cerebro ha acabado percatándose.

Meg me cogió el brazo.

—No te rindas, Apolo —me ordenó—. Dime qué pasa.

Me levantó.

Intenté articular alguna palabra y darle la explicación que me pedía, pero cometí el error de mirar a Medea, cuyos ojos eran tan hipnóticos como los de sus dragones. En su rostro vi el cruel regocijo y la radiante violencia de Helios, su abuelo, en sus días de gloria: antes de caer en el olvido, antes de que yo ocupase su lugar como señor del carro del sol.

Me acordé de cómo había muerto el emperador Calígula. Estaba a punto de irse de Roma; pensaba zarpar a Egipto y formar una nueva capital allí, en una tierra donde la gente entendiese a los dioses vivientes. Pretendía autoproclamarse dios en vida: Neos Helios, el Nuevo Sol; no solo de forma nominal, sino literalmente. Por eso sus pretores estaban tan impacientes por matarlo la noche antes de su partida.

«¿Cuál es su propósito?», había preguntado Grover.

Mi asesor espiritual no iba desencaminado.

—Calígula siempre ha tenido el mismo objetivo —dije con voz ronca—. Quiere ser el centro de la creación, el nuevo dios del sol. Quiere suplantarme, como yo suplanté a Helios.

Medea sonrió.

—Y no podría ocurrirle a un dios mejor.

Piper se movió.

—¿Cómo que... suplantar?

—¡Sustituir! —dijo Medea, y empezó a contar con los dedos como si estuviera dando consejos de cocina en un programa de televisión—. Primero, extraeré toda la esencia inmortal de Apolo, que no es mucha en este momento, de modo que no me llevará mucho tiempo. Luego añadiré su esencia al guiso que tengo preparado, el poder sobrante de mi querido y difunto abuelo.

—Helios —dije—. Las llamas del Laberinto. Reconocí... reconocí su ira.

—Bueno, el abuelo es un poco cascarrabias. —Medea se encogió de hombros—. Es lo que pasa cuando tu fuerza vital se consume prácticamente del todo y luego tu nieta te reanima invocándote poco a poco, hasta que te vuelves una tormenta de fuego embravecida. Ojalá sufrieras lo que ha sufrido Helios, y te pasaras milenios gritando en estado de semiconsciencia, estando lo bastante despierto como para saber lo que has perdido y sentir dolor y resentimiento por ello. Pero, por desgracia, no disponemos de tanto tiempo. Calígula está impaciente. Tomaré lo que queda de ti y de Helios, invertiré ese poder en mi amigo el emperador y, *voilà!*, ¡un nuevo dios del sol!

Meg gruñó.

—Qué tontería —dijo, como si Medea hubiera propuesto una nueva regla para jugar al escondite—. No puede hacer eso. ¡No puede destruir a un dios y crear uno nuevo!

La hechicera no se molestó en contestar.

Yo sabía que lo que proponía era totalmente posible. Los emperadores de Roma se habían hecho semidivinos simplemente instaurando el culto entre la población. A lo largo de los siglos, varios mortales se habían erigido en dioses o habían sido ascendidos a la categoría de divinidad por los dioses del Olimpo. ¡Mi padre, Zeus, había hecho a Gánimedes inmortal solo porque era mono y sabía servir vino!

En cuanto a destruir a los dioses, la mayoría de los titanes habían sido eliminados o desterrados hacía miles de años. Y allí estaba yo, un simple mortal, desprovisto de toda divinidad por tercera vez, solo porque mi padre quería darme una lección.

Para una hechicera con el poder de Medea, esa magia estaba a su alcance, siempre y cuando sus víctimas fueran lo bastante débiles para ser vencidas, como los restos de un titán consumido hacía mucho o un idiota de dieciséis años llamado Lester que había caído de lleno en su trampa.

—¿Acabarías con tu propio abuelo? —pregunté.

Medea se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Todos los dioses sois parientes y siempre estáis intentando mataros.

No soportaba cuando una hechicera malvada tenía razón.

Medea tendió la mano a Meg.

—Vamos, querida, ven conmigo. Tu sitio está con Nerón. Todo quedará olvidado, te lo prometo.

El poder de persuasión fluía por sus palabras como la gelatina de Aloe Vera: frío y viscoso, pero a la vez reconfortante. No entendía cómo Meg podía resistirse. Su pasado, su padrastro, sobre todo la Bestia, nunca abandonaban su mente.

—Meg —replicó Piper—, no dejes que ninguno de nosotros te diga lo que tienes que hacer. Decide por ti misma.

Bendita sea la intuición de la hija de Afrodita, que supo apelar a la tozudez de Meg. Y bendito sea el corazoncito terco y cubierto de hierbajos de Meg. La niña se interpuso entre Medea y yo.

—Apolo es mi criado tonto. No puedes quedártelo.

La hechicera suspiró.

—Aprecio tu valor, querida. Nerón me dijo que eres especial. Pero mi paciencia tiene un límite. ¿Quieres hacerte una idea de a quién te enfrentas?

Medea agitó las riendas, y los dragones embistieron.

Phil y Don están muertos.
Adiós, amor y dicha. Hola, insensatez

Como a cualquier deidad, me gusta atropellar a gente con un carro, pero no me gusta la idea de ser yo el atropellado.

Cuando los dragones arremetieron contra nosotros, Meg se mantuvo firme; una reacción o bien admirable o bien suicida. Yo intentaba decidir si esconderme detrás de ella o apartarme de un salto —ambas opciones menos admirables, pero también menos suicidas—, cuando la decisión se volvió irrelevante. Piper lanzó su daga y atravesó el ojo del dragón de la izquierda.

Dragón Izquierdo chilló de dolor, empujó contra Dragón Derecho e hizo que el carro se desviase. Medea pasó disparada junto a nosotros, escapó por los pelos de las espadas de Meg y desapareció en la oscuridad mientras gritaba improperios a sus mascotas en colquiano antiguo: un idioma que ya no se hablaba, pero que tenía veintisiete sinónimos de «matar» y ninguna forma de decir «Apolo mola». No soportaba a los colquianos.

—¿Estáis bien? —preguntó Piper. Tenía la punta de la nariz roja como si se le hubiera quemado al sol. La pluma de arpía ardía en su pelo. Era lo que tenía toparse con lagartos superfuegosos.

—Estoy bien —masculló Meg—. No he podido darles.

Señalé la funda vacía del cuchillo de Piper.

—Buen tiro.

—Sí, ojalá tuviera más dagas. Volveré a usar los dardos de la cerbatana.

Meg negó con la cabeza.

—¿Contra esos dragones? ¿Has visto su piel acorazada? Yo les atacaré con mis espadas.

A lo lejos, Medea seguía gritando tratando de dominar a sus animales. El chirrido estridente de las ruedas me indicó que estaba girando para arremeter de nuevo.

—Meg —dije—, con la capacidad de persuasión que tiene Medea, solo necesitará una palabra para acabar contigo. Si dice «tropieza» en el momento justo...

La niña me lanzó una mirada asesina como si yo tuviera la culpa de que la hechicera poseyera ese don.

—¿Podemos cerrar la boca a Doña Mágica de alguna forma?

—Sería más fácil taparte los oídos —propuse.

Meg recogió sus espadas. Rebuscó entre sus provisiones mientras el ruido de las ruedas del carro aumentaba de velocidad y se acercaba.

—Deprisa —dije.

Abrió un sobre de semillas. Se echó unas pocas en cada canal auditivo, se tapó la nariz y espiró. Matas de altramuces azules brotaron de sus oídos.

—Interesante —dijo Piper.

—¡¡¿Qué?!! —gritó Meg.

Piper sacudió la cabeza, como diciendo no importa.

La pequeña nos ofreció semillas de altramuz azul. Los dos declinamos. Piper, deduje, tenía una resistencia natural a la capacidad de persuasión de otras personas. En cuanto a mí, no tenía intención de acercarme a Medea para convertirme en su objetivo principal. Ni tampoco tenía la debilidad de Meg —un deseo contradictorio, errado pero poderoso, de complacer a su padre y recuperar algo parecido a un hogar y una familia— que Medea podía explotar, y que sin duda explotaría. Además, la idea de ir por ahí con altramuces azules saliéndome de las orejas me descomponía.

—Preparaos —avisé.

—¡¡¡¿Qué?!!! —gritó de nuevo Meg.

Señalé el carro de Medea, que salió de la penumbra corriendo hacia nosotros. Deslicé un dedo a través de mi cuello, la señal universal de «Cargaos a esa hechicera y sus dragones».

Meg invocó sus espadas y arremetió contra los dragones del sol como si no fueran diez veces más grandes que ella.

—¡Muévete, Meg! —gritó Medea con algo que me pareció auténtica preocupación.

La peque siguió embistiendo mientras su alegre protección auditiva daba saltos como unas gigantescas alas azules de libélula. Justo antes de que chocasen frontalmente, Piper gritó:

—¡¡¡Alto, dragones!!!

—¡¡¡Adelante, dragones!!! —replicó Medea.

Resultado: un caos no visto desde el Plan Termópilas.

Las bestias se tambalearon bajo los arreos; Dragón Derecho embistió hacia delante y Dragón Izquierdo se detuvo por completo. Derecho tropezó y tiró de Izquierdo hacia delante de tal forma que los dos dragones se chocaron. El yugo se torció, y el carro volcó de lado y lanzó a Medea por el suelo como una vaca catapultada.

Antes de que aquellas bestias pudieran recuperarse, Meg se abalanzó sobre ellas con sus dos espadas. Decapitó a Izquierdo y Derecho, y sus cuerpos despidieron un chorro de calor tan intenso que se me abrasaron los senos nasales.

Piper avanzó corriendo y sacó su daga del ojo del dragón muerto.

—Buen trabajo —le dijo a Meg.

—¡¡¡¿Qué?!!! —gritó la niña.

Salí de detrás de una columna de cemento, donde me había puesto a cubierto valientemente, esperando por si mis amigas necesitaban refuerzos.

A los pies de Meg había charcos de sangre humeante. Sus accesorios botánicos para los oídos echaban humo, y tenía las mejillas quemadas, pero por lo demás parecía ilesa. El calor que irradiaba de los cuerpos de los dragones del sol había empezado a disminuir.

A diez metros, en una plaza de aparcamiento en la que ponía SOLO UTILITARIOS, Medea se levantó con dificultad. Se le había soltado el cabello moreno trenzado, que ahora se derramaba por un lado de su cara como el crudo de un petrolero agujereado. Avanzó tambaleándose y enseñando los dientes.

Me descolgué el arco del hombro y disparé una flecha. Tuve una puntería decente, pero mi fuerza era escasa incluso para un mortal. Medea agitó los dedos y una ráfaga de viento lanzó mi flecha dando vueltas a la oscuridad.

—¡Has matado a Phil y a Don! —gruñó la hechicera—. ¡Estos dos dragones llevaban conmigo milenios!

—¡¡¿Qué?!! —preguntó Meg.

Medea hizo un gesto con la mano, invocó una ráfaga de aire más fuerte y la niña salió volando a través del aparcamiento, se estrelló contra una columna y se desplomó. Sus espadas cayeron al asfalto con gran estruendo.

—¡Meg! —Intenté correr hasta ella, pero a mi alrededor empezó a arremolinarse más viento que me atrapó en un vórtice.

Medea rio.

—Quédate donde estás, Apolo. Dentro de un momento me ocuparé de ti. No te preocupes por Meg. Los descendientes de Plemneo son un linaje fuerte. No la mataré a menos que no me quede otra opción. Nerón la quiere viva.

«¿Los descendientes de Plemneo?». No estaba seguro de lo que eso significaba, ni de qué tenía que ver con Meg, pero la idea de que volviera con Nerón me hizo luchar con renovadas energías.

Me lancé contra el ciclón en miniatura. El viento me empujó hacia atrás. Si alguna vez has sacado la mano por la ventanilla del Maserati del sol mientras surca el cielo a toda velocidad, y has notado la fuerza de la cizalladura del viento a más de mil quinientos kilómetros por hora que amenaza con arrancarte tus dedos inmortales, seguro que me entenderás a la perfección.

—Por lo que a ti respecta, Piper... —Los ojos de Medea brillaban como hielo negro—. ¿Te acuerdas de mis criados aéreos, los *venti*? Podría hacer que estamparan a uno de vosotros contra una pared y le rompieran todos los huesos del cuerpo, pero ¿qué gracia tendría? —Hizo una pausa y pareció considerar sus palabras—. ¡En realidad, tendría mucha gracia!

—¿Tienes miedo de enfrentarte a mí, de mujer a mujer? —le espetó Piper. Medea se rio burlonamente.

—¿Por qué los héroes siempre hacéis eso? ¿Por qué intentáis provocarme para que haga una tontería?

—Porque normalmente da resultado —dijo la chica dulcemente. Se agachó con la cerbatana en una mano y la daga en la otra, lista para arremeter o esquivar en caso necesario—. Siempre dices que vas a matarme, siempre dices lo poderosa que eres, pero yo te venzo siempre. No veo a una hechicera poderosa. Veo a una señora con dos dragones muertos y un peinado horrible.

Naturalmente, yo entendía lo que la hija de Afrodita estaba haciendo. Estaba haciendo tiempo para que Meg recobrara la conciencia y yo encontrara el modo de salir de mi cárcel individual con forma de tornado. Ninguno de los dos desenlaces parecía posible: la pequeña yacía inmóvil donde había caído y yo, por mucho que lo intentaba, no podía abrirme paso a través del *ventus* que giraba alrededor de mí.

Medea se tocó su melena despeinada y luego apartó la mano.

—Nunca me has vencido, Piper McLean —gruñó—. En realidad, me hiciste un favor destruyendo mi hogar en Chicago el año pasado. De no ser por eso, no habría encontrado a mi nuevo amigo aquí, en Los Ángeles. Tenemos objetivos comunes.

—Seguro que sí —dijo la chica—. ¿Tú y Calígula, el emperador romano más retorcido de la historia? Una pareja digna del Tártaro. De hecho, es allí adonde pienso enviaros.

Al otro lado de los restos del carro, Meg McCaffrey movió los dedos. Sus tapones de altramuces azules vibraron cuando respiró hondo. ¡Nunca me había alegrado tanto de ver temblar unas flores silvestres en los oídos de alguien!

Empujé con el hombro contra el viento. Seguía sin poder abrirme paso, pero la barrera parecía estar cediendo, como si la hechicera se hubiera olvidado de su secuaz el *venti*, un espíritu veleidoso, que, sin embargo, podía perder el interés por mí e irse volando en busca de bonitas palomas o pilotos de avión a los que molestar, si Medea no lo mantenía centrado.

—Valientes palabras, Piper —dijo la hechicera—. Calígula quería mataros a ti y a Jason Grace, ¿sabes? Habría sido más sencillo. Pero yo lo convencí de que sería mejor dejarte sufrir en el exilio. Me gustaba la idea de que tú y tu antes famoso padre os pudrierais en una sucia granja y os volvierais locos de aburrimiento y desesperación poco a poco.

Los músculos de la mandíbula de Piper se pusieron tirantes. De repente me recordó a su madre, Afrodita, cuando alguien en la Tierra comparaba su belleza mortal con la de ella.

—Te arrepentirás de haberme dejado vivir.

—Probablemente. —Medea se encogió de hombros—. Pero ha sido divertido ver tu mundo desmoronarse. En cuanto a Jason, ese chico tan guapo con el nombre de mi exmarido...

—¿Qué pasa con él? —preguntó Piper—. Como le hagas daño...

—¿Hacerle daño? ¡Para nada! Me imagino que ahora mismo estará en clase, escuchando alguna lección aburrida o escribiendo una redacción, o lo que sea que hagan los adolescentes mortales. La última vez que estuvisteis en el Laberinto... —Sonrió—. Sí, claro que estoy al tanto. Os concedimos acceso a la sibila. Es la única forma de encontrarla. Tengo que darte permiso para llegar al centro del Laberinto... a menos que lleves los zapatos del emperador, claro está. —Medea se rio, como si la idea le hiciera gracia—. Y, la verdad, no combinan con tu ropa.

Meg trató de incorporarse. Se le habían ladeado las gafas y le colgaban de la punta de la nariz.

Asesté un codazo al ciclón que me encarcelaba. Sin duda el viento giraba ahora más despacio.

Piper cogió su daga.

—¿Qué le hiciste a Jason? ¿Qué dijo la sibila?

—Ella solo le dijo la verdad —declaró Medea con satisfacción—. Él quería saber cómo encontrar al emperador y la sibila se lo dijo. Pero le dijo algo más, como suelen hacer los oráculos. La verdad bastó para destrozar a Jason Grace. Ya no supondrá una amenaza. Ninguno de vosotros la supondrá.

—Me las vas a pagar —la amenazó Piper.

—¡Estupendo! —Medea se frotó las manos—. Me siento generosa, así que te concederé tu petición. Un duelo entre nosotras dos, de mujer a mujer. Elige tu arma. Yo elegiré la mía.

Piper titubeó; sin duda se acordó de cómo el viento había desviado mi flecha. Se echó la cerbatana al hombro y se quedó solo con la daga.

—Bonita arma —dijo Medea—. Bonita como Helena de Troya. Bonita como tú. Pero, de mujer a mujer, te daré un consejo. Lo bonito puede ser útil. Pero lo poderoso es mejor. ¡Elijo como arma a Helios, el titán del sol!

Levantó los brazos, y a su alrededor ardió fuego.

Quietecita, Medea.
No te acerques tanto a mí con tu
abrasador abuelo

Norma de protocolo para duelos: cuando elijas un arma para un combate singular, bajo ningún concepto escojas empuñar a tu abuelo.

Yo conocía bien el fuego.

Había dado de comer pepitas de oro fundido a los caballos del sol con mis propias manos. Había nadado en las calderas de volcanes activos. (Hefesto da unas piscifiestas increíbles). Había soportado el aliento ardiente de gigantes, dragones y hasta de mi hermana antes de cepillarse los dientes por la mañana. Pero ninguno de esos horrores era comparable a la esencia pura de Helios, antiguo titán del sol.

Él no siempre había sido hostil. ¡Oh, en sus días de gloria era magnífico! Recordaba su cara sin barba, eternamente joven y apuesto, con el cabello moreno rizado coronado con una diadema dorada de fuego que le hacía brillar tanto que era imposible mirarlo más de un instante. En aquel entonces recorría tranquilamente los palacios del Olimpo, con su túnica suelta y dorada, y su cetro ardiente en la mano, charlando, bromeando y coqueteando con todos descaradamente.

Sí, era un titán, pero Helios había apoyado a los dioses durante nuestra primera guerra contra Cronos y había luchado en nuestro bando contra los gigantes. Poseía una personalidad amable y generosa, como cabía esperar del sol.

Pero, poco a poco, a medida que los dioses del Olimpo adquirían poder y fama entre sus fieles humanos, el recuerdo de los titanes se desvaneció y

Helios aparecía cada vez con menos frecuencia en los palacios del monte Olimpo. Se volvió distante, irascible, cruel y fulminante, las cualidades solares menos deseables.

Los humanos empezaron a mirarme a mí —brillante, rubio y deslumbrante— y a asociarme con el sol. ¿Quién puede culparlos?

Yo nunca pedí ese honor. Una mañana simplemente me desperté y me encontré siendo el señor del carro solar, además de mis demás responsabilidades. Helios se desvaneció hasta convertirse en un tenue eco, un susurro desde las profundidades del Tártaro.

Ahora, gracias a su nieta la malvada hechicera, había vuelto. Más o menos.

Un torbellino incandescente rugía alrededor de Medea. Sentí la ira de Helios, que antes me aterrorizaba y no me dejaba ni a sol ni a sombra. (Ejem, qué juego de palabras más malo. Perdón).

Helios nunca había sido un dios orquesta. Nunca había sido como yo, que tengo múltiples aptitudes e intereses. Él hacía una sola cosa con dedicación y concentración absoluta: conducir el sol. Ahora podía apreciar el rencor que le despertaba saber que su papel lo había asumido yo, un simple aficionado en asuntos solares, un conductor dominguero del carro del sol. A Medea no le había costado adquirir su poder del Tártaro. Simplemente había apelado al resentimiento de su abuelo, a su deseo de venganza. Helios ardía en deseos de acabar conmigo, el dios que lo había eclipsado. (Vaya, otro).

Piper McLean huyó. No era una cuestión de valor o cobardía. El cuerpo de un semidiós simplemente no estaba diseñado para soportar tanto calor. Si se hubiera quedado cerca de Medea, habría ardiendo en llamas.

Lo único positivo fue que mi ventoso carcelero desapareció, probablemente porque Medea no podía concentrarse en él y en Helios al mismo tiempo. Avancé dando traspiés hacia Meg, la levanté de un tirón y me la llevé a rastras de la tormenta de fuego cada vez más intensa.

—Oh, no, Apolo —gritó Medea—. ¡No huyas!

Dejé a Meg detrás de la columna de cemento más cercana y la cubrí cuando una cortina de llamas atravesó el garaje. Brusca, rápida y letal, la llamarada absorbió el aire de mis pulmones y prendió fuego a mi ropa. Rodé por el suelo instintiva, desesperadamente, y me escondí a gatas detrás de la siguiente columna, echando humo y mareado.

Meg acudió a mi lado tambaleándose. Humeaba y tenía la cara colorada pero seguía viva, con los altramuces azules quemados asomándole obstinadamente por los oídos. Yo la había protegido del calor más peligroso.

—¡Eh, Medea! —resonó la voz de Piper desde algún lugar del aparcamiento—. ¡Tu puntería da asco!

Me asomé por un lado de la columna mientras Medea se volvía hacia el sonido. La hechicera se quedó donde estaba, rodeada de fuego, lanzando chorros de calor blanco por todas partes como los radios del centro de una rueda. Una onda salió disparada en dirección a la voz de Piper.

Un momento más tarde, la hija de Afrodita gritó:

—¡No! ¡Cada vez más frío!

Meg me sacudió el brazo.

—¡¿Qué hacemos?!!

Yo tenía la piel como el exterior de una salchicha cocida. La sangre cantaba en mis venas, y la letra de la canción decía: «¡¡¡Caliente, caliente, caliente!!!».

Sabía que moriría si recibía otro disparo de aquel fuego, aunque fuese de refilón. Pero Meg estaba en lo cierto. Teníamos que hacer algo. No podíamos dejar que Piper asumiese todas las consecuencias.

—¡Sal, Apolo! —me incitó Medea—. ¡Saluda a tu viejo amigo! ¡Juntos alimentaréis al Nuevo Sol!

Otra cortina de calor pasó como un rayo a varias columnas de distancia. La esencia de Helios no rugía ni deslumbraba con muchos colores distintos. Era de un blanco espectral, casi transparente, pero nos habría matado igual de rápido que si hubiéramos estado expuestos al núcleo de un reactor nuclear. (Aviso de seguridad pública: lector, no vayas a la central nuclear que tengas más cerca y te pongas en la cámara del reactor).

Yo no tenía ninguna estrategia para vencer a Medea. No tenía poderes ni sabiduría divinos, solo la sensación de pavor de que, si salía de esa, necesitaría otro pantalón de camuflaje rosa.

Meg debió de ver la desesperación en mi rostro.

—¡¡¡Pregúntale a la flecha!!! —gritó—. ¡¡¡Yo distraeré a Doña Mágica!!!

La idea no me gustaba un pelo. Estuve tentado de gritar: «¡¿Qué?!!».

Pero antes de que pudiera hacerlo, Meg se fue corriendo.

Busqué el carcaj con las manos y saqué la Flecha de Dodona.

—¡Oh, sabio proyectil, necesitamos ayuda!

¿*HACE CALOR AQUÍ O SOY YO?*, preguntó la flecha.

—¡Tenemos a una hechicera soltando calor de titán por todas partes! —chillé—. ¡Mira!

No sabía si la flecha tenía visión mágica o radar u otro medio de percibir su entorno, pero asomé su punta por la esquina de la columna, para que viera

a Piper y a Meg jugando a una versión letal del juego de la gallina —la gallina asada— con las ráfagas de fuego de Medea.

¿ESO QUE TIENE ESA MOZA ES UNA CERBATANA?, inquirió la flecha.

—Sí.

¡QUÉ VERGÜENZA! ¡UN ARCO Y UNAS FLECHAS SON MUY SUPERIORES!

—Ella es medio cheroqui —expliqué—. Es un arma cheroqui tradicional. ¿Puedes decirme cómo vencer a Medea, por favor?

HUM, dijo la flecha cavilando. *DEBÉIS UTILIZAR LA CERBATANA.*

—Pero si acabas de decir...

¡NO ME LO RECORDEÍS! ¡AMARGO TRAGO ES HABLAR DE ELLO! ¡YA TENÉIS VUESTRA RESPUESTA!

La flecha permaneció en silencio. La única vez que quería que se explicase, y ella se callaba. Cómo no.

La guardé en el carcaj, corrí hasta la siguiente columna y me puse a cubierto debajo de un letrero en el que se leía: TOCAR EL CLAXON.

—¡Piper! —grité.

Ella me miró a cinco columnas de distancia. Su rostro lucía una mueca tensa. Sus brazos parecían caparazones de cangrejo cocidos. Mi mente medicinal me dijo que disponía como máximo de unas pocas horas hasta que el golpe de calor la afectase: náuseas, mareos, inconsciencia, puede que la muerte. Pero me centré en la parte de que teníamos unas pocas horas. Necesitaba pensar que viviríamos lo suficiente para morir por culpa del golpe de calor.

Imité el gesto de disparar con una cerbatana y acto seguido señalé en dirección a Medea.

Piper me miró fijamente como si estuviera loco. La comprendía a la perfección. Aunque la hechicera no desviase el dardo con una ráfaga de viento, el proyectil jamás atravesaría aquel muro de calor. No pude hacer otra cosa que encogerme de hombros y esbozar mudamente con los labios las palabras «Confía en mí. Le he preguntado a la flecha».

Ignoraba lo que Piper interpretó, pero la chica se descolgó la cerbatana.

Mientras tanto, al otro lado del aparcamiento, Meg provocaba a Medea a su estilo.

—¡¡Tonta!!!

La hechicera despidió una hoja vertical de calor, aunque a juzgar por su puntería, intentaba asustar a Meg más que matarla.

—¡Sal y pon fin a esta insensatez, querida! —gritó, infundiendo preocupación a sus palabras—. ¡No quiero hacerte daño, pero el titán es difícil de dominar!

Apreté los dientes. Sus palabras me recordaron demasiado los juegos psicológicos de Nerón, que controlaba a Meg amenazándola con su *alter ego*, la Bestia. Esperaba que la niña no pudiera oír nada con sus tapones florales quemados.

Mientras Medea estaba buscando a Meg, Piper, a sus espaldas, salió de su escondite.

Disparó.

El dardo atravesó el muro de fuego y alcanzó a la hechicera entre los omóplatos. ¿Cómo? Solo puedo hacer conjeturas. Tal vez, como era un arma cheroqui, no estaba sujeta a las normas de la magia griega. Tal vez, del mismo modo que el bronce celestial pasaba directamente a través de los mortales corrientes, al no reconocerlos como objetivos legítimos, el fuego de Helios no se molestó en desintegrar un insignificante dardo de cerbatana.

En cualquier caso, Medea arqueó la espalda y gritó. Se volvió echando chispas por los ojos, alargó la mano hacia atrás, se sacó el proyectil y se lo quedó mirando con incredulidad.

—¿Un dardo de cerbatana? ¿Me estás tomando el pelo?

El fuego siguió arremolinándose a su alrededor, pero no salió disparado hacia Piper. Medea se tambaleó. Bizqueó.

—¿Y está envenenada? —Se rio, con un matiz de histeria en la voz—. ¿Intentas envenenarme a mí, la principal experta en venenos del mundo? ¡No hay veneno que no pueda curar! No puedes...

Cayó de rodillas. De su boca salieron volando babas verdes.

—¿Qué-qué es este mejunje?

—Cortesía de mi abuelo Tom —dijo Piper—. Una vieja receta familiar.

La tez de Medea se volvió pálida como el fuego. Consiguió pronunciar unas pocas palabras, intercaladas con arcadas.

—¿Crees que... cambia algo? Mi poder... no invoca a Helios... ¡Yo lo contengo!

Cayó de lado. En lugar de disiparse, el cono de fuego giró todavía más furiosamente a su alrededor.

—Corred —dije con voz ronca. A continuación grité con todas mis fuerzas—: ¡¡¡Corred ya!!!

Estábamos a mitad del pasillo cuando detrás de nosotros el aparcamiento se convirtió en una supernova.

Con los gayumbos embadurnados de
grasa.
No es tan divertido como parece

No estoy seguro de cómo salimos del Laberinto.

A falta de pruebas que demuestren lo contrario, atribuiré el mérito a mi valor y fortaleza. Sí, debió de ser eso. Habiendo escapado del más intenso calor de titán, sostuve valientemente a Piper y a Meg y las exhorté a que no se detuvieran. Echando humo y semiconscientes pero vivos, recorrimos los pasillos dando traspiés y volvimos sobre nuestros pasos hasta que llegamos al montacargas. En una última demostración de fuerza heroica, le di a la palanca y ascendimos.

Salimos a la luz del sol —luz del sol normal, no la feroz luz del sol de un titán casi muerto— y nos desplomamos en la acera. La cara de sorpresa de Grover apareció encima de mí.

—Caliente —dije gimoteando.

El sátiro sacó su zampoña. Empezó a tocar, y perdí la conciencia.

En mi sueño, me vi en una fiesta en la antigua Roma. Calígula acababa de abrir su más reciente palacio al pie del monte Palatino, donde había realizado una atrevida propuesta arquitectónica derribando el muro del fondo del Templo de Cástor y Pólux y utilizándolo como entrada principal. Como Calígula se consideraba un dios, no veía en ello ningún problema, pero las élites romanas estaban horrorizadas. Se trataba de un sacrilegio parecido a instalar una televisión de pantalla grande sobre el altar de una iglesia y celebrar una fiesta para ver la Super Bowl con vino de misa.

Eso no impidió que una muchedumbre asistiera a la fiesta. Incluso habían aparecido algunos dioses (disfrazados). ¿Cómo podíamos resistirnos a una fiesta tan osada y blasfema con aperitivos gratis? Multitudes de juerguistas disfrazados atravesaban los enormes salones iluminados con antorchas. En cada esquina había músicos que tocaban canciones de todas las partes del Imperio: la Galia, Hispania, Grecia y Egipto.

Yo iba vestido de gladiador. (En aquel entonces, con mi físico divino, me quedaba de muerte). Me mezclé con senadores que iban disfrazados de esclavas, esclavas que iban disfrazadas de senadores, unos cuantos fantasmas poco imaginativos con toga y un par de patricios con iniciativa que habían confeccionado el primer disfraz de burro para dos hombres.

Personalmente, me daba igual el templo/palacio sacrílego. Al fin y al cabo, no era mi templo. Y en aquellos primeros años del Imperio romano, el atrevimiento de los césares me resultaba muy agradable. Además, ¿por qué los dioses debíamos castigar a nuestros mayores benefactores?

Cuando los emperadores aumentaron su poder, también aumentaron el nuestro. Roma había extendido nuestra influencia por una gran parte del mundo. ¡Ahora los dioses del Olimpo éramos los dioses del Imperio! Hazte a un lado, Horus. Déjalo ya, Marduk. ¡Los dioses del Olimpo estábamos en alza!

No íbamos a poner reparos al éxito solo porque los emperadores se volvieran unos engreídos, sobre todo cuando nos tomaban como modelo de arrogancia.

Deambulaba por la fiesta de incógnito, encantado de estar entre la gente guapa, cuando por fin él apareció: el joven emperador en persona, con un carro dorado tirado por su corcel blanco favorito, Incitatus.

Flanqueado por guardias pretorianos —las únicas personas que no iban disfrazadas—, Cayo Julio César Germánico estaba en cueros, pintado de oro de la cabeza a los pies, con una corona puntiaguda de rayos de sol sobre la frente. Evidentemente, se hacía pasar por mí. Pero cuando lo vi, lo primero que sentí no fue ira, sino admiración. Aquel hermoso y desvergonzado mortal desempeñaba el papel a la perfección.

—¡Soy el Nuevo Sol! —anunció, sonriendo a la multitud como si su sonrisa fuera responsable de todo el calor del mundo—. Soy Helios. Soy Apolo. Soy César. ¡Disfrutad de mi luz!

Aplausos nerviosos de la muchedumbre. ¿Debían postrarse? ¿Debían reír? Con Calígula, siempre era difícil saberlo, y si te equivocabas, acostumbrabas a morir.

El emperador bajó de su carro y, mientras él y sus guardias se abrían paso entre la multitud, su caballo fue conducido a la mesa de los aperitivos.

Calígula se detuvo y estrechó la mano a un senador vestido de esclavo.

—¡Estás guapísimo, Casio Agripa! ¿Serás mi esclavo?

El senador hizo una reverencia.

—Soy su leal sirviente, César.

—¡Magnífico! —Calígula se volvió hacia sus guardias—. Ya le habéis oído. Ahora es mi esclavo. Llevádselo al amo de los esclavos. Confiscad todas sus propiedades y su dinero. Pero dejad libre a su familia. Me siento generoso.

El senador balbuceó, pero no pudo articular las palabras para protestar. Dos guardias se lo llevaron a empujones mientras el emperador gritaba detrás de él:

—¡Gracias por tu lealtad!

La multitud se movió como un rebaño de ganado en una tormenta. Los que antes avanzaban en tropel, impacientes por llamar la atención del emperador y con suerte ganarse su favor, ahora hacían todo lo posible por desaparecer entre el grupo.

—Es una mala noche —susurraban algunos a modo de advertencia a sus compañeros—. Tiene una mala noche.

—¡Marco Filón! —gritó el emperador, arrinconando a un pobre joven que intentaba esconderse detrás de dos hombres disfrazados de burro—. ¡Ven aquí, granuja!

—*Prin-princeps* —dijo el joven tartamudeando.

—Me encantó la sátira que escribiste sobre mí —comentó Calígula—. Mis guardias encontraron una copia en el foro y me informaron.

—Se-señor, solo era una broma tonta —dijo Filón—. No era mi intención...

—¡Bobadas! —Calígula sonrió a la muchedumbre—. ¿A que Filón es estupendo? ¿No os gustó su obra? ¿No os gustó cómo me describió como un perro rabioso?

La multitud estaba al borde del ataque de pánico. El aire estaba tan cargado de electricidad que me pregunté si mi padre estaba por allí disfrazado.

—¡Prometí que los poetas gozarían de libertad para expresarse! —anunció el emperador—. Se acabó la paranoia del antiguo reino de Tiberio. Admiro tu lengua suelta, Filón. Creo que todo el mundo debería tener la ocasión de admirarla. ¡Te recompensaré!

Filón tragó saliva.

—Gracias, señor.

—Guardias —dijo Calígula—, lleváoslo. Sacadle la lengua, sumergidla en oro fundido y exhibidla en el foro donde todo el mundo pueda admirarla. En serio, Filón, magnífico trabajo.

Dos pretores se llevaron al poeta mientras chillaba.

—¡Y tú! —gritó Calígula.

Entonces me di cuenta de que la multitud que me rodeaba había retrocedido y me había dejado al descubierto. De repente, el emperador estaba delante de mis narices. Sus hermosos ojos se entornaron mientras estudiaba mi disfraz y mi físico divino.

—No te reconozco —dijo.

Yo quería hablar. Sabía que no tenía nada que temer del César. En el peor de los casos, podía decir: «¡Adiós!», y desaparecer en medio de una nube de purpurina. Pero tengo que reconocer que me quedé anonadado en presencia de Calígula. Aquel joven era salvaje, poderoso, impredecible. Su audacia me dejó sin aliento.

Finalmente, logré hacer una reverencia.

—Soy un simple actor, César.

—¡Desde luego! —Calígula se animó—. Y haces de gladiador. ¿Lucharías a muerte en mi honor?

Me recordé a mí mismo silenciosamente que era inmortal. Me hizo falta un empujoncito. Desenvainé mi espada de gladiador, que no era más que un arma de hojalata blanda.

—¡Señaladme a mi adversario, César! —Escudriñé al público y grité—: ¡Acabaré con aquel que amenace a mi señor!

A modo de demostración, me abalancé sobre el pretor más cercano y le di una estocada en el pecho. La espada se torció contra su peto. Levanté mi ridícula arma, que ahora parecía la letra zeta.

Se hizo un silencio tenso. Todos los ojos se clavaron en Calígula, quien, finalmente, se rio.

—¡Bien hecho! —Me dio una palmadita en el hombro y acto seguido chasqueó los dedos. Uno de sus criados avanzó arrastrando los pies y me dio un pesado saquito de monedas de oro—. Ya me siento más seguro —me susurró Calígula al oído.

El emperador siguió adelante y dejó a los espectadores riendo de alivio; algunos me lanzaron miradas de envidia como preguntando: «¿Cuál es tu secreto?».

Después de eso no me acerqué a Roma durante décadas. Pocos hombres ponían nervioso a un dios, pero Calígula me perturbaba. Casi hacía de Apolo mejor que yo.

El sueño cambió. Vi otra vez a Herófila, la sibila eritrea, alargando sus brazos esposados, con la cara iluminada de rojo por la lava que se agitaba debajo de ella.

—Apolo —dijo—, te parecerá que no vale la pena. Yo misma no estoy segura. Pero debes venir. Debes mantenerlos unidos en su dolor.

Me hundí en la lava; Herófila siguió llamándome mientras mi cuerpo se descomponía y se deshacía en cenizas.

Me desperté gritando, tumbado encima de un saco de dormir en la Cisterna.

Aloe Vera se hallaba junto a mí, con casi todos sus espinosos triángulos capilares arrancados, de tal forma que lucía el pelo rapado y reluciente.

—Estás bien —me aseguró, poniendo su mano fría contra mi frente febril—. Pero has sufrido mucho.

Me di cuenta de que solo llevaba puesta la ropa interior y tenía todo el cuerpo de color remolacha y embadurnado de aloe. No podía respirar por la nariz. Me toqué los orificios nasales y descubrí que me habían puesto unos taponcitos de aloe verdes.

Los expulsé estornudando.

—¿Y mis amigos? —pregunté.

Aloe se apartó. Detrás de ella, Grover Underwood se hallaba sentado de piernas cruzadas entre los sacos de dormir de Piper y Meg, que dormían profundamente. Al igual que yo, habían sido embadurnadas con mejunje de aloe. Era la oportunidad perfecta para hacerle a Meg una foto con sus tapones verdes en los agujeros de la nariz y así poder chantajearla en un futuro, pero estaba demasiado aliviado al ver que seguía viva. Además, no tenía móvil.

—¿Se pondrán bien? —pregunté.

—Estaban peor que tú —dijo Grover—. No sabíamos si sobrevivirían, pero se recuperarán. He estado dándoles de comer néctar y ambrosía.

Aloe sonrió.

—Además, mis propiedades curativas son legendarias. Ya verás. Para la cena ya se habrán levantado y estarán andando por ahí.

«La cena...». Miré el círculo naranja oscuro de cielo. O era media tarde o el fuego descontrolado estaba más cerca, o las dos cosas.

—¿Y Medea? —inquirí.

Grover frunció el entrecejo.

—Meg me habló de la batalla antes de desmayarse, pero no sé lo que fue de la hechicera. Yo no la vi.

Temblé bajo el gel de aloe. Quería creer que Medea había muerto en la explosión y el incendio, pero dudaba que tuviéramos esa suerte. El fuego de Helios no parecía afectarla. Tal vez era inmune de forma natural. O tal vez se había protegido con algún tipo de magia.

—¿Y vuestras amigas dríades? —pregunté—. ¿Pita y Planta del Dinero?

Aloe y Grover se cruzaron una mirada triste.

—Pita quizá se recupere —dijo el sátiro—. Entró en fase latente en cuanto volvió con su planta. Pero Planta del Dinero... —Sacudió la cabeza.

Yo apenas había conocido a la dríade. Aun así, la noticia de su muerte me afectó mucho. Me sentí como si se me cayeran del cuerpo hojas con forma de monedas verdes y me desprendiese de partes esenciales de mí mismo.

Me acordé de las palabras que Herófila había pronunciado en el sueño: «Te parecerá que no vale la pena. Yo misma no estoy segura. Pero debes venir. Debes mantenerlos unidos en su dolor».

Temía que la muerte de Planta del Dinero no fuera más que una pequeña parte del dolor que nos aguardaba.

—Lo siento —dije.

Aloe me dio unas palmaditas en el hombro grasiento.

—Tú no tienes la culpa, Apolo. Cuando la encontraste, ya hacía tiempo que se había ido. A menos que tuvieras...

Se interrumpió, pero yo sabía lo que pretendía decir: «A menos que tuvieras tus poderes divinos». Las cosas hubieran sido muy diferentes si yo hubiera sido un dios, en lugar de un farsante con este patético disfraz de Lester Papadopoulos.

Grover tocó la cerbatana tirada al lado de Piper. El tubo de bambú se había chamuscado y estaba lleno de agujeros de quemaduras que seguramente la volverían inutilizable.

—Hay algo más que debes saber —dijo—. Cuando Pita y yo sacamos a Planta del Dinero del Laberinto, el guardia de las orejas grandes, el del pelo blanco, ya no estaba.

Consideré aquella información.

—¿Qué quieres decir, que murió y se desintegró o que se levantó y se fue?

—No lo sé —contestó Grover—. ¿Alguna de las dos opciones te parece probable?

Ninguna me lo parecía, pero decidí que teníamos problemas más graves en los que pensar.

—Esta noche —dije—, cuando Piper y Meg se despierten, tenemos que reunirnos otra vez con vuestras amigas las dríades. Vamos a cerrar ese Laberinto en Llamas de una vez por todas.

Oh, musa, cantemos alabanzas de los
botánicos.
Hacen cosas de plantas. Yupi

Nuestro consejo de guerra parecía más un consejo de muecas.

Gracias a la magia de Grover y a las continuas babas (digo, atenciones) de Aloe Vera, Piper y Meg recobraron la conciencia. A la hora de la cena, los tres pudimos lavarnos, vestirnos e incluso andar sin gritar demasiado, pero todavía nos dolía mucho todo. Cada vez que me levantaba demasiado rápido, diminutos Calígulas dorados bailaban ante mis ojos.

La cerbatana y el carcaj de Piper —ambos reliquias de su abuelo— estaban destrozados, y a ella se le había chamuscado el pelo y sus brazos quemados, que relucían a causa del aloe, parecían ladrillos recién vidriados. Llamó a su padre para avisarle de que pasaría la noche con su grupo de estudio y se acomodó en uno de los nichos de ladrillo de la Cisterna con Mellie y Hedge, que no paraban de pedirle que bebiera más agua. El pequeño Chuck estaba sentado en el regazo de la hija de Afrodita y miraba embelesado su cara como si fuera lo más asombroso del mundo.

Meg, por su parte, se hallaba sentada con aire sombrío junto a la piscina, con los pies en el agua y un plato de enchiladas en el regazo. Llevaba una camiseta de manga corta azul claro del Desmadre Militar de Macrón en la que aparecía una caricatura de un AK-47 sonriente con las letras: CLUB DE TIRO JÚNIOR DE BALITA. A su lado estaba sentada Pita con cara de abatimiento, aunque había empezado a crecerle una nueva púa donde se le había caído el brazo marchito. Sus amigas dríades pasaban continuamente y le ofrecían fertilizante y agua y enchiladas, pero ella negaba con la cabeza tristemente

mirando la colección de pétalos caídos de planta del dinero que tenía en la mano.

Planta del Dinero, me dijeron, había sido plantada en la ladera con todos los honores de una dríade. Con suerte, se reencarnaría en una nueva planta carnosa, o tal vez en una ardilla antílope de cola blanca. A Planta del Dinero siempre le habían gustado.

Grover parecía agotado. Tocar la música curativa le había pasado factura, por no hablar del estrés de conducir hasta Palm Springs a velocidades de vértigo en el Bedrossianmóvil prestado/ligeramente robado con cinco víctimas de quemaduras en estado crítico.

Una vez que estuvimos todos reunidos —pésames dados, enchiladas comidas, aloe embadurnado—, di comienzo a la reunión.

—Todo esto es culpa mía —anuncié.

Te podrás imaginar lo que me costó decirlo. Esas palabras no figuraban en el vocabulario de Apolo. Tenía la ligera esperanza de que las dríades, sátiros y semidioses reunidos corrieran a tranquilizarme diciéndome que yo era inocente. No lo hicieron.

Seguí adelante.

—La meta de Calígula siempre ha sido la misma: convertirse en dios. Vio a sus antepasados inmortalizados después de su muerte: Julio, Augusto, hasta el vejstorio asqueroso de Tiberio. Pero él no quería esperar a morir. Él fue el primer emperador romano que quiso ser un dios en vida.

Piper, que estaba jugando con el bebé sátiro, alzó la vista.

—Calígula es un dios menor, ¿no? Tú dijiste que él y los otros dos emperadores llevan miles de años aquí. Entonces consiguió lo que quería.

—En parte —convine—. Pero a Calígula no le basta con ser un dios menor. Él siempre soñó con sustituir a uno de los dioses del Olimpo. Acariciaba la idea de convertirse en el nuevo Júpiter o el nuevo Marte. Al final, se puso como meta ser —tragué el amargo sabor de boca— mi nuevo yo.

El entrenador Hedge se rascó la perilla.

—¿Y qué va a hacer? ¿Te matará, se colocará una chapita en la que ponga «¡Hola, soy Apolo!» y entrará en el Olimpo sin que nadie se dé cuenta?

—Sería peor que matarme —dije—. Consumiría mi esencia, además de la esencia de Helios, para convertirse en el nuevo dios del sol.

Nopal se erizó.

—¿Los otros dioses del Olimpo lo permitirían?

—Los dioses del Olimpo —dije amargamente— permitieron a Zeus despojarme de mis poderes y lanzarme a la Tierra. Le han hecho a Calígula la mitad del trabajo. Ellos no intervendrán. Como siempre, esperarán que los héroes resuelvan la papeleta. Si efectivamente Calígula se convierte en el nuevo dios del sol, desapareceré. Desapareceré para siempre. Para eso ha estado preparándose Medea en el Laberinto en Llamas. Es una cazuela gigante para sopa de dios del sol.

Meg arrugó la nariz.

—Qué asco.

Por una vez estaba totalmente de acuerdo con ella.

Entre las sombras, Árbol de Josué se cruzó de brazos.

—Entonces, ¿el fuego de Helios... es lo que está matando nuestra tierra?

Abrí las manos.

—Bueno, los humanos tampoco están ayudando. Pero, aparte de la contaminación habitual y el cambio climático, sí, el Laberinto en Llamas fue el punto de inflexión. Lo que queda del titán Helios corre ahora por esta sección del Laberinto debajo del sur de California y está convirtiendo poco a poco la parte superior en un yermo con fuego.

Pita se tocó un lado de su cara llena de cicatrices. Cuando me miró, tenía una mirada tan puntiaguda como su cuello.

—Si Medea triunfa, ¿todo el poder irá a parar a Calígula? ¿El Laberinto dejará de arder y de matarnos?

Nunca había considerado los cactus una forma de vida especialmente agresiva, pero mientras las otras dríades me observaban, no me costó imaginarlas atándome con un lazo, colocándome una tarjeta grande en la que pusiera PARA CALÍGULA, DE LA NATURALEZA y dejándome en la puerta del emperador.

—Eso no servirá, chicas —dijo Grover—. Calígula es el responsable de lo que nos está pasando. A él le dan igual los espíritus de la naturaleza. ¿De verdad queréis darle todo el poder de un dios del sol?

Las dríades asintieron murmurando de mala gana. Tomé nota mental de que debía enviar una bonita tarjeta a Grover el Día de la Cabra.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Mellie—. No quiero que mi hijo crezca en un páramo en llamas.

Meg se quitó las gafas.

—Matar a Calígula.

Resultaba chocante oír hablar a una niña de doce años de asesinar con tanta naturalidad. Y lo más chocante: tuve la tentación de coincidir con ella.

—Meg, puede que eso no sea posible —dije—. ¿Te acuerdas de Cómodo? Era el más débil de los tres emperadores, y lo único que pudimos hacer fue echarlo de Indianápolis. Calígula será mucho más poderoso y estará mucho más atrincherado.

—Me da igual —murmuró ella—. Hizo daño a mi padre. Hizo... todo esto. —Señaló la vieja cisterna.

—¿A qué te refieres con «todo esto»? —preguntó Josué.

Ella me miró como diciendo: «Te toca».

Una vez más, expliqué lo que había visto en los recuerdos de Meg: Aeithales como era originalmente, la presión legal y económica que Calígula debía de haber ejercido para cerrar el negocio de Phillip McCaffrey, la forma en que Meg y su padre se habían visto obligados a escapar poco antes de que la casa fuera incendiada.

Josué frunció el entrecejo.

—Me acuerdo de un saguaro del primer invernadero que se llamaba Hércules. Fue uno de los pocos que sobrevivió al incendio de la casa. Era un viejo y resistente espíritu de la naturaleza que sufría mucho a causa de las quemaduras, pero que se aferraba a la vida. Solía hablar de una niña que vivía en la casa. Decía que esperaba su regreso. —Josué se volvió asombrado hacia Meg—. ¿Eras tú?

La pequeña se enjugó una lágrima de la mejilla.

—¿No sobrevivió?

Josué negó con la cabeza.

—Murió hace unos años. Lo siento.

Pita tomó la mano de Meg.

—Tu padre fue un gran héroe —declaró—. Está claro que hizo todo lo que pudo por ayudar a las plantas.

—Era... botánico —dijo Meg, pronunciando la palabra como si acabase de recordarla.

Las dríades agacharon las cabezas. Hedge y Grover se quitaron sus gorros.

—Con todas esas semillas brillantes, me pregunto cuál era el gran proyecto de tu padre —dijo Piper—. ¿Cómo te llamó Medea...? ¿Descendiente de Plemneo?

Las dríades dejaron escapar un grito ahogado colectivo.

—¿Plemneo? —preguntó Reba—. ¿El Plemneo original? ¡Hasta en Argentina lo conocemos!

La miré fijamente.

—¿De verdad?

Nopal resopló.

—¡Venga ya, Apolo! Eres un dios. ¡Seguro que conoces al gran héroe Plemneo!

—Ejem... —Estuve tentado de echar la culpa a mi defectuosa memoria mortal, pero estaba convencido de que no había oído nunca ese nombre, ni siquiera cuando era dios—. ¿A qué monstruo mató?

Aloe se apartó de mí lentamente, como si no quisiera estar en la línea de fuego cuando las otras dríades me disparasen sus espinas.

—Apolo —me regañó Reba—, un dios curandero debería estar mejor informado.

—Esto..., claro —convine—. Pero, ejem, ¿quién es exactamente...?

—Lo típico —murmuró Nopal—. A los asesinos los recuerdan como héroes, y de los agricultores se olvidan. Menos nosotros, los espíritus de la naturaleza.

—Plemneo fue un rey griego —explicó Pita—. Un hombre noble. Pero sus hijos nacieron malditos. Si uno de ellos lloraba una sola vez durante la infancia, moriría en el acto.

Yo no sabía en qué sentido ennoblecía eso a Plemneo, pero asentí con la cabeza educadamente.

—¿Qué pasó?

—Recurrió a Deméter —respondió Josué—. La mismísima diosa crio a su siguiente hijo, Ortopolis, para que viviera. En agradecimiento, Plemneo construyó un templo a la divinidad protectora de las cosechas y los campos, y, desde entonces, sus descendientes se han dedicado a la obra de Deméter y siempre han sido grandes agricultores y botánicos.

Pita apretó la mano de Meg.

—Ahora entiendo por qué tu padre pudo construir Aeithales. Su trabajo debió de ser muy especial. No solo venía de un largo linaje de héroes de Deméter, sino que llamó la atención de la diosa, tu madre. Nos sentimos honrados de que hayas vuelto a casa.

—Casa —asintió Nopal.

—Casa —repitió Josué.

Meg parpadeó para contener las lágrimas.

Me pareció el momento idóneo para cantar en grupo. Me imaginé a las dríades abrazándose con sus brazos puntiagudos y balanceándose mientras cantaban «In the Garden». Hasta estaba dispuesto a tocar el ukelele.

El entrenador Hedge nos devolvió a la cruda realidad.

—Es estupendo. —Dedicó a Meg una respetuosa inclinación de cabeza—. Tu padre debió de ser importante, chavala. Pero a menos que estuviera cultivando un arma secreta, no sé de qué nos puede servir eso. Todavía tenemos un emperador que matar y un laberinto que destruir.

—Gleeson... —lo reprendió Mellie.

—Eh, ¿me equivoco?

Nadie le llevó la contraria.

Grover se quedó mirándose desconsoladamente las pezuñas.

—¿Qué hacemos entonces?

—Nos ceñiremos al plan —contesté. La seguridad de mi voz pareció sorprender a todos. Desde luego a mí me sorprendió—. Buscaremos a la sibila eritrea. Ella es más que un simple cebo. Es la clave de todo. Estoy seguro.

Piper mecía al pequeño Chuck mientras este trataba de coger su pluma de arpía.

—Apolo, hemos intentado recorrer el Laberinto y ya viste lo que pasó.

—Jason Grace logró atravesarlo —dije—. Encontró al Oráculo.

La expresión de Piper se ensombreció.

—Tal vez. Pero en el caso de que Medea diga la verdad, Jason encontró al Oráculo porque ella quiso que lo encontrara.

—Ella dijo que había otra forma de recorrer el Laberinto —recordé—. Los zapatos del emperador. Por lo visto, gracias a ellos Calígula puede andar por él sin problemas. Necesitamos esos zapatos. A eso se refiere la profecía cuando dice «Recorrer el camino con las botas de tu adversario».

Meg se limpió la nariz.

—Entonces, ¿tenemos que encontrar a Calígula y robarle los zapatos? Y ya que estamos, ¿no podemos matarlo?

Lo preguntó despreocupadamente, como quien dice: «¿No podemos parar en el súper de vuelta a casa?».

Hedge apuntó a McCaffrey agitando el dedo.

—¿Lo veis? Eso sí que es un plan. Me cae bien esta niña.

—Amigos —empecé a decir, deseando tener una parte de las dotes de persuasión de Piper—, Calígula lleva vivo miles de años. Es un dios menor. No sabemos cómo matarlo para que siga muerto. Tampoco sabemos cómo destruir el Laberinto, y está claro que no queremos empeorar las cosas soltando todo ese calor divino en el mundo superior. Nuestra prioridad tiene que ser la sibila.

—¿Porque es tu prioridad? —masculló Nopal.

Resistí el impulso de gritar: «¡Pues claro!».

—En cualquier caso —dije—, para saber dónde está el emperador tenemos que consultar a Jason Grace. Medea nos dijo que el Oráculo le dio información sobre cómo encontrar a Calígula. Piper, ¿nos llevarás hasta Jason?

La chica frunció el ceño. El pequeño Chuck le había cogido un dedo y lo movía tan cerca de su boca que su integridad peligraba.

—Jason vive en un internado de Pasadena —dijo finalmente—. No sé si querrá escucharme. No sé si querrá ayudarnos. Pero podemos intentarlo. Mi amiga Annabeth siempre dice que la información es el arma más poderosa.

Grover asintió con la cabeza.

—Yo nunca le discuto a Annabeth.

—Entonces está decidido —dije—. Mañana continuaremos con la misión sacando a Jason Grace del internado.

Cuando la vida te dé semillas,
plántalas en suelo seco y rocoso.
Yo soy optimista

Dormí mal.

¿Te sorprende? A mí sí.

Soñé con mi Oráculo más famoso, Delfos, aunque por desgracia el sueño no transcurría en los buenos tiempos en los que me habrían recibido con flores, besos, chuches y mi mesa VIP habitual en Chez Oráculo.

Se trataba de un Delfos moderno: sin sacerdotes ni adoradores, lleno del espantoso hedor de Pitón, mi viejo enemigo, que había reclamado su antigua guarida. Su aliento a huevos podridos y carne putrefacta era imposible de olvidar.

Me encontraba en lo profundo de las cuevas, donde no se aventuraba ningún mortal. A lo lejos, oí que alguien conversaba, pero sus cuerpos estaban ocultos entre vapores volcánicos.

—Está todo controlado —dijo el primero, con el tono agudo y nasal del emperador Nerón.

El segundo interlocutor gruñó, un sonido similar al de una cadena que tira de una antigua montaña rusa cuesta arriba.

—Desde que Apolo cayó a la Tierra, muy pocas cosas han estado controladas —dijo Pitón.

Su voz fría me provocó una oleada de repugnancia. No podía verlo, pero me imaginaba perfectamente sus siniestros ojos color ámbar con motas doradas, su enorme silueta de dragón y sus terribles garras.

—Tienes una gran oportunidad —continuó Pitón—. Apolo es débil. Es mortal. Le acompaña tu hijastra. ¿Cómo es que todavía no ha muerto?

La voz de Nerón adquirió un tono tenso.

—Mis colegas y yo tenemos diferencia de opiniones. Cómodo...

—Cómodo es un insensato al que solo le interesa el espectáculo —dijo Pitón siseando—. Los dos lo sabemos. ¿Y tu tío abuelo, Calígula?

Nerón titubeó.

—Ha insistido... Necesita el poder de Apolo. Quiere que el exdios encuentre la muerte de una forma muy concreta.

El enorme cuerpo de Pitón se movió en la oscuridad; oí sus escamas rozando la piedra.

—Conozco el plan de Calígula. No sé quién controla a quién. Me aseguraste...

—Sí —soltó Nerón—. Meg McCaffrey volverá conmigo y seguirá sirviéndome, y Apolo morirá, como te prometí.

—Si Calígula triunfa —dijo Pitón cavilando—, el equilibrio de poder cambiará. Yo preferiría apoyarte a ti, claro, pero si surge un nuevo dios del sol en el oeste...

—Tú y yo tenemos un trato —gruñó Nerón—. Tú me apoyarás cuando el triunvirato controle...

—... todos los medios de profecía —convino Pitón—. Pero todavía no los controla. Perdiste Dodona contra los semidioses griegos. La Cueva de Trofonio ha sido destruida. Tengo entendido que los romanos han sido informados de los planes de Calígula para el Campamento Júpiter. No deseo gobernar el mundo solo, pero como me falles, como tenga que matar a Apolo yo mismo...

—Cumpliré mi parte del trato —dijo Nerón—. Tú cumple la tuya.

Pitón emitió un sonido desapacible a modo de perversa imitación de una risa.

—Ya veremos. Los próximos días serán muy instructivos.

Me desperté jadeando.

Me encontraba solo temblando en la Cisterna. Los sacos de dormir de Piper y Meg estaban vacíos. En lo alto, el cielo emitía un brillo azul. Quería creer que se debía a que los incendios estaban bajo control. Lo más probable es que fuese porque los vientos simplemente habían cambiado de dirección.

Se me había curado la piel de la noche a la mañana, aunque todavía me sentía como si me hubiera sumergido en aluminio líquido. Conseguí vestirme, coger el arco, el carcaj y el ukelele, y subir la rampa hasta la ladera con las muecas y gritos mínimos.

Divisé a Piper al pie de la colina hablando con Grover en el Bedrossianmóvil. Escudriñé las ruinas y vi a Meg agachada junto al primer invernadero derrumbado.

Me ardía la sangre de rabia al pensar en el sueño. Si todavía hubiera sido un dios, habría manifestado mi desagrado gritando a voz en cuello y habría abierto un nuevo Gran Cañón a través del desierto. Pero tal como estaban las cosas, solo pude apretar los puños hasta que las uñas me hicieron cortes en las palmas de las manos.

Ya era bastante grave que un trío de emperadores malvados quisiera mis oráculos, mi vida, mi misma esencia. Ya era bastante grave que mi antiguo enemigo Pitón hubiera recuperado Delfos y estuviese esperando a que me muriese. Pero la idea de que Nerón utilizase a Meg como peón en su partida... No. Me dije que jamás permitiría que el emperador volviese a tenerla en sus garras. Mi joven amiga era fuerte. Estaba luchando por liberarse de la vil influencia de su padrastro. Ella y yo habíamos pasado juntos demasiado para que volviera con él.

Aun así, las palabras de Nerón me inquietaban: «Meg McCaffrey volverá conmigo y seguirá sirviéndome».

Me preguntaba qué precio estaría dispuesto a pagar si mi padre, Zeus, se me apareciera en ese preciso instante y me ofreciera volver al Olimpo. ¿Dejaría a Meg a merced de su destino? ¿Abandonaría a los semidioses, los sátiros y las dríades que se habían convertido en mis compañeros? ¿Me olvidaría de todas las cosas terribles que Zeus me había hecho a lo largo de los siglos y me tragaría el orgullo para poder recuperar mi puesto en el Olimpo, sabiendo perfectamente que seguiría estando dominado por él?

Acallé esos interrogantes. No estaba seguro de querer saber las respuestas.

Me junté con Meg en el invernadero desplomado.

—Buenos días.

Ella no levantó la vista. Había estado cavando entre los restos. Los muros de policarbonato medio derretidos habían sido volcados y apartados a un lado y ella tenía las manos sucias de escarbar en el suelo y en la palma ahuecada de una mano tenía unas piedrecitas verdosas. A su lado había un mugriento tarro de cristal de mantequilla de cacahuete sin tapa.

Aspiré sorprendido.

No, no eran piedrecitas. En la mano de Meg había siete hexágonos del tamaño de monedas: semillas verdes idénticas a las de los recuerdos que había compartido conmigo.

—¿Qué haces? —pregunté.

Ella alzó la vista. Ese día iba vestida de un camuflaje verde azulado que la hacía parecer una niña peligrosa y siniestra totalmente distinta. Alguien le había limpiado las gafas (Meg nunca lo hacía), de modo que podía verle los ojos. Emitían un brillo duro y cristalino como los diamantes falsos de la montura.

—Estas semillas estaban enterradas —explicó—. He... he tenido un sueño sobre ellas. Las escondió Hércules, el saguaro, metiéndolas en ese tarro justo antes de morir. Salvó las semillas... para mí, para cuando llegara el momento.

Yo no sabía qué decir. «Enhorabuena. Qué semillas más bonitas». Sinceramente, no sabía mucho sobre cómo crecían las plantas. Sin embargo, sí que me fijé en que las semillas no brillaban como en los recuerdos de Meg.

—¿Crees que todavía están, ejem, en buen estado? —pregunté.

—Voy a averiguarlo —respondió ella—. Voy a plantarlas.

Eché un vistazo a la desértica ladera.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Sí. Es el momento.

¿Cómo podía saberlo ella? Tampoco entendía qué podía cambiar plantando unas cuantas semillas cuando el Laberinto de Calígula estaba haciendo arder la mitad de California.

Por otra parte, hoy emprendíamos otra misión esperando encontrar el palacio de Calígula, sin ninguna garantía de volver con vida. Supuse que solo importaba el presente. Y si plantar esas semillas hacía que Meg se sintiera mejor, ¿por qué no?

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunté.

—Haz agujeros. —A continuación, por si necesitaba más orientación, añadió—: En la tierra.

Hice siete pequeñas marcas en el suelo árido y rocoso con la punta de una flecha. No pude evitar pensar que los agujeros no parecían unos sitios muy cómodos en los que crecer.

Mientras Meg depositaba los siete hexágonos verdes en su nuevo hogar, me indicó que fuera a por agua al pozo de la Cisterna.

—Tiene que ser de allí —advirtió—. Una taza grande.

Minutos más tarde volví con un vaso de plástico extragrande de Enchiladas del Rey. Meg salpicó a sus nuevas amigas plantadas con el agua.

Esperé a que pasara algo impresionante. En presencia de Meg, me había acostumbrado a presenciar explosiones de semillas de chía, bebés diabólicos de melocotones y muros de fresas instantáneos.

La tierra no se movió.

—Supongo que toca esperar —dijo la niña.

Se abrazó las rodillas y oteó el horizonte.

El sol matutino brillaba al este. Hoy había salido, como siempre, pero no gracias a mí. Le daba igual quién conducía el carro solar, ni si Helios causaba estragos en los túneles subterráneos de Los Ángeles. Independientemente de lo que creyeran los humanos, el cosmos seguía en movimiento y el sol mantenía el rumbo. En otras circunstancias, me habría tranquilizado. Ahora la indiferencia del sol me parecía cruel e insultante. Dentro de pocos días, Calígula podía convertirse en una deidad solar. Bajo una conducción tan infame, era de esperar que el sol se negara a salir o a ponerse. Pero por increíble y por indignante que pareciera, el día y la noche seguirían como siempre.

—¿Dónde está? —preguntó Meg.

Parpadeé.

—¿Quién?

—Si mi familia es tan importante para ella, los miles de años de bendiciones y todo eso, ¿por qué nunca ha...?

Señaló con la mano el inmenso desierto como diciendo: «Mucho terreno y muy poca Deméter».

Estaba preguntando por qué su madre nunca se le había aparecido, por qué Deméter había dejado que Calígula destruyese el trabajo de su padre, por qué había dejado que Nerón la criase en su venenosa casa imperial de Nueva York.

Yo no podía responder a esas preguntas. O, mejor dicho, como antiguo dios, se me ocurrían varias posibles respuestas, pero ninguna haría sentir mejor a Meg: «Deméter estaba demasiado ocupada vigilando la situación de las cosechas en Tanzania», «Deméter se distrajo inventando nuevos cereales para el desayuno», «Deméter se olvidó de que existes...».

—No lo sé, Meg —reconocí—. Pero esto... —Señalé los siete pequeños círculos mojados de la tierra—. Esto es algo de lo que tu madre se sentiría orgullosa. Cultivar plantas en un sitio imposible, insistir tercamente en crear vida, es de un optimismo absurdo. A Deméter le gustaría.

Meg me estudió como si estuviera decidiendo si me daba las gracias o me pegaba. Me había olvidado de esa mirada.

—Vamos —decidió—. A lo mejor las semillas brotan mientras nosotros no estamos.

Nos metimos los tres apretujados en el Bedrossianmóvil: Meg, Piper y yo.

Grover había decidido quedarse; supuestamente para levantar el ánimo a las desmoralizadas dríades, aunque yo creo que la verdad era que estaba agotado de la serie de encontronazos con la muerte que había tenido en compañía de Meg y de mí. El entrenador Hedge se ofreció a acompañarnos, pero rápidamente Mellie le hizo retirar el ofrecimiento. Por lo que respectaba a las dríades, ninguna parecía impaciente por ser nuestro escudo botánico después de lo que les había pasado a Planta del Dinero y a Pita. Las comprendía perfectamente.

Por lo menos Piper accedió a conducir. Si nos paraban por posesión de un vehículo robado, ella podría evitar que la detuvieran echando mano de su capacidad de persuasión. Con la suerte que yo tenía, me pasaría todo el día en la cárcel, y la cara de Lester no quedaría bien en una foto policial.

Seguimos la misma ruta del día anterior: el mismo terreno castigado por el calor, los mismos cielos manchados de humo, el mismo tráfico denso. Vivíamos el sueño californiano.

A ninguno de nosotros le apetecía mucho hablar. Piper mantenía la mirada fija en la carretera; probablemente pensaba en cierto reencuentro no deseado con un exnovio al que había dejado en términos embarazosos. (Vaya, cómo la comprendía).

Meg seguía con el dedo los remolinos de su pantalón de camuflaje. Me imaginé que estaba reflexionando sobre el último proyecto botánico de su padre y el motivo por el que a Calígula le había parecido tan peligroso. Me parecía increíble que toda su vida se hubiera visto alterada por siete semillas verdes. Claro que era hija de Deméter. Con la diosa de las plantas, cosas de aspecto intrascendente podían ser muy trascendentes.

«Las plantas más pequeñas», solía decirme Deméter, «se convierten en robles centenarios».

En cuanto a mí, no me faltaban problemas en los que pensar.

Pitón aguardaba. Yo sabía instintivamente que tendría que enfrentarme a él algún día. Si de milagro sobrevivía a los distintos complots de los emperadores para acabar con mi vida, si vencía al triunvirato, liberaba a los

otros cuatro oráculos y resolvía sin ayuda todos los problemas del mundo de los mortales, seguiría teniendo que hallar la forma de arrebatarse el control de Delfos a mi más antiguo enemigo. Solo entonces Zeus podría volver a convertirme en dios. Porque Zeus era así de chachi. Gracias, papá.

Mientras tanto, tenía que lidiar con Calígula. Tendría que frustrar su plan de convertirme en el ingrediente secreto de su sopa de dios del sol. Y tendría que hacerlo sin poderes divinos. Mi técnica como arquero había empeorado. Mis dotes para el canto y la música no valían un pimiento. ¿Fuerza divina? ¿Carisma? ¿Luz? ¿Potencia de fuego? En todos los indicadores ponía VACÍO.

Mi peor temor era que Medea me atrapase, intentase arrebatarme el poder divino y descubriese que no me quedaba ninguno.

«¿Qué es esto?», gritaría. «¡Aquí no hay más que Lester!».

Y me mataría igualmente.

Mientras yo contemplaba esas alegres posibilidades, serpenteamos por el valle de Pasadena.

—Nunca me ha gustado esta ciudad —murmuré—. Me hace pensar en concursos, desfiles horteras y aspirantes a estrella borrachas y fracasadas con bronceado de espray.

Piper tosió.

—Para tu información, la madre de Jason era de aquí. Murió aquí, en un accidente de tráfico.

—Lo siento. ¿A qué se dedicaba?

—Era una aspirante a estrella borracha y fracasada con bronceado de espray.

—Ah. —Esperé a que se me pasara el bochorno. Necesité varios kilómetros—. Entonces, ¿por qué quiso Jason estudiar aquí?

Piper agarró el volante.

—Después de nuestra ruptura, se cambió a un internado solo para chicos en las colinas. Ya lo veréis. Supongo que buscaba algo distinto, algo tranquilo y apartado. Sin dramas.

—Entonces se alegrará de vernos —murmuró Meg, mirando por la ventanilla.

Llegamos a las colinas que se alzaban por encima de la ciudad, donde las casas se volvían más y más imponentes a medida que ganábamos altitud. Sin embargo, hasta en las urbanizaciones de mansiones los árboles habían empezado a marchitarse. Los cuidados jardines se estaban tiñendo de marrón en los bordes. Cuando la escasez de agua y las temperaturas por encima de la

media afectaban a los barrios lujosos, sabías que el problema era grave. Los ricos y los dioses siempre eran los últimos en pasarlo mal.

En la cresta de una colina se hallaba el internado de Jason: un extenso campus de edificios de ladrillo claro intercalados con patios ajardinados y senderos a la sombra de acacias. El rótulo de la fachada, escrito con sutiles letras de bronce en un muro de ladrillo bajo, rezaba: COLEGIO E INTERNADO EDGARTON.

Aparcamos el Escalade en una calle residencial cercana poniendo en práctica la estrategia de Piper McLean: «Si se lo lleva la grúa, pediremos prestado otro coche».

Había un guardia jurado ante la verja delantera de la escuela, pero ella le dijo que podíamos entrar, y el guardia, con cara de gran confusión, convino en que podíamos entrar.

Todas las clases daban a los patios del colegio. Las taquillas de los alumnos bordeaban los pasillos exteriores techados. No era un diseño que hubiera funcionado en Milwaukee, por ejemplo, durante la temporada de las tormentas de nieve, pero en el sur de California constituía una muestra de hasta qué punto los lugareños daban por sentado su tiempo apacible y uniforme. Dudaba que los edificios tuvieran aire acondicionado. Así que, si Calígula seguía asando dioses en su Laberinto en Llamas, puede que el equipo directivo del internado Edgarton tuviera que plantearse instalarlo.

A pesar de la insistencia de Piper en que se había distanciado de Jason, se sabía de memoria su horario. Nos llevó directamente a su cuarta clase del día. Al mirar por las ventanas, vi a una docena de estudiantes: chicos vestidos con chaquetas deportivas azules, camisas de vestir, corbatas rojas, pantalones grises y zapatos relucientes como si fueran jóvenes ejecutivos. En la parte de delante de la clase, en una silla de director, un profesor con barba y traje de *tweed* leía un ejemplar en rústica de *Julio César*.

Puf. Bill Shakespeare. Sí, vale, era bueno. Pero incluso a él le habría horrorizado la cantidad de horas que los mortales se pasaban metiéndoles sus obras en la cabeza a jóvenes aburridos, y el gran número de pipas, chaquetas de *tweed*, bustos de mármol y malas tesis doctorales que habían inspirado hasta sus obras menos logradas. Mientras tanto, Christopher Marlowe se llevó la peor parte de la época isabelina. Pues Kit estaba mucho más bueno.

Pero me estoy desviando del tema.

Piper llamó a la puerta y asomó la cabeza. De repente, las expresiones de aburrimiento desaparecieron de las caras de los jóvenes. La hija de Afrodita

dijo algo al profesor, quien parpadeó unas cuantas veces y acto seguido hizo un gesto con la mano a un joven de la fila del medio para que saliera.

Un momento más tarde, Jason Grace se reunió con nosotros en el pasillo exterior.

Solo lo había visto en unas cuantas ocasiones: una vez que él ejercía de pretor del Campamento Júpiter; otra que él había visitado Delos; y poco después, cuando habíamos luchado codo con codo contra los gigantes en el Partenón.

El chico había luchado bastante bien, pero no puedo decir que me hubiera fijado especialmente en él. En aquel entonces yo todavía era un dios y Jason era un héroe más de la tripulación semidivina del *Argo II*.

Ahora, con su uniforme del internado, estaba bastante imponente. Llevaba el pelo rubio rapado. Sus ojos azules brillaban detrás de unas gafas de montura negra. Cerró la puerta de la clase detrás de él, se metió los libros debajo del brazo y forzó una sonrisa, y una pequeña cicatriz blanca tembló en la comisura de su boca.

—Piper. Hola.

No sabía cómo esa chica conseguía parecer tan tranquila. Yo había vivido muchas rupturas complicadas y nunca resultaban fáciles, y encima ella no contaba con la ventaja de poder convertir a su ex en un árbol ni de esperar a que su breve vida mortal terminase antes de volver a la Tierra.

—Hola, tú —dijo ella, con un ligerísimo rastro de tensión en la voz—. Estos son...

—Meg McCaffrey —dijo Jason—. Y Apolo. Os estaba esperando, chicos.

No parecía muy entusiasmado. Lo dijo como quien dice: «Estaba esperando los resultados de mi TC cerebral».

Meg evaluó al chico como si sus gafas le parecieran muy inferiores a las suyas.

—¿Sí?

—Sí. —Jason miró a cada lado del pasillo—. Vamos a mi habitación de la residencia. Aquí no estamos a salvo.

Como trabajo escolar, he hecho este tablero de Monopoly con templos paganos

Tuvimos que vérnoslas con un profesor y dos vigilantes de pasillo, pero gracias a la capacidad de persuasión de Piper, todos coincidieron en que era de lo más normal que los cuatro (incluidas dos chicas) entráramos en la residencia en horario de clase.

Cuando llegamos a la habitación de Jason, Piper se detuvo ante la puerta.

—Define «No estamos a salvo».

Él echó un vistazo por encima del hombro de ella.

—Los monstruos se han infiltrado entre nuestro profesorado. Estoy vigilando a la profesora de humanidades. Creo que es una empusa. Ya tuve que matar a mi profesor de cálculo avanzado porque era un blemia.

Viniendo de un mortal, esas palabras habrían sido calificadas de paranoicas hasta lo homicida. Viniendo de un semidiós, era una descripción de una semana cualquiera.

—¿Conque blemias, eh? —Meg volvió a evaluar a Jason, como si estuviera decidiendo si sus gafas no estaban tan mal—. Odio los blemias.

El chico sonrió burlonamente.

—Pasad.

Habría descrito su habitación como «espartana», pero había visto habitaciones de espartanos reales. El cuarto de Jason les habría parecido comodísimo.

El espacio de cuatro metros cuadrados constaba de una estantería, una cama, un escritorio y un armario. El único lujo era una ventana abierta que

daba a los cañones y perfumaba la habitación del cálido aroma de los jacintos. (¿Tenían que ser jacintos? Siempre que huelo esa fragancia se me parte el corazón, aunque hayan pasado miles de años).

En la pared de Jason había una foto colgada de su hermana Thalia sonriendo a la cámara, con un arco a la espalda y el pelo moreno corto ondeando al viento de lado. Salvo por sus deslumbrantes ojos azules, no se parecía en nada a su hermano.

Por otra parte, ninguno de los dos se parecía en nada a mí, y como hijo de Zeus, era técnicamente su hermano. Además, había coqueteado con Thalia, cosa que... Puaj. ¡Maldito seas, padre, por tener tantos hijos! A lo largo de los milenios, salir con alguien se convertía en un auténtico campo de minas.

—Tu hermana te manda saludos, por cierto —dije.

A Jason le brillaron los ojos.

—¿La has visto?

Me puse a relatarle nuestra estancia en Indianápolis: la Estación de Paso, el emperador Cómodo, las cazadoras de Artemisa descendiendo en rápel al estadio de fútbol americano para rescatarnos. A continuación rebobiné y le expliqué lo que era el triunvirato y todas las desgracias que me habían ocurrido desde que había salido de aquel contenedor de basura de Manhattan.

Mientras tanto, Piper permaneció sentada en el suelo con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra la pared, lo más lejos posible de la cama, que ofrecía más comodidad. Meg estaba de pie ante el escritorio de Jason examinando un trabajo de clase: un cartón pluma salpicado de cajitas de plástico que debían de representar edificios.

Cuando mencioné de pasada que Leo estaba vivito y coleando y que actualmente se encontraba en una misión con destino al Campamento Júpiter, todos los enchufes eléctricos de la habitación echaron chispas. Jason miró a Piper, estupefacto.

—Ya —dijo ella—. Después de todo lo que pasamos.

—No me lo puedo... —El chico se dejó caer pesadamente en la cama—. No sé si reír o gritar.

—No te cortes —masculló Piper—. Haz las dos cosas.

—Oye, ¿qué es esto? —gritó Meg desde el escritorio.

Jason se ruborizó.

—Un trabajo de clase.

—Es la Colina de los Templos —terció Piper, empleando un tono cuidadosamente neutral—. El Campamento Júpiter.

Lo miré más detenidamente. Piper estaba en lo cierto. Reconocí la distribución de los templos y santuarios donde los semidioses del Campamento Júpiter honraban a las antiguas deidades. Cada edificio estaba representado con una cajita de plástico pegada al tablero, y los nombres de los santuarios se hallaban etiquetados a mano en el cartón. Jason incluso había marcado unas líneas de elevación que mostraban los niveles topográficos de la colina.

Encontré mi templo: APOLO, un edificio de plástico rojo. No era ni de lejos tan bonito como el auténtico, con su tejado dorado y sus motivos de filigranas de platino, pero no quería ser crítico.

Jason se encogió de hombros.

—¿Son casas de Monopoly? —preguntó Meg.

Jason se encogió de hombros.

—Utilicé lo que tenía: las casas verdes y los hoteles rojos.

Miré el tablero entornando los ojos. Hacía bastante tiempo que no descendía gloriosamente a la Colina de los Templos, pero la maqueta parecía más llena que la colina de verdad. Había al menos veinte pequeñas casitas que no reconocía.

Me incliné y leí algunas de las etiquetas escritas a mano.

—¿Cimopolia? ¡Dioses míos, hacía siglos que no pensaba en ella! ¿Por qué le construyeron un santuario los romanos?

—Todavía no se lo han construido —respondió Jason—. Pero le hice una promesa. Ella... nos echó una mano en el viaje a Atenas.

Por la forma en que lo dijo, concluí que quería decir «accedió a no matarnos», que era mucho más propio del carácter de Cimopolia.

—Le dije que me aseguraría de que ningún dios ni diosa —continuó Jason— caía en el olvido en el Campamento Júpiter o en el Campamento Mestizo, que me encargaría de que todos tuvieran un santuario en los dos campamentos.

Piper me miró.

—Ha trabajado un montón en los diseños. Deberías ver su cuaderno de bocetos.

Jason frunció el entrecejo; era evidente que no sabía si Piper lo estaba elogiando o criticando. El olor a electricidad se intensificó en el aire.

—Bueno —dijo finalmente—, no ganaré ningún premio por los diseños. Necesitaré que Annabeth me ayude con los planos de verdad.

—Honrar a los dioses es una noble empresa —dijo—. Deberías estar orgulloso.

Sin embargo, no parecía orgulloso. Parecía preocupado. Me acordé de lo que Medea había dicho sobre la noticia del Oráculo: «La verdad bastó para destrozarse a Jason Grace». No parecía destrozado. Claro que yo tampoco parecía Apolo.

Meg se inclinó hacia la maqueta.

—¿Cómo es que Potina tiene una casa y Quirino un hotel?

—La verdad es que no tiene ninguna lógica —reconoció Jason—. Solo he utilizado las piezas para marcar los sitios.

Fruncí el ceño. Estaba convencido de que yo recibiría un hotel, en lugar de la casa de Ares, porque un servidor era más importante.

Meg dio unos golpecitos a la pieza de su madre.

—Deméter es guay. Deberías poner a los dioses guais a su lado.

—Meg —la reprendí—, no podemos ordenar a los dioses por lo guais que son. Eso daría lugar a muchas peleas.

«Además», pensé, «todo el mundo querría estar a mi lado». Acto seguido me pregunté amargamente si eso seguiría siendo cierto cuando volviera al Olimpo. ¿Quedaría marcado para siempre después de estar en la piel de Lester como un pardillo inmortal?

—En fin —me interrumpió Piper—, el motivo por el que hemos venido: el Laberinto en Llamas.

No acusó a Jason de ocultarle información. No le contó lo que Medea nos había dicho. Simplemente estudió su cara, esperando a ver cómo respondía.

El chico entrelazó los dedos y se quedó mirando el *gladius* envainado que estaba apoyado contra la pared al lado de un palo de lacrosse y una raqueta de tenis. (En esos internados de lujo ofrecían toda la gama de opciones extraescolares).

—No te lo conté todo —admitió.

El silencio de Piper resultó más poderoso que su capacidad de persuasión.

—Encontré... encontré a la sibila —continuó—. No sé cómo. Simplemente tropecé con una sala grande donde había un estanque de fuego. La sibila estaba... enfrente de mí, en una plataforma de piedra, con los brazos encadenados con unos grilletes que ardían.

—Herófila —dije—. Se llama Herófila.

Jason parpadeó como si todavía notase el calor y las cenizas de la sala.

—Yo quería soltarla —prosiguió—. Evidentemente. Pero ella me dijo que no era posible. Tenía que ser... —Me señaló—. Me dijo que era una trampa. Todo el Laberinto. Para Apolo. Me dijo que tú acabarías yendo a buscarla. Tú

y ella: Meg. Herófila dijo que yo no podía hacer nada, salvo ayudarlos si me lo pedían. Me comentó que te lo dijera, Apolo: tienes que rescatarla.

Yo ya lo sabía, claro. Lo había visto y oído en sueños. Pero oírlo de labios de Jason, en el mundo real, lo empeoraba.

Piper apoyó la cabeza contra la pared y se quedó mirando una gotera del techo.

—¿Qué más dijo Herófila?

La cara de Jason se puso tirante.

—Pipes... Piper, mira, siento no habértelo dicho. Es que...

—¿Qué más dijo? —repitió ella.

Jason miró a Meg y luego a mí, tal vez en busca de apoyo moral.

—La sibila me dijo dónde podía encontrar al emperador —contestó—. Bueno, más o menos. Dijo que Apolo necesitaría información. Que necesitaría... unos zapatos. Ya sé que no tiene mucho sentido.

—Me temo que sí lo tiene —tercié.

Meg deslizó los dedos por los tejados de plástico de la maqueta.

—¿Podemos matar al emperador y a la vez robarle los zapatos? ¿Te dijo algo sobre eso la sibila?

Jason negó con la cabeza.

—Solo dijo que Piper y yo... no podíamos hacer nada más por nuestra cuenta. Tenía que ser Apolo. Si nosotros lo intentábamos..., sería demasiado peligroso.

Piper se rio secamente, levantando las manos hacia el techo como si hiciera una ofrenda a la gotera.

—Jason, hemos vivido de todo juntos, literalmente. He perdido la cuenta de las veces que hemos estado a punto de morir. ¿Y ahora me dices que me mentiste para protegerme? ¿Para evitar que fuera a por Calígula?

—Sabía que, dijera lo que dijera la sibila, lo habrías hecho —murmuró él.

—Pero habría sido decisión mía —dijo Piper—. No tuya.

Él asintió con la cabeza tristemente.

—Y yo habría insistido en ir contigo, al margen del peligro. Pero tal como han ido las cosas entre nosotros... —Se encogió de hombros—. Trabajar en equipo ha sido difícil. Yo creía... Decidí esperar a que Apolo me encontrara. Metí la pata no contándotelo. Lo siento.

Se quedó mirando su maqueta de la Colina de los Templos como si tratara de decidir dónde colocar un santuario al dios de los remordimientos de conciencia por las relaciones fallidas. (Un momento. Ya tenía uno. Estaba dedicado a Afrodita, la madre de Piper).

La chica respiró hondo.

—Esto no va de ti y de mí, Jason. Están muriendo sátiros y dríades. Calígula quiere convertirse en un nuevo dios del sol. Esta noche hay luna nueva, y el Campamento Júpiter se enfrenta a un gran peligro. Mientras tanto, Medea está en ese laberinto, lanzando fuego de titán...

—¿Medea? —Jason se enderezó. La bombilla de su lámpara de escritorio explotó y roció su diorama de cristales—. Da marcha atrás. ¿Qué pinta Medea en esto? ¿A qué te refieres con lo de la luna nueva y el Campamento Júpiter?

Pensé que Piper se negaría a compartir esa información por rencor, pero no fue así. Le contó a Jason todo sobre la profecía de Indiana que anunciaba que el Tíber se llenaría de cuerpos. A continuación le explicó el proyecto culinario de Medea con su abuelo.

Jason se quedó como si nuestro padre lo hubiera fulminado con un rayo.

—No tenía ni idea.

Meg se cruzó de brazos.

—Bueno, ¿vas a ayudarnos o qué?

Él la estudió; sin duda no sabía qué opinar de esa inquietante niña vestida de camuflaje verde azulado.

—Pues... pues claro —contestó—. Necesitaremos un coche. Y yo necesitaré una excusa para salir del campus. —Miró a Piper esperanzado.

Ella se puso en pie.

—De acuerdo. Iré a hablar con recepción. Meg, ven conmigo por si nos encontramos con la empusa. Nos vemos en la verja. Una cosa más, Jason...

—¿Sí?

—Como estés escondiendo algo...

—Vale. Ya... ya lo pillo.

Piper se volvió y salió de la estancia con paso resuelto. Meg me lanzó una mirada en plan: «¿Estás seguro?».

—Adelante —le dije—. Yo ayudaré a Jason a prepararse.

Una vez que las chicas se hubieron marchado, me giré para enfrentarme a Jason Grace, de un hijo de Zeus/Júpiter a otro.

—Está bien —dije—. ¿Qué te dijo realmente la sibila?

Hace un día precioso en el barrio... Espera, va a ser que no

Jason se tomó su tiempo antes de contestar.

Se quitó la chaqueta y la colgó en el armario. Se aflojó la corbata y la dobló sobre el colgador. Me vino a la memoria mi viejo amigo Fred Rogers, el presentador de programas infantiles de televisión, que irradiaba la misma concentración sosegada cuando colgaba su ropa de trabajo. Fred solía dejarme dormir en su sofá cuando había tenido un día duro como dios de la poesía. Me ofrecía un plato de galletas y un vaso de leche, y luego me cantaba sus canciones hasta que me sentía mejor. Me gustaba especialmente «It's You I Like». ¡Oh, cómo echaba de menos a ese mortal!

Finalmente, Jason cogió el *gladius*. Con sus gafas, su camisa de vestir, su pantalón, sus mocasines y su espada, no parecía tanto el señor Rogers como un pasante de abogado bien armado.

—¿Qué te hace pensar que escondo algo? —preguntó.

—Por favor —respondí—. No te andes con evasivas cuando hables de profecías con el dios de las profecías evasivas.

Suspiró. Se remangó la camisa y dejó ver el tatuaje romano de la cara interna de su antebrazo: el rayo que simbolizaba a nuestro padre.

—En primer lugar, no fue exactamente una profecía. Más bien fue una serie de enigmas de concurso de preguntas y respuestas.

—Sí. Herófila transmite información de esa forma.

—Y ya sabes cómo son las profecías. Aunque el Oráculo sea amistoso, pueden ser difíciles de interpretar.

—Jason...

—Vale —concedió él—. La sibila dijo... Me dijo que si Piper y yo íbamos a por el emperador, uno de nosotros podría morir.

«Morir». La palabra cayó entre nosotros con un ruido sordo, como un gran pez destripado.

Esperé a que se explicase. Jason se quedó mirando la maqueta de la Colina de los Templos como si tratase de darle vida a fuerza de voluntad.

—Morir —repetí.

—Sí.

—No «desaparecer», ni «no volver», ni «ser derrotado».

—No. «Morir». O, mejor dicho, «cinco letras, empieza por eme».

—No es «madre», entonces —dije—. Ni «mosca».

Una bonita ceja rubia se arqueó por encima de la montura de sus gafas.

—¿«Si buscáis al emperador, uno de vosotros podría mosca»? No, Apolo, la palabra era «morir».

—Aun así, podría significar muchas cosas. Podría significar un viaje al inframundo. Podría significar una muerte como la que Leo sufrió, con la posibilidad de resucitar enseguida. Podría significar...

—Ahora eres tú el que se anda con evasivas —dijo Jason—. La sibila se refería a la muerte. Definitiva. Real. Sin repetición de la jugada. Deberías haber estado allí. Lo dijo de una forma... A menos que por casualidad tengas un frasco de la cura del médico en el bolsillo...

Él sabía perfectamente que no lo tenía. La cura del médico, que había devuelto la vida a Leo Valdez, solo podía ofrecerla mi hijo Asclepio, el dios de la medicina. Y como Asclepio quería evitar una guerra total con Hades, rara vez daba muestras gratuitas. Vamos, nunca. Leo había sido el primer afortunado beneficiario en cuatro mil años. Y probablemente el último.

—Aun así... —Titubeé buscando teorías alternativas y lagunas. No soportaba pensar en la muerte permanente. Como inmortal, me declaraba objetor de conciencia. Por muy satisfactoria que fuera tu experiencia en el más allá (y la mayoría de las veces no lo era), la vida era mejor. El calor del sol real, los colores vivos del mundo superior, la gastronomía... En serio, ni siquiera los Campos Elíseos eran comparables.

La mirada de Jason era implacable. Sospechaba que en las semanas que habían transcurrido desde su charla con Herófila, había contemplado todas las situaciones posibles. Había superado la etapa de negociación en la gestión de la profecía. Había aceptado que «muerte» quería decir «muerte», como Piper McLean había aceptado que «Oklahoma» quería decir «Oklahoma».

Eso no me gustaba. La tranquilidad de Jason me recordó otra vez la de Fred Rogers, pero de una forma irritante. ¿Cómo podía alguien ser tan tolerante y sensato todo el tiempo? A veces me gustaría que se cabrease, que gritase y lanzase los mocasines al otro lado del cuarto.

—Supongamos que tienes razón —dije—. ¿Por qué no le has contado a Piper la verdad?

—Ya sabes lo que le ha pasado a su padre. —Observó los callos de sus manos, prueba de que no había dejado que sus dotes de esgrima se atrofiasen—. El año pasado cuando lo salvamos en el monte Diablo... El señor McLean se encontraba en mal estado psicológico. Ahora, con el estrés de la bancarrota y todo lo demás, ¿te imaginas lo que le pasaría si también perdiese a su hija?

Me acordé de la desaliñada estrella cinematográfica que vagaba por la entrada de su casa buscando monedas imaginarias.

—Sí, pero no sabes cómo se desarrollará la profecía.

—No puedo permitir que se desarrolle si acaba con la muerte de Piper. Ella y su padre tienen previsto irse de la ciudad a finales de semana. De hecho, ella está... no sé si emocionada es la palabra, pero se alegra de largarse de Los Ángeles. Desde que la conozco, siempre ha querido pasar más tiempo con su padre. Ahora tienen la oportunidad de empezar de cero. Ella puede ayudar a su padre a encontrar un poco de paz. Y, con suerte, ella también la encuentre.

Se le quebró la voz, tal vez de la culpabilidad o los remordimientos o el miedo.

—Tú querías sacarla de la ciudad y ponerla a salvo —deduje—. Y luego pensaste buscar al emperador tú solo.

Jason se encogió de hombros.

—Bueno, contigo y con Meg. Sabía que vendrías a buscarme. Herófila me lo dijo. Si hubierais esperado otra semana...

—Entonces, ¿qué? —pregunté—. ¿Nos habrías dejado llevarte alegremente a la muerte? ¿Cómo habría afectado eso a la tranquilidad de Piper cuando se enterase?

A Jason se le pusieron las orejas rojas. Me sorprendió lo joven que era; no debía de tener más de diecisiete años. Era mayor que mi forma mortal, sí, pero no mucho. Ese joven había perdido a su madre. Había sobrevivido al duro entrenamiento de Lupa, la diosa loba. Había sido educado con la disciplina de la Duodécima Legión del Campamento Júpiter. Había luchado contra titanes y gigantes. Había ayudado a salvar el mundo como mínimo dos

veces. Pero para los mortales, apenas era un adulto. No era lo bastante mayor para votar ni para beber alcohol.

A pesar de todas las experiencias que había vivido, ¿era justo por mi parte esperar que pensase de forma lógica y que tuviera en consideración los sentimientos de los demás al mismo tiempo que pensaba en su muerte?

Traté de suavizar el tono.

—No quieres que Piper muera. Lo entiendo. Ella no querría que tú murieses. Pero evitar las profecías nunca da resultado. Y ocultar secretos a tus amigos, sobre todo secretos mortales..., eso sí que no da resultado nunca. Nuestra misión consistirá en enfrentarnos juntos a Calígula, robarle a ese loco homicida los zapatos y escapar sin ninguna palabra de cinco letras que empiece por eme.

A Jason le tembló la cicatriz de la comisura de la boca.

—¿Mamut?

—Qué malo eres —dije, pero parte de la tensión acumulada entre mis omóplatos se relajó—. ¿Estás listo?

Él miró la foto de su hermana Thalia y a continuación la maqueta de la Colina de los Templos.

—Si me pasa algo...

—Basta.

—Si me pasa algo, si no puedo cumplir la promesa que le hice a Cimopolia, ¿podrías llevar la maqueta al Campamento Júpiter? Los cuadernos de bocetos de los nuevos templos de los dos campamentos están ahí al lado, en el estante.

—Los llevarás tú mismo —insistí—. Tus nuevos santuarios honrarán a los dioses. Es un proyecto demasiado valioso para no tener éxito.

Él cogió una esquirla de cristal de bombilla que había caído en el tejado del hotel de Zeus.

—Lo «valioso» no siempre importa. Mira lo que te pasó a ti. ¿Has hablado con papá desde...?

Tuvo la consideración de no dar más detalles: «Desde que caíste en la basura convertido en un chico de dieciséis años fofo sin cualidades destacables».

Me tragué el sabor a cobre. Las palabras de mi padre retumbaron desde las profundidades de mi pequeña mente de mortal: «¡¡¡Tu responsabilidad, tu castigo!!!».

—Zeus no ha hablado conmigo desde que me convertí en mortal —dije—. Antes de eso, tengo un recuerdo borroso. Me acuerdo de la batalla del verano

pasado en el Partenón. Me acuerdo de que Zeus me fulminó con un rayo. Después de eso, hasta que desperté cayendo por el cielo en enero..., no recuerdo nada.

—Sé lo que se siente cuando te quitan seis meses de tu vida. —Me lanzó una mirada de pena—. Siento no haber podido hacer más.

—¿Qué podrías haber hecho tú?

—En el Partenón, quiero decir. Intenté hacer entrar en razón a Zeus. Le dije que había hecho mal castigándote, pero no quiso escucharme.

Lo miré sin comprender; lo poco que me quedaba de mi elocuencia natural se me atascó en la garganta. ¿Que Jason Grace había hecho qué?

Zeus tenía muchos hijos, lo que significaba que yo tenía muchos hermanastros y hermanastras. Menos a mi gemela, Artemisa, nunca me había sentido unido a ninguno. Desde luego no había tenido ningún hermano que me defendiera delante de mi padre. Lo más probable era que mis hermanos olímpicos evitasen la furia de Zeus gritando: «¡Ha sido Apolo!».

Y ese joven semidiós, sin embargo, había dado la cara por mí. No tenía motivos para hacerlo. Apenas me conocía. Y aun así había arriesgado la vida y se había enfrentado a la ira de nuestro padre.

Mi primer impulso fue gritar: «¡¿Estás loco?!!».

Acto seguido se me ocurrió una palabra más adecuada.

—Gracias.

Jason me cogió por los hombros; no con rabia, ni de forma pegajosa, sino como un hermano.

—Prométeme una cosa. Pase lo que pase, cuando vuelvas al Olimpo, cuando vuelvas a ser un dios, no te olvides. No te lo olvides de lo que es ser humano.

Hacía unas semanas me habría burlado. «¿Por qué querría yo recordar eso?». Como mucho, de haber tenido suerte de recuperar mi trono divino, habría recordado esta horrible experiencia como una película de miedo de serie B que por fin había tocado a su fin y habría salido del cine a la luz del sol pensando: «¡Uf! Me alegro de que se haya acabado».

Sin embargo, ahora tenía una vaga idea de a qué se refería Jason. Había aprendido mucho sobre la fragilidad y la fuerza humanas. Me sentía... distinto respecto a los mortales después de haber sido uno de ellos. ¡Lo vivido como humano al menos me serviría de inspiración para escribir nuevas letras de canciones!

No obstante, me resistía a hacer promesas. Ya pesaba sobre mí la maldición de haber roto un juramento. En el Campamento Mestizo, había

jurado imprudentemente por la Laguna Estigia que no utilizaría mis dotes para el tiro con arco ni para la música hasta que volviera a ser un dios, pero rápidamente había incumplido la promesa y, desde entonces, mis capacidades se habían deteriorado.

Estaba seguro de que el espíritu vengativo de la Laguna Estigia no había acabado conmigo. Casi podía notar su mirada ceñuda desde el inframundo: «¿Qué derecho tienes tú a prometer nada a nadie cuando no cumples lo que juras?».

Pero ¿cómo no iba a intentarlo? Era lo mínimo que podía hacer por ese valiente mortal que me había defendido cuando nadie más lo había hecho.

—Lo prometo —le dije a Jason—. Haré todo lo posible por no olvidar mi experiencia humana, siempre que tú le cuentes a Piper la verdad sobre la profecía.

Me dio unas palmaditas en la espalda.

—Trato hecho. Y hablando del tema, las chicas estarán esperando.

—Una cosa más —solté—. Sobre Piper. Es que... hacéis muy buena pareja. ¿De verdad... rompiste con ella para que le fuera más fácil irse de Los Ángeles?

Me miró fijamente con aquellos ojos azul celeste.

—¿Te ha dicho eso ella?

—No —reconocí—. Pero Mellie parecía, ejem, molesta contigo.

Consideró mis palabras.

—No me importa que Mellie me eche la culpa. Seguramente sea mejor.

—¿Quieres decir que no es cierto?

En sus ojos vi un atisbo de desolación, como el humo de un fuego descontrolado que oculta por un momento un cielo azul. Me acordé de las palabras de Medea: «La verdad bastó para destrozar a Jason Grace».

—Piper fue la que cortó —dijo en voz queda—. Fue hace meses, mucho antes de lo del Laberinto en Llamas. Venga, vamos. Vayamos a buscar a Calígula.

¡Ah, Santa Bárbara!
 ¡Famosa por el surf! ¡Los tacos de
 pescado!
 ¡Y los romanos pirados!

Por desgracia para nosotros y para el señor Bedrossian, no había rastro del Cadillac Escalade en la calle en la que lo habíamos aparcado.

—Se lo ha llevado la grúa —anunció Piper despreocupadamente, como si le sucediera a menudo.

Volvió a la recepción. Unos minutos más tarde, salió por la verja delantera conduciendo la furgoneta verde y dorada del internado Edgerton.

Bajó la ventanilla.

—Hola, chavales. ¿Os apetece ir de excursión?

Cuando arrancamos, Jason miró nervioso por el espejo retrovisor del lado del copiloto, temiendo quizá que el guardia jurado nos persiguiera y nos exigiera unas autorizaciones firmadas antes de salir del internado para matar a un emperador romano. Pero nadie nos seguía.

—¿Adónde vamos? —preguntó Piper cuando llegamos a la autopista.

—A Santa Bárbara —dijo Jason.

Ella frunció el entrecejo, como si esa respuesta fuera solo un poco más sorprendente que Uzbekistán.

—Está bien.

Siguió los indicadores a la Autopista 101 Oeste.

Por una vez, esperaba que hubiera atascos de tráfico. No tenía prisa por ver a Calígula. En cambio, la vía estaba casi vacía. Era como si el sistema de

autopistas del sur de California hubiera oído mis quejas y estuviera vengándose.

«¡Adelante, Apolo!», parecía decir la Autopista 101. «¡Estimamos un trayecto sin contratiempos a tu humillante muerte!».

A mi lado, en el asiento trasero, Meg tamborileaba con los dedos sobre las rodillas.

—¿Cuánto falta?

A mí solo me sonaba vagamente Santa Bárbara. Esperaba que Jason nos dijera que estaba lejos; un poco más allá del Polo Norte, por ejemplo. No es que quisiera estar encerrado con Meg tanto tiempo en una furgoneta, pero al menos así podríamos pasar por el Campamento Mestizo y recoger a una brigada de semidioses armados hasta los dientes.

—Unas dos horas —dijo Jason, y echó por tierra mis esperanzas—. Hacia el noroeste siguiendo la costa. Vamos al muelle de Stearns.

Piper se volvió hacia él.

—¿Has estado allí?

—Yo... Sí. Exploré el sitio con Tempestad.

—¿Tempestad? —pregunté.

—Su caballo —aclaró Piper, y acto seguido se dirigió a Jason—. ¿Fuiste a explorar solo?

—Bueno, Tempestad es un *ventus* —dijo Jason, obviando la pregunta de Piper.

Meg dejó de tamborilear en sus rodillas.

—¿Como esas cosas de viento que tenía Medea?

—Solo que Tempestad es amistoso —le explicó él—. Yo lo... No lo domé exactamente, pero nos hicimos amigos. Normalmente, aparece cuando lo llamo y me deja montarlo.

—Un caballo de viento. —Meg consideró la idea, sopesando sin duda sus ventajas frente a su bebé de melocotones con pañales—. Mola.

—Volviendo a la pregunta —dijo Piper—. ¿Por qué decidiste ir a explorar el muelle de Stearns?

Jason puso tal cara de incomodidad que temí que fundiera el sistema eléctrico de la furgoneta.

—La sibila —contestó finalmente—. Me dijo que encontraría a Calígula allí. Es uno de los sitios donde para.

Piper ladeó la cabeza.

—¿Donde para?

—Su palacio no es exactamente un palacio —explicó Jason—. Estamos buscando un barco.

Mi estómago se retiró y tomó la salida más próxima para volver a Palm Springs.

—Ah —dije.

—¿Ah? —preguntó Meg—. ¿Ah, qué?

—Ah, tiene sentido —dije—. Antiguamente, Calígula era conocido por sus barcas de recreo: enormes palacios flotantes con baños, teatros, estatuas giratorias, circuitos de carreras, miles de esclavos...

Me acordé de lo mucho que se había indignado Poseidón al ver a Calígula dando una vuelta por la bahía de Bayas, aunque creo que en el fondo tenía envidia porque su palacio no tenía estatuas giratorias.

—En fin —dije—, eso explica por qué has tenido problemas para localizarlo. Puede ir de puerto en puerto cuando le da la gana.

—Sí —convino Jason—. Cuando estuve explorando, él no estaba allí. Supongo que la sibila se refería a que lo encontraría en el muelle de Stearns cuando tuviera que encontrarlo. Y supongo que ese día es hoy. —Se movió en el asiento y se apartó de Piper lo máximo posible—. Hablando de la sibila, hay otro detalle que no te comenté sobre la profecía.

Entonces le contó la verdad sobre la palabra de cinco letras que empezaba por eme y no era «mamut».

Ella se tomó la noticia sorprendentemente bien. No le pegó. No levantó la voz. Se limitó a escuchar y luego se quedó callada otro kilómetro y medio más o menos.

Al final sacudió la cabeza.

—Vaya detalle.

—Debería habértelo dicho —dijo Jason.

—Pues sí. —Ella retorció el volante como uno le partiría el pescuezo a una gallina—. Aun así, si te soy sincera, en tu situación puede que yo hubiera hecho lo mismo. Yo tampoco querría que murieses.

Jason parpadeó.

—¿Eso quiere decir que no estás enfadada?

—Estoy furiosa.

—Ah.

—Furiosa, pero también receptiva.

—Vale.

Me sorprendió la naturalidad con que hablaban el uno con el otro, incluso de asuntos delicados, y lo bien que parecían entenderse. Me acordé de que

Piper había dicho que se había desesperado al separarse de Jason en el Laberinto en Llamas, que no soportaba perder a otro amigo.

Volví a preguntarme qué había detrás de su ruptura.

«La gente cambia», había dicho Piper.

Premio a la vaguedad, chica, pero yo quería cotilleos.

—Bueno —dijo ella—. Entonces vamos al muelle. Buscamos el barco. Buscamos las botitas mágicas de Calígula y lo matamos si se nos presenta la ocasión. Pero no dejamos que el otro muera.

—O me dejáis morir a mí —añadió Meg—. O a Apolo.

—Gracias, Meg —dije—. Tengo el corazón calentito como un burrito medio descongelado.

—De nada. —Se hurgó la nariz por si se moría y no volvía a tener la oportunidad—. ¿Cómo sabemos cuál es el barco?

—Me da la impresión de que lo sabremos —dije—. Calígula nunca fue discreto.

—Suponiendo que esta vez el barco sí que esté —apuntó Jason.

—Más vale que esté —dijo Piper—. Si no, habré robado esta furgoneta y te habré sacado de la clase de física para nada.

—Jolín —dijo él.

Se cruzaron una sonrisa comedida, una expresión que parecía decir: «Sí, entre nosotros la situación sigue siendo rara, pero no pienso dejar que hoy mueras».

Esperaba que nuestra expedición fuera tan bien como Piper la había descrito. Sospechaba que teníamos más posibilidades de ganar la Lotería Megadiós del monte Olimpo. (Lo máximo que había conseguido habían sido cinco dracmas con un boleto de rasca y gana).

Viajamos en silencio por la autopista de la costa.

A nuestra izquierda relucía el Pacífico. Los surfistas surcaban las olas y las palmeras se inclinaban agitadas por la brisa. A nuestra derecha, las colinas eran áridas y marrones, salpicadas de flores rojas de azaleas ajadas por el calor. Por mucho que lo intentaba, no podía dejar de pensar en aquellas franjas carmesíes como la sangre derramada de las dríades caídas en la batalla. Me acordé de nuestras amigas de la Cisterna, que se aferraban valiente y obstinadamente a la vida. Me acordé de Planta del Dinero, maltrecha y quemada en el laberinto subterráneo de Los Ángeles. Tenía que detener a Calígula por ellas. De lo contrario... No. No podía ocurrir lo contrario.

Finalmente llegamos a Santa Bárbara, y comprendí por qué a Calígula podía gustarle el lugar.

Si entrecerraba los ojos, podía imaginar que estaba otra vez en la ciudad costera romana de Bayas. El recodo de la costa era casi igual, así como las playas doradas, las colinas con lujosas viviendas de estuco y tejas rojas, y los barcos de recreo amarrados en el puerto. Los lugareños incluso tenían las mismas expresiones tostadas de agradable aturdimiento, como si estuviesen haciendo tiempo entre las sesiones de surf de la mañana y los partidos de golf de la tarde.

La mayor diferencia era que el monte Vesubio no se alzaba a lo lejos. Pero tenía la sensación de que otra presencia se cernía sobre esa bonita ciudad, igual de peligrosa y volcánica.

—Seguro que está aquí —dije, mientras aparcábamos la furgoneta en Cabrillo Boulevard.

Piper arqueó las cejas.

—¿Percibes una perturbación en la fuerza?

—Por favor —murmuré—. Percibo mi habitual mala suerte. En un sitio de aspecto tan inofensivo, es imposible que no encontremos problemas.

Pasamos la tarde escudriñando el litoral de Santa Bárbara, de East Beach al rompeolas. Asustamos a una bandada de pelícanos en la marisma. Despertamos a unos leones marinos que echaban la siesta en el puerto pesquero. Nos abrimos paso a empujones entre hordas de turistas que vagaban por el muelle de Stearns. En el puerto, vimos un bosque virtual de embarcaciones de un solo mástil, además de algunos yates de lujo, pero ninguno parecía lo bastante grande ni lo bastante llamativo para un emperador romano.

Jason incluso sobrevoló el agua para hacer un reconocimiento aéreo. Cuando volvió, nos informó de que no había embarcaciones sospechosas en el horizonte.

—¿Has ido montado en tu caballo Tempestad? —preguntó Meg—. No lo he visto.

El chico sonrió.

—No, no llamo a Tempestad a menos que sea una urgencia. He volado yo solo manipulando el viento.

Meg hizo un mohín pensando en los bolsillos de su cinturón de jardinería.

—Yo puedo invocar boniatos.

Al final dejamos de buscar y nos sentamos a una mesa de un chiringuito de la playa. Los tacos de pescado a la brasa eran dignos de una oda de la

mismísima musa Euterpe.

—Me da igual tirar la toalla si se acompaña de una cena —reconocí, metiéndome una cucharada de sabroso ceviche en la boca.

—Esto solo es un descanso —advirtió Meg—. No te pongas cómodo.

Ojalá no lo hubiera formulado como una orden. Me costó quedarme quieto el resto de la cena.

Estuvimos sentados en el chiringuito disfrutando de la brisa, la comida y el té helado hasta que el sol se escondió en el horizonte y tiñó el cielo del color naranja del Campamento Mestizo. Llegué a albergar la esperanza de haberme equivocado sobre la presencia de Calígula. Habíamos ido allí en vano. ¡Viva! Estaba a punto de proponer que volviéramos a la furgoneta y buscáramos un hotel para no tener que dormir otra vez en el fondo de un pozo del desierto, cuando Jason se levantó del banco de la mesa.

—Allí. —Señaló al mar.

El barco pareció surgir del resplandor del sol, como hacía mi carro solar cuando entraba en los Establos del Crepúsculo al final de un largo día de viaje. El yate era una reluciente monstruosidad blanca con cinco cubiertas por encima de la línea de flotación y con sus ventanas negras tintadas cual ojos de insecto alargados. Como ocurría con todos los barcos grandes, era difícil estimar su tamaño de lejos, pero el hecho de que tuviera dos helicópteros a bordo, uno en popa y otro en proa, además de un pequeño submarino sujeto con una grúa en el lado de estribor, me indicaba que no se trataba de un barco de placer corriente. Puede que hubiera yates más grandes en el mundo de los mortales, pero no creía que muchos.

—Tiene que ser ese —dijo Piper—. ¿Y ahora qué? ¿Creéis que atracará?

—Espera —terció Meg—. Mirad.

Otro yate, idéntico al primero, emergió de la luz del sol a un kilómetro y medio hacia el sur.

—Debe de ser un espejismo, ¿verdad? —dijo Jason con inquietud—. O un señuelo.

Meg gruñó consternada señalando otra vez el mar.

Un tercer yate apareció centelleando a mitad de camino entre los otros dos.

—Qué locura —dijo Piper—. Cada uno de esos barcos debe de costar millones.

—Quinientos millones —precisé—. O más. Calígula nunca ha escatimado en gastos. Es miembro del triunvirato. Han estado acumulando riquezas a lo largo de los siglos.

Otro yate brotó en el horizonte como si saliese del fulgor del sol, y luego otro. Pronto había docenas: una armada desplegada a través de la entrada del puerto como una cuerda que estuviese siendo colocada en un arco.

—Venga ya. —Piper se frotó los ojos—. Tiene que ser una ilusión.

—No lo es. —Se me cayó el alma a los pies. Había visto ese tipo de demostraciones antes.

Mientras nosotros mirábamos, los yates dispuestos en hilera se acercaron unos a otros y anclaron sus popas a sus proas formando un reluciente cerco flotante de Sycamore Creek hasta el puerto deportivo; como mínimo un kilómetro y medio de largo.

—El puente de barcos —dije—. Lo ha hecho otra vez.

—¿Otra vez? —preguntó Meg.

—Calígula... en la antigüedad. —Traté de dominar el temblor de mi voz—. Cuando era niño recibió una profecía. Un astrólogo romano le dijo que tenía tantas posibilidades de convertirse en emperador como de cruzar a caballo la bahía de Bayas. En otras palabras, que era imposible. Pero Calígula se convirtió en emperador. De modo que ordenó la construcción de una flota de superyates —señalé débilmente la armada situada enfrente de nosotros— como esa. Alineó los barcos a lo largo de toda la anchura de la bahía de Bayas, formando un enorme puente, y luego lo cruzó montado a caballo. Fue el proyecto de construcción flotante más grande jamás llevado a cabo. Calígula no sabía nadar, pero eso no le preocupaba. Estaba decidido a burlarse del destino.

Piper juntó las manos por encima de su boca.

—Los mortales tienen que ver esto, ¿no? No puede cortar todo el tráfico marítimo que entra y sale del puerto como si nada.

—Oh, los mortales lo ven —dije—. Mira.

Alrededor de los yates empezaron a congregarse embarcaciones más pequeñas, como moscas atraídas por un fastuoso banquete. Vi dos guardacostas, varias lanchas de la policía local y docenas de botes hinchables con motor fueraborda tripulados por hombres vestidos de oscuro equipados con armas: el cuerpo de seguridad privada del emperador, deduje.

—Vienen a ayudarlo —murmuró Meg, con un tono de voz duro—. Ni siquiera Nerón había... Sobornaba a la policía, tenía contratados muchos mercenarios, pero nunca fardó tanto.

Jason agarró la empuñadura de su *gladius*.

—¿Por dónde empezamos? ¿Cómo encontramos a Calígula en medio de toda esa flota?

Yo no quería encontrar a Calígula en absoluto. Quería huir. La idea de la muerte, la muerte permanente con seis letras y eme al principio, de repente me parecía muy próxima. Pero notaba que la seguridad de mis amigos flaqueaba. Necesitaban un plan, no a Lester gritando y dejándose llevar por el pánico.

Señalé hacia el centro del puente flotante.

—Empezaremos por el medio: el punto más débil de la cadena.

Todos en el mismo barco.
Un momento. Dos de los nuestros han
desaparecido.
La mitad en el mismo barco

Jason Grace estropeó esa frase perfecta.

Mientras nos dirigíamos a las olas, se acercó furtivamente a mí y murmuró:

—No es cierto, ¿sabes? El medio de una cadena tiene la misma resistencia a la tensión que el resto de partes, suponiendo que la fuerza se aplique por igual a lo largo de los eslabones.

Suspiré.

—¿Intentas compensar la clase de física que te has saltado? ¡Ya sabes a qué me refiero!

—La verdad es que no —dijo él—. ¿Por qué atacar por el medio?

—Porque... ¡No lo sé! —repuse—. ¿No se lo esperarán?

Meg se detuvo en la orilla.

—Me parece que esperan cualquier cosa.

Tenía razón. A medida que la puesta de sol se teñía de color púrpura, los yates se iluminaron como huevos de Fabergé gigantes. Unos focos recorrían el cielo y el mar como si anunciaran las mejores rebajas de colchones de agua de la historia. Docenas de pequeñas patrulleras cruzaban el puerto de un lado a otro, por si algún vecino de Santa Bárbara (¿santabárbaros?) tenía la cara de querer utilizar su costa.

Me preguntaba si Calígula siempre había tenido tanta seguridad o si nos estaba esperando. A esas alturas sin duda sabía que habíamos volado por los

aires el Desmadre Militar de Macrón. También debía de haberse enterado de nuestro enfrentamiento con Medea en el Laberinto, suponiendo que la hechicera hubiera sobrevivido.

Calígula también contaba con la sibila eritrea, y eso quería decir que tenía acceso a la misma información que Herófila le había dado a Jason. Puede que la sibila no quisiera ayudar a un emperador malvado que la tenía encadenada con unos grilletes fundidos, pero no podía rechazar a ningún suplicante serio que le preguntase directamente. Así era la magia oracular. Imaginé que, como mucho, podría limitarse a contestar en forma de pistas de crucigrama muy difíciles.

Jason estudió el recorrido de los focos.

—Podría llevaros volando de uno en uno. A lo mejor no nos ven.

—Creo que deberíamos evitar volar en la medida de lo posible —propuse—. Y deberíamos buscar una forma de acercarnos antes de que oscurezca más.

Piper se apartó de la cara el pelo que el viento agitaba.

—¿Por qué? A oscuras estamos más protegidos.

—Las estriges se ponen en movimiento una hora después de la puesta de sol —dije.

—¿Las estriges? —preguntó ella.

Le relaté nuestra experiencia con los pájaros de mal agüero en el Laberinto. Meg aportó útiles comentarios como «Puaj», «Ajá» y «Culpa de Apolo».

Piper se estremeció.

—En las leyendas cheroquis, las lechuzas siempre son malas. Suelen ser espíritus malignos o curanderos que se dedican a espiar. Si esas estriges son como gigantescas lechuzas chupasangre..., pues sí, mejor las evitamos.

—Estoy de acuerdo —dijo Jason—. Pero ¿cómo llegamos a los barcos?

Piper se metió en las olas.

—A lo mejor si pedimos que nos lleven...

Levantó los brazos e hizo señas al bote hinchable más próximo, a unos cincuenta metros mar adentro, que recorría la playa con su luz.

—Ejem, ¿Piper? —dijo Jason.

Meg invocó sus espadas.

—Está bien. Cuando se acerquen, me los cargaré.

Miré fijamente a mi joven ama.

—Meg, son mortales. En primer lugar, tus armas no servirán con ellos. En segundo, no son conscientes de para quién trabajan. No podemos...

—Trabajan para la Be... el hombre malo —dijo—. Calígula.

Reparé en su *lapsus linguae*. Me daba la impresión de que había estado a punto de decir: «Trabajan para la Bestia».

Guardó las espadas, pero su tono siguió siendo frío y decidido. De repente visualicé una horrible imagen de McCaffrey la Vengadora asaltando la embarcación sin más armas que sus puños y sus sobres de semillas.

Jason me miró como preguntando: «¿La atas tú o la ato yo?».

El bote viró bruscamente hacia nosotros. A bordo había sentados tres hombres con uniformes de faena oscuros, chalecos de kevlar y cascos antidisturbios. Uno, situado en la parte trasera, manejaba el motor fueraborda; otro, sentado en la parte delantera, manejaba el foco, y el del medio, sin duda el más amistoso, tenía un rifle de asalto apoyado en la rodilla.

Piper los saludó con la mano y les sonrió.

—No ataques, Meg. Yo me ocupo. Dejadme espacio, por favor. Podré convencer mejor a esos tíos si no estáis mirándolos con mala cara detrás de mí.

No era una petición difícil. Los tres retrocedimos, aunque Jason y yo tuvimos que llevarnos a Meg a rastras.

—¡Hola! —gritó Piper a medida que el bote se acercaba—. ¡No disparéis! ¡Somos amigos!

El bote encalló a tal velocidad que pensé que seguiría todo recto hasta Cabrillo Boulevard. Don Foco bajó de un salto primero con una agilidad sorprendente para un hombre con un chaleco antibalas. Don Rifle de Asalto le siguió y lo cubrió mientras Don Motor apagaba el fueraborda.

Foco nos evaluó con la mano apoyada en su pistola.

—¿Quiénes sois?

—¡Yo soy Piper! —dijo Piper—. No hace falta que aviséis. ¡Y desde luego no hace falta que nos apuntéis con ese rifle!

La cara de Foco se crispó. Empezó a sonreír como Piper y acto seguido pareció recordar que su trabajo exigía poner cara de pocos amigos. Rifle de Asalto no bajó el arma. Motor alargó la mano para coger su *walkie-talkie*.

—Documentos de identidad —escupió Foco—. Todos.

Meg se puso tensa a mi lado, lista para convertirse en Meg la Vengadora. Jason trató de no llamar la atención, pero su camisa chisporroteó por la electricidad estática.

—¡Claro! —convino Piper—. Aunque se me ocurre una idea mucho mejor. Voy a meter la mano en el bolsillo, ¿vale? No os pongáis nerviosos.

Sacó un fajo de dinero; debía de haber cien dólares en total. Que yo supiera, representaba todo lo que quedaba de la fortuna de McLean.

—Mis amigos y yo estábamos hablando —continuó Piper— de lo mucho que trabajáis y lo difícil que debe de ser patrullar por el puerto. Estábamos sentados en ese chiringuito comiendo unos tacos de pescado increíbles y hemos pensado: «Eh, esos chicos se merecen un descanso. ¡Deberíamos invitarlos a cenar!».

Los ojos de Foco parecieron desamarrarse de su cerebro.

—¿La hora de cenar...?

—¡Claro! —dijo ella—. Podéis dejar esa arma tan pesada y tirar ese *walkie-talkie*. Qué diablos, podéis dejárnoslo todo a nosotros. Os lo vigilaré mientras cenáis. Pargo a la brasa, tortillas de maíz caseras y ceviche. —Miró atrás hacia nosotros—. Una comida riquísima, ¿verdad que sí, chicos?

Asentimos mascullando.

—Ñam, ñam —dijo Meg. Destacaba en las respuestas con monosílabos.

Rifle de Asalto bajó el arma.

—Me vendrían bien unos tacos de pescado.

—Hemos trabajado mucho —convino Motor—. Nos merecemos una pausa para cenar.

—¡Exacto! —Piper metió el dinero en la mano de Foco—. Invitamos nosotros. ¡Gracias por vuestro servicio!

Foco se quedó mirando el fajo de dinero.

—Pero no podemos...

—¿Comer con el equipo puesto? —dijo Piper—. Tienes toda la razón. Tiradlo todo en el bote: el chaleco, las armas, los teléfonos móviles... Eso es. ¡Poneos cómodos!

Fueron necesarios varios minutos más de camelo y charla ligera, pero al final los tres mercenarios se lo quitaron todo menos los pijamas de comando. Dieron las gracias a Piper y, por si no era suficiente, la abrazaron y se fueron trotando a asaltar el chiringuito de la playa.

Tan pronto como se hubieron ido, la hija de Afrodita tropezó y cayó en los brazos de Jason.

—Cuidado. ¿Estás bien? —preguntó él.

—Per-perfectamente. —Ella se apartó torpemente—. Es más difícil utilizar la persuasión con un grupo entero. Estoy bien.

—Ha sido impresionante —dijo—. Ni tu madre lo habría hecho mejor.

A Piper no pareció gustarle mi comparación.

—Deberíamos darnos prisa. El hechizo no durará.

Meg gruñó.

—Sigo pensando que habría sido más fácil matar...

—Meg —la reprendí.

—... dejarlos inconscientes —se corrigió.

—Bueno. —Jason se aclaró la garganta—. ¡Todos a bordo!

Nos encontrábamos a treinta metros de la costa cuando oímos a los mercenarios gritar: «¡Eh! ¡Alto!». Los hombres corrieron hasta las olas con tacos de pescado a medio comer en las manos y cara de confusión.

Afortunadamente, Piper les había quitado todas las armas y los aparatos de comunicación.

Se despidió de ellos con la mano amistosamente, y Jason aceleró el motor fueraborda.

Jason, Meg y yo corrimos a ponernos los chalecos de kevlar y los cascos de los guardias. Piper se quedó en ropa de paisano, pero como era la única capaz de escapar de un enfrentamiento embaucando al enemigo, dejó que nos divirtiéramos jugando a los disfraces.

Jason era un perfecto mercenario. Meg estaba ridícula; una niña sepultada bajo el chaleco de kevlar de su padre. Yo no tenía mucho mejor aspecto. El chaleco antibalas me rozaba la cintura. (¡Malditos seáis, michelines indignos de un combate!). El casco antidisturbios estaba caliente como un horno de juguete, y el visor no paraba de bajarse, tal vez impaciente por ocultar mi cara acribillada de acné.

Lanzamos las armas por la borda. Puede que parezca una tontería, pero como ya he dicho, las armas de fuego son impredecibles en manos de semidioses. Funcionaban con los mortales, pero por mucho que Meg dijese, yo no quería ir por ahí masacrando a humanos de a pie.

Confiaba en que, si esos mercenarios supieran a quién servían, también tirarían las armas. Seguro que los humanos no obedecerían ciegamente a un hombre tan malvado por voluntad propia; bueno, salvo varios cientos de excepciones en la historia de la humanidad que me venían a la mente... Pero ¡Calígula, no!

A medida que nos acercábamos a los yates, Jason redujo la marcha hasta que avanzamos a la misma velocidad que las otras patrulleras.

Torció hacia el yate más próximo. De cerca, se alzaba imponente por encima de nosotros como una fortaleza de acero blanca. Justo por debajo de la superficie del agua, brillaban unas luces de navegación de color púrpura y dorado, de forma que el barco parecía flotar en una nube etérea de poder.

imperial romano. A lo largo de la proa del barco, pintado en letras negras más altas que yo, se hallaba el nombre: IVLIA DRVSILLA XXVI.

—Julia Drusila Vigésimo Sexta —dijo Piper—. ¿Fue una emperatriz?

—No —contesté—, la hermana favorita del emperador.

Noté una opresión en el pecho al acordarme de aquella pobre chica: tan guapa, tan simpática, tan increíblemente confundida... Su hermano Calígula la adoraba, la idolatraba. Cuando se convirtió en emperador, insistió en que compartiera con él cada comida, en que presenciara cada espectáculo depravado, en que fuera partícipe de todas sus violentas diversiones. Murió a los veintidós años, abrumada por el amor asfixiante de un sociópata.

—Seguramente fue la única persona que Calígula quiso en su vida —dije—. Pero no sé por qué este barco tiene el número veintiséis.

—Porque ese es el veinticinco. —Meg señaló el barco de al lado, cuya popa se encontraba a escasa distancia de nuestra proa. En efecto, pintadas en la parte trasera estaban las palabras IVLIA DRVSILLA XXV.

—Seguro que el que tenemos detrás es el número veintisiete.

—Cincuenta superyates —dije, cavilando—, todos con el nombre de Julia Drusila. Sí, parece cosa de Calígula.

Jason escudriñó el costado del casco. No había escaleras de mano, ni escotillas, ni botones rojos con una oportuna etiqueta en la que pusiera: ¡PULSE AQUÍ PARA CONSEGUIR LOS ZAPATOS DE CALÍGULA!

No teníamos mucho tiempo. Habíamos entrado en el perímetro de las patrulleras y los focos, pero seguro que cada yate tenía cámaras de seguridad. No tardarían mucho en preguntarse qué hacía nuestro pequeño bote flotando al lado del XXVI. Además, los mercenarios que habíamos dejado en la playa estarían haciendo todo lo posible por llamar la atención de sus compañeros. Y luego estaban las bandadas de estriges que despertarían en cualquier momento, hambrientas y atentas a la menor señal de intrusos destripables.

—Os subiré volando de uno en uno —decidió Jason.

—Yo primera —dijo Piper—. Por si hay que persuadir a alguien.

El chico se volvió y dejó que Piper le rodeara el cuello con los brazos, como habían hecho antes en incontables ocasiones. Alrededor del bote se levantó un viento que me revolvió el pelo, y Jason y Piper ascendieron flotando por el costado del barco.

¡Oh, cómo envidiaba a Jason Grace! Qué sencillo era montar los vientos. Cuando era dios, podría haberlo hecho con la mitad de mis manifestaciones atadas a la espalda. Ahora, atrapado en mi patético cuerpo con michelines, solo podía soñar con esa libertad.

—Eh. —Meg me dio un codazo—. Concéntrate.

Carraspeé indignado.

—Yo soy pura concentración. En cambio, podría preguntarte dónde tienes tú la cabeza.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—Tu rabia —dije—. La cantidad de veces que has propuesto matar a Calígula. Tu disposición a... dejar inconscientes a sus mercenarios.

—Son el enemigo.

Empleó un tono afilado como unas cimitarras, con el que pretendía advertirme de que si seguía con el tema podría añadir mi nombre a la lista de candidatos a los que dejar inconscientes.

Decidí tomar ejemplo de Jason: dirigirme a mi objetivo más despacio y desde un ángulo menos directo.

—Meg, ¿en alguna ocasión te he hablado de la primera vez que me volví mortal?

Ella entornó los ojos por debajo del borde de su casco absurdamente grande.

—¿Metiste la pata o algo por el estilo?

—Yo... Sí, metí la pata. Mi padre, Zeus, mató a uno de mis hijos favoritos, Asclepio, por resucitar a gente sin permiso. Una larga historia. El caso es que yo estaba furioso con Zeus, pero mi padre era demasiado poderoso y temible para que yo pudiera luchar contra él. Me habría volatilizado. Así que me vengué de otra forma.

Miré a lo alto del casco. No vi rastro de Jason ni de Piper. Esperaba que eso significase que habían encontrado los zapatos de Calígula y estaban esperando a que un dependiente les trajese un par del número adecuado.

—En fin —continué—, no podía matar a Zeus. De modo que busqué a los que habían creado sus rayos, los cíclopes. Los maté para vengar a Asclepio y, como castigo, mi padre me hizo mortal.

Meg me dio una patada en la espinilla.

—¡Ay! —grité—. ¿A qué ha venido eso?

—Por tonto —respondió—. Matar a los cíclopes fue una tontería.

Yo quería protestar diciéndole que eso había ocurrido hacía miles de años, pero tenía miedo de llevarme otra patada.

—Sí —asentí—. Fue una tontería. Pero lo que quiero decir es que... proyecté mi rabia en otra persona, alguien menos peligroso. Creo que tú estás

haciendo lo mismo, Meg. Estás furiosa con Calígula porque es menos peligroso que estar furiosa con tu padrastro.

Preparé las espinillas para recibir más dolor.

Meg se quedó mirando su pecho cubierto de kevlar.

—Yo no estoy haciendo eso.

—Te comprendo perfectamente —me apresuré a añadir—. La rabia es buena. Significa que estás progresando. Pero ten presente que tal vez no estás cabreada con la persona adecuada. No quiero que entres en combate a ciegas contra ese emperador. Aunque te cueste creerlo, es todavía más retorcido y letal que Ne..., que la Bestia.

Ella apretó los puños.

—Te he dicho que yo no estoy haciendo eso. Tú no lo sabes. Tú no lo entiendes.

—Tienes razón —dije—. Lo que tuviste que soportar en casa de Nerón..., no me lo puedo imaginar. Nadie debería sufrir tanto, pero...

—Cállate —me espetó.

De modo que eso hice. Las palabras que pensaba decir bajaron atropelladamente por mi garganta.

—Tú no lo sabes —repitió—. Ese Calígula nos hizo muchas cosas a mi padre y a mí. Puedo estar cabreada con él si me da la gana. Lo mataré si puedo. Lo... —Titubeó como si le hubiera asaltado una idea repentina—. ¿Dónde está Jason? Ya debería haber vuelto.

Alcé la vista. Habría gritado si me hubiera salido la voz. Dos grandes figuras oscuras descendieron hacia nosotros de forma controlada y silenciosa con algo parecido a unos parapentes. Entonces me percaté de que no eran parapentes; eran orejas gigantes. En un abrir y cerrar de ojos, las criaturas estaban encima de nosotros. Aterrizaron grácilmente a cada lado de nuestro bote, con sus orejas plegadas a su alrededor y sus espadas apuntándonos a la garganta.

Las criaturas se parecían mucho al orejón, el guardia al que Piper había lanzado un dardo en la entrada del Laberinto en Llamas, solo que estos eran más mayores y tenían pelo negro. Sus espadas tenían la punta roma y el filo doble y serrado, ideales tanto para golpear como para cortar. Reconocí las armas de golpe: eran *khandas*, del subcontinente indio. Me habría quedado muy satisfecho conmigo mismo por acordarme de un dato tan desconocido si en ese momento no hubiera tenido el filo serrado de una *khandas* sobre mi yugular.

Entonces me vino otra cosa a la memoria. Me acordé de una de las muchas historias de borrachera que contaba Dioniso sobre sus campañas militares en la India: su encuentro con una cruel tribu de semihumanos con ocho dedos, orejas grandes y caras peludas. ¿Por qué no se me había ocurrido antes? ¿Qué me había dicho Dioniso de ellos...? Ah, sí. Sus palabras exactas habían sido «Jamás de los jamases intentes luchar contra ellos».

—Sois pandai —logré decir con voz ronca—. Así se llama vuestra raza.

El que tenía al lado me enseñó sus preciosos dientes blancos.

—¡Claro! Y ahora sed buenos prisioneros y venid con nosotros. Si no, vuestros amigos están muertos.

Oh, Florence y Grunk, qué no sé qué
tan repipi.
Ya volveré con vosotros

Tal vez Jason, el experto en física del grupo, podía explicarme cómo volaban los pandai. Yo no lo entendía. De algún modo, incluso cargando con nosotros, consiguieron elevarse hacia el cielo sin más ayuda que el aleteo de sus tremendos lóbulos auriculares. Ojalá Hermes los hubiera visto. No habría vuelto a presumir de que podía mover las orejas.

Los pandai nos dejaron sin miramientos en la cubierta de estribor, donde otros dos seres de su raza retenían a Jason y Piper a punta de flecha. Uno de esos guardias parecía más pequeño y más joven que los otros y tenía el pelo blanco en lugar de negro. A juzgar por su expresión avinagrada, deduje que era el mismo al que Piper había abatido con la receta especial de su abuelo Tom en el centro de Los Ángeles.

Nuestros amigos estaban de rodillas, con las manos atadas con bridas a la espalda y las armas confiscadas. Jason tenía un ojo morado y vi que el pelo de un lado de la cabeza de Piper estaba apelmazado por la sangre.

Corrí a ayudarla (pues yo era muy buena persona) y le toqué el cráneo, tratando de determinar la gravedad de su herida.

—Ay —murmuró ella, apartándose—. Estoy bien.

—Podrías tener una contusión —dije.

Jason suspiró tristemente.

—Se supone que ese es mi trabajo. Yo siempre soy el que se lleva porrazos en la cabeza. Lo siento, chicos. Las cosas no han salido precisamente según lo planeado.

El guardia más corpulento, el que me había subido a mí a bordo, se carcajeó de regocijo.

—¡La chica ha intentado utilizar su persuasión con nosotros! ¡Los pandai, capaces de detectar hasta el más mínimo matiz del lenguaje! ¡El chico ha intentado luchar contra nosotros! ¡Los pandai, adiestrados en el manejo de todas las armas desde que nacemos! ¡Todos vais a morir!

—¡Morir! ¡Morir! —gritaron los otros pandai, aunque me fijé en que el joven del pelo blanco no se unía a ellos. Se movía con rigidez, como si la pierna del dardo con veneno todavía le molestase.

Meg desplazó la vista de un enemigo a otro; probablemente calculaba lo rápido que podría acabar con todos. Las flechas que apuntaban al pecho de Jason y Piper contribuían a dificultar sus cálculos.

—No, Meg —le advertí—. Estos tíos... son increíblemente buenos. Y rápidos.

—¡Rápidos! ¡Rápidos! —asintieron los pandai gritando.

Eché un vistazo a la cubierta. Ningún guardia más corría hacia nosotros, ni había focos apuntados en nuestra posición. No retumbaban sirenas. En el interior del barco sonaba música suave, no la clase de banda sonora que uno esperaba durante una incursión.

Los pandai no habían dado la alarma general y, a pesar de sus amenazas, todavía no nos habían matado. Incluso se habían tomado la molestia de esposar a Piper y a Jason con bridas. ¿Por qué?

Me volví hacia el guardia más corpulento.

—Buen señor, ¿es usted el panda al mando?

Él siseó.

—La forma en singular es pandos. No soporto que me llamen «panda». ¿Es que parezco un panda?

Decidí no contestar.

—Bueno, señor Pandos...

—Me llamo Amax —me espetó.

—Claro. Amax. —Estudié sus majestuosas orejas y acto seguido aventuré una conjetura educada—. Me imagino que no soporta a la gente que le escucha a escondidas.

La peluda nariz negra de Amax se movió.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué has escuchado?

—Nada —le garanticé—. Pero estoy seguro de que tiene que andarse con cuidado. Debe de haber gente, otros pandai, que se meten en sus asuntos. Por... por eso todavía no ha dado la alarma. Sabe que somos unos prisioneros

importantes. Quiere seguir teniendo el control de la situación sin que nadie se lleve el mérito de su trabajo.

Los otros pandai mascullaron.

—Vector, del barco veinticinco, siempre está espiando —murmuró el arquero de pelo oscuro.

—Y se lleva el mérito de nuestras ideas —terció el segundo arquero—. Como la orejera de kevlar.

—¡Exacto! —dije, tratando de hacer caso omiso a Piper, que esbozaba mudamente las palabras «¿orejera de kevlar?» con los labios—. Por ese motivo, ejem, antes de cometer una imprudencia, le conviene escuchar lo que tengo que contar. En privado.

Amax resopló.

—¡Ja!

—¡¡Ja, Ja!! —lo imitaron sus compañeros.

—Acabas de mentir —dijo Amax—. Lo he detectado en tu voz. Tienes miedo. Estás tirándote un farol. No tienes nada que contar.

—Yo sí —replicó Meg—. Soy la hijastra de Nerón.

A Amax le subió tan rápido la sangre a los oídos que me sorprendió que no se desmayase.

Los arqueros sorprendidos bajaron sus armas.

—¡Timbre! ¡Crest! —espetó Amax—. ¡Mantened esas flechas firmes! —Lanzó una mirada asesina a Meg—. Parece que dices la verdad. ¿Qué pinta aquí la hijastra de Nerón?

—Busco a Calígula para poder matarlo —contestó ella.

Los pandai movieron las orejas alarmados. Jason y Piper se miraron como pensando: «Bueno, ahora es cuando la palmamos».

Amax entornó los ojos.

—Dices que Nerón es tu padrastro. Y, sin embargo, quieres matar a nuestro amo. No tiene sentido.

—Es una historia de lo más interesante —prometí—. Con muchos secretos, vueltas de tuerca y giros. Pero si nos mata, nunca la sabrá. Si nos lleva con el emperador, otra persona nos torturará hasta sacárnosla. Se lo contaríamos todo a usted con mucho gusto. Al fin y al cabo, es quien nos ha capturado. Pero ¿no podemos hablar en un sitio más apartado donde nadie pueda escuchar?

Amax miró a la proa del barco como si Vector pudiera estar oyendo.

—Parece que dices la verdad, pero en tu voz hay tanta debilidad y miedo que es difícil estar seguro.

—Tío Amax. —El pandos del pelo blanco habló por primera vez—. A lo mejor el chico lleno de granos tiene razón. Si es una información valiosa...

—¡Silencio, Crest! —le espetó Amax—. Ya te has puesto en evidencia una vez esta semana.

El líder pandos sacó más bridas de su cinturón.

—Timbre, Peak, atad al chico lleno de granos y a la hijastra de Nerón. ¡Los llevaremos abajo, los interrogaremos y luego se los entregaremos al emperador!

—¡Sí! ¡Sí! —gritaron Timbre y Peak.

Así fue como tres poderosos semidioses y un importante antiguo dios del Olimpo fueron hechos prisioneros en un superyate por cuatro criaturas peludas con unas orejas del tamaño de antenas parabólicas. No era precisamente mi mejor momento.

Como había alcanzado la máxima humillación posible, supuse que Zeus elegiría ese momento para llamarme otra vez al cielo y que los demás dioses se pasarían los siguientes cien años riéndose de mí.

Pero no. Seguí siendo Lester en todo su patetismo.

Los guardias nos llevaron a empujones a la cubierta de popa, que tenía seis *jacuzzis*, una fuente multicolor y una pista de baile dorada y púrpura a la espera de juerguistas.

Sujeta a la popa, una rampa con alfombra roja sobresalía por encima del agua y conectaba nuestra embarcación con la proa del siguiente yate. Deduje que todos los barcos estaban unidos de esa manera, formando una carretera a través del puerto de Santa Bárbara, por si Calígula decidía crear un restaurante de comida para llevar en el que los clientes pedían sus comandas en carritos de golf.

En medio del barco, las cubiertas superiores relucían con sus ventanas tintadas y sus paredes blancas. Muy por encima, en la torre de mando, se elevaban antenas de radar, antenas parabólicas y dos gallardetes hinchados por el viento: uno con el águila imperial de Roma y otro con un triángulo dorado en un campo púrpura que supuse que era el logotipo de Terrenos Triunvirato.

Otros dos guardias flanqueaban las gruesas puertas de roble que llevaban al interior. El tipo de la izquierda parecía un mercenario mortal, con el mismo pijama negro y el mismo chaleco antibalas que los caballeros que habíamos mandado a por tacos de pescado. El de la derecha era un cíclope (el gran ojo único lo delataba). También olía a cíclope (calcetines de lana mojados) y

vestía como un cíclope (vaqueros cortados, camiseta de manga corta raída y una gran porra de madera).

El mercenario humano frunció el ceño al ver nuestra alegre panda de captores y prisioneros.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—No es asunto tuyo, Florence —gruñó Amax—. ¡Déjanos pasar!

¿Florence? Me habría reído, pero Florence pesaba ciento cuarenta kilos, tenía cicatrices de cuchillo en la cara y, aun así, su nombre era preferible a Lester Papadopoulos.

—Son las normas —dijo Florence—. Tú traes prisioneros, y yo tengo que avisar.

—Todavía no. —Amax desplegó las orejas como el sombrero de una cobra—. Este es mi barco. Yo te diré cuándo tienes que avisar: después de que interroguemos a estos intrusos.

Florence miró a su compañero cíclope con el ceño fruncido.

—¿Qué opinas, Grunk?

Grunk, ese sí que era un buen nombre de cíclope. No sabía si Florence era consciente de que trabajaba con un cíclope. La Niebla podía ser impredecible. Pero enseguida se me ocurrió el argumento de una serie cómica de acción y aventuras protagonizada por un par de colegas, *Florence y Grunk*. Si sobrevivía al cautiverio, tendría que comentárselo al padre de Piper. Quizá él pudiera ayudarme a concertar unas comidas de negocios para presentar la idea. Oh, dioses... Había pasado demasiado tiempo en el sur de California.

Grunk se encogió de hombros.

—Si el jefe se cabrea, Amax es quien se juega las orejas.

—Está bien. —Florence nos indicó que pasáramos—. Que os divirtáis.

No tuve mucho tiempo para apreciar el opulento interior: las lámparas de oro macizo, las lujosas alfombras persas, las obras de arte valoradas en millones de dólares, el suntuoso mueble púrpura que seguro que provenía de la venta del patrimonio de Prince.

No vimos más guardias ni tripulantes, cosa que resultaba extraña. Por otra parte, supuse que, incluso con los recursos de Calígula, encontrar suficiente personal para tripular cincuenta superyates al mismo tiempo podía ser difícil.

Cuando atravesamos una biblioteca con paneles de nogal en la que había colgadas obras maestras de la pintura, a Piper se le cortó la respiración. Señaló con la barbilla un cuadro abstracto de Joan Miró.

—Eso ha salido de la casa de mi padre —dijo.

—Cuando nos larguemos de aquí —murmuró Jason—, nos lo llevaremos.

—Os he oído. —Peak empujó a Jason en las costillas con la empuñadura de su espada.

El chico tropezó contra Piper, quien a su vez tropezó con un Picasso. Al ver la oportunidad que se le presentaba, Meg se adelantó, aparentemente con la intención de placar a Amax con sus cuarenta y cinco kilos de peso, pero antes de que diera dos pasos, una flecha se clavó en la alfombra delante de sus pies.

—No lo hagas —dijo Timbre. La cuerda vibrante de su arco era la única prueba de que él había hecho el tiro. Había sacado la flecha y había disparado tan rápido que ni yo me lo creía.

Meg retrocedió.

—Jo, vale.

Los pandai nos llevaron a un salón de proa. En la parte delantera había una pared de cristal que formaba un ángulo de ciento ochenta grados con vistas a la proa. A estribor titilaban las luces de Santa Bárbara y, frente a nosotros, los yates del número veinticinco al uno formaban un reluciente collar de amatistas, oro y platino sobre el agua oscura.

La extravagancia de la escena me provocó dolor de cabeza, y eso que normalmente me pirraba la extravagancia.

Los pandai colocaron cuatro butacas en hilera y nos hicieron sentar de un empujón. En comparación con otras salas de interrogatorios, esta no estaba mal. Peak se paseaba detrás de nosotros con la espada en ristre por si alguien requería decapitación. Timbre y Crest acechaban en cada flanco, con los arcos bajados, pero con las flechas listas. Amax acercó un sillón y se sentó de cara a nosotros, desplegando sus orejas a su alrededor como la túnica de un rey.

—Este sitio está apartado —anunció—. Habla.

—Primero —dije—, debo saber por qué no sois seguidores de Apolo. ¡Qué magníficos arqueros! ¡El mejor oído del mundo! ¡Ocho dedos en cada mano! ¡Seríais unos músicos innatos! ¡Parece que estemos hechos los unos para los otros!

Amax me estudió.

—Conque tú eres el antiguo dios, ¿eh? Nos han hablado de ti.

—Soy Apolo —confirmé—. Todavía no es tarde para jurarme lealtad.

A Amax le tembló la boca. Pensé que estaba a punto de llorar y de tirarse a mis pies y suplicarme perdón.

En cambio, se rio a carcajadas.

—¿Para qué necesitamos nosotros a los dioses del Olimpo? ¿Sobre todo a unos dioses que son chicos llenos de granos sin ningún poder?

—¡Pero yo podría enseñaros muchas cosas! —insistí—. ¡Música! ¡Poesía! ¡Podría enseñaros a escribir haikus!

Jason me miró y sacudió enérgicamente la cabeza, aunque yo no sabía por qué.

—La música y la poesía nos hacen daño al oído —se quejó Amax—. ¡No las necesitamos!

—A mí me gusta la música —murmuró Crest, flexionando los dedos—. Sé tocar un poco...

—¡Silencio! —chilló Amax—. ¡Quédate callado por una vez, sobrino inútil!

«Ajá», pensé. Incluso entre los pandai había músicos frustrados. De repente Amax me recordó a mi padre, Zeus, cuando recorrió como una tormenta el salón del monte Olimpo (una tormenta literal, con truenos, relámpagos y lluvia torrencial) y me mandó que dejara de tocar mi infernal música de cítara. Una petición de lo más injusta. Todo el mundo sabe que las dos de la madrugada es el momento óptimo para practicar con la cítara.

Podría haber puesto a Crest de nuestra parte... si hubiera tenido más tiempo. Y si él no hubiera estado acompañado de tres pandai más mayores y más grandes. Y si no hubiéramos iniciado nuestra relación con él con el dardo envenenado que Piper le había lanzado a la pierna.

Amax se recostó en su mullido trono púrpura.

—Los pandai somos mercenarios. Elegimos a nuestros amos. ¿Por qué íbamos a elegir a un dios acabado como tú? ¡Una vez servimos a los reyes de la India! ¡Ahora servimos a Calígula!

—¡Calígula! ¡Calígula! —gritaron Timbre y Peak. Una vez más, Crest permaneció en silencio de forma ostensible, mirando ceñudo su arco.

—¡El emperador solo se fía de nosotros! —alardeó Timbre.

—Sí —convino Peak—. ¡Nosotros nunca lo hemos apuñalado, no como esos *germani*!

Me dieron ganas de señalar que como muestra de lealtad era bastante pobre, pero Meg me interrumpió.

—La noche es joven —dijo—. Podríamos apuñalarlo todos juntos.

Amax se rio burlonamente.

—Todavía estoy esperando esa historia tan interesante sobre por qué quieres matar a nuestro amo, hija de Nerón. Más vale que tengáis buena información. ¡Y muchas vueltas de tuerca y giros inesperados! ¡Convencedme de que sois dignos de que os llevemos al César con vida, y no convertidos en cadáveres, y puede que esta noche me asciendan! No pienso dejar que me

vuelva a pasar por encima un idiota como Overdrive, del barco tres, o Wah-Wah, del barco cuarenta y tres.

—¿Wah-Wah? —Piper hizo un sonido a medio camino entre un hipo y una risita, que podía ser efecto de su maltrecha cabeza—. ¿Todos tienen nombres de pedales de guitarra? Mi padre tiene una colección. Bueno..., tenía.

Amax frunció el entrecejo.

—¿Pedales de guitarra? ¡No sé qué quiere decir eso! Como te estés burlando de nuestra cultura...

—Oiga —lo interrumpió Meg—. ¿Quiere oír mi historia o no?

Todos nos volvimos hacia ella.

—Ejem, Meg... —dijo—. ¿Estás segura?

Sin duda, los pandai detectaron mi tono nervioso, pero no pude evitarlo. En primer lugar, no tenía ni idea de qué podía decir Meg que aumentase nuestras posibilidades de supervivencia. En segundo, conociéndola, lo diría en diez palabras o menos. Y luego todos estaríamos muertos.

—Tengo vueltas de tuerca y giros. —Entrecerró los ojos—. Pero ¿seguro que estamos solos, señor Amax? ¿Seguro que nadie escucha?

—¡Claro que no! —dijo él—. Mi barco es mi base. Ese cristal está totalmente insonorizado. —Señaló desdeñosamente el barco delante de nosotros—. ¡Vector no oirá una palabra!

—¿Y Wah-Wah? —preguntó Meg—. Ya sé que está en el barco cuarenta y tres con el emperador, pero si sus espías andan cerca...

—¡Eso es ridículo! —dijo Amax—. ¡El emperador no está en el barco cuarenta y tres!

Timbre y Peak rieron burlonamente.

—El barco cuarenta y tres es el barco del calzado del emperador, niña tonta —dijo Peak—. Una función importante, pero tampoco es el barco del salón del trono.

—Es verdad —asintió Timbre—. Ese es el barco de Reverb, el número doce...

—¡Silencio! —espetó Amax—. Basta de retrasos, muchacha. Dime lo que sabes o muere.

—Vale. —Meg se inclinó como si fuera a contar un secreto—. Vueltas y giros.

Sus manos salieron disparadas hacia delante, repentina e inexplicablemente libres de la brida. Sus anillos destellaron cuando los lanzó y se transformaron en cimitarras mientras se precipitaban hacia Amax y Peak.

Puedo mataros a todos o puedo
cantaros a Joe Walsh.
Vosotros elegís

Los hijos de Deméter son aficionados a las flores, a las olas de cereales ambarinas y a alimentar al mundo y fomentar la vida.

Pero también destacan plantando cimitarras en el pecho de sus enemigos.

Las hojas de oro imperial de Meg dieron con sus objetivos. Una impactó contra Amax con tal fuerza que explotó en una nube de polvo amarillo. La otra cortó el arco de Peak, se incrustó en su esternón y le hizo desintegrarse hacia dentro como la arena a través de un reloj de arena.

Crest disparó con su arco y, afortunadamente para mí, apuntó mal. La flecha pasó zumbando junto a mi cara, con las plumas rozándome la barbilla, y se clavó en mi butaca.

Piper empujó hacia atrás su butaca y chocó contra Timbre de tal forma que le hizo perder el control de la espada. Antes de que el pandos pudiera recuperarse y decapitarla, Jason se sobreexcitó.

Lo digo por los rayos. El cielo se iluminó, la pared de cristal curva se hizo añicos y unos tentáculos de electricidad envolvieron a Timbre y lo frieron hasta reducirlo a un montón de ceniza.

Efectivo, sí, pero no con el sigilo que yo deseaba.

—Uy —dijo Jason.

Crest soltó el arco con un gemido de horror y retrocedió tambaleándose mientras luchaba por desenvainar su espada. Meg extrajo de un tirón su primera cimitarra del sillón cubierto de polvo de Amax y se dirigió a él con paso resuelto.

—¡Espera, Meg! —dije.

Ella me lanzó una mirada fulminante.

—¿Qué?

Traté de levantar las manos en un gesto apaciguador, pero me acordé de que las tenía atadas a la espalda.

—Crest —dije—, rendirse no es ninguna vergüenza. Tú no eres un guerrero.

Él tragó saliva.

—Tú-tú no me conoces.

—Estás sujetando la espada al revés —observé—. Así que a menos que quieras clavártela...

Él intentó corregir la situación torpemente.

—¡Escapa! —le rogué—. Esta no tiene por qué ser tu lucha. ¡Lárgate! ¡Conviértete en el músico que desees ser!

Él debió de detectar la seriedad de mi voz. Soltó la espada, saltó a través del gran agujero del cristal y se sumió en la oscuridad con la ayuda de sus orejas.

—¿Por qué le has dejado marchar? —preguntó Meg—. Avisará a todo el mundo.

—No lo creo —dije—. Además, da igual. Acabamos de anunciar nuestra llegada con rayos.

—Sí, perdón —se disculpó Jason—. A veces pasa.

A mí me parecía que un poder como el de los relámpagos necesitaba mayor control, pero no teníamos tiempo para discutir este asunto. Mientras Meg nos cortaba las bridas, Florence y Grunk entraron corriendo en la estancia.

—¡Alto! —gritó Piper.

Florence tropezó y cayó de bruces en la alfombra, y su rifle disparó un cargador entero de refilón y destrozó las patas de un sofá cercano.

Grunk levantó su porra y atacó. Instintivamente, cogí el arco, coloqué una flecha y la lancé... directa al ojo del cíclope.

Me quedé atónito. ¡Había dado en el blanco!

Grunk cayó de rodillas, se desplomó de lado y se desintegró, circunstancia que puso fin a mis planes para una comedia de colegas interespecies.

Piper se acercó a Florence, que gemía con la nariz partida.

—Gracias por parar —dijo, y acto seguido lo amordazó y le ató las muñecas y los tobillos con sus propias bridas.

—Vaya, ha sido interesante. —Jason se volvió hacia Meg—. Y tú has estado increíble. Cuando he intentado luchar contra los pandai, me han desarmado como si para ellos fuera pan comido, pero tú, con tus espadas...

La niña se sonrojó.

—No ha sido nada del otro mundo.

—Ya lo creo que sí. —Jason me miró—. ¿Y ahora qué?

Una voz amortiguada zumbó en mi cabeza. *¡AHORA, EL VIL RUFIÁN DE APOLO ME SACARÁ CON PRESTEZA DEL OJO DE ESTE MONSTRUO!*

—Vaya hombre. —Había hecho lo que siempre había temido, y con lo que a veces había fantaseado. Había utilizado por error la Flecha de Dodona en combate. Su punta sagrada ahora vibraba en la cuenca ocular de Grunk, del que solo quedaba su cráneo: un botín de guerra, supuse—. Lo siento mucho —dije, extrayendo la flecha.

Meg resopló.

—¿Es esa...?

—La Flecha de Dodona —dije.

¡Y MI FURIA NO CONOCE LÍMITES!, recitó la flecha. *¡ME HABÉIS UTILIZADO PARA MATAR A VUESTROS ENEMIGOS COMO SI FUERA UNA FLECHA CUALQUIERA!*

—Sí, sí, te pido disculpas. Pero cállate, por favor. —Me volví hacia mis compañeros—. Tenemos que movernos rápido. Se acercan las fuerzas de seguridad.

—El emperador Zoquete está en el barco doce —dijo Meg—. Vamos allá.

—Pero el barco de los zapatos —repuse— está en el cuarenta y tres, que está justo en la dirección contraria.

—¿Y si el emperador Zoquete lleva puestos los zapatos? —preguntó ella.

—Eh. —Jason señaló la Flecha de Dodona—. Esa es la fuente de profecías móvil de la que nos hablaste, ¿verdad? Deberías preguntárselo a ella.

Me pareció una propuesta fastidiosamente razonable. Levanté la flecha.

—Ya les has oído, oh, sabia flecha. ¿Por dónde vamos?

¿ME DECÍS QUE ME CALLE Y AHORA ME PEDÍS CONSEJO? ¡QUÉ VERGÜENZA! ¡QUÉ VILEZA! DEBÉIS SEGUIR LAS DOS DIRECCIONES SI QUERÉIS OBTENER ÉXITO. PERO CUIDADO. VEO UN GRAN DOLOR Y UN GRAN SUFRIMIENTO. ¡UN SACRIFICIO DE LO MÁS SANGRIENTO!

—¿Qué ha dicho? —inquirió Piper.

¡Oh, lector, qué tentado estuve de mentir! Me dieron ganas de decirles a mis amigos que la flecha era partidaria de que volviésemos a Los Ángeles y reservásemos habitaciones en un hotel de cinco estrellas.

Mi mirada se cruzó con la de Jason y me acordé de que lo había animado a que le contase a Piper la verdad sobre la profecía de la sibila. Decidí que debía hacer lo mismo.

Les expliqué lo que la flecha había dicho.

—Entonces, ¿nos separamos? —Piper sacudió la cabeza—. No me gusta nada el plan.

—A mí tampoco —dijo Jason—. Eso quiere decir que seguramente sea la decisión correcta.

Se arrodilló y rescató su *gladius* del montón de polvo que constituía los restos de Timbre. A continuación lanzó la daga Katoptris a Piper.

—Yo iré a por Calígula —dijo—. Aunque no lleve los zapatos, podré daros algo de tiempo y distraer a las fuerzas de seguridad.

Meg recogió su otra cimitarra.

—Yo iré contigo.

Antes de que yo pudiera protestar, saltó por la ventana rota; una metáfora bastante fiel de su visión general de la vida.

Jason nos lanzó a Piper y a mí una última mirada de preocupación.

—Tened cuidado.

Saltó detrás de Meg. Casi de inmediato brotaron disparos en la cubierta de proa.

Miré a Piper haciendo una mueca.

—Esos dos eran nuestros guerreros. No deberíamos haberles dejado ir juntos.

—No subestimes mis técnicas de combate —dijo Piper—. Y ahora vamos a comprar zapatos.

Esperó lo justo para que le limpiara y le vendara la herida de la cabeza en los servicios más cercanos. Luego se puso el casco de combate de Florence y nos fuimos.

Pronto me di cuenta de que Piper no necesitaba el poder de persuasión para convencer a la gente. Se desenvolvía con seguridad yendo de barco en barco como si no estuviera fuera de sitio. Los yates contaban con poca vigilancia; tal vez porque la mayoría de los pandai y las estriges se habían ido volando a averiguar cuál era la causa del relámpago del barco veintiséis. Los

pocos mercenarios mortales con los que nos cruzamos no dirigieron a Piper más que una breve ojeada. Como yo iba detrás de ella, a mí también me hicieron caso omiso. Supuse que si estaban acostumbrados a trabajar codo con codo con cíclopes y orejones, podían pasar por alto a un par de adolescentes con material antidisturbios.

El barco veintiocho era un parque acuático flotante con piscinas de varios pisos conectadas mediante cascadas, toboganes y tubos transparentes. Un solitario socorrista nos ofreció toallas al pasar y se quedó triste al ver que no cogíamos ninguna.

El barco veintinueve: un *spa* con todo tipo de servicios. De cada portilla abierta salía vapor. En la cubierta de popa, un ejército de masajistas y especialistas en productos de belleza con cara de aburrimiento permanecían listos por si Calígula decidía pasar con cincuenta amigos para darse un festival de *shiatsu*, manicura y pedicura. Estuve tentado de hacer un alto para que me dieran un masaje rápido en el hombro, pero como Piper, hija de Afrodita, pasó de largo sin mirar las ofrendas, decidí no ponerme en evidencia.

El barco treinta era un banquete móvil en sentido literal. La embarcación entera parecía diseñada para ofrecer un buffet libre las veinticuatro horas del día, invitación que nadie aceptaba. Los chefs aguardaban. Los camareros esperaban. Se sacaban nuevos platos y se retiraban los viejos. Sospechaba que la comida sin probar, suficiente para alimentar la zona metropolitana de Los Ángeles, se tiraba por la borda. Una extravagancia típica de Calígula. Un sándwich de jamón sabe mucho mejor cuando sabes que cientos de sándwiches idénticos han ido a la basura mientras tus chefs esperaban a que te entrase hambre.

La suerte nos abandonó en el barco treinta y uno. En cuanto cruzamos la rampa con alfombra roja y llegamos a la proa, supe que teníamos problemas. Grupos de mercenarios de servicio vagueaban aquí y allá hablando, comiendo y consultando sus móviles. Nos dedicaron más ceños fruncidos y más miradas inquisitivas.

Por la tensión de la postura de Piper, supe que ella también advirtió el problema. Pero antes de que pudiera decir: «Cielos, Piper, creo que hemos topado con el cuartel flotante de Calígula y estamos a punto de morir», ella avanzó; sin duda decidió que retroceder sería igual de peligroso que intentar escapar a base de engaños.

Estaba equivocada.

En la cubierta de popa nos encontramos en medio de un partido de voleibol entre cíclopes y mortales. En un foso lleno de arena, media docena de cíclopes peludos en bañador se enfrentaban a media docena de mortales igual de peludos con pantalones militares. Alrededor del campo, más mercenarios fuera de servicio asaban filetes en una parrilla mientras reían, afilaban cuchillos y comparaban tatuajes.

Detrás de la parrilla, un tipo el doble de ancho que un individuo normal, con un corte de pelo a lo cepillo y un tatuaje en el pecho que decía MADRE nos vio y se quedó inmóvil.

—¡Eh!

El partido de voleibol se interrumpió y todos los presentes en la cubierta se volvieron y nos lanzaron miradas asesinas.

Piper se quitó el casco.

—¡Apóyame, Apolo!

Temí que fuera a marcarse un Meg y a entrar en combate. En ese caso, «apóyame» significaría ser despedazado miembro a miembro por exmilitares sudorosos, un desenlace que no figuraba en mi lista de deseos.

En cambio, Piper se puso a cantar.

No sé qué me sorprendió más, si su bonita voz o la canción que eligió.

La reconocí enseguida: «Life of Illusion», de Joe Walsh. Tenía un recuerdo un poco vago de los ochenta, pero me acordaba de esa canción: 1981, el inicio de la MTV. ¡Oh, qué bonitos vídeos había realizado para Blondie y las Go-Go's! ¡La cantidad de laca y licra con estampado de leopardo que habíamos utilizado!

La multitud de mercenarios escuchó en un silencio perplejo. ¿Debían matarnos ya? ¿Debían esperar a que terminásemos? No todos los días alguien te cantaba a Joe Walsh en medio de un partido de voleibol. Estoy seguro de que los mercenarios no tenían claro el protocolo a seguir.

Después de un par de versos, Piper me lanzó una mirada penetrante como diciendo «¿Qué tal una ayudita?».

¡Ah, quería que la apoyase con música!

Con gran alivio, saqué el ukelele y la acompañé. Lo cierto es que la voz de Piper no necesitaba ayuda. Cantaba la letra a pleno pulmón con pasión y claridad; un terremoto de emoción que era algo más que una interpretación sentida, algo más que una muestra de su poder de persuasión.

Avanzó entre la muchedumbre cantando sobre su vida ilusoria. Vivió la canción. Infundió pena y tristeza a las palabras y transformó la animada tonada de Walsh en una melancólica pieza confesional. Hablaba de atravesar

muros de confusión, de soportar las pequeñas sorpresas que la naturaleza le había deparado, de sacar conclusiones precipitadas sobre quién era ella.

No cambió la letra. Sin embargo, yo sentí su historia en cada verso: sus dificultades como hija desatendida de una famosa estrella de cine; sus sentimientos encontrados con respecto al descubrimiento de que era hija de Afrodita; y, lo más doloroso de todo, la revelación de que el supuesto amor de su vida, Jason Grace, no era alguien con quien quería tener una relación sentimental. Yo no lo entendía todo, pero el poder de su voz era innegable. Mi ukelele respondió. Mis acordes se volvieron más resonantes y mis *riffs* más conmovedores. Cada nota que tocaba era un grito de solidaridad para Piper McLean; mis dotes musicales intensificaban las suyas.

Los guardias se descentraron. Algunos se sentaron y sostuvieron la cabeza entre las manos. Otros se quedaron mirando al vacío y dejaron que sus filetes se quemasen en la parrilla.

Ninguno nos detuvo mientras cruzábamos la cubierta de popa. Ninguno nos siguió a través del puente hasta el barco treinta y dos. Estábamos en mitad de ese yate cuando Piper terminó la canción y se apoyó pesadamente contra la pared más próxima. Tenía los ojos irritados y la cara demacrada de la emoción.

—¿Piper? —La miré asombrado—. ¿Cómo has...?

—Los zapatos, ahora —dijo con voz ronca—. El palique, luego.

Y avanzó dando traspiés.

Apolo, disfrazado de Apolo,
disfrazado de...
No. Demasiado deprimente

No vimos rastro de mercenarios que nos persiguieran. ¿Cómo iban a perseguirnos? Ni siquiera unos guerreros curtidos podían ir tras alguien después de semejante actuación. Me los imaginaba llorando abrazados unos a otros o buscando cajas de pañuelos de papel en el yate.

Nos abrimos camino por la cadena de superyates comprendidos entre el número treinta y el cuarenta, empleando el sigilo en caso necesario, pero confiando sobre todo en la apatía de los tripulantes con los que nos encontrábamos. Calígula siempre había inspirado miedo a sus sirvientes, pero eso no equivalía a lealtad. Nadie nos hizo preguntas.

En el barco cuarenta, Piper se desplomó. Corrí a ayudarla, pero me apartó.

—Estoy bien —murmuró.

—No estás bien —dije—. Debes de tener una contusión. Has obrado un poderoso hechizo musical. Necesitas descansar un minuto.

—No tenemos un minuto.

Yo era perfectamente consciente de eso. Seguían sonando ráfagas de disparos esporádicas de donde habíamos venido. El chillido estridente de las estriges hendía el cielo nocturno. Nuestros amigos nos estaban dando tiempo, y no teníamos ni un segundo que perder.

Además, esa era la noche de la luna nueva. Fueran cuales fuesen los planes de Calígula para el Campamento Júpiter, en ese mismo momento se estaban haciendo realidad muy al norte. Esperaba que Leo hubiera llegado hasta los semidioses romanos y que lograsen rechazar el mal que les acechase.

No poder hacer nada para ayudarles era una sensación terrible. No quería desperdiciar ni un momento.

—Aun así —le dije a Piper—, tampoco tengo tiempo para que te me mueras ni entres en coma. Así que vas a sentarte un momento. Pongámonos a cubierto.

Ella estaba demasiado débil para protestar. En su estado actual, dudaba que hubiera podido librarse de una multa valiéndose de su poder de persuasión. La llevé al interior del yate cuarenta, que resultó estar dedicado al vestuario de Calígula.

Pasamos por una habitación tras otra llenas de ropa: trajes, togas, armaduras, vestidos (¿por qué no?) y una colección de disfraces que iban del de pirata al de Apolo pasando por el de oso panda. (Otra vez, ¿por qué no?).

Estuve tentado de disfrazarme de Apolo, solo para compadecerme de mí mismo, pero no quería tomarme la molestia de pintarme de dorado. ¿Por qué los mortales siempre pensaban que era de oro? Podría ser de oro, pero el brillo restaba valor a mi increíble belleza natural. Rectifico: mi increíble belleza natural de antaño.

Finalmente, encontramos un vestidor con un sofá. Aparté un montón de trajes de noche y le pedí a Piper que se sentase. Saqué un cuadrado de ambrosía machacado y le pedí que se lo comiera. (Dioses míos, podía ser mandón cuando debía. Al menos ese poder divino no lo había perdido).

Mientras Piper mordisqueaba su barrita energética divina, me quedé mirando tristemente las perchas de galas a medida.

—¿Por qué no pueden estar aquí los zapatos? Al fin y al cabo, este es su barco guardarropa.

—Venga ya, Apolo. —Piper hizo una mueca mientras se movía sobre los cojines—. Todo el mundo sabe que necesitas un superyate aparte para los zapatos.

—No sé si estás de broma.

Ella cogió un vestido de Stella McCartney: una preciosa prenda escotada de seda escarlata.

—Bonito.

A continuación sacó su daga apretando los dientes del esfuerzo y cortó el vestido por la parte de delante.

—Qué gusto me ha dado —comentó.

A mí me parecía que no servía de nada. No se podía hacer daño a Calígula destrozando sus cosas. Tenía todas las cosas del mundo. Tampoco pareció que hiciera sentir más feliz a Piper. Gracias a la ambrosía, tenía mejor color. Sus

ojos no estaban tan apagados por el dolor, pero su expresión seguía siendo turbulenta, como la de su madre cuando oía a alguien elogiar la belleza de Scarlett Johansson. (Un consejo: nunca menciones a Scarlett Johansson delante de Afrodita).

—¿Por qué les has cantado «Life of Illusion» a los mercenarios...? —aventuré.

A Piper se le pusieron tirantes los rabillos de los ojos, como si supiera que le aguardaba esa conversación, pero estuviera demasiado cansada para desviarla.

—Es uno de mis primeros recuerdos. Justo después de que a mi padre le dieran su primera gran oportunidad como actor, puso esa canción a todo trapo en el coche. Íbamos a nuestra nueva casa, la residencia de Malibú. Él iba cantándome. Los dos estábamos muy contentos. Yo debía de ir... no sé, ¿a preescolar?

—Pero la has cantado como si hablaras de ti misma, del motivo por el que rompiste con Jason.

Ella estudió su cuchillo. La hoja seguía en blanco, desprovista de visiones.

—Lo intenté —murmuró—. Después de la guerra contra Gaia, me convencí de que todo sería perfecto. Durante un tiempo, unos pocos meses quizá, pensé que lo era. Jason es estupendo. Es mi mejor amigo, más que Annabeth. Pero —extendió las manos— lo que yo creía que tenía, mi vida feliz para siempre..., no lo era.

Asentí con la cabeza.

—Vuestra relación nació en una crisis. Ese tipo de romances son difíciles de mantener cuando la crisis termina.

—No fue solo eso.

—Hace un siglo salí con la gran duquesa Tatiana Romanov —recordé—. Todo fue estupendamente entre nosotros durante la Revolución rusa. Ella estaba tan estresada, tan asustada, que me necesitaba desesperadamente. Cuando la crisis pasó, la magia desapareció sin más. Bueno, en realidad pudo tener algo que ver con que fuese ejecutada con el resto de su familia, pero aun así...

—Fui yo.

Mis pensamientos se habían desviado al Palacio de Invierno, al acre humo de pistola y al frío gélido de 1917, pero en ese momento volví de golpe al presente.

—¿Cómo que fuiste tú? ¿Quieres decir que te diste cuenta de que no querías a Jason? Nadie tiene la culpa de eso.

Ella hizo una mueca como si yo siguiera sin entender a qué se refería... o quizá ella tampoco estaba segura.

—Ya sé que nadie tiene la culpa —dijo—. Lo quiero de verdad. Pero... ya te dije que Hera nos obligó a estar juntos: la diosa del matrimonio tenía que formar una pareja perfecta. Mis recuerdos de cuando empecé a salir con Jason, nuestros primeros meses juntos, fueron una ilusión. Luego, en cuanto lo descubrí, antes de poder asimilar lo que significaba, Afrodita me reconoció. Mi madre, la diosa del amor.

Movió la cabeza con gesto de consternación.

—Afrodita me hizo creer que yo..., que necesitaba... —Suspiró—. Mírame, la gran oradora. No me salen las palabras. Afrodita espera que sus hijas tengan a los hombres comiendo de su mano, que les partan el corazón y todo eso.

Me acordé de las muchas veces que Afrodita y yo habíamos discutido. Yo no podía resistirme a un romance y ella siempre se divertía enviándome amantes trágicas.

—Sí. Tu madre tiene ideas claras sobre cómo debe ser un romance.

—Así que cuando quitas eso —dijo Piper—, que la diosa del matrimonio me empujase a sentar la cabeza con un chico bueno, que la diosa del amor me empujase a ser la mujer romántica perfecta o lo que fuese...

—Te preguntas quién eres sin toda esa presión.

Ella se quedó mirando los restos del traje de noche escarlata.

—Tradicionalmente, para los cheroquis, la herencia que recibes viene de parte de tu madre. El clan del que ella viene es el clan del que tú vienes. La parte del padre no cuenta. —Dejó escapar una risa amarga—. Técnicamente, eso significa que yo no soy cheroqui. No pertenezco a ninguno de los siete clanes principales, porque mi madre es una diosa griega.

—Ah.

—Así que encima tengo esa peculiaridad. Los últimos meses he estado intentando aprender más sobre mi herencia. Cogiendo la cerbatana de mi abuelo, hablando con mi padre de la historia de la familia para que desconectase... Pero ¿y si no soy ninguna de las cosas que me han dicho que soy? Tengo que averiguar quién soy.

—¿Has llegado a alguna conclusión?

Se recogió el pelo detrás de la oreja.

—Estoy en ello.

Podía entenderlo. Yo también estaba en ello. Era doloroso.

Un verso de la canción de Joe Walsh resonaba en mi cabeza.

—«A la naturaleza le encantan las pequeñas sorpresas» —dije.

Piper resopló.

—Ya te digo.

Me quedé mirando las hileras de ropa de Calígula; había de todo: vestidos de novia, trajes de Armani, armaduras de gladiador...

—He observado —dije— que los humanos sois más que la suma de vuestra historia. Podéis elegir qué deseáis adoptar de vuestros antepasados. Podéis superar las expectativas de vuestra familia y vuestra sociedad. Lo que no puedes hacer, y no debes hacer jamás, es intentar ser alguien que no eres, Piper McLean.

Ella me dedicó una sonrisa irónica.

—Eso está bien. Me gusta. ¿Seguro que no eres el dios de la sabiduría?

—Me presenté candidato al puesto, pero se lo dieron a otro. Algo relacionado con la invención de las aceitunas. —Puse los ojos en blanco.

Piper se rio a carcajadas, y me sentí como si un fuerte viento por fin hubiera despejado todo el humo de los incendios de California. Le respondí con una sonrisa. ¿Cuándo había sido la última vez que había tenido un diálogo tan positivo con un igual, un amigo, un alma gemela? No me acordaba.

—Está bien, oh, sabio. —Piper se levantó con dificultad—. Más vale que nos vayamos. Tenemos que colarnos en muchos barcos más.

Barco cuarenta y uno: departamento de lencería. Te ahorraré los detalles frívolos.

Barco cuarenta y dos: un superyate corriente, con unos pocos tripulantes que no nos hicieron caso, dos mercenarios a los que Piper convenció para que se tirasen por la borda y un hombre con dos cabezas al que disparé en la entrepierna (de pura chiripa) y desintegré.

—¿Por qué alguien pondría un barco normal entre el barco de la ropa y el barco de los zapatos? —se preguntó Piper—. Qué mala organización.

Parecía sorprendentemente tranquila. Yo me estaba empezando a enervar. Me sentía como si me estuviera dividiendo en distintas partes, como acostumbraba a hacer cuando varias docenas de ciudades griegas me rogaban que manifestase mi gloriosa divinidad en distintos sitios al mismo tiempo. Qué rabia da cuando las ciudades no coordinan sus festividades.

Cruzamos la parte de babor, y vislumbré movimiento en el cielo encima de nosotros: una pálida figura que planeaba, demasiado grande para ser una

gaviota. Cuando volví a mirar, había desaparecido.

—Creo que nuestro amigo Crest nos está siguiendo —anuncié.

Piper escudriñó el cielo nocturno.

—¿Qué hacemos?

—Yo aconsejaría no hacer nada —dije—. Si quisiera atacarnos o dar la alarma, podría haberlo hecho ya.

Ella no parecía contenta con nuestro acosador orejudo, pero seguimos adelante.

Finalmente llegamos al *Julia Drusila XLIII*, el legendario barco de los zapatos.

Esta vez, gracias al soplo de Amax y sus hombres, esperábamos encontrar guardias pandai dirigidos por el temible Wah-Wah. Estábamos mejor preparados para enfrentarnos a ellos.

Tan pronto como pisamos la cubierta de proa, preparé el ukelele.

—¡Vaya, espero que nadie oiga nuestros secretos! —dijo Piper en voz muy baja.

Enseguida vinieron corriendo cuatro pandai: dos del lado de babor y dos de estribor, que tropezaron unos con otros para ser los primeros en alcanzarnos.

En cuanto les vi el blanco de los tragos de las orejas, rasgué un acorde de do menor sexta tritono a todo volumen, que para unas criaturas con un oído tan exquisito debió de ser como si les metieran unos cables eléctricos a modo de bastoncillos de algodón.

Los pandai chillaron y cayeron de rodillas, y Piper tuvo tiempo de desarmarlos y esposarlos a conciencia con bridas. Una vez que estuvieron bien atados de pies y manos, puse fin a mi retorcido atentado con el ukelele.

—¿Cuál de vosotros es Wah-Wah? —pregunté.

—¿Quién quiere saberlo? —gruñó el pandos de la izquierda del todo.

—Hola, Wah-Wah —dije—. Estamos buscando los zapatos mágicos del emperador; ya sabes, con los que recorre el Laberinto en Llamas. Podrías ahorrarnos mucho tiempo diciéndonos dónde están.

Él se revolvió y soltó juramentos.

—¡Jamás!

—Bien. Dejaré que mi amiga Piper registre el barco mientras yo me quedo aquí y os doy una serenata con mi ukelele desafinado. ¿Conocéis «Tiptoe through the Tulips», de Tiny Tim?

Wah-Wah experimentó espasmos de terror.

—¡Cubierta dos, lado de babor, tercera puerta! —farfulló—. ¡Por favor, Tiny Tim, no!

—Que paséis buena noche —dije.

Los dejamos en paz y nos fuimos en busca de calzado.

Caballos con voz no hay dos, no hay
dos.
Solo... ¡¡¡Corre!!! ¡¡¡Te matará!!!

Una mansión flotante llena de zapatos. Hermes se habría sentido en el paraíso.

Él no era el dios oficial de los zapatos, pero como patrón de los viajeros, era lo más parecido que teníamos los dioses del Olimpo. La colección de Air Jordan de Hermes era incomparable. Tenía armarios llenos de sandalias aladas, hileras de zapatos de charol, estantes de calzado de gamuza azul, y no me hagas hablar de sus patines. Todavía tengo pesadillas en las que aparece patinando por el Olimpo con el pelo cardado, unos pantalones cortos de deporte y unos calcetines altos a rayas escuchando a Donna Summer por un *walkman*.

Mientras Piper y yo nos dirigíamos a la cubierta dos, en el lado de babor, pasamos por delante de unos podios iluminados que exhibían zapatos de tacón de marca, un pasillo lleno de estanterías del suelo al techo con botas de piel rojas y una habitación en la que solo había botas de fútbol por motivos que se me escapaban.

En la habitación que nos había indicado Wah-Wah parecía importar más la cantidad que la calidad.

Era del tamaño de un piso de dimensiones considerables, con ventanas que daban al mar para que los magníficos zapatos del emperador tuvieran una bonita vista. En el centro de la estancia, un par de cómodos sofás se hallaban orientados hacia una mesita para el café con una colección de exóticas aguas

embotelladas, por si te entraba sed y tenías que rehidratarte cuando te habías calzado el zapato izquierdo y te ibas a calzar el derecho.

En cuanto a los zapatos propiamente dichos, a lo largo de las paredes de proa y popa había hileras de...

—Guau —dijo Piper.

Me pareció un resumen bastante acertado: hileras de «guau».

En un pedestal había un par de botas de combate de Hefesto: unos enormes artilugios con pinchos en los talones y las punteras, calcetines de malla incorporados y unos cordones que eran diminutas serpientes automáticas de bronce para impedir que se las pusiera alguien no autorizado.

En otro pedestal, en una caja de plástico acrílico transparente, un par de sandalias aladas revoloteaban intentando escapar.

—¿Es posible que sean las que buscamos? —preguntó Piper—. Podríamos volar con ellas por el Laberinto.

La idea era atractiva, pero negué con la cabeza.

—Los zapatos alados son engañosos. Si nos los ponemos y están hechizados para llevarnos a otro sitio...

—Ah, vale —dijo ella—. Percy me habló de un par que por poco... Da igual.

Examinamos los otros pedestales. En algunos había zapatos únicos en su género: botas de plataforma tachonadas de diamantes, zapatos de vestir elaborados con la piel del extinto dodo (¡qué poca educación!) o un par de Adidas firmadas por el equipo completo de los Lakers de 1987.

Otros zapatos eran mágicos y estaban catalogados como tales: un par de zapatillas tejidas por Hipnos para inducir sueños agradables y poder dormir profundamente; unos zapatos de baile confeccionados por mi vieja amiga Terpsícore, la musa del baile. Hasta entonces había visto muy pocos como esos a lo largo de los años, los de Astaire y Rogers, que tenían un par cada uno, y también los de Baryshnikov. Luego había unos viejos mocasines de Poseidón que garantizaban tiempo perfecto en la playa, abundante pesca, olas maravillosas y espléndido bronceado. Esos mocasines me interesaban mucho.

—Allí. —Piper señaló un viejo par de sandalias de piel tiradas despreocupadamente en un rincón de la sala—. ¿Es posible que los zapatos con menos probabilidades sean en realidad los que tienen más probabilidades?

No me gustaba esa forma de pensar. Prefería cuando la persona con más probabilidades para ser popular o maravillosa o talentosa resultaba ser la más

popular o maravillosa o talentosa, porque normalmente se trataba de mí. Aun así, en ese caso, pensé que Piper podía estar en lo cierto.

Me arrodillé al lado de las sandalias.

—Son cáligas. Zapatos de legionario.

Engarfié un dedo y levanté las sandalias por las tiras. No eran gran cosa: unas suelas y unos cordones de piel gastados y oscurecidos por el tiempo. Parecía que hubieran sido utilizadas en muchas marchas, pero las habían engrasado bien y las habían conservado perfectamente a lo largo de los siglos.

—Cáligas —dijo Piper—. Como Calígula.

—Exacto —convine—. Son la versión adulta de las botitas que dieron a Cayo Julio César Germánico su apodo de la infancia.

Ella arrugó la nariz.

—¿Percibes alguna magia?

—Bueno, no es que vibren de energía —dije—, y tampoco me evocan recuerdos de pies apestosos, ni me empujan a ponérmelas, pero creo que son los zapatos que buscamos. Tienen su mismo nombre. Llevan su poder.

—Hum. Supongo que si puedes hablar con una flecha, puedes interpretar unas sandalias.

—Es un don —convine.

Se arrodilló junto a mí y tomó una de las sandalias.

—No me va bien. Demasiado grande. Parecen de tu número.

—¿Estás insinuando que tengo los pies grandes?

Su sonrisa vaciló.

—Parecen casi tan incómodas como los zapatos de la vergüenza: unos horribles zapatos de enfermera blancos que teníamos en la cabaña de Afrodita. Tenías que ponértelos como castigo cuando hacías algo malo.

—Parece propio de Afrodita.

—Yo me libré de ellos —dijo—. Pero estos... Supongo que mientras no te importe meter los pies donde han estado los de Calígula...

—¡¡¡Peligro!!! —gritó una voz detrás de nosotros.

Acercarte sigilosamente por detrás a unas personas y gritar «peligro» es una forma ideal de lograr que salten al mismo tiempo, se giren y se caigan de culo, que es justo lo que Piper y yo hicimos.

En la puerta se encontraba Crest, con el pelo blanco apelmazado y empapado como si hubiera atravesado la piscina de Calígula. Cada una de sus manos de ocho dedos se aferraba a un lado del marco de la puerta, le palpitaba el pecho y su traje negro estaba hecho trizas.

—Estriges —dijo jadeando.

El corazón me subió a la cavidad nasal.

—¿Te están siguiendo?

Sacudió la cabeza y sus orejas se mecieron como calamares asustados.

—Creo que he escapado de ellas, pero...

—¿Qué haces aquí? —preguntó Piper, llevándose la mano a la daga.

La mirada de Crest era una mezcla de pánico y anhelo. Señaló mi ukelele.

—¿Me enseñas a tocar?

—Yo... sí —contesté—. Aunque sería mejor una guitarra, considerando el tamaño de tus manos.

—Quiero aprender el acorde que hizo chillar a Wah-Wah —murmuró él.

Me levanté despacio para no asustarlo más.

—Conocer el acorde de do menor sexta tritono es una enorme responsabilidad. Pero sí, podría enseñártelo.

—Y tú. —Miró a Piper—. Tu forma de cantar. ¿Puedes enseñarme?

La mano de la hija de Afrodita bajó de la empuñadura.

—Supongo... supongo que podría intentarlo, pero...

—¡Entonces tenemos que irnos ahora mismo! —dijo Crest—. ¡Ya han atrapado a vuestros amigos!

—¿Qué? —Piper se puso en pie—. ¿Estás seguro?

—La niña que da miedo y el chico relámpago. Sí.

Contuve la desesperación. Crest había descrito perfectamente a Meg y a Jason.

—¿Dónde? —pregunté—. ¿Quién los tiene?

—Él —respondió el joven pandos—. El emperador. Su gente no tardará en llegar aquí. ¡Debemos escapar! ¡Ser los músicos del mundo!

En otras circunstancias, lo habría considerado un magnífico consejo, pero no estando nuestros amigos capturados. Enrollé las sandalias del emperador y las metí en el fondo del carcaj.

—¿Puedes llevarnos con nuestros amigos?

—¡No! —dijo Crest gimiendo—. ¡Moriréis! La hechicera...

¿Por qué Crest no oía a los enemigos que se le acercaban por detrás sin hacer ruido? No lo sé. Tal vez el rayo de Jason le había dejado un zumbido en los oídos. Tal vez estaba demasiado angustiado, demasiado centrado en nosotros para guardarse las espaldas.

En cualquier caso, avanzó a toda prisa y chocó de bruces con la caja de las sandalias aladas. Se desplomó en la alfombra, y los zapatos voladores liberados le propinaron patadas repetidas veces en la cabeza. En su espalda relucieron dos marcas profundas con forma de cascos de caballo.

En la puerta se hallaba un majestuoso corcel blanco cuya cabeza pasó casi rozando el dintel. De repente comprendí por qué los yates del emperador tenían techos tan altos y pasillos y puertas tan anchos: estaban diseñados para dar cabida a ese caballo.

—Incitatus —dije.

Él me miró fijamente como no debería ser posible para ningún caballo; sus enormes pupilas marrones brillaban con una maliciosa conciencia.

—Apolo.

Piper se quedó pasmada, como se queda uno cuando se encuentra a un caballo parlante en un yate de zapatos.

—Pero ¿qué...? —empezó a decir.

Incitatus embistió. Arrolló la mesita para servir el café y lanzó a Piper contra la pared de un cabezazo con un crujido espantoso. La chica cayó a la alfombra.

Corrí hacia ella, pero el caballo me apartó de un golpe y aterricé en el sofá más cercano.

—Vamos a ver.

Incitatus evaluó los daños: los pedestales volcados y la mesita del café destrozada; las botellas rotas de agua mineral exótica que se filtraba por la alfombra; Crest gimiendo en el suelo, mientras los zapatos voladores seguían dándole patadas; Piper inmóvil, con sangre goteándole de la nariz; y yo en el sofá, abrazándome las costillas magulladas.

—Lamento entrometerme en vuestra intromisión —dijo—. Tenía que dejar inconsciente a la chica rápido, ¿entiendes? No me gusta que utilicen el poder de persuasión conmigo.

Su voz era la misma que había oído mientras estaba escondido en el contenedor de basura de detrás del Desmadre Militar de Macrón: grave y hastiada, con un matiz de fastidio, como si hubiera visto todas las estupideces que los bípedos podían cometer.

Miré horrorizado a Piper McLean. Parecía que no respiraba. Me acordé de las palabras de la sibila... Sobre todo de la terrible palabra que empezaba por eme.

—La... la has matado —tartamudeé.

—¿De verdad? —Incitatus rozó el pecho de Piper con el hocico—. No. Todavía no, pero no tardará en morir. Ahora ven. El emperador quiere verte.

Nunca te abandonaré.
El amor nos mantendrá unidos o el
pegamento. El pegamento también

Algunos de mis mejores amigos son caballos mágicos.

Arión, el corcel más veloz del mundo, es mi primo, aunque casi nunca viene a las cenas familiares. El famoso Pegaso alado también es primo mío; segundo, creo, porque su madre fue una gorgona. No estoy seguro de cómo funciona la cosa. Y, claro, los caballos del sol eran mis corceles favoritos, aunque, afortunadamente, ninguno hablaba.

Pero ¿Incitatus?

No me caía muy bien.

Era un animal precioso: alto y musculoso, con el pelaje brillante como una nube iluminada por el sol. Su sedosa cola blanca se meneaba detrás de él como desafiando a cualquier mosca, semidiós u otro pesado a acercarse a sus cuartos traseros. No llevaba arreos ni silla de montar, aunque en sus cascos relucían unas herraduras doradas.

Su majestuosidad me ponía los pelos de punta. Su voz de hastío me hacía sentir pequeño e insignificante. Pero lo que realmente detestaba eran sus ojos. Los ojos de un caballo no deberían ser tan fríos e inteligentes.

—Móntate —dijo—. Mi amigo espera.

—¿Tu amigo?

Enseñó sus dientes blancos como el mármol.

—Ya sabes a quién me refiero. El Gran C. Calígula. El Nuevo Sol que te va a zampar para desayunar.

Me hundí más en los cojines del sofá. El corazón me latía con fuerza. Había visto la rapidez con que Incitatus podía moverse. No me gustaban las posibilidades que tenía enfrentándome a él solo. Me partiría la cara antes de que pudiera disparar una flecha o rasguear una melodía.

Ese habría sido un momento ideal para experimentar un arranque de fuerza divina que me hubiera permitido tirar al caballo por la ventana. Lamentablemente, no sentí tal fuerza dentro de mí.

Tampoco podía contar con refuerzos. Piper gemía moviendo los dedos. Parecía semiconsciente como poco. Crest lloriqueaba y trataba de hacerse un ovillo para escapar del acoso de los zapatos alados.

Me levanté del sofá, cerré los puños y me obligué a mirar a Incitatus a los ojos.

—Sigo siendo el dios Apolo —le advertí—. Ya me he enfrentado a dos emperadores y los he vencido a los dos. No me pongas a prueba, caballo.

Incitatus resopló.

—Lo que tú digas, Lester. Te estás debilitando. Hemos estado vigilándote. Apenas te quedan fuerzas. Así que deja de ir de farol.

—¿Y cómo piensas obligarme a ir contigo? —inquirí—. No puedes cogerme y subirme a tu lomo. ¡No tienes manos! ¡Ni pulgares oponibles! ¡Ese fue tu error fatal!

—Sí, bueno, podría darte una coz en la cara. O... —Relinchó; un sonido que recordó el de un amo que llama a su perro.

Wah-Wah y dos de sus guardias entraron en la sala.

—¿Nos ha llamado, lord Corcel?

El caballo me sonrió.

—No necesito pulgares oponibles teniendo criados. Es cierto, son unos criados patéticos a los que he tenido que liberar mordiendo sus bridas...

—Lord Corcel —protestó Wah-Wah—. ¡Fue el ukelele! No podíamos...

—Cargádmelos —ordenó Incitatus— antes de que me pongáis de mal humor.

Wah-Wah y sus ayudantes arrojaron a Piper sobre el lomo del caballo y a mí me obligaron a montarme detrás de ella y me ataron las manos de nuevo; al menos esta vez por delante, de forma que podía mantener mejor el equilibrio.

Finalmente, levantaron a Crest. Se pelearon con los zapatos alados maltratadores hasta meterlos en su caja, esposaron al joven pandos con una brida y le obligaron a marchar en cabeza de nuestro deprimente desfile. Subimos a la cubierta, y volvimos sobre nuestros pasos por el puente flotante

de superyates, viéndome obligado a agacharme cada vez que atravesábamos el dintel de una puerta.

Incitatus avanzaba trotando a paso lento, y cuando nos cruzábamos con mercenarios o miembros de la tripulación, se arrodillaban e inclinaban la cabeza. Yo quería creer que me honraban a mí, pero sospechaba que honraban la capacidad del caballo para partirles la crisma si no le mostraban el debido respeto.

Crest tropezó. Los otros pandai lo levantaron y le obligaron a seguir avanzando de un empujón. Piper resbalaba continuamente del lomo del caballo, pero yo hacía todo lo posible por mantenerla en su sitio.

—Ah-fa —murmuró una vez.

Que podía significar «Gracias» o «Desátame» o «¿Por qué me sabe la boca a herradura?».

Su daga, Katoptris, estaba al alcance. Me quedé mirando su empuñadura preguntándome si podría desenvainarla lo bastante rápido para liberarme o clavársela al caballo en el pescuezo.

—Yo no lo haría —dijo Incitatus.

Me puse tenso.

—¿Qué?

—Utilizar el cuchillo. Sería una mala decisión.

—¿Acaso... acaso lees la mente?

—No necesito leer mentes. ¿Sabes lo mucho que se aprende del lenguaje corporal de alguien que va montado encima de ti?

—No..., no he vivido esa experiencia.

—Pues sé lo que planeas. Así que no lo hagas. Tendría que tirarte. Y entonces tú y tu novia os romperíais la crisma y moriríais...

—¡No es mi novia!

—... y el Gran C se enfadaría. Quiere que mueras de una forma concreta.

—Ah. —Me dolía el estómago tanto como las costillas. Me preguntaba si existía una palabra para referirse a cuando te mareas montando a caballo en un barco—. Entonces, cuando has dicho que Calígula me zamparía para desayunar...

—Oh, no lo decía en sentido literal.

—Gracias a los dioses.

—Me refería a que la hechicera Medea te encadenará y desollará tu forma humana para extraerte la esencia divina que te quede. Luego Calígula devorará vuestra esencia (la tuya y la de Helios) y se convertirá en el nuevo dios del sol.

—Ah. —Me mareé. Supuse que todavía quedaba dentro de mí algo de esencia divina: una diminuta chispa de mi antigua grandeza que me permitía recordar quién era y de lo que había sido capaz. No quería que me arrebatasen esos últimos vestigios de divinidad, sobre todo si hacía falta desollarme. La idea me revolvía el estómago. Esperaba que a Piper no le molestase mucho si vomitaba encima de ella.

—Pareces... pareces un caballo razonable, Incitatus. ¿Por qué ayudas a alguien tan voluble y traicionero como Calígula?

El animal relinchó.

—Voluble, bobuble. El chico me hace caso. Me necesita. No importa lo violento o impredecible que pueda parecerles a los demás. Yo sé controlarlo y utilizarlo para mis propósitos. Estoy apostando por el caballo ganador.

No pareció advertir la ironía de que un caballo apostase por el caballo ganador. También me sorprendió enterarme de que Incitatus tuviera propósitos. La mayoría de propósitos equinos eran bastante simples: comida, paseo, más comida, un buen cepillado. Repítase a voluntad.

—¿Sabe Calígula que lo estás, ejem, utilizando?

—¡Pues claro! —dijo—. El chaval no es tonto. Cuando consiga lo que quiere..., nos despediremos. Tengo intención de derrocar a la raza humana e instaurar un gobierno de caballos para caballos.

—¿Que vas a... qué?

—¿Crees que el autogobierno equino es más absurdo que un mundo gobernado por los dioses del Olimpo?

—Nunca lo había pensado.

—No se te ha ocurrido, ¿verdad? ¡Tú y tu arrogancia bípeda! Tú no te pasas la vida con humanos que siempre esperan montarse encima de ti o que tires de sus carros. Bah, estoy malgastando saliva. No vivirás lo suficiente para ver la revolución.

Oh, lector, no puedo expresarte el terror que sentí; no ante la idea de una revolución caballuna, sino ante la idea de que mi vida estuviese a punto de terminar. Sí, ya sé que los mortales también os enfrentáis a la muerte, pero es peor para un dios, te lo aseguro. Me había pasado milenios creyendo que era inmune al gran ciclo de la vida y la muerte. Y de repente descubro que, ¡ja, ja!, no soy tan inmune. ¡Iba a ser desollado y devorado por un hombre que seguía el ejemplo de un caballo parlante activista!

A medida que avanzábamos por la cadena de superyates, vimos cada vez más rastros de batalla reciente. Parecía que al barco veinte le hubieran caído

rayos repetidas veces. Su superestructura era una ruina carbonizada y humeante, con las cubiertas superiores embadurnadas de espuma de extintor.

El barco dieciocho se había convertido en un centro de urgencias. Los heridos se hallaban desperdigados por todas partes, gimiendo por el dolor de sus cabezas golpeadas, miembros rotos, narices sangrantes y entrepiernas magulladas. Muchas de sus heridas estaban a la altura de la rodilla o por debajo: justo donde a Meg McCaffrey le gustaba asestar patadas. Una bandada de estriges daba vueltas en lo alto chillando ávidamente. Puede que solo estuvieran de guardia, pero me daba la impresión de que estaban esperando para ver qué herido no sobrevivía.

El barco catorce había sido el golpe de gracia de Meg McCaffrey. La hiedra japonesa había engullido el yate entero, incluida casi toda la tripulación, que se hallaba cosida a las paredes por una densa red de enredaderas. Un grupo de horticultores —sin duda reclutados en los jardines botánicos del barco dieciséis— trataba de liberar a sus compañeros utilizando tijeras de podar y desbrozadoras.

Me animó ver que nuestros amigos habían llegado hasta allí y habían causado tantos daños. Tal vez Crest se había equivocado y no los habían capturado. Seguro que dos semidioses competentes como Jason y Meg conseguían escapar si los acorralaban. Confiaba en ello, pues ahora necesitaba que me rescatasen a mí.

Pero ¿y si no podían rescatarme? Me estrujé el cerebro pensando ideas ingeniosas y planes enrevesados. En lugar de ir a mil, mi mente trotaba como podía.

Logré idear la primera fase de mi plan maestro: escaparía sin que me matasen y luego liberaría a mis amigos. Estaba trabajando arduamente en la segunda fase —«¿cómo lo consigo?»—, cuando se me acabó el tiempo. Incitatus pasó a la cubierta del *Julia Drusila XII*, cruzó una serie de puertas de dos hojas doradas a medio galope y nos bajó por una rampa hasta el interior del barco, que contenía un enorme salón único: la sala de audiencias de Calígula.

Entrar en aquel espacio era como caer por la garganta de un monstruo marino. Estoy seguro de que el efecto era intencionado. El emperador quería que sintieras pánico e indefensión.

«Has sido tragado», parecía decir la sala. «Ahora serás digerido».

No había ventanas. En las paredes de quince metros de altura, llamaban la atención unos frescos de batallas, volcanes, tormentas y fiestas salvajes

pintados con colores chillones; imágenes de poder descontrolado, fronteras difuminadas y naturaleza trastocada.

El suelo de baldosas era un espectáculo caótico parecido: mosaicos intrincados y horripilantes de los dioses siendo devorados por diversos monstruos. Mucho más arriba, el techo se hallaba pintado de negro y de él colgaban arañas de luces doradas, esqueletos enjaulados y espadas desenvainadas que pendían de finísimas cuerdas y parecían listas para empalar a cualquiera que pasara por debajo.

Vi que me ladeaba sobre el lomo de Incitatus mientras trataba de equilibrarme, pero era imposible. La sala no ofrecía ningún lugar seguro en el que posar la vista. El balanceo del yate tampoco ayudaba.

Una docena de pandai —seis a babor y seis a estribor— montaban guardia a lo largo del salón del trono, empuñando lanzas con la punta de oro y vestidos con cotas de malla doradas de la cabeza a los pies, que incluían unas gigantescas orejeras metálicas que debían de provocarles unos terribles acúfenos cuando las golpeaban.

Al fondo de la sala, donde el casco del barco se estrechaba hasta terminar en punta, el emperador había instalado su estrado, de espaldas al rincón como cualquier buen gobernante paranoico. Frente a él se arremolinaban dos columnas de viento y desechos cuya presencia no entendía: ¿un tipo de *performance* ejecutada por *ventus*?

A la derecha del emperador había otro pandos engalanado de comandante pretoriano —Reverb, supuse, capitán de la guardia— y, a su izquierda, se encontraba Medea, con un brillo triunfal en los ojos.

Calígula se conservaba tal como yo lo recordaba: joven y ágil, y bastante atractivo, si bien tenía los ojos demasiado separados, las orejas demasiado prominentes (aunque nada en comparación con las de los pandai) y una sonrisa demasiado débil.

Iba vestido con un pantalón blanco, zapatos náuticos blancos, camisa a rayas azules y blancas, chaqueta deportiva azul y una gorra de capitán. Me vino a la memoria un recuerdo horrible de 1975, cuando había cometido el error de bendecir a Captain y Tennille con su *single* de éxito «Love Will Keep Us Together». Si Calígula era el capitán, eso quería decir que Medea era Tennille, cosa que no me convencía en muchos aspectos. Traté de apartar la idea de mi cabeza.

Cuando nuestra procesión se acercó al trono, el emperador se inclinó y se frotó las manos como si acabara de llegar el siguiente plato de la cena.

—¡Llegáis en el momento perfecto! —exclamó—. He tenido una conversación apasionante con vuestros amigos.

«¿Vuestros amigos?».

Solo entonces mi cerebro me dejó asimilar lo que había dentro de las columnas de viento que giraban.

En una flotaba Jason Grace y en la otra Meg McCaffrey. Los dos forcejeaban en vano. Los dos gritaban sin hacer ruido. En los tornados que los encarcelaban giraba metralla brillante: trocitos de bronce celestial y oro imperial que les cortaban la ropa y la piel y los despedazaban poco a poco.

Calígula se levantó clavándome sus apacibles ojos marrones.

—No puede ser este, ¿verdad, Incitatus?

—Me temo que sí, amigo —dijo el caballo—. Te presento al ser patético que no merece llamarse dios, Apolo, también conocido como Lester Papadopoulos.

El corcel se arrodilló sobre las patas delanteras y nos hizo caer al suelo a Piper y a mí.

Te doy mi corazón.
Lo digo en sentido metafórico.
Aparta ese cuchillo

Se me ocurrían muchos nombres para llamar a Calígula, pero «amigo» no era uno de ellos.

Sin embargo, Incitatus parecía de lo más cómodo en presencia del emperador. Se fue trotando a estribor, donde dos pandai empezaron a cepillarle el pelaje mientras un tercero se arrodillaba para ofrecerle avena en un cubo dorado.

Jason Grace repartía golpes a diestro y siniestro en su túnel de metralla tratando de escapar. Lanzó una mirada afligida a Piper y gritó algo que no oí. En la otra columna de viento, Meg flotaba cruzada de brazos y piernas, con la expresión ceñuda de un genio cabreado, haciendo caso omiso a los pedazos de metal que le hacían cortes en la cara.

Calígula bajó del estrado. Se paseó entre las columnas de viento con paso desenfadado, un efecto indudable de ir vestido de capitán de yate. Se detuvo a escasa distancia de mí. En la palma abierta de su mano botaron dos piececillas de oro: los anillos de Meg McCaffrey.

—Esta debe de ser la preciosa Piper McLean. —La miró frunciendo el ceño, como si acabara de darse cuenta de que estaba semiconsciente—. ¿Por qué está así? No puedo provocarla en este estado. ¡Reverb!

El comandante pretoriano chasqueó los dedos y dos guardias avanzaron arrastrando los pies y levantaron a Piper. Uno agitó un botellín debajo de su nariz: sales aromáticas, quizá, o alguna repugnante versión mágica de Medea.

Piper echó la cabeza atrás de golpe, un escalofrío le recorrió el cuerpo y acto seguido apartó a los pandai.

—Estoy bien. —Miró su entorno parpadeando, vio a Jason y a Meg en sus columnas de viento, y a continuación lanzó una mirada asesina a Calígula. Se esforzó por coger su daga, pero los dedos no le respondían—. Te mataré.

El emperador se rio entre dientes.

—Eso sería divertido, amor mío. Pero no nos matemos todavía, ¿vale? Esta noche tengo otras prioridades.

Me sonrió.

—Oh, Lester. ¡Qué regalo me ha hecho Júpiter!

Dio una vuelta alrededor de mí deslizándose las puntas de los dedos por mis hombros como si buscara polvo. Supongo que debería haberle atacado, pero Calígula irradiaba tal seguridad y sangre fría, tal aura de poder, que me nublaba la mente.

—No te queda mucha divinidad, ¿verdad? —dijo—. No te preocupes. Medea se hará con ella. Luego me vengaré de Zeus por ti. Por si te sirve de consuelo.

—Yo... yo no quiero vengarme.

—¡Pues claro que quieres! Será maravilloso, ya verás... Bueno, en realidad, estarás muerto, pero tendrás que fiarte de mí. Te haré sentir orgulloso.

—César —dijo Medea desde su lado del estrado—, ¿podemos empezar?

Hizo todo lo posible por ocultarlo, pero detecté la tensión de su voz. Como ya había advertido en el aparcamiento de la muerte, hasta Medea tenía sus limitaciones. Tener encerrados a Meg y Jason en dos tornados debía de consumirle muchas fuerzas. No podría mantener a los *ventus* que los encarcelaban y obrar la magia que necesitaba para desdivinizarme. Ojalá hubiera sabido cómo aprovechar esa debilidad...

En el rostro de Calígula se vio un asomo de irritación.

—Sí, sí, Medea. Enseguida. Primero tengo que saludar a mis leales sirvientes... —Se volvió hacia los pandai que nos habían acompañado desde el barco de los zapatos—. ¿Cuál de vosotros es Wah-Wah?

Wah-Wah hizo una reverencia, y sus orejas se desplegaron sobre el suelo de mosaico.

—A-aquí, señor.

—Me has servido bien.

—¡Sí, señor!

—Hasta hoy.

El pandos se quedó como si intentara tragarse el ukelele de Tiny Tim.

—Nos... ¡nos engañaron, señor! ¡Con una música horrible!

—Entiendo —dijo Calígula—. ¿Y cómo piensas arreglarlo? ¿Cómo puedo estar seguro de tu lealtad?

—Le... ¡le doy mi corazón, señor! ¡Ahora y siempre! Mis hombres y yo... —Se tapó la boca con sus grandes manos.

Calígula sonrió débilmente.

—Oh, ¿Reverb?

Su comandante pretoriano dio un paso adelante.

—¿Señor?

—¿Has oído a Wah-Wah?

—Sí, señor —asintió Reverb—. Su corazón es de usted. Y también los corazones de sus hombres.

—Bueno, pues. —Calígula agitó los dedos en un vago gesto para pedirle que se fuera—. Sácalos y coge lo que es mío.

Los guardias situados en el lado de babor del salón del trono avanzaron resueltamente y agarraron a Wah-Wah y a sus dos tenientes de los brazos.

—¡No! —gritó Wah-Wah—. ¡No, yo... yo no quería...!

Él y sus hombres se revolvieron y sollozaron, pero fue en vano. Los pandai con armaduras doradas se los llevaron a rastras.

Reverb señaló a Crest, que temblaba y gimoteaba al lado de Piper.

—¿Y este, señor?

Calígula entornó los ojos.

—Recuérdame por qué este tiene el pelo blanco.

—Es joven, señor —dijo Reverb, sin ningún asomo de compasión—. La piel de nuestro pueblo se oscurece con la edad.

—Entiendo. —El emperador acarició la cara de Crest con el dorso de la mano e hizo gemir aún más fuerte al joven pandos—. Déjalo. Me divierte, y parece bastante inofensivo. Y, ahora, fuera, comandante. Tráeme esos corazones.

Reverb hizo una reverencia y se fue a toda prisa detrás de sus hombres.

El pulso me martilleaba en las sienes. Quería convencerme de que las cosas no iban tan mal. La mitad de los guardias del emperador y su comandante acababan de irse. Medea estaba sometida a la presión de controlar a dos *venti*. Eso significaba que solo teníamos que enfrentarnos a seis pandai de élite, un caballo asesino y un emperador inmortal. Era el momento ideal para poner en práctica mi ingenioso plan... si hubiera tenido uno.

Calígula se puso a mi lado. Me rodeó con un brazo como un viejo amigo.

—¿Lo ves, Apolo? No estoy loco. No soy cruel. Solo tomo la palabra a la gente. Si me prometes tu vida, o tu corazón, o tu riqueza..., debes decirlo en serio, ¿no crees?

Me empezaron a llorar los ojos. Me daba miedo parpadear.

—Tu amiga Piper, por ejemplo —continuó—. Quería pasar tiempo con su padre. Se sentía contrariada por su carrera. ¿Y sabes qué? ¡Yo le quité la carrera! ¡Si se hubiera ido a Oklahoma con él, como tenían planeado, podría haber conseguido lo que tanto quería! ¿Y me da las gracias? No. Viene aquí a matarme.

—Te mataré —dijo Piper, en un tono un poco más firme—. Puedes tomarme la palabra.

—Lo que yo decía —declaró Calígula—. Nada de gratitud.

Me dio una palmadita en el pecho y me provocó explosiones de dolor en las costillas magulladas.

—¿Y Jason Grace? Quiere ser un sacerdote o algo por el estilo y construir santuarios a los dioses. ¡Muy bien! Yo soy un dios. ¡Me parece muy bien! Pero resulta que viene aquí y fulmina mis yates con rayos. ¿Es ese el comportamiento de un sacerdote? Yo diría que no.

Se dirigió sin prisa a las columnas de viento. Al hacerlo su espalda quedó desprotegida, pero ni Piper ni yo nos movimos para atacarle. Ni siquiera ahora, al recordarlo, puedo decirte por qué. Me sentía muy impotente, como si estuviera atrapado en una visión que hubiera tenido lugar siglos antes. Por primera vez, me di cuenta de cómo serían las cosas si el triunvirato controlaba todos los oráculos. No solo predecirían el futuro, sino que también lo determinarían. Todo lo que ellos dijese se convertiría en el destino inexorable.

—Y esta. —Calígula estudió a Meg McCaffrey—. ¡Su padre juró que no descansaría hasta que reencarnase a las nacidas de la sangre, las esposas de la plata! ¿Te lo puedes creer?

«Nacidas de la sangre», «esposas de la plata». Esas palabras me provocaron una sacudida en el sistema nervioso. Sentía que debía saber lo que significaban, qué relación guardaban con las siete semillas verdes que Meg había plantado en la ladera. Como siempre, mi cerebro mortal protestó cuando intenté extraer esa información de sus profundidades. Casi podía ver el molesto mensaje de ARCHIVO NO ENCONTRADO tras mis ojos.

Calígula sonrió.

—Naturalmente, tomé la palabra al doctor McCaffrey. Reduje a cenizas su fortaleza. Pero, sinceramente, me pareció muy generoso por mi parte dejarlos con vida a él y a su hija. La pequeña Meg ha vivido una vida maravillosa con mi sobrino Nerón. Si hubiera cumplido las promesas que le hizo... —La apuntó agitando el dedo con desaprobación.

En el lado de estribor de la sala, Incitatus alzó la vista de su cubo dorado de avena y eructó.

—Eh, Gran C, un discurso estupendo y todo eso. Pero ¿no deberíamos matar a los dos que están dentro de los remolinos para que Medea pueda dedicarse a desollar vivo a Lester? Tengo muchas ganas de verlo.

—Sí, por favor —convino la hechicera, apretando los dientes.

—¡No! —gritó Piper—. Calígula, suelta a mis amigos.

Lamentablemente, apenas se tenía en pie y le temblaba la voz.

El emperador se rio entre dientes.

—La mismísima Medea me ha entrenado para resistir el poder de persuasión, amor mío. Tendrás que hacerlo mejor si...

—Incitatus —dijo Piper, en un tono un poco más enérgico—, dale a Medea una coz en la cabeza.

El caballo ensanchó los agujeros de la nariz.

—Creo que voy a darle a Medea una coz en la cabeza.

—¡No, no me la darás! —chilló la hechicera en un repentino acceso de persuasión—. ¡Haz callar a la chica, Calígula!

El emperador se acercó a Piper a grandes zancadas.

—Lo siento, cariño.

Le golpeó del revés en la boca tan fuerte que la chica dio una vuelta entera antes de desplomarse.

—¡Oooh! —Incitatus relinchó de placer—. ¡Muy bueno!

Estallé.

Nunca había sentido tanta rabia. Ni cuando acabé con la familia entera de los nióbidas por sus injurias. Ni cuando luché contra Heracles en la cueva de Delfos. Ni siquiera cuando maté a los cíclopes que habían creado el rayo asesino de mi padre.

En ese momento decidí que Piper McLean no moriría esa noche. Arremetí contra Calígula decidido a estrecharle el cuello con las manos. Quería estrangularlo, aunque solo fuera para borrarle esa sonrisa de suficiencia de la cara.

Estaba seguro de que recuperaría mi poder divino. Haría pedazos al emperador en mi arrebatado de furia justificada.

Sin embargo, Calígula me empujó al suelo sin apenas mirarme.

—Por favor, Lester —dijo—. Te estás poniendo en evidencia.

Piper se quedó tumbada temblando como si tuviera frío.

Crest se agachó cerca, tratando en vano de tapar sus enormes orejas. Sin duda estaba arrepintiéndose de su decisión de perseguir su sueño de recibir lecciones de música.

Fijé la mirada en los dos ciclones con la esperanza de que Jason y Meg hubieran logrado escapar. No lo habían conseguido, pero curiosamente, como por tácito acuerdo, habían intercambiado sus papeles.

En lugar de estar furioso por la agresión de Piper, Jason flotaba ahora totalmente inmóvil, con los ojos cerrados y el rostro pétreo. Meg, por el contrario, intentaba arañar su jaula de *ventus* gritando palabras que yo no podía oír. Tenía la ropa hecha jirones. Un montón de cortes sangrantes entrecruzaban su cara, pero no parecía que le importase. Daba patadas y puñetazos y lanzaba sobres de semillas contra el torbellino, que provocaban estallidos festivos de pensamientos y narcisos entre la metralla.

Junto al estrado imperial, Medea se había puesto pálida y sudorosa. Contrarrestar el poder de persuasión de Piper debía de haberle pasado factura, pero eso me consolaba.

Me asaltó una fría idea. «Los corazones de sus enemigos».

Me sentí como si me hubieran propinado un golpe del revés. El emperador me necesitaba vivo, al menos de momento. Eso significaba que mi única ventaja...

Mi expresión debía de ser graciosísima. Calígula rompió a reír a carcajadas.

—¡Parece que alguien haya pisado tu lira favorita, Apolo! —Chasqueó la lengua—. ¿Crees que lo has pasado mal? Yo crecí como un rehén en el palacio de mi tío Tiberio. ¿Tienes idea de lo malvado que era ese hombre? Despertaba cada día esperando que me asesinara, como el resto de mi familia. Me convertí en un actor consumado. Yo era lo que Tiberio quería que fuese. Y sobreviví. Pero ¿tú? Has vivido entre algodones de principio a fin. No tienes el aguante para ser mortal.

Se volvió hacia Medea.

—¡Muy bien, hechicera! Puedes darle a tus batidoras y matar a los dos prisioneros. Luego nos ocuparemos de Apolo.

Medea sonrió.

—Con mucho gusto.

—¡Un momento! —grité, sacando una flecha del carcaj.

Los guardias del emperador que quedaban me apuntaron con sus lanzas, pero el emperador chilló:

—¡¡¡Esperad!!!

No intenté sacar el arco. No atacué a Calígula. Giré la flecha hacia dentro y presioné la punta contra mi pecho.

La sonrisa del emperador se esfumó. Me examinó con un desprecio apenas disimulado.

—Lester..., ¿qué haces?

—Suelta a mis amigos —dije—. A todos. Solo entonces podrás tenerme.

Los ojos del emperador brillaron como los de una estrige.

—¿Y si no lo hago?

Me armé de valor y proferí una amenaza que no habría imaginado en mis cuatro mil años de vida.

—Me suicidaré.

No me obligues a hacerlo.
Estoy loco, pienso hacerlo, me...
Ay, eso ha dolido

OH, NO, NO LO HARÉIS, zumbó una voz en mi cabeza.

Mi noble gesto se fue al garete cuando me di cuenta de que, una vez más, había sacado sin querer la Flecha de Dodona. El proyectil se sacudió violentamente en mi mano y seguro que me hizo parecer más asustado de lo que ya estaba. Aun así, la agarré bien.

Calígula entrecerró los ojos.

—Jamás lo harías. ¡No tienes espíritu de sacrificio!

—Suéltalos. —Presioné la flecha contra mi piel, lo bastante fuerte para hacerme sangre—. O nunca serás el dios del sol.

MATAOS CON OTRO PROYECTIL, BELLACO, zumbó airadamente la flecha. *¡YO NO SOY NINGÚN ARMA HOMICIDA COMÚN!*

—Medea —gritó Calígula por encima del hombro—, si se mata de esa manera, ¿podrás obrar tu magia igualmente?

—Sabes que no —se quejó ella—. ¡Es un ritual complicado! No podemos dejar que se mate de forma chapucera antes de que yo esté lista.

—Vaya, me da un poco de rabia. —El emperador suspiró—. Mira, Apolo, no puedes esperar que esto tenga un final feliz. Yo no soy Cómodo. No estoy jugando. Pórtate bien y deja que Medea te mate como es debido. Luego les daré a los demás una muerte indolora. Es la mejor oferta que puedo hacerte.

Me pareció que Calígula sería un terrible vendedor de coches.

A mi lado, Piper temblaba en el suelo, probablemente con los circuitos neuronales sobrecargados a causa del traumatismo. Crest se había envuelto en

sus orejas. Jason seguía meditando en su cono de metralla giratoria, aunque no creía que pudiera alcanzar el nirvana en esas circunstancias.

Meg me chillaba y me hacía gestos; tal vez me decía que no fuera tonto y dejara la flecha. Por una vez, no me alegré de no oír sus órdenes.

Los guardias del emperador se quedaron donde estaban con sus lanzas en las manos. Incitatus masticaba ruidosamente su avena como si estuviera en el cine.

—Última oportunidad —dijo Calígula.

Detrás de mí, en lo alto de la rampa, una voz gritó:

—¡Milord!

El emperador miró.

—¿Qué pasa, Flange? Estoy algo ocupado.

—No-noticias, milord.

—Luego.

—Es sobre el ataque en el norte, señor.

Sentí una oleada de esperanza. El ataque a la Nueva Roma estaba teniendo lugar esa noche. Yo no tenía el buen oído de un pandos, pero el tono de urgencia histérica de Flange era inconfundible. No traía buenas noticias al emperador.

La expresión de Calígula se avinagró.

—Ven aquí, entonces. Y no toques al idiota de la flecha.

El pandos Flange pasó junto a mí y susurró algo al oído del emperador, quien, a pesar de considerarse un actor consumado, no supo ocultar su disgusto.

—Qué decepción. —Tiró a un lado los anillos dorados de Meg como si fueran piedras sin valor—. Tu espada, por favor, Flange.

—Yo... —El guardia buscó con las manos su *khanda*—. S-sí, señor.

Calígula examinó la hoja serrada roma y se la devolvió a su dueño con una fuerza feroz clavándosela en la barriga. El pobre pandos gritó mientras se deshacía en polvo.

El emperador se volvió hacia mí.

—A ver, ¿por dónde íbamos?

—¿Tu ataque en el norte no ha ido muy bien? —pregunté.

Fue una tontería por mi parte provocarle, pero no pude evitarlo. En ese momento no era más racional que Meg McCaffrey; solo quería hacer daño a Calígula, reducir a polvo todo lo que tenía.

Él descartó mi pregunta con un gesto de la mano.

—Hay cosas que tengo que hacer yo mismo. No pasa nada. Pensaba que un campamento de semidioses romanos obedecería las órdenes de un emperador romano, pero por desgracia no ha sido así.

—La Duodécima Legión tiene un largo historial de apoyo a emperadores buenos —dije—. Y de destitución de los malos.

A Calígula le empezó a temblar el ojo izquierdo.

—Boost, ¿dónde estás?

En el lado de babor, uno de los pandai que almohazaban al caballo soltó su cepillo alarmado.

—¿Sí, señor?

—Reúne a tus hombres —dijo Calígula—. Haz correr la voz. Rompemos la formación de inmediato y zarpamos al norte. Tenemos un asunto pendiente en el Área de la Bahía.

—Pero, señor... —Boost me miró como si estuviera decidiendo si yo suponía suficiente peligro para dejar al emperador sin los guardias que quedaban—. Sí, señor.

El resto de los pandai se fueron y dejaron a Incitatus sin nadie que sujetara su cubo dorado de avena.

—Oye, C —dijo el corcel—. ¿No estás empezando la casa por el tejado? Antes de partir a la guerra, tienes que terminar el asunto con Lester.

—Oh, ya lo terminaré —prometió Calígula—. A ver, Lester, los dos sabemos que no vas a...

Se abalanzó sobre mí a una velocidad vertiginosa para intentar coger el arco. Yo contaba con eso. Antes de que pudiera detenerme, me clavé ingeniosamente la flecha en el pecho. ¡Ja! ¡Así Calígula aprendería a no subestimarme!

Querido lector, se requiere mucha fuerza de voluntad para hacerse daño a uno mismo a propósito. Y no una fuerza de voluntad positiva, sino una estúpida e imprudente de la que nunca debes echar mano, ni siquiera para salvar a tus amigos.

Al clavarme la flecha, me sorprendió la cantidad de dolor que experimenté. ¿Por qué matarte tenía que doler tanto?

Mi médula ósea se convirtió en lava. Mis pulmones se llenaron de arena húmeda caliente. La sangre me empapó la camisa, y caí de rodillas jadeando y mareado. El mundo daba vueltas a mi alrededor como si todo el salón del trono se hubiera transformado en una gigantesca cárcel formada por un *ventus*.

¡QUÉ VILLANÍA! La voz de la Flecha de Dodona zumbó en mi mente.
¡NO ME DEJÉIS AQUÍ CLAVADA! ¡OH, CARNE VIL Y MONSTRUOSA!

Una parte remota de mi cerebro pensó que era injusto que la saeta se quejase, pues yo era el que se estaba muriendo, pero no podría haber hablado, aunque hubiera querido.

Calígula se adelantó a toda prisa y agarró el astil de la flecha, pero Medea gritó:

—¡Alto!

Atravesó el salón del trono corriendo y se arrodilló a mi lado.

—¡Sacar la flecha podría empeorar las cosas! —susurró.

—Se la ha clavado en el pecho —dijo Calígula—. ¿Qué puede haber peor?

—Idiota —murmuró ella. No estaba seguro de si el comentario iba dirigido a mí o al emperador—. No quiero que se desangre. —Sacó un saquito de seda negro de su cinturón, extrajo un frasco de cristal con un tapón y lanzó el saquito a Calígula—. Sujétame esto.

Destapó el frasco y vertió su contenido sobre la herida de entrada.

¡FRÍO!, se quejó la Flecha de Dodona. *¡FRÍO! ¡FRÍO!*

Personalmente, no sentí nada. El dolor agudo se había convertido en una molestia sorda y punzante por todo el cuerpo. Estaba convencido de que era una mala señal.

Incitatus se acercó trotando.

—Hala, lo ha hecho de verdad. Esto cambia las cosas.

Medea examinó la herida. Soltó un juramento en colquiano antiguo, poniendo en duda las antiguas relaciones sentimentales de mi madre.

—Este idiota ni siquiera es capaz de matarse como es debido —masculló la hechicera—. Parece que no ha dado en el corazón.

¡HE SIDO YO, BRUJA!, recitó la flecha desde el interior de mi caja torácica. *¿CREÉIS QUE DEJARÍA DE BUEN GRADO QUE ME INCRUSTASEN EN EL ASQUEROSO CORAZÓN DE LESTER? ¡YO LO HE ESQUIVADO!*

Tomé nota mental de que debía dar las gracias a la Flecha de Dodona más tarde o romperla, lo que fuese más sensato en ese momento.

Medea chasqueó los dedos al emperador.

—Pásame el frasco rojo.

Calígula frunció el entrecejo; saltaba a la vista que no estaba acostumbrado a hacer de enfermero de quirófano.

—Yo nunca hurgo en el bolso de una mujer. Y menos en el de una hechicera.

Me pareció la señal más inequívoca de que estaba totalmente cuerdo.

—¡Si quieres ser el dios del sol —gruñó ella—, hazlo!

Calígula encontró el frasco rojo.

Medea se cubrió la mano derecha con el viscoso contenido y, con la izquierda, agarró la Flecha de Dodona y me la sacó del pecho de un tirón.

Grité. Se me nubló la vista. Noté el pectoral izquierdo como si me lo excavasen con una broca. Cuando recuperé la vista, descubrí la herida de flecha tapada con una densa sustancia roja parecida al lacre del sello de una carta. El dolor era horrible, insoportable, pero podía respirar otra vez.

Si no hubiera estado tan hecho polvo, puede que hubiera sonreído triunfalmente. Sabía que podía contar con los poderes curativos de Medea. La hechicera tenía casi tantas dotes como mi hijo Asclepio, aunque no poseía tanto tacto con los pacientes y sus curas acostumbraban a emplear magia negra, ingredientes repugnantes y lágrimas de niños.

Por supuesto, no esperaba que Calígula liberase a mis amigos. Pero confiaba en que, estando Medea distraída, perdiera el control de los *venti*. Y así fue.

Tengo el momento grabado en la mente: Incitatus mirándome, su hocico salpicado de avena; la hechicera Medea examinando mi herida, sus manos pegajosas por la mezcla de sangre y la pasta mágica; Calígula de pie a mi lado, su espléndido pantalón blanco y sus zapatos manchados de mi sangre; y Piper y Crest cerca, en el suelo, olvidados momentáneamente por nuestros captores. Hasta Meg parecía inmóvil dentro de su prisión giratoria, horrorizada ante lo que yo había hecho.

Ese fue el momento antes de que todo se torciese, antes de que tuviese lugar nuestra gran tragedia: cuando Jason Grace estiró los brazos y las jaulas de viento explotaron.

No te esperan buenas noticias, ya te
avisé al principio.
Abandona, lector

Un tornado puede arruinarte el día.

Había visto la devastación que Zeus podía sembrar cuando se cabreó con Kansas. De modo que no me sorprendió cuando los dos espíritus del viento llenos de metralla arrasaron el *Julia Drusila XII* como sierras mecánicas.

Todos deberíamos haber muerto a causa del estallido. Estoy seguro. Pero Jason dirigió la explosión hacia arriba, abajo y de lado en una ola bidimensional: voló las paredes de babor y estribor; rompió el techo negro, que descargó sobre nosotros arañas de luces doradas y espadas, y perforó el suelo de mosaico hasta las entrañas del barco. El yate crujió y se sacudió; metal, madera y fibra de vidrio se partieron como huesos en la boca de un monstruo.

Incitatus y Calígula se dirigieron dando traspiés hacia un lado y Medea en el otro. Ninguno se hizo ni un rasguño. Por desgracia, Meg McCaffrey estaba a la izquierda de Jason y, cuando los *venti* explotaron, salió volando de lado a través de un boquete recién abierto en la pared y desapareció en la oscuridad.

Intenté gritar. Sin embargo, creo que me salió algo más parecido a un estertor. Como la explosión todavía me resonaba en los oídos, no podía estar seguro.

Apenas podía moverme. No podía ir tras mi joven amiga de ninguna manera. Busqué desesperadamente y fijé la vista en Crest.

El joven pandos tenía los ojos tan abiertos que casi eran del tamaño de sus orejas. Una espada dorada había caído del techo y se había clavado entre sus

piernas en el suelo de baldosas.

—Rescata a Meg —dije con voz ronca—, y te enseñaré a tocar el instrumento que quieras.

Ni siquiera sabía si un pandos podría oírme, pero pareció que Crest me escuchó. Su expresión pasó de la sorpresa a una temeraria determinación. Cruzó con dificultad el suelo inclinado, desplegó las orejas y se lanzó de un salto por el boquete de la pared.

El agujero del suelo empezó a ensancharse y a aislarnos de Jason. Cascadas de tres metros de altura brotaron del casco dañado a babor y estribor, bañaron el suelo de mosaico de agua oscura y restos flotantes, y se derramaron por la sima cada vez más grande que se había abierto en el centro de la estancia. Debajo, la maquinaria estropeada echaba humo. Las llamas parpadearon cuando el agua marina llenó la bodega. Encima, alrededor del borde del techo hecho añicos, aparecieron pandai gritando y sacando armas; hasta que el cielo se iluminó y unos rayos fulminaron a los guardias y los redujeron a polvo.

Jason salió de entre el humo al otro lado del salón del trono con el *gladius* en la mano.

Calígula gruñó.

—Eres uno de esos mocosos del Campamento Júpiter, ¿verdad?

—Soy Jason Grace —contestó él—. Antiguo pretor de la Duodécima Legión. Hijo de Júpiter. Vástago de Roma. Pero soy de los dos campamentos.

—Me vale —dijo el emperador—. Te haré responsable de la traición que el Campamento Júpiter ha cometido esta noche. ¡Incitatus!

Calígula recogió una lanza dorada que rodaba por el suelo, se montó de un brinco en el lomo del corcel, corrió a la sima y la cruzó de un salto. Jason se lanzó a un lado para no ser pisoteado.

Un grito de rabia sonó en algún lugar a mi izquierda. Piper McLean se había levantado. La parte inferior de su cara era un horror: tenía el labio superior hinchado y partido, la mandíbula torcida y un hilo de sangre le salía de la comisura de la boca.

Arremetió contra Medea, quien se volvió justo a tiempo para recibir su puñetazo en la nariz. La hechicera tropezó y giró rápidamente los brazos mientras Piper la empujaba por el borde de la sima. Medea desapareció en la sopa revuelta de combustible en llamas y agua marina.

La chica gritó a Jason. Puede que quisiera decir «¡VAMOS!», pero lo único que le salió fue un grito gutural.

Él estaba un poco ocupado. Esquivó el ataque de Incitatus y paró la lanza de Calígula con su espada, pero se movía despacio. Solo podía imaginarme la energía que había gastado controlando los vientos y los rayos.

—¡Largaos de aquí! —nos gritó—. ¡Marchaos!

Una flecha apareció en su muslo izquierdo y gruñó dando un traspié. Encima de nosotros se habían reunido más pandai, a pesar del peligro de graves tormentas eléctricas.

Piper gritó en señal de advertencia cuando Calígula volvió a atacar. Jason logró apartarse rodando por el suelo, hizo un gesto como si cogiera algo en el aire y entonces una ráfaga de viento lo levantó. De repente estaba sentado a horcajadas en un nubarrón en miniatura con cuatro nubes embudo por patas y una crin de rayos crepitantes: Tempestad, su *ventus* con forma de corcel.

Cabalgó contra Calígula en una justa de espada contra lanza. Otra flecha le alcanzó en el brazo.

—¡Te he dicho que esto no es un juego! —chilló el emperador—. ¡No escaparás con vida!

Debajo, una explosión sacudió el barco y la sala se partió todavía más. Piper se tambaleó, cosa que seguramente le salvó la vida, porque tres flechas se clavaron justo en el sitio donde acababa de estar.

De algún modo, logró levantarme. Yo tenía la Flecha de Dodona en la mano, pero no recordaba haberla cogido. No veía rastro de Crest ni de Meg ni de Medea. Una flecha apareció en la puntera de mi zapato. Notaba un dolor tan intenso que no supe si me había atravesado el pie o no.

Piper me tiró del brazo y señaló a Jason pronunciando unas palabras urgentes, pero ininteligibles. Yo quería ayudarle, sin embargo, ¿qué podía hacer? Acababa de clavarme una flecha en el pecho. Estaba seguro de que si estornudaba demasiado fuerte, sacaría el tapón rojo de la herida y moriría desangrado. No podía coger un arco ni rasguear un ukelele. Mientras tanto, en la azotea destruida por encima de nosotros, aparecían más y más pandai, deseosos de ayudarme a cometer mi flechicidio.

Piper no se encontraba en mejor estado. Era un milagro que estuviera de pie; la clase de milagro que luego te manda al otro barrio cuando se te pasa el subidón de adrenalina.

No obstante, ¿cómo podíamos salir de allí?

Observé horrorizado cómo luchaban Jason y Calígula; el chico sangraba a causa de las flechas que tenía en cada miembro, y sin embargo todavía lograba levantar la espada. Había muy poco espacio para dos hombres montados a caballo, pero daban vueltas uno alrededor del otro intercambiando

golpes. Incitatus propinó una patada a Tempestad con sus cascos delanteros de herraduras doradas, y el *ventus* respondió con unos estallidos de electricidad que quemaron los flancos blancos del corcel.

Cuando el antiguo pretor y el emperador pasaron uno junto al otro, la mirada de Jason se cruzó con la mía a través del ruinoso salón del trono. Su expresión me reveló su plan con absoluta claridad. Como yo, había decidido que Piper McLean no moriría esa noche. Por algún motivo, había decidido que yo también debía vivir.

—¡¡¡Márchate!!! —gritó otra vez—. ¡No te olvides!

Yo tardé en reaccionar, estupefacto. Jason me sostuvo la mirada una fracción de segundo más de lo necesario, tal vez para asegurarse de que entendía las últimas palabras: «No te olvides», la promesa que me había arrancado hacía un millón de años esa misma mañana, en la habitación de su residencia en Pasadena.

Cuando Jason estaba de espaldas, Calígula se dio media vuelta. Arrojó la lanza y clavó su punta entre los omóplatos del semidiós. Piper gritó. Jason se puso tenso y, presa del dolor, abrió desmesuradamente sus ojos azules.

Se desplomó hacia delante abrazando el pescuezo de Tempestad. Movié los labios como si susurrara algo a su corcel.

«¡Lléváoslo!», supliqué, consciente de que ningún dios me escucharía. «¡Por favor, dejad que Tempestad lo ponga a salvo!».

El chico cayó de bruces en la cubierta desde su corcel, con la lanza todavía en la espalda, y se le escapó el *gladius* de la mano con gran estruendo.

Incitatus se acercó trotando al semidiós abatido. Las flechas seguían cayendo a nuestro alrededor.

Calígula me miró a través de la sima y me dedicó la misma expresión ceñuda que solía dedicarme mi padre antes de infligirme uno de sus castigos: «Mira lo que me has obligado a hacer».

—Te lo advertí —dijo, y acto seguido miró a los pandai situados encima—. Dejad a Apolo vivo. No es ningún peligro. Pero matad a la chica.

Piper gritó temblando de rabia e impotencia. Me puse delante de ella y esperé a la muerte, preguntándome con un frío desapego dónde se clavaría la primera flecha. Vi cómo Calígula sacaba su lanza y volvía a hundirla en la espalda de Jason, un acto que eliminé toda esperanza de que nuestro amigo siguiera vivo.

Cuando los pandai sacaron sus arcos y apuntaron, el aire cargado de ozono crepitó. El viento se arremolinó a nuestro alrededor. Piper y yo escapamos súbitamente del casco en llamas del *Julia Drusila XII* a lomos de

Tempestad; el *ventus* cumplía las últimas órdenes de Jason, que le había mandado que nos pusiera a salvo, tanto si queríamos como si no.

Lloré de desesperación mientras cruzábamos la superficie de la bahía de Santa Bárbara a toda velocidad, con los sonidos de las explosiones retumbando aún detrás de nosotros.

Accidente de *surf*, mi nuevo
eufemismo para referirme a la peor
noche de la historia

Durante las siguientes horas mi mente me abandonó.

No recuerdo que Tempestad nos dejase en la playa, aunque debió de hacerlo. Me acuerdo de momentos aislados, como de Piper chillándome, o sentada entre las olas sollozando sin derramar lágrimas, o cogiendo en vano puñados de arena húmeda y lanzándolos al mar. Unas cuantas veces apartó de un manotazo la ambrosía y el néctar que yo trataba de darle.

Recuerdo haber paseado despacio por la estrecha playa, descalzo, con la camiseta fría del agua marina. El tapón de mejunje curativo palpitaba en mi pecho y dejaba salir un poco de sangre de vez en cuando.

Ya no estábamos en Santa Bárbara. No había puerto, ni hilera de superyates, solo el oscuro océano Pacífico que se extendía ante nosotros. Detrás se alzaba imponente un acantilado oscuro, y vimos una sinuosa escalera de madera que subía hacia las luces de una casa situada en lo alto.

Meg McCaffrey también estaba allí. Un momento. ¿Cuándo había llegado Meg? Estaba totalmente empapada, con la ropa hecha jirones, la cara y los brazos convertidos en una zona bélica de morados y cortes. Estaba sentada al lado de Piper, compartiendo ambrosía con ella. Supongo que mi ambrosía no era lo bastante buena. El pandos Crest permanecía en cuclillas, a cierta distancia, al pie del acantilado, mirándome ávidamente como si esperase su primera lección de música. Debía de haber hecho lo que yo le había pedido. Había logrado encontrar a Meg, la había sacado del mar y la había traído volando hasta allí..., donde quiera que estuviésemos.

Lo que más claramente recuerdo es a Piper diciendo «No está muerto».

Lo dijo una y otra vez, tan pronto como consiguió pronunciar alguna palabra, cuando el néctar y la ambrosía disminuyeron la hinchazón de su boca. Todavía tenía muy mal aspecto. Su labio superior necesitaba puntos. Sin duda le quedaría una cicatriz. Su mandíbula, su barbilla y su labio inferior eran un gigantesco morado de color berenjena. Sospechaba que la factura de su dentista sería considerable. Aun así, logró pronunciar las palabras con una firme determinación.

—No está muerto.

Meg le agarró el hombro.

—Quizá. Nosotros lo averiguaremos. Tú tienes que descansar y curarte.

Miré con incredulidad a mi joven ama.

—¿Quizá? ¿Es que no has visto lo que ha pasado, Meg? Él... Jason... la lanza...

Ella me fulminó con la mirada. No dijo «Cállate», pero oí la orden alto y claro. Los anillos de oro brillaban en sus manos, aunque no sabía cómo podía haberlos recuperado. Tal vez, como muchas armas mágicas, volvían automáticamente a su dueño cuando se perdían. Sería propio de Nerón hacerle a su hijastra unos regalos tan pegajosos.

—Tempestad encontrará a Jason —insistió Meg—. Solo tenemos que esperar.

Tempestad..., claro. Después de que el *ventus* nos llevara a Piper y a mí allí, recordaba vagamente que ella había abordado al espíritu, empleando palabras confusas y gestos para mandarle que volviera a los yates a buscar a Jason. Tempestad se había ido corriendo a través de la superficie del mar como si fuera una tromba electrificada.

Contemplando ahora el horizonte, me preguntaba si podía esperar buenas noticias.

Los recuerdos del barco estaban volviendo, y al juntarse formaban un fresco más horrible que cualquier pintura de las paredes de Calígula.

El emperador me había avisado: «Esto no es un juego». Efectivamente, él no era Cómodo. A pesar de lo mucho que a Calígula le gustaba la teatralidad, él nunca echaría a perder una ejecución añadiendo efectos especiales vistosos, avestruces, balones de baloncesto, coches de carreras y música a todo trapo. Calígula no hacía ver que mataba. Él mataba.

—No está muerto. —Piper repetía su mantra como si tratase de utilizar su poder de persuasión tanto consigo misma como con nosotros—. Ha sufrido demasiado para morir ahora así.

Yo quería creerla.

Lamentablemente, había presenciado decenas de miles de muertes de mortales. Pocas tenían sentido. La mayoría eran prematuras, inesperadas, indignas y, como mínimo, un tanto bochornosas. Las personas que merecían morir tardaban una eternidad en estirar la pata. Los que merecían vivir siempre se iban demasiado pronto.

Caer en combate contra un emperador malvado para salvar a sus amigos parecía una muerte demasiado plausible para un héroe como Jason Grace. Él me había contado lo que la sibila eritrea le había dicho. Si no le hubiera pedido que viniera con nosotros...

«No te culpes», dijo el Apolo Egoísta. «Fue decisión suya».

«¡Era mi misión!», replicó el Apolo Culpable. «¡De no ser por mí, Jason estaría a salvo en la habitación de su residencia, dibujando nuevos templos para deidades menores desconocidas! Piper McLean estaría ilesa, con su padre, preparándose para su nueva vida en Oklahoma».

El Apolo Egoísta no tenía nada que decir al respecto, o se lo guardó egoístamente para sí mismo.

Solo podía contemplar el mar y esperar, confiando en que Jason Grace apareciera galopando, sano y salvo, en medio de la oscuridad.

Finalmente, el aire se impregnó de olor a ozono. Relampagueó sobre la superficie del agua. Tempestad llegó corriendo a la orilla, con una silueta oscura sobre el lomo que parecían unas alforjas.

El caballo de viento se arrodilló y dejó a Jason con cuidado en la arena. Piper gritó y corrió a su lado. Meg la siguió. Lo más terrible fue la expresión de alivio momentánea de sus caras, antes de que se apagara.

Jason tenía la piel del color de un pergamino en blanco, salpicada de lodo, arena y espuma. El mar le había limpiado la sangre, pero su camisa del internado se había vuelto morada como una faja senatorial. De los brazos y las piernas le sobresalían flechas. Tenía la mano derecha fija en un gesto de señalar, como si siguiera diciéndonos que nos fuésemos. Su expresión no se antojaba de angustia ni de miedo. Parecía en paz, como si acabara de dormirse después de un día duro. Yo no quería despertarlo.

Piper lo sacudió y gritó sollozando:

—¡¡¡Jason!!! —Su voz resonó en los acantilados.

La cara de Meg adoptó una mueca dura. Se sentó en cuclillas y me miró.

—Cúralo.

La autoridad de la orden me empujó a adelantarme y me hizo arrodillarme al lado de Jason. Puse la mano en su frente fría, un detalle que no hizo más

que confirmar lo evidente.

—Meg, no puedo curar la muerte. Ojalá pudiera.

—Siempre hay una solución —dijo Piper—. ¡La cura del médico! ¡Leo la recibió!

Negué con la cabeza.

—Leo tenía la cura a mano cuando murió —aclaré con delicadeza—. Él pasó por muchas penalidades para conseguir los ingredientes. Y además necesitó que Asclepio se la preparase. Esta vez no daría resultado; con Jason, no. Lo siento, Piper. Es demasiado tarde.

—No —insistió ella—. No, los cheroquis siempre han dicho... —Respiró entrecortadamente, como si se preparase para el dolor resultante de pronunciar muchas palabras—. Una de las leyendas más famosas. Cuando el hombre empezó a destruir la naturaleza, los animales decidieron que el hombre era un peligro y todos juraron que se defenderían. Cada animal tenía una forma distinta de matar a los humanos. Pero las plantas... eran buenas y compasivas. Ellas juraron lo contrario, dijeron que buscarían la forma de proteger a la gente. Por eso hay una cura vegetal para cada cosa, sea cual sea la enfermedad o el veneno o la herida. Alguna planta tiene la cura. ¡Solo hay que saber cuál!

Hice una mueca.

—Piper, esa leyenda encierra una gran sabiduría. Pero aunque siguiera siendo un dios, no podría ofrecerte un remedio para resucitar a Jason. Si algo así existiese, Hades no permitiría que se usase.

—¡Las Puertas de la Muerte, entonces! —dijo—. ¡Medea volvió por allí! ¿Por qué no Jason? Siempre hay una forma de engañar al sistema. ¡Ayúdame!

Su poder de persuasión me invadió, eficaz como la orden de Meg. Entonces miré la expresión plácida del antiguo pretor.

—Piper —dije—, tú y Jason luchasteis para cerrar las Puertas de la Muerte porque sabíais que no estaba bien dejar que los muertos volvieran al mundo de los vivos. Jason Grace me parecía muchas cosas, pero no era un tramposo. ¿Crees que querría que hicieses pedazos el cielo, la Tierra y el inframundo para resucitarlo?

A Piper le brillaron los ojos airadamente.

—A ti no te importa porque eres un dios. Tú volverás al Olimpo después de liberar a los oráculos. Así pues, ¿qué más te da? Nos estás utilizando para conseguir lo que quieres, como todos los dioses.

—Oye —dijo Meg, suavemente, pero con firmeza—. Eso no ayuda.

Piper pegó la mano al pecho de Jason.

—¿Por qué ha muerto, Apolo? ¿Por unos zapatos?

Un acceso de pánico estuvo a punto de sacarme el tapón del pecho. Me había olvidado por completo de los zapatos. Tiré del carcaj que llevaba en la espalda, lo puse boca abajo y sacudí las flechas.

Las sandalias enrolladas de Calígula cayeron en la playa.

—Aquí están. —Las recogí con las manos temblorosas—. Por lo menos..., por lo menos las tenemos.

Piper dejó escapar un sollozo entrecortado mientras acariciaba el pelo de Jason.

—Sí, sí, qué bien. Ya puedes ir a ver a tu Oráculo. ¡El Oráculo por culpa del que Jason ha muerto!

Detrás de mí, a media cuesta del acantilado, una voz de hombre gritó:

—¿Piper?

Tempestad huyó y se deshizo en viento y gotas de lluvia.

Vestido con un pantalón de pijama a cuadros y una camiseta blanca, Tristan McLean bajaba a toda prisa la escalera del acantilado.

«Claro», comprendí. Tempestad nos había llevado a la casa de McLean en Malibú. De algún modo, había sabido que debía ir allí. El padre de Piper debía de haber oído todos los gritos desde lo alto del acantilado.

El hombre corrió hacia nosotros haciendo golpetear sus chancletas contra las plantas de los pies, salpicando de arena los bajos de su pantalón, con la camiseta ondeando al viento. Su cabello moreno despeinado se agitaba por delante de sus ojos, pero no ocultaba su expresión de inquietud.

—¡Estaba esperándote, Piper! —gritó—. Estaba en la terraza y...

Se quedó inmóvil, primero al ver el rostro lleno de heridas de su hija y luego al ver el cuerpo tumbado en la arena.

—Oh, no, no. —Corrió junto a Piper—. ¿Qué... qué está...? ¿Quién...?

Una vez que se hubo asegurado de que su hija no corría peligro de muerte inmediato, se arrodilló al lado de Jason y puso la mano contra el cuello del chico para tomarle el pulso. Naturalmente, no lo encontró.

Nos miró consternado. Tuvo que mirar dos veces cuando vio a Crest agachado cerca, con sus enormes orejas blancas desplegadas a su alrededor.

Casi pude percibir cómo la Niebla se arremolinaba alrededor de Tristan McLean mientras el hombre intentaba descifrar lo que veía, buscando la forma de ponerlo en un contexto que su cerebro mortal pudiera entender.

—¿Un accidente de surf? —aventuró—. Oh, Piper, sabes que esas rocas son peligrosas. ¿Por qué no me lo has dicho...? ¿Cómo has...? Da igual. Da

igual. —Sacó el teléfono del bolsillo del pantalón de pijama con las manos temblorosas y marcó el número de urgencias.

El teléfono chirrió y pitó.

—El teléfono no... No..., no lo entiendo.

Piper rompió a llorar apretándose contra el pecho de su padre.

En ese momento, Tristan McLean debería haberse venido abajo de una vez por todas. Su vida se había ido a pique. Había perdido todo por lo que había trabajado a lo largo de su carrera. Y encontrar ahora a su hija herida y a su exnovio muerto en la playa de su finca embargada... sin duda bastaba para hacer tambalear la cordura de cualquiera. Calígula tendría otro motivo para celebrar una bonita velada de trabajo sádico.

Sin embargo, la resistencia humana me sorprendió una vez más. La expresión de Tristan McLean se volvió dura como el acero. Su concentración aumentó. Debía de haber comprendido que su hija lo necesitaba y que no podía darse el gusto de regodearse en la autocompasión. Le quedaba un papel importante que interpretar: el de padre de Piper.

—Tranquila, cariño —dijo, abrazando su cabeza—. Tranquila, lo... lo solucionaremos. Lo superaremos.

Se volvió y señaló a Crest, que seguía rondando el acantilado.

—Tú.

El joven pandos le siseó como un gato.

El señor McLean parpadeó, mientras su mente se reiniciaba.

Me señaló a mí.

—Tú. Llévate a los demás a casa. Yo me quedaré con Piper. Utiliza el teléfono fijo de la cocina. Llama a urgencias. Diles... —Miró el cuerpo castigado de Jason—. Diles que vengan enseguida.

Piper alzó la vista, con los ojos hinchados y enrojecidos.

—Una cosa más, Apolo. No volváis. ¿Me oyes? Vosotros... marchaos.

—Pipes —dijo su padre—. Ellos no...

—¡Marchaos! —gritó ella.

Mientras subíamos por la escalera destartada, no sabía qué me pesaba más, si mi cuerpo agotado o la bala de cañón de pena y culpabilidad que se había asentado en mi pecho. Durante todo el recorrido hasta la casa, oí los sollozos de Piper resonando en los oscuros acantilados.

Si le das un ukelele a un pandos,
querrá clases. ¡¡No lo hagas!!

Las cosas fueron de mal en peor.

Ni Meg ni yo logramos que el teléfono fijo funcionase. Fuera cual fuese la maldición que afectaba al uso de las comunicaciones por parte de los semidioses, nos impidió conseguir señal.

Desesperado, le pedí a Crest que lo intentase y él logró que el teléfono funcionara. Me lo tomé como una afrenta personal.

Le dije el número de urgencias. Después de equivocarse repetidas veces, caí en la cuenta de que intentaba marcarlo en números romanos. Le enseñé a hacerlo bien.

—Sí —dijo al operador—. Hay un humano muerto en la playa. Necesita ayuda... ¿La dirección?

—Oro del Mar, doce —apunté.

Crest lo repitió.

—Correcto... ¿Que quién soy yo? —Siseó y colgó.

Me pareció el momento perfecto para marcharnos.

Una desgracia tras otra: el Ford Pinto de 1979 de Gleeson Hedge seguía aparcado enfrente de la casa de McLean. A falta de una opción mejor, me vi obligado a conducirlo hasta Palm Springs. Todavía me encontraba fatal, pero la magia selladora que Medea me había aplicado en el pecho parecía estar curándome, lenta y dolorosamente, como si un ejército de diablillos con grapadoras corriera por mi caja torácica.

Meg se sentó en el asiento del copiloto y llenó el coche de olor a sudor ahumado, ropa húmeda y manzanas asadas. Crest iba sentado en el asiento trasero con mi ukelele de combate, punteando y rasgueando, aunque yo

todavía no le había enseñado ningún acorde. Como había previsto, el mástil era demasiado pequeño para su mano de ocho dedos. Cada vez que tocaba una combinación de notas incorrecta (es decir, cada vez que tocaba), siseaba al instrumento como si pudiera intimidarlo para que colaborase.

Yo conducía aturdido. Cuanto más nos alejábamos de Malibú, más me sorprendía pensando: «No. Seguro que no ha pasado realmente. Lo de hoy ha debido de ser una pesadilla. No acabo de ver morir a Jason Grace. No acabo de dejar a Piper McLean llorando en la playa. Nunca permitiría que algo así pasara. ¡Soy buena persona!».

Ni yo me lo creía.

Más bien era la clase de persona que se merecía conducir un Pinto amarillo en mitad de la noche con una niña gruñona y harapienta y un pandos silbador obsesionado con el ukelele por acompañantes.

Ni siquiera estaba seguro de por qué volvíamos a Palm Springs. ¿De qué serviría? Sí, Grover y nuestros demás amigos nos esperaban, pero lo único que nosotros podíamos ofrecerles eran noticias trágicas y un viejo par de sandalias. Nuestro objetivo estaba en el centro de Los Ángeles: la entrada del Laberinto en Llamas. Para asegurarnos de que la muerte de Jason no había sido en vano, deberíamos haber ido directos allí a buscar a la sibila y liberarla de su cárcel.

Bah, pero ¿a quién quería engañar? No estaba en condiciones de hacer nada, y Meg no se encontraba mucho mejor. Lo máximo a lo que podía aspirar era a llegar a Palm Springs sin amodorrarme al volante. Luego podría acurrucarme en el fondo de la Cisterna y llorar hasta quedarme dormido.

Meg apoyó los pies en el salpicadero. Se le habían partido las gafas por la mitad, pero seguía llevándolas como unas gafas de aviador torcidas.

—Dale tiempo —me dijo—. Está furiosa.

Por un momento, no supe si Meg estaba hablando de sí misma en tercera persona. Lo que me faltaba. Entonces me di cuenta de que se refería a Piper McLean. A su manera, trataba de consolarme. Los tremendos portentos del día no tenían fin.

—Ya lo sé —dije.

—Intentaste suicidarte —observó.

—Yo... yo pensé que serviría para... distraer a Medea. Fue un error. Todo ha sido culpa mía.

—No. Lo entiendo.

¿Meg McCaffrey me estaba perdonando? Contuve un sollozo.

—Jason eligió —dijo—. Igual que tú. Los héroes tienen que estar dispuestos a sacrificarse.

Me inquieté... y no solo porque Meg hubiera empleado una frase tan larga. No me gustaba su definición de heroísmo. Yo siempre había considerado que un héroe era alguien que posaba en un desfile de carrozas, saludaba con la mano a la multitud, lanzaba caramelos y disfrutaba de los halagos de los plebeyos. Pero ¿sacrificarte? No. Ese no sería uno de los requisitos que yo incluiría en mi folleto de reclutamiento de héroes.

Además, parecía que Meg me considerase un héroe, situándome en la misma categoría que a Jason Grace. No me parecía bien. Yo era mucho mejor dios que héroe. Lo que le había dicho a Piper sobre la irrevocabilidad de la muerte era cierto. Jason no volvería. Si yo falleciese aquí en la Tierra, tampoco tendría una segunda oportunidad. Jamás podría hacer frente a esa idea con la serenidad con la que lo había hecho Jason. Me había clavado una flecha en el pecho confiando plenamente en que Medea me curase, aunque solo fuera para desollarme vivo unos minutos más tarde. Era así de cobarde.

Meg se toqueteó un callo de la palma de la mano.

—Tenías razón en lo que dijiste sobre Calígula y Nerón, y sobre el motivo por el que yo estaba tan furiosa.

La miré. Tenía la cara tirante de la concentración. Había dicho los nombres de los emperadores con un extraño desapego, como si estuviera examinando muestras de virus mortales al otro lado de un muro de cristal.

—¿Y cómo te sientes ahora? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Igual. Distinta. No sé. ¿Sabes cuando cortas las raíces de una planta? Así es como me siento. Es duro.

Entendía sus confusos comentarios, y eso no era un buen indicativo de mi cordura. Pensé en Delos, la isla en la que había nacido, que había flotado en el mar sin raíces hasta que mi madre, Leto, se instaló en ella para darnos a luz a mi hermana y a mí.

Me costaba imaginar el mundo antes de que yo naciera, imaginar Delos como un lugar a la deriva. Mi hogar había echado raíces literalmente gracias a mi existencia. Nunca había estado seguro de quién era yo, ni de quiénes eran mis padres, ni de dónde era.

El Delos de Meg nunca había dejado de ir a la deriva. ¿Podía culparla por estar furiosa?

—Vienes de una familia ancestral —observé—. El linaje de Plemneo es una herencia digna de orgullo. Tu padre estaba haciendo un importante

trabajo en Aeithales. Las nacidas de la sangre, las esposas de la plata..., sean lo que sean las semillas que plantaste, asustaron a Calígula.

Meg tenía tantos cortes nuevos en la cara que era difícil saber si estaba frunciendo el ceño o no.

—¿Y si no consigo que las semillas crezcan?

No me atreví a aventurar una respuesta. No soportaba seguir pensando en el fracaso esa noche.

Crest asomó la cabeza entre los asientos.

—¿Me enseñas ya el acorde de do menor sexta tritono?

Nuestra reunión en Palm Springs no fue alegre.

Solo con ver nuestro estado, las dríades que estaban de servicio supieron que traíamos malas noticias. Eran las dos de la madrugada, pero reunieron a todos los residentes de los invernaderos de la Cisterna, además de a Grover, el entrenador Hedge, Mellie y el pequeño Chuck.

Cuando Árbol de Josué vio a Crest, frunció el entrecejo.

—¿Por qué nos habéis traído a esta criatura?

—Y lo más importante —dijo Grover—, ¿dónde están Piper y Jason?

Me miró a los ojos, y su aplomo se vino abajo como un castillo de naipes.

—Oh, no. No.

Les contamos la historia. O, mejor dicho, yo se la conté. Meg se quedó sentada en la orilla del estanque mirando tristemente el agua. Crest se metió a gatas en uno de los nichos y se envolvió con las orejas como una manta, meciendo mi ukelele de la misma forma que Mellie mecía al pequeño Chuck.

Se me quebró la voz varias veces al relatar la última batalla de Jason. Su muerte por fin se volvió real para mí. Abandoné toda esperanza de despertar de esa pesadilla.

Esperaba que Gleeson Hedge explotase, que intentase darle a todo y a todos con su bate. Pero me sorprendió como Tristan McLean. El sátiro permaneció callado y sereno sin alterar la voz, cosa que resultaba desconcertante.

—Yo era el protector del chaval —dijo—. Debería haber estado allí.

Grover trató de consolarlo, pero Hedge levantó la mano.

—No. No lo hagas. —Se volvió hacia Mellie—. Piper va a necesitarnos.

La ninfa de las nubes se secó una lágrima.

—Sí. Por supuesto.

Aloe Vera se retorció las manos.

—¿Voy yo también? A lo mejor puedo hacer algo. —Me miró con desconfianza—. ¿Probaste el aloe vera con el chico?

—Me temo que está muerto de verdad —dije—, más allá de los poderes del aloe.

Ella no parecía muy convencida, pero Mellie le apretó el hombro.

—Te necesitan aquí, Aloe. Cura a Apolo y a Meg. Gleeson, ve a por la bolsa de los pañales. Te veré en el coche.

Se elevó flotando y salió de la Cisterna con el pequeño Chuck en brazos.

Hedge chasqueó los dedos dirigiéndose a mí.

—Las llaves del Pinto.

Se las lancé.

—Por favor, no cometa ninguna imprudencia. Calígula es... Usted no puede...

Hedge me detuvo lanzándome una fría mirada.

—Tengo que cuidar de Piper. Esa es mi prioridad. Dejaré las imprudencias para otros.

Advertí el amargo tono acusatorio de su voz. Viniendo del entrenador Hedge, me parecía bastante injusto, pero no tuve valor para protestar.

Una vez que la familia Hedge se hubo marchado, Aloe Vera nos atendió a Meg y a mí embadurnando nuestras heridas de mejunje. Chasqueó la lengua al ver el tapón rojo de mi pecho y lo sustituyó por una bonita espina verde de su pelo.

Las otras dríades no parecían saber qué hacer ni qué decir. Se quedaron alrededor del estanque, esperando y pensando. Supuse que, como eran plantas, se sentían a gusto en los largos silencios.

Grover Underwood se sentó pesadamente al lado de Meg y movió los dedos sobre los agujeros de su zampoña.

—Perder a un semidiós... —Sacudió la cabeza—. Es lo peor que le puede pasar a un protector. Hace años, cuando pensaba que había perdido a Thalia Grace... —Se interrumpió y acto seguido se desmoronó presa de la desesperación—. Oh, Thalia. Cuando se entere...

Creía que no podía sentirme peor, pero esa idea hizo que unas cuantas cuchillas de afeitar más me recorrieran el pecho. Thalia Grace me había salvado la vida en Indianápolis. Su furia en combate solo era superada por la ternura con que hablaba de su hermano. Sentí que yo debía ser quien le diera la noticia. Por otra parte, no quería encontrarme en el mismo estado que ella cuando se enterase.

Eché un vistazo a mis abatidos compañeros. Recordé las palabras que la sibila había pronunciado en el sueño: «Te parecerá que no vale la pena. Yo misma no estoy segura. Pero debes venir. Debes mantenerlos unidos en su dolor». Ahora lo entendía. Ojalá no fuera así. ¿Cómo podía mantener unida a una Cisterna entera cuando ni siquiera era capaz de mantener el tipo?

Aun así, levanté el par de antiguas *caligae* que había rescatado en los yates.

—Por lo menos tenemos esto. Jason dio su vida para que pudiéramos impedir los planes de Calígula. Mañana llevaré estos zapatos en el Laberinto en Llamas. Encontraré la forma de liberar al Oráculo y de apagar los fuegos de Helios.

Me pareció un discurso de ánimo bastante bueno, pensado para devolver la confianza y tranquilizar a mis amigos. Omití que no tenía ni idea de cómo conseguir ninguna de esas cosas.

Nopal se erizó, cosa que hizo con consumada destreza.

—Tú no estás en condiciones de hacer nada. Además, Calígula sabrá lo que planeas. Esta vez estará esperando y estará listo.

—Tiene razón —dijo Crest desde su nicho.

Las dríades le pusieron cara de pocos amigos.

—¿Qué pinta él aquí? —preguntó Cholla.

—Clases de música —contesté.

Mi respuesta me granjeó varias docenas de miradas de confusión.

—Una larga historia —dije—. Pero Crest arriesgó la vida por nosotros en los yates y salvó a Meg. Podemos fiarnos de él. —Miré al joven pandos y confié en no equivocarme en mi estimación—. Crest, ¿hay algo que puedas contarnos que nos sea útil?

Él arrugó su vellosa nariz blanca (un gesto que no le hizo parecer en absoluto adorable ni me dio ganas de abrazarlo).

—No podéis utilizar la entrada principal del centro. Os estarán esperando.

—A ti te esquivamos —dijo Meg.

Las gigantescas orejas de Crest se tiñeron de rosa en los bordes.

—Eso fue distinto —murmuró—. Mi tío estaba castigándome. Era el turno del almuerzo. Nadie ataca durante el turno del almuerzo.

Me fulminó con la mirada como si yo hubiera debido saberlo.

—Ahora tendrán más guerreros. Y trampas. El caballo también podría estar allí. Puede moverse muy rápido. Un telefonazo, y se presentará allí.

Me acordé de lo rápido que Incitatus había aparecido en el Desmadre Militar de Macrón y la ferocidad con que había luchado a bordo del barco del

calzado. No ardía en deseos de volver a enfrentarme a él.

—¿Existe otra entrada? —pregunté—. ¿Algo, no sé, menos peligroso y que esté cerquita de la sala del Oráculo? Sería muy práctico.

Crest abrazó su ukelele (mi ukelele) más fuerte.

—Hay una entrada. Yo la conozco. Los demás no.

Grover ladeó la cabeza.

—Debo decir que eso parece demasiado práctico.

Crest puso mala cara.

—Me gusta explorar. A nadie más le gusta. El tío Amax... siempre decía que yo soñaba despierto. Pero cuando exploras, encuentras cosas.

No podía discutirse. Cuando yo exploraba, acostumbraba a encontrar cosas peligrosas que querían matarme. Dudaba que mañana fuera diferente.

—¿Podrías llevarnos a esa entrada secreta? —pregunté.

Crest asintió con la cabeza.

—Entonces tendrás la oportunidad que buscas. Podrás colarte y llegar al Oráculo antes de que los guardias te encuentren. Y luego podrás salir y darme clases de música.

Las dríades me miraron fijamente con expresiones vagas que no me ayudaban nada, como si pensarán: «Eh, nosotras no podemos decirte cómo tienes que morir. Tú eliges».

—Lo haremos —decidió Meg por mí—. ¿Te apuntas, Grover?

El sátiro suspiró.

—Claro. Pero primero necesitáis dormir.

—Y curaros —añadió Aloe.

—¿Y enchiladas? —pedí—. ¿Para desayunar?

Llegamos a un consenso en ese punto.

Así pues, con la perspectiva de las enchiladas —y de un viaje probablemente fatal al Laberinto en Llamas—, me acurruqué en mi saco de dormir y me quedé frito.

Una cuarta suspendida, el acorde que tocas justo antes de que de repente...

Me desperté cubierto de mejunje y con espinas de aloe (una vez más) en los agujeros de la nariz.

Mirándolo por el lado positivo, ya no me dolían las costillas como si las tuviera llenas de lava. Se me había curado el pecho y solo me había quedado una cicatriz arrugada donde me había clavado la flecha. Nunca había tenido una cicatriz. Ojalá hubiera podido verla como una marca de honor. Sin embargo, me temía que ahora cada vez que mirase hacia abajo, me acordaría de la peor noche de mi vida.

Por lo menos había dormido profundamente y no había tenido sueños. El aloe vera era efectivo.

El sol brillaba justo encima. En la Cisterna solo estábamos Crest y yo; el pandos roncaba en su nicho agarrando el ukelele que le hacía de osito de peluche. Alguien, seguramente hacía horas, había dejado un plato con enchiladas de desayuno y un refresco al lado de mi saco de dormir. La comida se había quedado tibia y el hielo del refresco se había derretido. Me daba igual. Comí y bebí vorazmente. Agradecí la salsa picante que me ayudó a despejar el olor a yates quemados de mis senos nasales.

Una vez que me hube desbabado y lavado en el estanque, me puse un conjunto de camuflaje nuevo de Macrón: blanco ártico, porque en el desierto de Mojave había mucha demanda.

Me eché el carcaj y el arco al hombro, me até las sandalias de Calígula al cinturón y consideré quitarle el ukelele a Crest, pero decidí dejárselo de momento, pues no quería que me arrancara las manos de un bocado.

Finalmente, salí al agobiante calor de Palm Springs.

A juzgar por el ángulo del sol, debían de ser más o menos las tres de la tarde. Me preguntaba por qué Meg me había dejado dormir tanto. Escudriñé la ladera, pero no vi a nadie. Por un momento, me imaginé que ella y Grover no habían podido despertarme y se habían ido solos al Laberinto.

«¡Mecachis!», podría decirles cuando volviesen. «¡Lo siento, chicos! ¡Y eso que estaba listo!».

Pero no. Las sandalias de Calígula colgaban de mi cinturón. Ellos no se habrían ido sin ellas. También dudaba que se hubieran olvidado de Crest, ya que era el único que conocía la entrada supersecreta del Laberinto.

Vi un atisbo de movimiento; dos sombras que se movían detrás del invernadero más cercano. Me acerqué y oí unas voces que hablaban en tono serio: Meg y Josué.

No sabía si dejarlos en paz o acercarme y gritar: «¡Meg, este no es momento para tontear con tu novio el de la yuca!».

Entonces caí en la cuenta de que hablaban de climas y temporadas de cultivo. Puf. Me puse a la vista y los encontré estudiando una hilera de siete árboles jóvenes que habían brotado del suelo rocoso... en los sitios exactos en los que Meg había plantado las semillas el día anterior.

Josué me divisó de inmediato, una clara señal de que mi camuflaje ártico funcionaba.

Cada árbol medía aproximadamente un metro de altura y tenía las ramas blancas y unas hojas con forma de rombo verde claro que parecían demasiado delicadas para el calor del desierto.

—Son fresnos —dije, perplejo.

Sabía mucho de fresnos... Bueno, al menos más que del resto de árboles. Hacía mucho, me habían llamado Apolo Meliai, Apolo de los Fresnos, por un bosquecillo sagrado que tenía en... Oh, ¿dónde estaba? En aquel entonces tenía tantas casas de veraneo que me costaba acordarme de todas.

Me empezó a dar vueltas la cabeza. La palabra *meliai* quería decir algo aparte de «fresnos». Poseía un significado especial. A pesar de estar plantadas en un clima totalmente hostil, esas jóvenes plantas irradiaban una fuerza y una energía que hasta yo podía percibir. Habían crecido de la noche a la mañana y se habían transformado en unos saludables árboles jóvenes. Me preguntaba cómo estarían al día siguiente.

Melaii... Di vueltas a la palabra en mi mente. ¿Qué había dicho Calígula? «Nacidas de la sangre. Esposas de la plata».

Meg frunció el ceño. Esa mañana tenía mucho mejor aspecto: llevaba otra vez su ropa de color semáforo, que había sido milagrosamente remendada y

lavada. (Sospechaba de las dríades, a quienes se les daban de maravilla las telas). Sus gafas con montura de ojos de gato habían sido reparadas con cinta aislante azul. Las cicatrices de sus brazos y de su cara se habían vuelto tenues vetas blancas como las estelas de los meteoritos en el cielo.

—Sigo sin entenderlo —dijo—. Los fresnos no crecen en el desierto. ¿Por qué experimentaba mi padre con ellos?

—Las melíades —dije.

A Josué le brillaron los ojos.

—Yo he pensado lo mismo.

—¿Las qué? —preguntó Meg.

—Creo que tu padre estaba haciendo algo más que investigar una nueva variedad de planta resistente —dije—. Trataba de recrear... o, mejor dicho, de reencarnar una antigua especie de dríade.

¿Fueron imaginaciones mías o aquellos jóvenes árboles susurraron? Contuve las ganas de retroceder y escapar. Solo eran retoños, me recordé a mí mismo. Bonitas e inofensivas plantitas que no tenían ninguna intención de matarme.

Josué se arrodilló. Con su ropa de safari de color caqui y su pelo verde grisáceo revuelto, parecía un experto en fauna salvaje que estuviera a punto de mostrar una especie letal de escorpión a los televidentes. En lugar de eso, tocó las ramas del arbolito más cercano y apartó rápido la mano.

—¿Es posible? —dijo, cavilando—. Todavía no son conscientes, pero el poder que percibo...

Meg se cruzó de brazos e hizo un mohín.

—Pues no las habría plantado aquí si hubiera sabido que eran fresnos importantes o lo que sean. Nadie me lo dijo.

Josué le dedicó una sonrisa irónica.

—Meg McCaffrey, si estas plantas son melíades, sobrevivirán hasta en este duro clima. Fueron las primeras dríades que existieron: siete hermanas que nacieron cuando la sangre de Urano asesinado cayó en el suelo de Gaia. Fueron creadas al mismo tiempo que las furias, y con su misma fuerza.

Me estremecí. No me gustaban las furias. Eran feas, gruñonas y tenían mal gusto musical.

—Las nacidas de la sangre —dije—. Así las llamó Calígula. Y las esposas de la plata.

—Ajá. —Josué asintió con la cabeza—. Según la leyenda, las melíades se casaron con humanos en la Edad de Plata y dieron a luz a la raza de la Edad del Bronce. Pero todos cometemos errores.

Estudié los árboles jóvenes. No se parecían mucho a las madres de la humanidad de la Edad del Bronce, pero tampoco se parecían a las furias.

—Incluso para un experto botánico como el doctor McCaffrey —dije—, incluso con la bendición de Deméter..., ¿es posible reencarnar a seres tan poderosos?

Josué se balanceó pensativamente.

—¿Quién sabe? Parece que la familia de Plemneo ha estado persiguiendo esa meta durante milenios. No habría nadie más adecuado. El doctor McCaffrey perfeccionó las semillas y su hija las plantó.

Meg se ruborizó.

—No sé... En fin... Me parece raro.

Josué observó los tiernos fresnos.

—Tendremos que esperar. Pero imaginaos a siete dríades primigenias, seres muy poderosos, empeñadas en preservar la naturaleza y destruir a todo aquel que la ponga en peligro. —Su expresión se tornó extrañamente belicosa para una planta con flores—. Seguro que Calígula las consideraría un grave peligro.

Eso era indiscutible. ¿Suficiente peligro para incendiar la casa de un botánico y mandarlos a él y a su hija directos a los brazos de Nerón? Probablemente.

Josué se levantó.

—Bueno, debo entrar en latencia. Las horas de luz son agotadoras incluso para mí. Cuidaremos de nuestros siete nuevos amigos. ¡Buena suerte en vuestra misión!

Y estalló en una nube de fibra de yuca.

Meg parecía contrariada, seguramente porque yo había interrumpido su conversación sobre zonas climáticas.

—Fresnos —masculló—. Y los he plantado en el desierto.

—Los has plantado donde había que plantarlos —dije—. Si de verdad son melíades —moví la cabeza con gesto de asombro—, han reaccionado a ti, Meg. Has revivido una fuerza vital que ha estado ausente durante milenios. Es alucinante.

Ella me miró.

—¿Te estás burlando de mí?

—No —le aseguré—. Eres digna hija de tu madre, Meg McCaffrey. Eres impresionante.

—Pff.

Yo entendía su escepticismo.

Casi nunca se describía a Deméter como impresionante. A menudo, la diosa era ridiculizada por no ser lo bastante interesante o poderosa. Al igual que las plantas, Deméter trabajaba lenta y discretamente. Sus proyectos se desarrollaban en el transcurso de los siglos. Pero cuando esos proyectos fructificaban (un juego de palabras sobre la fruta muy malo, perdón), podían ser extraordinarios. Como Meg McCaffrey.

—Ve a despertar a Crest —me dijo Meg—. Os veré en la carretera. Grover va a buscarnos un coche.

A Grover se le daba casi tan bien como a Piper McLean conseguir coches de lujo. Nos había encontrado un Mercedes XLS rojo, del que normalmente no me habría quejado..., solo que era de la misma marca y modelo que el coche en el que Meg y yo habíamos ido de Indianápolis a la Cueva de Trofonio.

Me gustaría decirte que no creía en los malos augurios, pero como era el dios de los augurios...

Por lo menos Grover aceptó conducir. El viento había cambiado de dirección hacia el sur y llenaba Morongo Valley de humo de incendios y atascos aún más de lo habitual. El sol vespertino se filtraba a través del cielo rojo como un ojo siniestro.

Temí que el sol luciera un aspecto tan hostil el resto de la eternidad si Calígula se convertía en el nuevo dios solar..., pero no, no podía pensar así.

Si el emperador tomaba posesión del carro del sol, quién sabía las horribles incorporaciones que haría a su nuevo vehículo: secuenciadores, luces en el chasis, un claxon que tocara el *riff* de «Low Rider»... Había cosas que no se podían tolerar.

Me senté en el asiento trasero con Crest e hice todo lo posible por enseñarle los acordes de ukelele básicos. El pandos aprendía rápido, a pesar del tamaño de sus manos, pero se impacientaba con los acordes mayores y quería aprender combinaciones más exóticas.

—Enséñame otra vez la cuarta suspendida —dijo—. Me gusta.

Cómo no, le gustaban los acordes menos resueltos.

—Deberíamos comprarte una guitarra grande —le sugerí una vez más—. O incluso un laúd.

—Tú tocas el ukelele —dijo—. Tocaré el ukelele.

¿Por qué siempre atraía a unos compañeros tan cabezotas? ¿Era mi personalidad encantadora y despreocupada? No lo sabía.

Cuando Crest se concentraba, su expresión me recordaba extrañamente la de Meg: un rostro muy joven y, sin embargo, muy decidido y serio, como si el destino del mundo dependiera de que ese acorde se tocara correctamente, ese sobre de semillas se plantara, esa bolsa de productos podridos se lanzara a la cara de ese matón callejero concreto.

No estaba seguro de por qué ese parecido debía hacerme tomar cariño a Crest, pero me sorprendía lo mucho que había perdido desde el día anterior — su trabajo, su tío, casi su vida— y lo mucho que había arriesgado viniendo con nosotros.

—No te he dicho cuánto sentí lo de tu tío Amax —aventuré.

Crest olfateó el mástil del ukelele.

—¿Por qué tienes que sentirlo tú? ¿Por qué he de sentirlo yo?

—Ejem... Es solo una expresión de cortesía, ya sabes... cuando matas a los parientes de alguien.

—Nunca me cayó bien —dijo—. Mi madre me mandó con él y me dijo que me convertiría en un auténtico guerrero pandos. —Rasgué un acorde, pero le salió una séptima disminuida sin querer. Se mostró satisfecho consigo mismo—. No quiero ser un guerrero. ¿Cuál es tu trabajo?

—Esto, bueno, soy el dios de la música.

—Entonces eso es lo que seré. Un dios de la música.

Meg miró atrás y sonrió burlonamente.

Traté de dedicar a Crest una sonrisa alentadora, pero esperaba que no quisiera desollarme vivo y devorar mi esencia. Ya tenía lista de espera para eso.

—Bueno, ¿dominamos primero estos acordes?

Avanzamos hacia el norte de Los Ángeles por San Bernardino y luego por Pasadena. Me encontré contemplando las colinas donde habíamos visitado el internado Edgerton. Me preguntaba qué haría el profesorado cuando se enterase de que Jason Grace había desaparecido y cuando descubriese que la furgoneta escolar había sido incautada y abandonada en los muelles de Santa Bárbara. Pensé en la maqueta de la Colina de los Templos en el escritorio de Jason y en los cuadernos de bocetos que esperaban en su estante. Dudaba que viviera lo suficiente para cumplir la promesa que le había hecho de llevar sus planos sin percances a los dos campamentos. La idea de fallarle otra vez me dolía más aún que el intento de Crest de tocar un acorde de sol bemol menor sexta.

Finalmente, el pandos nos indicó el camino al sur por la interestatal 5 hacia la ciudad. Tomamos la salida de Crystal Springs Drive y nos metimos

en Griffith Park, con sus carreteras sinuosas, ondulados campos de golf y densos bosquecillos de eucaliptos.

—Más adelante —dijo Crest—. La segunda a la derecha. Sube esa colina.

Nos guio hasta una vía de acceso con grava que no estaba pensada para un Mercedes XLS.

—Está allí arriba. —Señaló el bosque—. Tenemos que ir andando.

Grover paró al lado de un terreno de yucas, que por lo que yo sabía eran amigas suyas. Se fijó en el principio del sendero, donde había un pequeño letrero que rezaba: ANTIGUO ZOO DE LOS ÁNGELES.

—Yo conozco este sitio. —A Grover le tembló la perilla—. Lo odio. ¿Por qué nos has traído aquí?

—Ya os lo dije —contestó Crest—. Aquí está la entrada del Laberinto.

—Pero... —El sátiro tragó saliva, poniendo sin duda en la balanza su aversión natural a los sitios con animales enjaulados frente a su deseo de destruir el Laberinto en Llamas—. Está bien.

Meg parecía bastante contenta en general. Aspiraba lo que en Los Ángeles pasaba por aire fresco e incluso hizo unas tímidas volteretas laterales mientras ascendíamos por el sendero.

Subimos a lo alto de la cresta. Debajo de nosotros se extendían las ruinas de un zoo: aceras llenas de maleza, muros de cemento desmoronados, jaulas oxidadas y cuevas artificiales llenas de desechos.

Grover se abrazó, temblando a pesar del calor.

—Los humanos abandonaron este sitio hace décadas cuando construyeron el nuevo zoo. Todavía puedo sentir las emociones de los animales que estuvieron aquí encerrados: su tristeza. Es horrible.

—¡Ahí abajo! —Crest desplegó las orejas, sobrevoló las ruinas y aterrizó en una gruta profunda.

Como no teníamos orejas aptas para volar, los demás tuvimos que abrirnos camino con cuidado y bajar por el terreno enmarañado. Finalmente, nos juntamos con el pandos en el fondo de una cuenca de cemento sucia cubierta de hojas secas y basura.

—¿El foso de los osos? —Grover palideció—. Uf. Pobrecillos.

Crest pegó sus manos de ocho dedos al muro del fondo del recinto y frunció el entrecejo.

—Esto no encaja. No debería estar aquí.

Mi moral bajó a un mínimo histórico.

—¿Quieres decir que la entrada secreta ya no está?

Crest siseó decepcionado.

—No debería haberle hablado de este sitio a Screamer. Amax debió de oírnos y la cerró de alguna forma.

Tuve la tentación de comentar que nunca era buena idea confesarle tus secretos a alguien que se llamaba Screamer, pero Crest tenía cara de haberlo pasado ya bastante mal.

—¿Y ahora qué? —preguntó Meg—. ¿Utilizamos la entrada del centro?

—Demasiado peligroso —dijo el joven pandos—. ¡Debe de haber una forma de abrir esta!

Grover estaba tan nervioso que me preguntaba si tenía una ardilla en el pantalón. Parecía que tuviera muchas ganas de abandonar e irse corriendo de ese zoo lo más rápido posible. En cambio, suspiró.

—¿Qué decía la profecía sobre el guía ungulado?

—Que solo tú sabes cómo no perderte —recordé—. Pero ya has cumplido ese cometido trayéndonos a Palm Springs.

Grover sacó su zampoña a regañadientes.

—Supongo que todavía no he acabado.

—¿Una canción de apertura? —pregunté—. ¿Como la que Hedge tocó en la tienda de Macrón?

El sátiro asintió con la cabeza.

—Hace mucho que no lo intento. La última vez abrí un camino en Central Park que llevaba al inframundo.

—Llévanos al Laberinto, por favor —rogué—. No al inframundo.

Él levantó la zampoña e interpretó «Tom Sawyer», de Rush. Crest se quedó cautivado y Meg se tapó los oídos.

El muro de cemento tembló. Se agrietó por la mitad y dejó a la vista una empinada escalera toscamente tallada que descendía a la oscuridad.

—Perfecto —masculló Grover—. Odio estar bajo tierra casi tanto como los zoos.

Meg invocó sus espadas y entró con paso resuelto. Luego, después de respirar hondo, el sátiro la siguió.

Me volví hacia Crest.

—¿Vienes con nosotros?

Negó con la cabeza.

—Ya te lo he dicho. No soy un guerrero. Yo vigilaré la salida y practicaré los acordes.

—Pero puede que necesite el uke...

—Practicaré los acordes —insistió él, y se puso a rasguear una cuarta suspendida.

Me sumí en la oscuridad tras mis amigos mientras el acorde seguía sonando detrás de mí: la clase de música de fondo que uno esperaría justo antes de una pelea dramática y espeluznante.

A veces no soportaba las cuartas suspendidas.

¿Quieres jugar a un juego?
Es sencillo. Tienes que adivinar y
mueres chamuscado

Esa parte del Laberinto no tenía ascensores, funcionarios que deambulasen ni señales que nos recordasen que tocásemos el claxon antes de doblar las esquinas.

Llegamos al pie de la escalera y encontramos un hueco vertical en el suelo. Como Grover era mitad cabra, no tuvo problemas para bajar. Después de gritar desde abajo que no nos aguardaban monstruos ni osos caídos, Meg hizo crecer una densa mata de glicinia por un lado del hueco que nos permitió agarrarnos y que además olía de maravilla.

Bajamos a una pequeña cámara cuadrada de la que salían cuatro túneles, uno en cada pared. El ambiente era caluroso y seco como si el fuego de Helios se hubiera propagado por allí hacía poco. Se me cubrió la piel de gotas de sudor. En el carcaj, los astiles de las flechas crujieron y las plumas susurraron.

Grover miró con tristeza la manchita de luz del sol que entraba por arriba.

—Volveremos al mundo superior —le prometí.

—Me preguntaba si Piper habrá recibido mi mensaje.

Meg lo miró por encima de sus gafas pegadas con cinta azul.

—¿Qué mensaje?

—Cuando fui a por el Mercedes, me encontré con una ninfa de las nubes —dijo, como si acostumbrase a tropezar con ninfas de las nubes cuando birlaba automóviles—. Le pedí que llevase un mensaje a Mellie, que le dijera

lo que planeábamos... Claro que a saber si la ninfa habrá podido llegar sana y salva.

Consideré esa información y me pregunté por qué Grover no lo había dicho antes.

—¿Esperabas que Piper se reuniera con nosotros aquí?

—La verdad es que no... —Su expresión decía «Sí, por favor, dioses, nos vendría bien una ayuda»—. Solo pensé que ella debía saber lo que íbamos a hacer por si... —Su expresión decía «Por si ardemos en llamas y no vuelven a saber de nosotros».

Me desagradaban las expresiones de Grover.

—La hora de los zapatos —dijo Meg.

Me di cuenta de que me estaba mirando.

—¿Qué?

—Los zapatos. —Señaló las sandalias que colgaban de mi cinturón.

—Ah, claro. —Las solté del cinturón—. Me imagino que, ejem, ninguno de vosotros quiere probárselas.

—No —dijo Meg.

El sátiro se estremeció.

—He tenido malas experiencias con el calzado encantado.

No me hacía ninguna gracia ponerme las sandalias de un emperador malvado. Temía que me convirtiesen en un maníaco sediento de poder. Además, no pegaban con mi camuflaje ártico. No obstante, me senté en el suelo y me até las *caligae*, lo que me hizo pensar en cuántos rincones del mundo más podría haber conquistado el Imperio romano si hubiera tenido acceso a las tiras de velcro.

Me levanté e intenté dar unos pasos. Las sandalias se me clavaban en los tobillos y me apretaban en los lados. La parte positiva era que no me sentí más sociópata de lo normal. Con suerte no me había contagiado de caligulitis.

—Bueno —dije—. ¡Sandalias, llevadnos hasta la sibila eritrea!

Las sandalias no hicieron nada. Empujé un dedo del pie en una dirección y luego en otra, preguntándome si había que arrancarlas con un pedal. Busqué botones o compartimentos para pilas en las suelas. Nada.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté sin dirigirme a nadie en concreto.

La cámara se iluminó con un tenue fulgor dorado, como si alguien hubiera subido el regulador de intensidad de una luz.

—Chicos. —Grover señaló a nuestros pies. En el áspero suelo de cemento había aparecido el débil contorno dorado de un cuadrado de un metro y medio. Si hubiera sido una trampilla, todos nos habríamos caído de lleno. De

cada pasillo salían idénticos cuadrados anexos como las casillas de un tablero de juego. Los caminos no eran igual de largos. Uno se adentraba solo tres casillas en el pasillo. Otro tenía cinco casillas de largo. Otro, siete. Otro, seis.

Contra la pared de la cámara situada a mi derecha, apareció una brillante inscripción dorada en griego antiguo: «Asesino de Pitón, el de la lira dorada, armado con flechas de terror».

—¿Qué pasa? —preguntó Meg—. ¿Qué pone?

—¿No sabes leer griego antiguo? —inquirí.

—Y tú no sabes distinguir una fresa de un boniato —replicó ella—. ¿Qué pone?

Le traduje la inscripción.

Grover se acarició la perilla.

—Parece que se refiere a Apolo. O sea, a ti. Cuando eras... bueno.

Me tragué el resquemor.

—Pues claro que se refiere a Apolo. O sea, a mí.

—Entonces, ¿el Laberinto... te está dando la bienvenida? —preguntó Meg.

Eso habría estado bien. Siempre había querido tener una asistente virtual que se activase con la voz en mi palacio del Olimpo, pero Hefesto no había conseguido desarrollar la tecnología adecuada. La única vez que lo intentó, la asistente se llamaba Alexasiriastrofona. Era muy quisquillosa con la pronunciación de su nombre y al mismo tiempo tenía la molesta costumbre de confundir mis peticiones. Le decía: «Alexasiriastrofona, envía una plaga a Corinto para destruirlo, por favor». Y ella contestaba: «¿Ha dicho: “Busca en la playa a Jacinto para esculpirlo, por favor”?».

Dudaba que en el Laberinto en Llamas hubiera instalada una asistente virtual. En caso de haberla, seguramente solo preguntaría a qué temperatura preferías que te cocinaran.

—Es un acertijo —deduje—. Como un acróstico o un crucigrama. La sibila intenta guiarnos hasta ella.

Meg frunció el ceño mirando los distintos pasillos.

—Si quiere ayudar, ¿por qué no nos lo pone fácil y nos ofrece una sola dirección?

—Así actúa Herófila —dije—. Es la única forma en que puede ayudarnos. Creo que tenemos que introducir la respuesta correcta en el número de casillas correcto.

Grover se rascó la cabeza.

—¿Alguien tiene un boli dorado gigante? Ojalá Percy estuviera aquí.

—No creo que nos haga falta —dije—. Solo necesitamos andar en la dirección en la que podamos deletrear mi nombre. «Apolo», cinco letras. Solo uno de los pasillos tiene cinco casillas.

—¿Estás contando la casilla que estamos pisando? —preguntó Meg.

—Ejem, no —dije—. Supongamos que es la casilla de salida. —Sin embargo, su pregunta me hizo dudar de mí mismo.

—¿Y si la respuesta es Lester? —dijo ella—. Eso son seis casillas.

La idea me provocó picor de garganta.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de hacer buenas preguntas? ¡Lo tenía todo controlado!

—¿Y si la respuesta es en griego? —añadió Grover—. La pregunta está en griego. ¿Cuántas casillas ocuparía tu nombre?

Otra observación de una lógica irritante. Mi nombre en griego era Απολλων.

—Eso son siete casillas —reconocí—. Seis transcrito en nuestra grafía, Apolon.

—Pregúntale a la Flecha de Dodona —propuso el sátiro.

La cicatriz del pecho me hormigueó como un enchufe eléctrico defectuoso.

—Seguramente vaya en contra de las normas.

Meg resopló.

—No quieres hablar con la flecha. ¿Por qué no lo intentas?

Supuse que si me resistía lo formularía como una orden, de modo que saqué la Flecha de Dodona.

¡ATRÁS, BELLACO!, zumbó alarmada. ¡NO OSÉIS VOLVER A CLAVARME EN VUESTRO DETESTABLE PECHO! ¡NI EN LOS OJOS DE VUESTROS ENEMIGOS!

—Tranquila —le dije—. Solo quiero consejo.

ESO DECÍS AHORA, MAS OS AVISO... La flecha se quedó en un silencio sepulcral. *CÁSPITA. ¿ES ESO QUE VEO ANTE MÍ UN CRUCIGRAMA? ADORO LOS CRUCIGRAMAS.*

—Qué alegría. Qué alborozo. —Me volví hacia mis amigos—. La flecha adora los crucigramas.

Expliqué nuestro dilema a la saeta, que insistió en mirar detenidamente los cuadrados del suelo y la pista escrita en la pared. Mirar detenidamente... ¿con qué ojos? No lo sabía.

Zumbó pensativa. *CREO QUE LA RESPUESTA DEBE SER EN VUESTRO IDIOMA COMÚN. ES EL NOMBRE POR EL QUE SOIS MÁS*

CONOCIDO HOY DÍA.

—Dice que la respuesta será en nuestro idioma. Espero que se refiera al lenguaje moderno, no a la versión tan rara que habla ella...

¡NO ES RARA!, protestó la flecha.

—Porque no tenemos espacio para deletrear «Apolonio es vuesa contestación».

JA, JA. UNA CHANZA TAN FLÁCIDA COMO VUESTROS MÚSCULOS.

—Gracias por jugar. —Guardé la flecha—. Bueno, amigos, el túnel con cinco cuadrados. «Apolo». ¿Vamos?

—¿Y si elegimos mal? —preguntó Grover.

—Tal vez las sandalias mágicas nos ayuden —dije—. O tal vez las sandalias solo nos permitan jugar al juego, y si nos desviamos del camino correcto, a pesar de los esfuerzos de la sibila por ayudarnos, nos exponremos a la furia del Laberinto...

—Y nos quemaremos vivos —terció Meg.

—Me encantan los juegos —dijo el sátiro—. Adelante.

—¡La respuesta es «Apolo»! —repetí, para que constase.

En cuanto pasé al siguiente cuadrado, una gran A mayúscula apareció a mis pies.

Lo interpreté como una buena señal. Pisé otra vez, y apareció una P. Mis dos amigos me siguieron.

Finalmente pasamos del quinto cuadrado a una pequeña cámara idéntica a la última. Al mirar atrás, la palabra entera APOLO resplandecía a nuestras espaldas. Ante nosotros avanzaban otros tres pasillos con hileras doradas de cuadrados: izquierda, derecha y adelante.

—Hay otra pista. —Meg señaló la pared—. ¿Por qué esta no está en griego?

—No lo sé —dije. Acto seguido leí en voz alta las palabras brillantes: «Heraldo de nuevas entradas, inaugurador del año que llega sin hacer ruido, Jano, el de la doble...».

—Ah, ese tío. El dios romano de las puertas. —Grover tembló—. Coincidí con él una vez. —Miró a su alrededor con desconfianza—. Espero que no aparezca. Le encantaría este sitio.

Meg deslizó los dedos sobre las líneas doradas.

—Un poco fácil, ¿no? El nombre aparece en la pista. Cuatro letras, J-A-N-O, así que tiene que ser en esa dirección. —Señaló el pasillo de la derecha, que era el único que tenía cuatro casillas.

Miré la pista y acto seguido los cuadrados. Estaba empezando a notar algo aún más desconcertante que el calor, pero no estaba seguro de qué se trataba.

—«Jano» no es la respuesta —decidí—. Hay que completar la frase, ¿no creéis? ¿Jano el de la doble... qué?

—Cara —dijo Grover—. Tenía dos caras, y no necesito volver a ver ninguna de las dos.

—¡La respuesta correcta es «cara»! —anuncié al pasillo en voz alta.

No obtuve respuesta, pero a medida que avanzábamos por el pasillo de la derecha, apareció la palabra CARA. No fuimos asados vivos con fuego de titán, un detalle tranquilizador.

En la siguiente cámara, nuevos pasillos se alejaban una vez más en las tres direcciones. En esta ocasión la pista brillante de la pared volvía a estar en griego antiguo.

Un escalofrío recorrió todo mi ser cuando leí los versos.

—¡Lo conozco! Es un fragmento de un poema de Baquílides. —Se lo traduje a mis amigos—: «Pero el dios supremo, poderoso con su rayo, envió a Hipnos y su gemelo del nevado Olimpo al intrépido guerrero Sarpedón».

Meg y Grover me miraron sin comprender. En serio, solo porque llevase puestos los zapatos de Calígula, ¿tenía que hacerlo yo todo?

—Algo está alterado en este verso —dije—. Me acuerdo de la escena. Sarpedón muere. Zeus manda que se lleven su cadáver del campo de batalla. Pero tal como está escrito...

—Hipnos es el dios del sueño —dijo Grover—. En su cabaña preparan una leche y unas galletas riquísimas. Pero ¿quién es su gemelo?

Me dio un vuelco el corazón.

—Eso es lo que está cambiado. En el verso original no dice «su gemelo», sino que cita el nombre de su hermano: Tánatos. O «Muerte», en nuestro idioma.

Miré los tres túneles. Ningún pasillo tenía siete cuadrados para deletrear Tánatos. Uno tenía diez casillas, otro cuatro y otro seis..., las suficientes para MUERTE.

—Oh, no... —Me apoyé en la pared más cercana. Me sentí como si uno de los pinchos viscosos de Aloe Vera bajara por mi espalda.

—¿Por qué tienes esa cara de susto? —preguntó Meg—. De momento lo estás haciendo estupendamente.

—Porque no estamos resolviendo acertijos al azar, Meg —dije—. Estamos reconstruyendo una profecía. Y por ahora dice: APOLO CARA MUERTE, «Apolo encara la muerte».

¡Canto a mí mismo!
Aunque Apolo mola más.
Concretamente, mogollón más

Odiaba tener razón.

Cuando llegamos al final del túnel, la palabra MUERTE brillaba en el suelo detrás de nosotros. Nos encontrábamos en una cámara circular más grande de la que salían cinco nuevos túneles frente a nosotros como los dedos de la mano de un autómatas gigante.

Esperé a que apareciera una nueva pista en la pared. Fuera cual fuese, deseaba desesperadamente que la respuesta fuera EN REALIDAD NO. O, por ejemplo, ¡Y LA VENCE FÁCILMENTE!

—¿Por qué no pasa nada? —preguntó Grover.

Meg ladeó la cabeza.

—Escuchad.

Me retumbaba la sangre en los oídos, pero finalmente oí a lo que Meg se refería: un grito de dolor lejano —profundo y gutural, más animal que humano—, acompañado del crepitar apagado del fuego, como si... Oh, dioses... Como si a alguien o algo le hubiera alcanzado el calor de los titanes y ahora estuviera padeciendo una muerte lenta.

—Parece un monstruo —dedujo el sátiro—. ¿Debemos ayudarlo?

—¿Cómo? —preguntó Meg.

Ella tenía razón. El ruido tenía eco, pero sonaba tan difuso que no sabía de qué pasillo venía, aunque hubiéramos podido elegir el sendero sin resolver ningún acertijo.

—Tendremos que seguir adelante —decidí—. Me imagino que Medea tiene monstruos vigilando aquí abajo. Debe de ser uno de ellos. Dudo que a ella le preocupe que de vez en cuando uno de sus monstruos se queme con el fuego.

Grover hizo una mueca.

—No me parece bien dejarlo sufrir.

—Además —añadió Meg—, ¿y si uno de esos monstruos activa una llamarada y viene en dirección a nosotros?

Miré fijamente a mi joven ama.

—Hoy eres una fuente de preguntas siniestras. Tenemos que tener fe.

—¿En la sibila? —preguntó ella—. ¿En esos zapatos asquerosos?

Yo no tenía una respuesta para ella. Afortunadamente, me salvó la aparición tardía de la siguiente pista: tres versos dorados en latín.

—¡Oh, latín! —dijo Grover—. Un momento. Yo puedo traducirlo. —Miró las palabras bizqueando y acto seguido suspiró—. No, no puedo.

—¿De verdad, ni griego ni latín? —dije—. ¿Qué os enseñan en la escuela de sátiros?

—Sobre todo, cosas importantes. Como botánica.

—Gracias —murmuró Meg.

Traduje la pista a mis incultos amigos:

Ahora debo hablar de la huida del rey.

El último en reinar sobre el pueblo romano

fue un hombre injusto, pero pujante en las armas.

Asentí con la cabeza.

—Creo que es una cita de Ovidio.

Ninguno de mis compañeros pareció impresionado.

—Bueno, ¿cuál es la respuesta? —preguntó Meg—. ¿El último emperador romano?

—No, un emperador no —dije—. Durante la primera época, la ciudad de Roma estuvo gobernada por reyes. El último, el séptimo, fue derrocado, y Roma se convirtió en república.

Traté de rememorar el reino de Roma. Tenía un vago recuerdo de todo ese período histórico. En aquel entonces los dioses todavía estábamos en Grecia. Roma era en cierto modo un páramo. Pero el último rey... me traía malos recuerdos.

Meg me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Qué es «pujante»?

—Significa «poderoso» —respondí.

—Pues no suena a eso. Si alguien me llamase pujante, le pegaría.

—Pero eres realmente pujante en las armas.

Me pegó.

—Ay.

—Chicos —dijo Grover—. ¿Cómo se llama el último rey romano?

Me puse a pensar.

—Ta... Hum. Lo tenía en la punta de la lengua, y se me ha olvidado. Talgo.

—¿Taco? —dijo Grover para ayudar.

—¿Por qué iba a llamarse Taco un rey romano?

—No lo sé. —Se frotó la barriga—. ¿Porque tengo hambre?

Maldito sátiro. Ahora solo podía pensar en tacos. Entonces me acordé de la respuesta.

—¡Tarquinio! O Tarquinius, en el latín original.

—Bueno, ¿cuál de los dos? —preguntó Meg.

Estudié los pasillos. El túnel de la izquierda del todo, el pulgar, tenía diez casillas, las necesarias para «Tarquinius». El túnel del medio tenía nueve, las necesarias para «Tarquinio».

—Es ese —decidí, señalando el túnel central.

—¿Cómo puedes estar seguro? —inquirió Grover—. ¿Porque la flecha te ha dicho que las respuestas estarían en nuestro idioma?

—Por eso —concedí— y también porque los túneles parecen cinco dedos. Tiene lógica que el Laberinto me haga la peineta. —Levanté la voz—. ¿Es correcto? ¿La respuesta es «Tarquinio», el dedo corazón? Yo también te quiero, Laberinto.

Recorrimos el sendero, con el nombre TARQUINIO brillando en letras doradas detrás de nosotros.

El pasillo dio a una cámara cuadrada, el espacio más grande que habíamos encontrado hasta entonces. Las paredes y el suelo estaban revestidos de mosaicos romanos desvaídos que parecían originales, aunque estaba seguro de que los romanos no habían colonizado ninguna parte del área metropolitana de Los Ángeles.

El ambiente era todavía más cálido y seco. El suelo estaba tan caliente que podía notarlo a través de las suelas de las sandalias. Un detalle positivo de la sala: nos ofrecía tres túneles nuevos entre los que elegir, en lugar de cinco.

Grover olfateó el aire.

—No me gusta esta sala. Huelo algo... monstruoso.

Meg cogió sus cimitarras.

—¿En qué dirección?

—Ejem..., ¿en todas?

—Oh, mirad —dijo, tratando de parecer animado—, otra pista.

Nos acercamos a la pared de mosaico más cercana, en cuyos azulejos brillaban dos versos dorados en nuestro idioma:

*Hojas, hojas de cuerpo, que crecen por encima de mí,
por encima de la muerte,
raíces perennes, hojas altas. Oh, el invierno no las helará,
delicadas hojas.*

Puede que mi cerebro siguiese pensando en latín y griego, porque esos versos no me dijeron nada, ni siquiera escritos en mi lengua.

—Me gusta esta pista —dijo Meg—. Habla de hojas.

—Sí, de muchas hojas —convine—. Pero es absurda.

Grover se atragantó.

—¿Absurda? ¿Es que no conoces esos versos?

—¿Debería?

—¡Eres el dios de la poesía!

Noté que me empezaba a arder la cara.

—Antes era el dios de la poesía, pero eso no quiere decir que sea una enciclopedia andante y me sepa todos los versos oscuros escritos en la historia...

—¿Oscuros? —La voz aguda del sátiro resonó por los pasillos de forma inquietante—. ¡Es de Walt Whitman! ¡De *Hojas de hierba*! No me acuerdo exactamente de qué poema, pero...

—¿Lees poesía? —preguntó Meg.

Grover se lamió los labios.

—Bueno..., principalmente poesía sobre la naturaleza. Whitman, para ser un humano, dijo cosas muy bonitas sobre los árboles.

—Y las hojas —observó Meg—. Y las raíces.

—Exacto.

Me entraron ganas de darles un sermón sobre lo sobrevalorado que estaba Walt Whitman. Ese hombre siempre estaba cantándose odas a sí mismo en lugar de a otros como, por ejemplo, a mí. Pero decidí que la crítica tendría que esperar.

—¿Sabes la respuesta entonces? —pregunté a Grover—. ¿Hay que completar alguna frase? ¿Es una pregunta tipo test? ¿Una pregunta de verdadero o falso?

El sátiro estudió los versos.

—Creo... sí. Faltan dos palabras al principio. Tendría que poner «Hojas de tumba, hojas de cuerpo», etc.

—¿Hojas de tumba? —preguntó Meg—. No tiene sentido. Pero tampoco hojas de cuerpo. A menos que hable de una dríade.

—Son imágenes —observé—. Es evidente que está describiendo un lugar de muerte, invadido por la naturaleza...

—Ah, ahora eres un experto en Walt Whitman —dijo Grover.

—No me pongas a prueba, sátiro. Cuando vuelva a ser dios...

—Parad, los dos —ordenó Meg—. Apolo, di la respuesta.

—Está bien. —Suspiré—. Laberinto, la respuesta es «tumba».

Hicimos otra exitosa excursión por el dedo corazón... digo, el pasillo central. La palabra TUMBA brilló en los cinco cuadrados situados detrás de nosotros.

Al final, llegamos a una sala circular todavía más grande y más recargada. En el techo abovedado se extendía un mosaico de los signos del zodiaco de color plateado sobre fondo azul y seis nuevos túneles salían de la sala. En medio del suelo había una antigua fuente, lamentablemente seca. (Habría agradecido mucho un trago. Interpretar poesía y resolver acertijos daba mucha sed).

—Las salas se están volviendo más grandes —observó Grover—. Y más complejas.

—A lo mejor eso es bueno —dije—. Puede significar que nos estamos acercando.

Meg observó las imágenes del zodiaco.

—¿Seguro que no nos hemos equivocado de camino? De momento la profecía no tiene sentido. «Apolo cara muerte Tarquinio tumba».

—Hay que añadir las palabras pequeñas —dije—. Creo que el mensaje es «Apolo encara la muerte en la tumba de Tarquinio». —Tragué saliva—. En realidad no me gusta el mensaje. A lo mejor las palabras que faltan son «Apolo *no* encara la muerte; la tumba de Tarquinio... algo, algo». Puede que las siguientes palabras sean «le concede estupendos premios».

—Claro. —Meg señaló el borde de la fuente central, donde había aparecido la siguiente pista. Tres frases en nuestro idioma rezaban:

*Bautizada con el nombre del amor caído de Apolo, esta flor debe plantarse en otoño.
Introduce el bulbo en el suelo con el lado puntiagudo hacia arriba.
Cúbrela de tierra y riégala a conciencia... en caso de trasplante.*

Contuve un sollozo.

Primero el Laberinto me obligaba a leer a Walt Whitman y ahora se burlaba de mi pasado. Mencionar a mi difunto amor, Jacinto, y su trágica muerte, reducirlo a un dato de cultura general oracular... No. Eso era demasiado.

Me senté en el borde de la fuente y me llevé las manos a la cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Grover nervioso.

Meg le contestó.

—Esas frases hablan de su exnovio. Hyacinthus.

—Jacinto —la corregí.

Me levanté de repente; mi tristeza se estaba convirtiendo en ira. Mis amigos se apartaron poco a poco. Supuse que debía de parecer un loco, y efectivamente así es cómo me sentía.

—¡Herófila! —grité a la oscuridad—. ¡Creía que éramos amigos!

—Ejem, ¿Apolo? —dijo Meg—. Creo que no te está provocando adrede. Además, la respuesta se refiere a la flor, el jacinto. Estoy bastante segura de que esas frases son de un almanaque de agricultor.

—¡Como si son de la guía telefónica! —rugí—. Basta ya. ¡¡¡Jacinto!!! —chillé a los pasillos—. ¡La respuesta es «Jacinto»! ¿Estás contenta?

—¡No! —gritó Meg.

Volviendo la vista atrás, creo que ella debería haber gritado: «¡Para, Apolo!». Así no me habría quedado más remedio que obedecer su orden. Por lo tanto, lo que pasó a continuación es por su culpa.

Enfilé resueltamente el único pasillo con siete cuadrados.

Grover y Meg corrieron detrás de mí, pero para cuando me alcanzaron ya era demasiado tarde.

Miré atrás esperando ver la palabra JACINTO escrita en el suelo. Sin embargo, solo cinco de los cuadrados se iluminaron de rojo chillón:

S
A
L
V
O

El suelo del túnel desapareció bajo nuestros pies, y caímos a un foso de fuego.

Noble sacrificio.
Os protegeré de las llamas.
Hala, qué bueno soy

En otras circunstancias, me habría alegrado mucho de ver ese SALVO.

«Apolo encara la muerte en la tumba de Tarquinio, salvo...».

¡Oh, feliz conjunción! Significaba que existía una forma de evitar la posible muerte.

Por desgracia, caer en un foso de fuego me hizo perder las nuevas esperanzas.

Cuando estaba en el aire, antes siquiera de poder asimilar lo que estaba pasando, di una sacudida y me detuve. La correa del carcaj me tiró fuerte del pecho, y la sandalia izquierda por poco se me soltó del tobillo.

Me vi colgado junto al muro del foso. A unos seis metros por debajo, había un lago de fuego. Meg se aferraba desesperadamente a mi pie. Por encima de mí, Grover me agarraba por el carcaj con una mano mientras se sujetaba con la otra a un pequeño saliente rocoso. Se quitó los zapatos y trató de agarrarse con las pezuñas al muro.

—¡Bien hecho, valiente sátiro! —grité—. ¡Súbenos!

A Grover se le salieron los ojos de las órbitas, se le llenó la cara de gotas de sudor y emitió un gimoteo que parecía indicar que no tenía fuerzas para sacarnos a los tres del foso.

Si sobrevivía y me convertía otra vez en dios, tendría que hablar con el Consejo de Ancianos Ungulados sobre la posibilidad de añadir más clases de educación física en la escuela de sátiros.

Intenté agarrarme del muro, con la esperanza de encontrar una práctica barandilla o una salida de emergencia. No había nada.

Debajo de mí, Meg chilló.

—¿En serio, Apolo? ¡Riega los jacintos a conciencia, *salvo* en caso de trasplante!

—¿Cómo iba a saber yo eso? —protesté.

—¡¡Tú creaste los jacintos!!!

Puf. La lógica mortal. Que un dios cree algo no quiere decir que lo entienda. De lo contrario, Prometeo lo sabría todo de los humanos, y te aseguro que no es el caso. Como yo creé los jacintos, ¿se supone que tengo que saber cómo plantarlos y regarlos?

—¡Ayuda! —chilló Grover.

Sus pezuñas se movían sobre las pequeñas fisuras. Le temblaban los dedos y agitaba los brazos como si sujetase el peso de dos personas..., que era precisamente lo que estaba haciendo.

El calor de debajo me hacía difícil pensar. Si has estado al lado del fuego de una parrilla o has tenido la cara demasiado cerca de un horno abierto, imagínate esa sensación multiplicada por cien. La humedad de mis ojos se disipó. Se me secó la boca. Unas cuantas bocanadas más de aire abrasador, y seguramente me habría quedado inconsciente.

El fuego de debajo parecía extenderse a través de un suelo de piedra. La caída en sí no sería fatal. Ojalá hubiera una forma de apagar el fuego...

Se me ocurrió una idea; una idea muy mala que atribuí a mi cerebro febril. La esencia de Helios alimentaba aquellas llamas. Si quedaba una pequeña parte de su conciencia, era teóricamente posible que pudiera comunicarme con él. Tal vez si tocaba directamente el fuego, podría convencerlo de que no éramos el enemigo y de que debía dejarnos con vida. Quizá dispondría de tres espléndidos nanosegundos para conseguirlo antes de morir entre horribles dolores. Además, aunque yo me cayese, mis amigos tendrían la oportunidad de salir de allí. Después de todo, yo era el más pesado del grupo, gracias a la cruel maldición de los michelines que Zeus me había impuesto.

Una idea de lo más terrible. No habría tenido el valor de intentar ponerla en práctica si no hubiera pensado en Jason Grace y en lo que había hecho para salvarme.

—Meg —dije—, ¿puedes sujetarte al muro?

—¿Te parezco Spiderman? —gritó ella.

A muy pocas personas les quedaban tan bien las mallas como a Spiderman. Desde luego Meg no era una de ellas.

—¡Utiliza las espadas! —chillé.

Sujetándome el tobillo con una sola mano, la niña invocó una cimitarra. Intentó clavarla en el muro una vez, dos veces. La curva de la hoja no le facilitaba la tarea. Sin embargo, al tercer golpe, la punta se clavó en lo profundo de la roca y ella agarró la empuñadura, me soltó el tobillo y se quedó colgando por encima de las llamas solo con su espada.

—¿Y ahora qué?

—¡No te muevas!

—¡Eso está hecho!

—¡Grover! —grité hacia arriba—. Ya puedes soltarme. No te preocupes. Tengo...

Grover me soltó.

Sinceramente, ¿qué clase de protector te deja caer al fuego cuando le dices que puede dejarte caer al fuego? Yo esperaba una larga discusión en la que le aseguraría que tenía un plan para salvarnos a todos. Esperaba protestas por parte de los dos (bueno, puede que por parte de Meg no), y que insistieran en que no me sacrificase por ellos, que era imposible que sobreviviese a las llamas, etc. Pero no. Me soltó sin pensárselo.

Por lo menos así yo no tuve tiempo para replanteármelo.

No pude atormentarme con dudas como «¿Y si no funciona?», «¿Y si no sobrevivo al fuego solar que antes era algo natural para mí?», «¿Y si la bonita profecía que estamos reconstruyendo sobre mi muerte en la tumba de Tarquinio *no* significa automáticamente que voy a morir hoy, en este horrible Laberinto en Llamas?».

No recuerdo haber caído al suelo.

Fue como si mi alma se separase de mi cuerpo. Retrocedí miles de años en el tiempo, hasta la mañana en que me convertí en dios del sol.

Helios había desaparecido de noche. Yo ignoraba qué oración dedicada a mí como dios del sol había inclinado por fin la balanza —desterrando al viejo titán al olvido al mismo tiempo que me ascendía a mí a su puesto—, pero allí estaba, en el Palacio del Sol.

Aterrado y nervioso, abrí las puertas del salón del trono. El aire quemaba. La luz me deslumbró.

El descomunal trono dorado de Helios estaba vacío, con su capa echada sobre el brazo. Su yelmo, su látigo y sus zapatos dorados reposaban en el estrado. Pero el titán había desaparecido.

«Soy un dios», me dije. «Puedo hacerlo».

Me dirigí al trono con aire resuelto, deseando no arder en llamas. Si salía corriendo del palacio con la toga encendida el primer día de trabajo, me lo estarían recordando eternamente.

Poco a poco, el fuego retrocedió ante mí. Aumenté de tamaño a fuerza de voluntad, hasta que pude ponerme sin problemas el yelmo y la capa de mi predecesor.

Sin embargo, no probé el trono. Tenía un trabajo pendiente, y muy poco tiempo.

Eché un vistazo al látigo. Según algunos adiestradores, no hay que mostrar ternura con un nuevo tiro de caballos. Si lo haces, te verán como alguien débil. Aun así, decidí dejar el látigo. No quería empezar en mi nuevo cargo como un tipo estricto y exigente.

Entré en el establo. Se me llenaron los ojos de lágrimas al contemplar la belleza del carro del sol. Los cuatro caballos solares ya estaban enjaezados, con sus cascos de oro pulido, sus crines de fuego ondulado y sus ojos como lingotes fundidos.

Ellos me observaron con recelo. «¿Quién eres tú?».

—Soy Apolo —dije, obligándome a aparentar seguridad—. ¡Vamos a pasar un día estupendo!

Subí al carro de un salto y partimos.

Reconozco que la curva de aprendizaje fue pronunciada. Un arco de cuarenta y cinco grados, para ser exactos. Puede que hiciera unos cuantos rizos involuntarios en el cielo. Puede que creara unos cuantos glaciares y desiertos nuevos hasta que alcancé la altitud de crucero adecuada. Pero al final del día, el carro era mío. Los caballos se habían plegado a mi voluntad, a mi personalidad. Era Apolo, el dios del sol.

Intenté aferrarme a esa sensación de seguridad, a la euforia de aquel primer día de éxito.

Cuando recobré la conciencia, me encontraba en el fondo del foso, agazapado entre las llamas.

—Helios —dije—. Soy yo.

Las llamaradas se arremolinaban a mi alrededor, tratando de incinerar mi carne y deshacer mi alma. Podía sentir la presencia del titán: resentido, brumoso, enfadado. Parecía que su látigo me azotase mil veces por segundo.

—No me quemarás —dije—. Soy Apolo. Soy tu heredero legítimo.

El fuego se propagó con furia y aumentó de temperatura. Helios me guardaba rencor, pero... un momento. Esa no era la historia completa. Él detestaba ese laberinto, esa cárcel que lo retenía en un estado de semivida.

—Te liberaré —prometí.

Unos ruidos crepitaron y sisearon en mis oídos. Quizá era el sonido de mi cabeza al prenderse fuego, pero me pareció oír una voz entre las llamas:

—¡Mátala!

¿Mátala...?

Medea.

Las emociones de Helios se abrieron paso a fuego hasta mi mente. Sentí su odio por su nieta hechicera. Todo lo que Medea me había contado sobre su necesidad de contener la ira de Helios quizá fuese cierto, pero en realidad retenía a su abuelo para que no la matase. Lo había encadenado, había ligado su voluntad a la de ella, se había protegido de su fuego divino con poderosas defensas. Yo no le caía bien a Helios, pero él odiaba la magia presuntuosa de Medea. Para escapar de su tormento, necesitaba que su nieta muriese.

Me pregunté por qué las deidades griegas no habíamos creado un dios de la terapia familiar, y no era la primera vez que me lo planteaba. Estaba claro que nos vendría bien. O a lo mejor había uno antes de que yo naciese, pero había renunciado. O Cronos se lo había tragado entero.

En cualquier caso, les dije a las llamas:

—Lo haré. Te liberaré. Pero debes dejarnos pasar.

Enseguida el fuego se alejó a toda velocidad como si se hubiera abierto una brecha en el universo.

Dejé escapar un grito ahogado. La piel me echaba humo. Mi camuflaje ártico era ahora de un gris ligeramente tostado. Pero estaba vivo. La sala se enfrió rápidamente. Las llamas, advertí, se habían retirado por un túnel que salía de la cámara.

—¡Meg! ¡Grover! —grité—. Podéis bajar...

Ella me cayó encima y me aplastó.

—¡Ay! —grité—. ¡Así no!

El sátiro fue más educado. Descendió por el muro y cayó al suelo con una destreza digna de una cabra. Olía a manta de lana chamuscada. Tenía la cara muy quemada por el sol. Se le había caído el gorro al fuego y le habían quedado al descubierto las puntas de los cuernos, que echaban humo como volcanes en miniatura. Meg había logrado salir ilesa. Incluso había conseguido extraer la espada de la pared antes de caer. Sacó la cantimplora de su cinturón, se bebió casi toda el agua y le dio el resto a Grover.

—Gracias —mascullé.

—A ti no te afecta el calor —comentó—. Buen trabajo. ¿Por fin has tenido un subidón de poder divino?

—Ejem..., creo que más bien Helios ha decidido dejarnos pasar. Tiene tantas ganas de salir de este laberinto como nosotros de que salga. Quiere que matemos a Medea.

Grover tragó saliva.

—Entonces, ¿ella está aquí abajo? ¿No murió en el yate?

—No me extrañaría. —Meg miró por el pasillo humeante entornando los ojos—. ¿Te ha prometido Helios que no nos quemará, aunque metas la pata en más respuestas?

—Yo... ¡No ha sido culpa mía!

—Sí —dijo Meg.

—Un poco sí —convino Grover.

Por favor. Me caigo a un foso en llamas, negocio una tregua con un titán y expulso una tormenta de fuego de la sala para salvar a mis amigos, y ellos me echan en cara que no me acuerdo de las instrucciones de un almanaque de agricultor.

—Creo que podemos confiar en que Helios no nos queme tanto como podemos esperar que Herófila no utilice acertijos —dije—. Forma parte de su carácter. Esto solo ha sido una tarjeta de «Quedsa libre de las llamas».

Grover se apagó las puntas de los cuernos.

—Bueno, pues no la desaprovechemos.

—Exacto. —Me subí los pantalones de camuflaje ligeramente tostados y traté de recuperar el tono de seguridad que tenía la primera vez que me dirigí a mis caballos solares—. Seguidme. ¡Estoy seguro de que todo irá bien!

Enhorabuena, has terminado con los
acertijos.
Has ganado... enemigos

«Bien», en este caso, significaba «bien si os gustan la lava, las cadenas y la magia negra».

El pasillo llevaba directamente a la cámara del Oráculo, así que, por un lado..., ¡yupi!, pero, por otro, no tanto. La sala era un rectángulo del tamaño de una cancha de baloncesto. En las paredes había media docena de entradas: sencillas puertas de piedra con un pequeño descansillo que sobresalían por encima del estanque de lava que había visto en mis visiones. Sin embargo, me di cuenta de que la sustancia burbujeante y reluciente no era lava. Era el icor divino de Helios: más caliente que la lava, más potente que el combustible para cohetes, imposible de sacar si te caía en la ropa (te lo puedo garantizar por experiencia personal). Habíamos llegado al centro mismo del Laberinto: el depósito de almacenamiento del poder de Helios.

En la superficie del icor flotaban grandes losas de piedra de aproximadamente medio metro cuadrado, que formaban columnas e hileras sin orden lógico.

—Es un crucigrama —dijo Grover.

Estaba en lo cierto. Lamentablemente, ninguno de los puentes de piedra conectaba con nuestro pequeño balcón. Tampoco ninguno llevaba al lado opuesto de la sala, donde la sibila eritrea se hallaba sentada tristemente en su plataforma de piedra. Su hogar no era mejor que una celda de aislamiento. Le habían facilitado un catre, una mesa y un váter. (Sí, hasta las sibilas

inmortales necesitaban usar el váter. Algunas de sus mejores profecías se les ocurrían... Da igual).

Sentía en el alma ver a Herófila en esas condiciones. Era exactamente como la recordaba: una joven de cabello color caoba trenzado y piel pálida, con un cuerpo robusto y atlético que hacía honor a su fuerte madre náyade y su corpulento padre pastor. La túnica blanca de la sibila estaba manchada de humo y salpicada de quemaduras de ceniza. Observaba atentamente una entrada de la pared situada a su izquierda, de modo que parecía que no había reparado en nosotros.

—¿Es ella? —susurró Meg.

—A menos que veas otro Oráculo —dije.

—Bueno, pues dile algo.

No sabía por qué tenía que hacer yo todo el trabajo, pero me aclaré la garganta y grité a través del borboteante lago de icor:

—¡Herófila!

La sibila se puso en pie de un salto. Entonces vi las cadenas: eslabones fundidos como los que había visto en las visiones, encadenados a sus muñecas y tobillos, que la sujetaban a la plataforma y le dejaban el espacio justo para moverse de un lado al otro. ¡Oh, qué indignidad!

—¡Apolo!

Yo esperaba que su rostro se iluminase de alegría al verme. En cambio, se quedó más que nada sorprendida.

—Creía que vendrías por la otra... —Se le trabó la lengua. Hizo una mueca de concentración y a continuación soltó—: Seis letras, termina en a.

—¿«Puerta»? —aventuró Grover.

En la superficie del lago, una serie de baldosas de piedra chirriaron y cambiaron de formación, un bloque encajó contra nuestra pequeña plataforma y otros cinco se amontonaron más allá formando un puente de seis baldosas que se adentró en la sala. Por último, unas brillantes letras doradas aparecieron en las baldosas, empezando por una *a* a nuestros pies: PUERTA.

Herófila aplaudió entusiasmada e hizo sonar sus cadenas fundidas.

—¡Bien hecho! ¡Deprisa!

Yo no estaba deseando poner a prueba mi peso sobre una balsa de piedra que flotaba sobre un lago de icor ardiente, pero Meg echó a andar con paso resuelto, de modo que Grover y yo la seguimos.

—Sin ánimo de ofender, señorita Señora —gritó Meg a la sibila—, pero hemos estado a punto de caer en la lava. ¿Podría hacer un puente de aquí a allí sin más acertijos?

—¡Ojalá! —dijo Herófila—. ¡Es mi maldición! O hablo así o permanezco totalmente... —Se atragantó—. Siete letras. La tercera letra es una ele.

—¡«Muda»! —gritó Grover.

Nuestra balsa hizo un ruido sordo y se balanceó. El sátiro giró los brazos como molinos y se habría caído si Meg no lo hubiera cogido. Menos mal que hay gente baja en el mundo. Tienen el centro de gravedad a menos altura.

—¡«Muda» no! —chillé—. ¡No es nuestra respuesta definitiva! Sería una idiotez, porque la palabra muda tiene cuatro letras y ninguna ele. —Lancé una mirada asesina al sátiro.

—Perdón —murmuró—. Me he dejado llevar.

Meg estudió las baldosas. Los diamantes de imitación de la montura de sus gafas emitieron un destello rojo.

—¿«Mutismo»? —propuso—. Tiene siete letras.

—En primer lugar —dije—, me admira que conozcas la palabra. En segundo, el contexto. «Permanezco totalmente mutismo» no tiene sentido. Además, sigue sin tener una ele.

—Entonces, ¿cuál es la respuesta, sabelotodo? —preguntó—. Y esta vez no metas la pata.

¡Qué injusticia! Pensé sinónimos de «muda» que sirviesen, pero no se me ocurrían muchos. Me gustaba la música y la poesía. Estar con la boca cerrada no era lo mío.

—«Silente» —dije por fin—. Tiene que ser eso.

Las baldosas nos premiaron formando un segundo puente: siete letras, horizontal, SILENTE, conectado con el primer puente por la *e* de PUERTA y la primera *e* de SILENTE. Lamentablemente, como el nuevo puente conducía hacia un lado, no nos acercó a la plataforma del Oráculo.

—Herófila —grité—, entiendo tu problema. Pero ¿existe alguna forma de que puedas manipular la longitud de las respuestas? ¿La siguiente puede ser una palabra muy larga y muy fácil que lleve a tu plataforma?

—Sabes que no puedo, Apolo. —Juntó las manos—. Por favor, debes darte prisa si quieres impedir que Calígula se convierta en... —Se atragantó—. Cuatro letras, la segunda es una *i*.

—«Dios» —dije tristemente.

Se formó un tercer puente: cuatro baldosas, conectadas por la *i* de SILENTE, que nos acercó solo una baldosa a nuestro objetivo. Los tres nos apiñamos en la baldosa de la *d*. La temperatura de la sala aumentó todavía más, como si el icor de Helios se encolerizase conforme nos acercábamos a Herófila. Grover y Meg sudaban copiosamente. Mi camuflaje ártico estaba empapado. No me

había sentido tan incómodo dando un abrazo de grupo desde el primer concierto que los Rolling Stones dieron en el Madison Square Garden en 1969. (Consejo: por muy tentador que te pueda parecer, no abrases a Mick Jagger y Keith Richards durante el bis. Esos hombres sudan la gota gorda).

Herófila suspiró.

—Lo siento, amigos míos. Volveré a intentarlo. Hay días en que me gustaría que la profecía fuera un regalo que no hubiera... —Hizo una mueca de sufrimiento—. Siete letras. La penúltima es una *t*.

Grover empezó a moverse de un lado a otro.

—Un momento. ¿Qué? La *t* de puerta está ahí detrás.

El calor me hacía sentir los ojos como las cebollas de un kebab, pero traté de examinar las filas y columnas que llevábamos hasta entonces.

—Quizá la nueva pista es otra palabra vertical que conecta con la *t* de SILENTE —dije.

A Herófila le brillaron los ojos de forma alentadora.

Meg se secó la frente sudorosa.

—Bueno, entonces, ¿por qué nos hemos molestado en adivinar «dios»? No lleva a ninguna parte.

—Oh, no —dijo Grover gimiendo—. Todavía estamos formando la profecía, ¿verdad? ¿Puerta, silente, dios? ¿Qué significa?

—No... no lo sé —reconocí; el cerebro me hervía en el cráneo como los fideos de una sopa de pollo—. Tratemos de averiguar más palabras. Herófila ha dicho que le gustaría que la profecía fuera un regalo que no hubiera... ¿qué?

—«Conseguido» no coincide —murmuró Meg.

—¿«Recibido»? —sugirió Grover—. No. Tampoco.

—A lo mejor es una metáfora —propuse—. Un regalo que no hubiera... ¿«abierto»?

Grover tragó saliva.

—¿Es nuestra respuesta definitiva?

Él y Meg miraron el icor ardiente y acto seguido me miraron a mí. Su confianza en mis capacidades no era nada reconfortante.

—Sí —decidí—. Herófila, la respuesta es «abierto».

La sibila suspiró de alivio mientras un nuevo puente se extendía de la *t* de SILENTE y nos llevaba a través del lago. Apiñados en la baldosa de la *s*, ahora estábamos a solo un metro y medio de la plataforma de la sibila.

—¿Saltamos? —preguntó Meg.

Herófila chilló y a continuación se tapó la boca con las manos.

—Deduzco que saltar no sería aconsejable —dije—. Tenemos que terminar el crucigrama. Herófila, ¿qué tal una palabra muy breve que vaya hacia delante?

La sibila curvó los dedos y dijo lenta y cuidadosamente:

—Palabra breve, horizontal. «Por», en italiano. Palabra breve, vertical. Empieza por i.

—¡Una jugada doble! —Miré a mis amigos—. Creo que buscamos «da» en horizontal, que quiere decir «por» en italiano, e «id» en vertical. Con eso, deberíamos llegar a la plataforma.

Grover se asomó por encima de un lado de la baldosa, donde el lago de icor borboteaba ahora a una temperatura muy elevada.

—No soportaría fallar ahora. ¿Es «id» una palabra aceptable? ¿Un verbo conjugado?

—No tengo el reglamento de Scrabble delante —reconocí—, pero creo que sí.

Me alegraba de que no fuera una partida de Scrabble. Atenea ganaba siempre con su insufrible vocabulario. Una vez colocó «abaxial» en una casilla triple, y Zeus arrancó con un rayo la cima del monte Parnaso de la rabia.

—Esa es nuestra respuesta, sibila —dije—. «Da» e «id».

Otras dos baldosas encajaron en su sitio y conectaron nuestro puente con la plataforma de Herófila. Lo cruzamos corriendo, y ella se puso a aplaudir y a llorar de alegría. Estiró los brazos para abrazarme, pero se acordó de que estaba esposada con unas cadenas abrasadoras.

Meg miró atrás el camino de respuestas situado a nuestras espaldas.

—Bueno, si la profecía ya ha terminado, ¿qué significa? ¿«Puerta silente dios abierto da id»?

Herófila empezó a decir algo, pero se lo pensó mejor. Me miró esperanzada.

—Añadamos otra vez unas palabras pequeñas —aventuré—. Si combinamos la primera parte del acertijo, tenemos «Apolo encara la muerte en la tumba de Tarquinio, salvo»... eh... «la puerta»... ¿de? —Miré a Herófila, quien me animó asintiendo con la cabeza—. «La puerta del dios silente»... Hum. No sé quién es. «Salvo que la puerta del dios silente sea abierta por...».

—Te has olvidado de da e «id» —dijo Grover.

—He traducido da, que quiere decir «por», y creo que podemos saltarnos el «id», ya que es una doble jugada.

El sátiro se tiró de la perilla chamuscada.

—Por eso no juego nunca al Scrabble. Además, suelo comerme las fichas. Consulté a Herófila.

—Entonces, Apolo (yo) encara la muerte en la tumba de Tarquinio, salvo que la puerta del dios silente sea abierta por... ¿qué? Meg tiene razón. La profecía no puede acabar ahí.

En algún lugar a mi izquierda, una voz familiar gritó:

—No necesariamente.

En un saliente situado en medio de la pared de la izquierda se hallaba la hechicera Medea, que estaba vivita y coleando y encantada de vernos. Detrás de ella, dos guardias pandos sujetaban a un prisionero encadenado y maltrecho: nuestro amigo Crest.

—Hola, queridos. —Medea sonrió—. ¡La profecía no tiene por qué tener final porque todos vais a morir igualmente!

Meg canta. Se acabó.
Todo el mundo a casa.
Estamos achicharrados

Meg atacó primero.

Empleando movimientos rápidos y seguros, cortó las cadenas que inmovilizaban a la sibila y lanzó una mirada asesina a Medea, como diciendo «¡Ja, ja! ¡Hecho! ¡He liberado al Oráculo!».

Los grilletes cayeron de las muñecas y los tobillos de la sibila y dejaron ver unas desagradables quemaduras circulares rojas. Herófila se tambaleó hacia atrás llevándose las manos al pecho. Parecía más horrorizada que agradecida.

—¡No, Meg McCaffrey! No deberías haber...

La pista que se disponía a dar, ya fuese horizontal o vertical, se volvió irrelevante. Las cadenas y los grilletes se unieron de nuevo, totalmente reparados. A continuación se lanzaron como serpientes de cascabel sobre mí, no sobre Herófila. Se enroscaron alrededor de mis muñecas y mis tobillos. El dolor era tan intenso que al principio me pareció fresco y agradable. Luego grité.

Meg asestó un golpe a los eslabones fundidos, pero esta vez repelieron sus espadas. A cada golpe que daba, las cadenas se tensaban y tiraban de mí hasta que me vi obligado a agacharme. Echando mano de mis insignificantes fuerzas, forcejeé contra las ataduras, pero no tardé en descubrir que era mala idea. Dar tirones contra las esposas era como pegar las muñecas a unas planchas al rojo vivo. El dolor por poco me hizo desmayarme, y el olor..., oh, dioses, no me gustaba el olor a fritanga de Lester. Solo permaneciendo

totalmente neutral, dejando que los grilletes me sujetasen por donde quisiesen, conseguí mantener el dolor a un nivel solo insoportable.

Medea se reía y disfrutaba visiblemente de mis contorsiones.

—¡Bien hecho, Meg McCaffrey! Iba a encadenar a Apolo yo misma, pero me has ahorrado un hechizo.

Caí de rodillas.

—Meg, Grover..., sacad a la sibila de aquí. ¡Dejadme!

Otro valiente gesto de sacrificio. Espero que lleves la cuenta.

Lamentablemente, mi propuesta fue en vano. Medea chasqueó los dedos. Las baldosas de piedra se movieron sobre la superficie del icor y dejaron la plataforma de la sibila aislada de cualquier salida.

Detrás de la hechicera, sus dos guardias empujaron a Crest al suelo. El pandos se deslizó hacia abajo con la espalda contra la pared; sus manos estaban esposadas, pero sujetaban obstinadamente mi ukelele de combate. Tenía el ojo izquierdo cerrado debido a la hinchazón y los labios partidos. Dos dedos de su mano derecha se hallaban muy torcidos. Me miró a los ojos con una expresión llena de vergüenza. Yo quería tranquilizarlo diciéndole que no había fracasado. No deberíamos haberlo dejado solo de guardia. ¡Todavía podría hacer punteos increíbles, aunque tuviera dos dedos rotos!

Pero apenas podía pensar con claridad, y menos aún consolar a mi joven alumno de música.

Los dos guardias desplegaron sus gigantescas orejas y cruzaron la sala por los aires dejando que las cálidas corrientes ascendentes los llevasen a unas baldosas separadas, cerca de las esquinas de nuestra plataforma. Desenvainaron las hojas de sus *khandas* y esperaron por si éramos tan tontos como para intentar saltar.

—Vosotros matasteis a Timbre —susurró uno.

—Vosotros matasteis a Peak —dijo el otro.

Medea se reía por lo bajo en su saliente.

—¿Lo ves, Apolo? ¡He elegido a una pareja de voluntarios muy motivados! El resto gritaba que quería venir conmigo aquí abajo, pero...

—¿Hay más fuera? —preguntó Meg. No sabía si la idea le parecía práctica («¡Bien, menos que matar ahora!») o deprimente («¡Buf, más que matar luego!»).

—Por supuesto, querida —contestó Medea—. Aunque se os ocurriese la absurda idea de enfrentaros a nosotros, daría igual. Claro que Flutter y Decibel tampoco iban a permitirlo. ¿Verdad que no, chicos?

—Yo soy Flutter —dijo Flutter.

—Yo soy Decibel —dijo Decibel—. ¿Podemos matarlos ya?

—Todavía no —respondió Medea—. Apolo está justo donde quiero que esté, listo para ser liquidado. En cuanto al resto, tranquilizaos. Si intentáis entrometeros, haré que Flutter y Decibel os maten. Pero entonces vuestra sangre podría derramarse en el icor y arruinar la pureza de la mezcla. —Abrió las manos—. Comprendedlo. No podemos tener icor manchado. Solo necesito la esencia de Apolo para la receta.

No me gustaba la forma en que hablaba de mí como si ya estuviera muerto: un simple ingrediente más, igual de importante que un ojo de sapo o el sasafrás.

—No me liquidarás —gruñí.

—Oh, Lester —dijo ella—. Yo creo que sí.

Las cadenas se tensaron más y me obligaron a ponerme a cuatro patas. No entendía cómo Herófila había soportado semejante dolor tanto tiempo. Claro que ella todavía era inmortal. Yo, no.

—¡Que empiece! —gritó Medea.

Empezó a cantar.

El icor emitió un brillo de un blanco puro y descoloreó toda la sala. Baldosas de piedra en miniatura con los bordes afilados parecían moverse bajo mi piel, mientras despellejaban mi forma humana y me convertían en un nuevo acertijo en el que ninguna de las respuestas era «Apolo». Grité. Farfullé. Hubiera suplicado por mi vida. Afortunadamente para la poca dignidad que me quedaba, fui incapaz de pronunciar las palabras.

Por el rabillo del ojo, en las profundidades de mi agonía, era vagamente consciente de que mis amigos estaban retrocediendo, aterrados ante el humo y el fuego que brotaban de las grietas de mi cuerpo.

Los comprendía perfectamente. ¿Qué podían hacer ellos? En ese momento yo tenía más probabilidades de explotar que los envases familiares de granadas de Macrón, y mi envoltorio no era ni de lejos tan resistente a la manipulación.

—Meg —dijo Grover, manejando torpemente su zampoña—. Voy a tocar una canción de la naturaleza. A ver si puedo interrumpir el hechizo y, con suerte, pedir ayuda.

Ella agarró sus espadas.

—¿Con este calor? ¿Bajo tierra?

—¡La naturaleza es lo único que nos queda! —dijo—. ¡Cúbreme!

Empezó a tocar. Meg montó guardia con las espadas en alto. Hasta Herófila colaboró cerrando los puños, dispuesta a enseñarles a los pandai

cómo se ocupaban las sibilas de los rufianes en Eritras.

Parecía que los pandai no supieran cómo reaccionar. Hicieron una mueca al oír el sonido de la zampoña y enrollaron las orejas alrededor de sus cabezas como turbantes, pero no atacaron. Medea se lo había prohibido. Y pese a lo floja que fue la interpretación musical de Grover, parecía que no estuvieran seguros de si constituía un acto de agresión o no.

Mientras tanto, yo estaba ocupado procurando no ser desollado vivo. Hasta el último ápice de mi fuerza de voluntad se concentró instintivamente en seguir con vida. Yo era Apolo, ¿no? Yo... yo era hermoso y la gente me quería. ¡El mundo me necesitaba!

El canto de Medea minaba mi determinación. Su letra en colquiano antiguo se infiltraba en mi mente. ¿Quién necesitaba a los dioses antiguos? ¿A quién le importaba Apolo? ¡Calígula era mucho más interesante! Era más indicado para el mundo moderno. Él encajaba. Yo no. ¿Por qué no abandonaba sin más? Entonces podría estar en paz.

El dolor es algo interesante. Crees que has llegado al límite y que es imposible que sientas más tormento, y entonces descubres que existe otro nivel de sufrimiento. Y después de ese, otro. Las baldosas de piedra de debajo de la piel cortaban, se movían y desgarraban. Por mi patético cuerpo mortal se encendían fuegos como erupciones solares que atravesaban el barato camuflaje ártico rebajado de Macrón. Perdí la noción de quién era y por qué luchaba por seguir con vida. Deseaba desesperadamente darme por vencido para que el dolor cesase.

Entonces Grover encontró el ritmo. Sus notas se volvieron más seguras y alegres, y su cadencia más regular. Tocó una intensa y desesperada giga, como las que tocaban en primavera los sátiros de la antigua Grecia en los prados, con la esperanza de animar a las dríades a salir a bailar con ellos entre las flores silvestres.

La canción estaba totalmente fuera de lugar en aquella mazmorra ardiente con crucigramas. Ningún espíritu de la naturaleza podría oírla. Ninguna dríade vendría a bailar con nosotros. Aun así, la música me alivió el dolor. Atenuó la intensidad del calor como una toalla húmeda pegada a mi frente febril.

El cántico de Medea se entrecortó y la hechicera miró con mala cara a Grover.

—¿En serio? ¿Vas a parar o tengo que obligarte?

El sátiro tocó de forma aún más frenética; una llamada de socorro a la naturaleza que resonó por la sala e hizo reverberar los pasillos como los tubos

de un órgano de iglesia.

De repente, Meg se unió cantando letras absurdas en un terrible tono monacorde.

—Eh, ¿qué se cuenta esa naturaleza? Nos pirran las plantas. Bajad aquí, dríades, y, ejem, creced y... matad a la hechicera y todo eso.

Herófila, que antaño había tenido una voz preciosa, que había nacido cantando profecías, miró consternada a la niña y, haciendo gala de una contención digna de una santa, no le dio un puñetazo en toda la cara.

Medea suspiró.

—Muy bien, se acabó. Lo siento, Meg, pero estoy segura de que Nerón me perdonará por matarte cuando le explique lo mal que has cantado. Flutter, Decibel, hacedlos callar.

Crest balbució alarmado detrás de la hechicera. Manipuló torpemente su ukelele, a pesar de tener las manos atadas y dos dedos machacados.

Mientras tanto, Flutter y Decibel sonreían con regocijo.

—¡Ahora nos vengaremos! ¡¡¡Muerte!!! ¡¡¡Muerte!!!

Desenrollaron las orejas, levantaron las espadas y saltaron hacia la plataforma.

¿Podría haberlos vencido Meg con sus fieles cimitarras?

No lo sé. El caso es que hizo un movimiento casi tan sorprendente como sus súbitas ganas de cantar. Tal vez al ver al pobre Crest, decidió que ya se había derramado suficiente sangre de pandos. Tal vez seguía pensando en su rabia mal encauzada y en quién debía gastar realmente su energía odiando. Fuera como fuese, sus cimitarras adquirieron repentinamente forma de anillos. Cogió un sobre de su cinturón, lo abrió rasgándolo y esparció las semillas en el camino de los pandai que se acercaban.

Flutter y Decibel viraron bruscamente y gritaron cuando las plantas brotaron y los cubrieron de una mullida nebulosa verde de ambrosía. Flutter se estampó contra la pared más cercana y empezó a estornudar violentamente, mientras la ambrosía lo inmovilizaba como una mosca atrapada en una tira matamoscas. Decibel aterrizó forzosamente en la plataforma a los pies de Meg, y la ambrosía creció por encima de él hasta que pareció un arbusto antes que un pandos; un arbusto que estornudaba mucho.

Medea se llevó la palma de la mano a la cara.

—En fin... Le dije a Calígula que los guerreros con dientes de dragón son mucho mejores guardias. Pero nooo. Él insistió en contratar pandai. —Movié la cabeza con gesto de indignación—. Lo siento, chicos. Habéis tenido vuestra oportunidad.

Chasqueó otra vez los dedos. Un *ventus* cobró vida dando vueltas y extrajo un ciclón de cenizas del lago de icor. El espíritu salió disparado hacia Flutter, arrancó de la pared al pandos que gritaba y lo soltó sin miramientos en el fuego. A continuación atravesó la plataforma, rozó los pies de mis amigos y también tiró a Decibel, que seguía estornudando y gritando.

—Bueno —dijo Medea—, a ver si así el resto os animáis a ¡¡¡callaros!!!

El *ventus* atacó rodeando a Meg y Grover y levantándolos de la plataforma.

Grité revolviéndome bajo las cadenas, convencido de que Medea arrojaría a mis amigos al fuego, pero simplemente se quedaron suspendidos. El sátiro seguía tocando la zampoña, aunque no salía ningún sonido, y Meg fruncía el ceño y gritaba, probablemente algo así como «¡¡¿Otra vez esto?! ¡¡¿Me estás vacilando?!».

Herófila no quedó atrapada en el *ventus*. Supuse que Medea no la consideraba peligrosa. Se puso a mi lado, con los puños aún cerrados. Yo se lo agradecí, pero no veía qué podía hacer una sibila boxeadora frente al poder de la hechicera.

—¡Está bien! —dijo Medea, con un brillo triunfal en los ojos—. Empezaré otra vez. Pero entonar este canto al mismo tiempo que controlo un *ventus* no es fácil, así que, por favor, pórtate bien. De lo contrario podría desconcentrarme y tirar a Meg y a Grover al icor. Y entre los pandai y la ambrosía, ya tenemos suficientes impurezas. A ver, ¿por dónde íbamos? ¡Ah, sí! ¡Estábamos desollando tu forma humana!

¿Quieres una profecía?
Te soltaré algunas tonterías.
¡Trágate mis sandeces!

—¡Resiste! —Herófila se arrodilló a mi lado—. ¡Debes resistir, Apolo!

Yo no podía hablar por el dolor. De haber podido, le habría dicho: «¿Que resista? ¡Vaya, gracias por un consejo tan profundo! ¡Debes de ser un Oráculo o algo por el estilo!».».

Por lo menos no me pidió que deletrease la palabra «resiste» en las baldosas de piedra.

El sudor me caía a chorros por la cara. El cuerpo me echaba chispas, y no en el buen sentido, como lo hacía cuando era dios.

La hechicera siguió cantando y yo sabía que debía de estar forzando al límite sus poderes, pero esta vez no veía cómo podía aprovecharme de ello. Estaba encadenado. No podía hacer el truco de la flecha en el pecho, y aunque hubiera podido hacerlo, sospechaba que Medea había llegado tan lejos con su magia que podía dejarme morir. Mi esencia caería poco a poco en el estanque de icor.

Yo no sabía tocar la flauta como Grover, ni podía confiar en la ambrosía como Meg, y no tenía la fuerza bruta de Jason Grace para romper la cárcel del *ventus* y salvar a mis amigos.

«Resiste...». Pero ¿con qué?

Mi conciencia empezó a flaquear. Traté de aferrarme al día de mi nacimiento (sí, mi memoria alcanzaba hasta entonces). Cuando salté del vientre de mi madre, empecé a cantar y a bailar, y llené el mundo de mi gloriosa voz. Me acordé de mi primer viaje al abismo de Delfos, de cuando

luché con mi enemigo Pitón, de la sensación de su cuerpo enroscado alrededor de mi cuerpo inmortal.

Otros recuerdos eran más traicioneros. Me acordé de ir en el carro del sol por el cielo, pero no era yo... Era Helios, el titán del sol, que azotaba los lomos de mis corceles con mi látigo de fuego. Me vi pintado de dorado, con una corona de rayos en la frente, avanzando entre una multitud de fervientes adoradores mortales..., pero no era yo, era el emperador Calígula, el Nuevo Sol.

¿Quién era yo?

Traté de visualizar la cara de mi madre Leto. No pude. Mi padre, Zeus, con su aterradora mirada fulminante, no era más que una impresión difusa. Mi hermana... ¡No podía haber olvidado a mi melliza! Pero incluso sus facciones flotaban vagamente en mi mente. Tenía los ojos plateados. Olía a madreselva. ¿Qué más? Me entró pánico. No me acordaba de su nombre. No me acordaba de mi propio nombre.

Extendí los dedos sobre el suelo de piedra y empezaron a echar humo y a desmenuzarse como ramitas en el fuego. Mi cuerpo pareció pixelarse, como les pasaba a los pandai cuando se desintegraban.

Herófila me habló al oído:

—¡Aguanta! ¡La ayuda llegará!

Yo no entendía cómo podía saberlo, aunque fuera un Oráculo. ¿Quién vendría en mi auxilio? ¿Quién podría ayudarme?

—Has ocupado mi puesto —dijo—. ¡Utilízalo!

Gemí de rabia y frustración. ¿Por qué decía tonterías? ¿Por qué no podía volver a hablar con acertijos? ¿Cómo se suponía que tenía que utilizar el hecho de estar en su puesto, entre sus cadenas? Yo no era un Oráculo. Ni siquiera era ya un dios. Era... ¿Lester? Oh, perfecto. De ese nombre sí me acordaba.

Miré las filas y las columnas de bloques de piedra, ahora en blanco, como si esperasen un nuevo reto. La profecía no estaba completa. Tal vez si encontraba la forma de terminarla... ¿cambiaría algo?

Tenía que cambiar. Jason había dado la vida para que yo pudiera llegar hasta allí. Mis amigos lo habían arriesgado todo. No podía darme por vencido como si nada. Para liberar el Oráculo, para liberar a Helios de ese Laberinto en Llamas..., tenía que terminar lo que habíamos empezado.

El cántico de Medea siguió sonando en tono monótono, sincronizándose con mi pulso, tomando las riendas de mi mente. Necesitaba anularlo, interrumpirlo como Grover había hecho con su música.

«Has ocupado mi puesto», había dicho Herófila.

Yo era Apolo, el dios de las profecías. Era el momento de que me convirtiera en mi propio Oráculo.

Me obligué a concentrarme en los bloques de piedra. Las venas de la frente se me hincharon como petardos bajo la piel.

—«B-bronce sobre oro» —dije tartamudeando.

Las baldosas de piedra se movieron y formaron una fila de tres baldosas en la esquina superior izquierda de la sala, con una palabra por cuadrado: BRONCE SOBRE ORO.

—Sí —dijo la sibila—. ¡Sí, exacto! ¡No pares!

El esfuerzo era horrible. Las cadenas quemaban y me arrastraban hacia abajo.

—«Oriente y Occidente» —dije gimiendo de dolor.

Una segunda fila de tres baldosas se situó debajo de la primera, con las palabras que acababa de decir iluminadas.

Más versos brotaron de mi boca:

*Legiones se redimen.
Ilumina las profundidades;
uno contra muchos,
nunca espíritu vencido.
Palabras antiguas pronunciadas,
sacuden viejos cimientos.*

¿Qué significaba todo eso? No tenía ni idea.

La sala retumbó mientras más bloques encajaban en su sitio, y nuevas piedras salían del lago para dar cabida a la gran cantidad de palabras. Todo el lado izquierdo del lago estaba ahora cubierto con las ocho filas de tres palabras, a palabra por baldosa, como la cubierta de una piscina enrollada por la mitad sobre el icor. El calor disminuyó. Los grilletes se enfriaron. El cántico de Medea se entrecortó, y dejó de controlar mi conciencia.

—¿Qué es esto? —susurró—. ¡Estamos demasiado cerca para parar ahora! Mataré a tus amigos si no...

Detrás de ella, Crest rasgó una cuarta suspendida con el ukelele. Medea, que al parecer se había olvidado de él, por poco se cayó a la lava del sobresalto.

—¿Tú también? —le gritó—. ¡¡¡Déjame trabajar!!!

—¡Deprisa! —me susurró Herófila al oído.

Lo entendí. Crest trataba de darme tiempo distrayendo a Medea. Siguió tocando obstinadamente con su/mi ukelele una serie de los acordes más discordantes que yo le había enseñado, y algunos que debía de haber improvisado él. Mientras tanto, Meg y Grover daban vueltas en su jaula, tratando de escapar del *ventus* sin suerte. Con solo un movimiento rápido de dedos por parte de Medea, correrían la misma suerte que Flutter y Decibel.

Volver a utilizar mi voz fue todavía más difícil que sacar el carro solar del barro a rastras. (No preguntes. Una larga historia en la que estuvieron implicadas unas atractivas náyades de los pantanos).

Logré recitar otro verso con voz ronca:

—«Destruye al tirano».

Tres baldosas más se alinearon, esta vez en la esquina superior derecha de la sala.

—«Ayuda al alado» —continué.

«Santos dioses», pensé. «¡Estoy diciendo sandeces!». Pero las piedras siguieron obedeciendo las indicaciones de mi voz mucho mejor de lo que Alexasiriastrofona lo había hecho jamás.

*Bajo colinas doradas,
potro del corcel.*

Las baldosas siguieron amontonándose y formaron una segunda columna de filas de tres baldosas que solo dejaba visible una fina franja del lago de fuego a mitad de la sala.

Medea trató de hacer caso omiso al pandos. Reanudó el cántico, pero enseguida Crest volvió a desconcentrarla con un la bemol quinta aumentada.

La hechicera chilló.

—¡Basta ya, pandos! —Sacó una daga de entre los pliegues de su vestido.

—No pares, Apolo —me avisó Herófila—. No debes...

Medea apuñaló a Crest en la barriga e interrumpió su serenata disonante.

Sollocé horrorizado, pero no sé cómo logré pronunciar más versos:

—«Escucha las trompetas» —recité casi sin voz—. «Agita mareas rojas...».

—¡Para! —me gritó Medea—. *Ventus*, tira a los prisioneros...

Crest rasgó un acorde aún más desagradable.

—¡Grr! —La hechicera se volvió y lo apuñaló otra vez.

—«Visita hogar extraño» —dije sollozando.

Otra cuarta suspendida de Crest, otra puñalada de la daga de Medea.

—¡«Recupera gloria perdida»! —grité. Las últimas baldosas de piedra encajaron en su sitio y completaron la segunda columna de filas desde el fondo de la sala hasta el borde de nuestra plataforma.

Percibí la conclusión de la profecía, grata como una bocanada de aire después de un largo buceo. Las llamas de Helios, solo visibles ahora en el centro de la sala, se enfriaron hasta convertirse en un lento fuego rojo tan peligroso como un incendio corriente.

—¡Sí! —dijo Herófila.

Medea se volvió gruñendo. En sus manos relucía la sangre del pandos. Detrás de ella, Crest cayó de costado gimiendo y presionando su maltrecha barriga con el ukelele.

—Bien hecho, Apolo —dijo la hechicera con desprecio—. Has hecho morir por ti a este pandos para nada. Mi magia está muy avanzada. Te desollaré a la antigua usanza. —Levantó el cuchillo—. Y en cuanto a tus amigos...

Chasqueó sus dedos ensangrentados.

—¡Mátalos, *ventus*!

Mi capítulo favorito, porque solo hay una muerte triste, que es una desgracia

Entonces ella murió.

No te mentiré, amable lector. Ha sido doloroso escribir la mayor parte de esta narración, pero esa frase ha sido una auténtica gozada. ¡Oh, qué cara se le quedó a Medea!

Pero debo rebobinar.

¿Cómo se dio esa agradabilísima casualidad del destino?

Medea se quedó inmóvil, abrió mucho los ojos, cayó de rodillas y el cuchillo se le escapó de las manos con gran estruendo. Se desplomó de bruces y dejó ver a una recién llegada detrás de ella: Piper McLean, vestida con una coraza de cuero por encima de la ropa de calle, con el labio recién cosido y la cara todavía muy magullada, pero llena de determinación. Tenía el pelo chamuscado en los bordes y una fina capa de ceniza le cubría los brazos. Su daga, Katoptris, sobresalía de la espalda de Medea.

Detrás de Piper había un grupo de doncellas guerreras, siete en total. Al principio, pensé que las cazadoras de Artemisa habían venido a salvarme una vez más, pero esas guerreras estaban armadas con escudos y lanzas hechos de una madera color ámbar.

Detrás de mí, el *ventus* se desenrolló y soltó a Meg y a Grover al suelo. Mis cadenas fundidas se deshicieron en polvo de carbón y Herófila me atrapó antes de que me cayese.

A Medea se le crisparon las manos. Giró la cara a un lado y abrió la boca, pero no le salió ninguna palabra.

Piper se arrodilló a su lado, puso, casi con ternura, una mano en su hombro y a continuación, con la otra mano, sacó a Katoptris de entre los

omóplatos de Medea.

—Una buena puñalada por la espalda se merece otra. —Piper besó a Medea en la mejilla—. Te diría que saludases a Jason de mi parte, pero él estará en los Campos Elíseos. Tú... no.

La hechicera puso los ojos en blanco y dejó de moverse. La hija de Afrodita miró atrás a sus aliadas con armaduras de madera.

—¿Qué tal si la tiramos?

—¡Buena idea! —gritaron al unísono las siete doncellas. Avanzaron con paso resuelto, levantaron el cuerpo de Medea y lo lanzaron sin contemplaciones al estanque de fuego de su abuelo.

Piper limpió la daga manchada de sangre en sus vaqueros. Con la boca hinchada y cosida, su sonrisa resultaba más horripilante que cordial.

—Hola, chicos.

Dejó escapar un sollozo desconsolado, una reacción que seguramente no era la que Piper esperaba. Cuando logré ponerme en pie haciendo caso omiso del dolor agudo de los tobillos, pasé corriendo por delante de ella hasta el lugar donde Crest yacía balbuciendo débilmente.

—Oh, mi valiente amigo. —Me ardían los ojos de las lágrimas. Me daban igual el insoportable dolor y las protestas de la piel cuando intentaba moverme.

La cara peluda del joven pandos estaba descompuesta de la impresión. Su níveo pelaje blanco tenía manchas de sangre y su abdomen era un reluciente desastre. Agarraba el ukelele como si fuera lo único que lo anclase al mundo de los vivos.

—Nos has salvado —dije, atragantándome con las palabras—. Nos... nos has dado el tiempo que necesitábamos. Encontraré la forma de curarte.

Él me miró fijamente a los ojos y logró decir con voz ronca:

—Dios... música.

Reí con nerviosismo.

—Sí, mi joven amigo. ¡Eres un dios de la música! Te... te enseñaré todos los acordes. Daremos un concierto con las Nueve Musas. Cuando... cuando vuelva al Olimpo...

Se me entrecortó la voz.

Crest ya no escuchaba. Sus ojos se habían vuelto vidriosos, sus torturados músculos se relajaron y su cuerpo se desmoronó y se hundió hacia dentro hasta que el ukelele quedó encima de un montón de polvo: un pequeño y triste monumento a mis muchos fracasos.

No sé cuánto tiempo estuve allí arrodillado, aturdido y temblando. Me dolía llorar, pero lloré igualmente.

Finalmente, Piper se puso en cuclillas a mi lado. Tenía una expresión compasiva, pero detrás de sus bonitos ojos multicolores debía de estar pensando: «Otra vida perdida por tu culpa, Lester. Otra muerte que no has podido impedir».

Sin embargo, no dijo eso. Envainó su daga.

—Lloraremos su muerte más tarde —dijo—. Todavía no hemos terminado nuestro trabajo.

«Nuestro trabajo». Había acudido en nuestro auxilio a pesar de todo lo que había pasado, a pesar de lo de Jason... No podía derrumbarme ahora. Al menos, más de lo que ya me había derrumbado.

Recogí el ukelele. Estaba a punto de murmurar una promesa al polvo de Crest, pero me acordé de lo que pasaba con mis promesas rotas. Había jurado enseñar a tocar al joven pandos el instrumento que él deseaba. Y ahora estaba muerto. A pesar del calor abrasador de la sala, noté la mirada fría de Estigia posada en mí.

Me apoyé en Piper, que me ayudó a cruzar la sala hasta la plataforma donde esperaban Meg, Grover y Herófila.

Las siete guerreras se encontraban cerca, como si aguardasen órdenes.

Al igual que sus escudos, su armadura estaba hecha de tablas de madera ambarina diestramente colocadas. Las mujeres resultaban imponentes; cada una medía unos dos metros diez, y sus rostros estaban tan pulidos y perfectamente moldeados como su armadura. Su cabello, de distintos tonos de color blanco, rubio, dorado y castaño claro, les caía en cascada por la espalda recogido en trenzas. Sus ojos y las venas de sus musculosos miembros estaban teñidos de verde clorofila.

Eran dríades, pero no se parecían a ninguna de las que había visto en mi vida.

—Sois las melíades —dije.

Las mujeres me observaron con un interés tan vivo que resultaba inquietante, como si les diese el mismo gusto luchar contra mí, bailar conmigo o lanzarme al fuego.

La de la izquierda del todo habló.

—Somos las melíades. ¿Eres tú la Gran Meg?

Parpadeé. Me dio la impresión de que esperaban un sí, pero a pesar de mi confusión, tenía la certeza de que yo no era la Gran Meg.

—Hola, chicas —intervino Piper, señalando a Meg—. Esta es Meg McCaffrey.

Las melíades marcharon a paso ligero levantando las rodillas más de lo estrictamente necesario. Cerraron filas formando un semicírculo delante de Meg, como si hiciesen una maniobra de banda de marcha, se detuvieron, dieron un golpe con las lanzas en los escudos y agacharon las cabezas respetuosamente.

—¡¡¡Ave, Gran Meg!!! —gritaron—. ¡¡¡Hija del creador!!!

Grover y Herófila retrocedieron poco a poco hasta el rincón, como si quisieran esconderse detrás del váter de la sibila.

Meg estudió a las siete dríades. Mi joven ama tenía el pelo alborotado por culpa del *ventus*. Se le había soltado la cinta aislante de las gafas, de modo que parecía que llevara unos monóculos desiguales con diamantes falsos incrustados. Su ropa había quedado reducida una vez más a una colección de harapos quemados y raídos; un conjunto que, en mi opinión, le daba el aspecto exacto que debía tener la Gran Meg.

Ella echó mano de su elocuencia habitual:

—Eh.

Un asomo de sonrisa se dibujó en la boca de Piper.

—Me he encontrado a estas chicas en la entrada del Laberinto. Venían a buscarte. Me han dicho que oyeron tu canción.

—¿Mi canción? —preguntó Meg.

—¡La música! —gritó Grover—. ¿Ha dado resultado?

—¡Hemos oído la llamada de la naturaleza! —gritó la dríade principal.

Para los mortales esa expresión tenía otro sentido, pero decidí no mencionarlo.

—¡Hemos oído la flauta de un señor de la naturaleza! —dijo otra dríade—. Supongo que has sido tú, sátiro. ¡Ave, sátiro!

—¡¡¡Ave, Sátiro!!! —repitieron las demás.

—Esto..., sí —dijo Grover débilmente—. Ave, vosotras también.

—Pero sobre todo —intervino una tercera dríade—, hemos oído el grito de la Gran Meg, hija del creador. ¡Ave!

—¡¡¡Ave!!! —repitieron las otras.

Yo ya había tenido suficientes aves.

Meg entornó los ojos.

—Cuando decís «creador», ¿os referís a mi padre, el botánico, o a mi madre, Deméter?

Las dríades murmuraron entre ellas.

Finalmente, la líder habló:

—Magnífica observación. Nos referimos a McCaffrey, el gran cultivador de dríades. Pero acabamos de descubrir que también eres hija de Deméter. ¡Tienes una bendición doble, hija de dos creadores! ¡Estamos a tu servicio!

Meg se hurgó la nariz.

—Conque a mi servicio, ¿eh? —Me miró como preguntando: «¿Por qué no puedes ser un sirviente así de guay?»—. ¿Y cómo nos habéis encontrado?

—¡Tenemos muchos poderes! —gritó una—. ¡Nacimos a partir de la sangre de la Madre Tierra!

—¡La fuerza primordial de la vida fluye por nosotras! —dijo otra.

—¡Amamantamos a Zeus de bebé! —señaló una tercera—. ¡Dimos a luz a una raza entera, los hombres de la Edad del Bronce!

—¡Somos las melíades! —terció una cuarta.

—¡Somos los poderosos fresnos! —gritó la quinta.

Las dos últimas se quedaron sin gran cosa que decir. Simplemente murmuraron:

—Fresnos. Sí, esas somos nosotras.

Piper intervino.

—El entrenador Hedge recibió el mensaje de la ninfa de las nubes y decidí venir a buscaros, pero como no sabía dónde estaba la entrada secreta, volví al centro de Los Ángeles.

—¿Tú sola? —preguntó Grover.

Los ojos de Piper se oscurecieron. Comprendí que había venido en primer lugar a vengarse de Medea y en segundo a ayudarnos. Salir viva ocupaba un lejano tercer puesto en su lista de prioridades.

—El caso —continuó— es que conocí a estas mujeres en el centro y nos aliamos.

Grover tragó saliva.

—¡Pero Crest dijo que la entrada principal sería una trampa mortal! ¡Que estaba muy vigilada!

—Sí, lo estaba... Pero ya no —explicó Piper, señalando a las dríades, que parecían muy satisfechas de sí mismas.

—El fresno es poderoso —dijo una.

Las otras asintieron murmurando.

Herófila salió de su escondite detrás del váter.

—Pero el fuego... ¿Cómo conseguisteis...?

—¡Ja! —gritó una dríade—. ¡Hace falta algo más que el fuego de un titán del sol para acabar con nosotras! —Levantó su escudo. Tenía una esquina

ennegrecida, pero el hollín se estaba cayendo y dejaba ver debajo una nueva madera inmaculada.

A juzgar por el ceño fruncido de Meg, supe que su mente estaba haciendo horas extras. Eso me ponía nervioso.

—Entonces..., ¿ahora me servís a mí? —preguntó.

Las dríades volvieron a golpear sus escudos al unísono.

—¡Obedeceremos las órdenes de la Gran Meg! —dijo la líder.

—O sea, que si os pidiera que me trajeseis unas enchiladas...

—¡Te preguntaríamos cuántas! —gritó otra dríade—. ¡Y cómo de caliente quieres la salsa!

Meg asintió con la cabeza.

—Mola. Pero, antes, ¿podríais acompañarnos fuera del Laberinto y ponernos a salvo?

—¡Así se hará! —contestó la dríade principal.

—Un momento —terció Piper—. ¿Y...?

Señaló las baldosas de piedra del suelo en las que seguían brillando mis absurdas palabras doradas.

Mientras estaba de rodillas encadenado, no había podido advertir su disposición:

BRONCE SOBRE ORO

DESTRUYE AL TIRANO

ORIENTE Y OCCIDENTE

AYUDA AL ALADO

LEGIONES SE REDIMEN

BAJO COLINAS DORADAS

ILUMINA LAS PROFUNDIDADES

POTRO DEL CORCEL

UNO CONTRA MUCHOS

ESCUCHA LAS TROMPETAS

NUNCA ESPÍRITU VENCIDO

AGITA MAREAS ROJAS

PALABRAS ANTIGUAS
PRONUNCIADAS

VISITA HOGAR EXTRAÑO

SACUDEN VIEJOS CIMIENTOS

RECUPERA GLORIA PERDIDA

—¿Qué significa? —preguntó Grover, mirándome como si yo tuviera alguna idea.

Me dolía la cabeza de agotamiento y pena. Mientras Crest distraía a Medea y hacía tiempo para que yo llegase y salvase a mis amigos, había estado soltando disparates: dos columnas de texto con un margen de fuego en medio. Ni siquiera estaban escritas con una fuente interesante.

—¡Significa que Apolo ha triunfado! —dijo la sibila orgullosamente—. ¡Ha terminado la profecía!

Negué con la cabeza.

—No es verdad. «Apolo encara la muerte en la tumba de Tarquinio, salvo que la puerta del dios silente sea abierta por...». ¿Y todo eso?

Piper escudriñó las frases.

—Es un texto muy largo. ¿Lo anoto?

La sonrisa de la sibila titubeó.

—¿Quieres decir... que no lo ves? Está ahí mismo.

Grover miró las palabras doradas entrecerrando los ojos.

—Ah. —Meg asintió con la cabeza—. Sí, vale.

Las siete dríades se inclinaron hacia ella, fascinadas.

—¿Qué quiere decir, gran hija del creador? —preguntó la líder.

—Hay que formar unas palabras —dijo Meg—. Fijaos.

Corrió hasta la H de «muchos», que brillaba más intensamente que la mayoría de las letras. A continuación empezó a saltar a otras letras de otros versos que también destacaban por su vivo brillo, al mismo tiempo que las pronunciaba en voz alta.

—H-I-J-A-D-E-B-E-L-O-N-A.

—Hala. —Piper movió la cabeza con gesto de asombro—. Sigo sin estar segura de lo que quiere decir la profecía, lo de Tarquinio y el dios silente y todo eso. Pero por lo visto necesitas la ayuda de la hija de Belona; es decir, de la pretora del Campamento Júpiter, Reyna Ávila Ramírez-Arellano.

Ja, ja, ja, ¿dríades?
Eres más lento que el caballo del malo.
Adiós, don Caballo

—¡Ave, Gran Meg! —gritó la dríade principal—. ¡Ave, solucionadora del acertijo!

—¡¡¡Ave!!! —convinieron las demás, y después le dedicaron muchos arrodillamientos, golpes de lanzas contra escudos y ofrecimientos de ir a buscar enchiladas.

Yo podría haber cuestionado si Meg era digna de tantas alabanzas. Si no me hubieran desollado mágicamente casi hasta la muerte con unas cadenas ardientes, podría haber resuelto el acertijo.

Pero teníamos problemas más acuciantes. La cámara empezó a temblar, chorreaba polvo del techo y unas cuantas baldosas cayeron en el estanque de icor.

—Tenemos que irnos —dijo Herófila—. La profecía está completa y ya soy libre. Esta sala no sobrevivirá.

—¡Me gusta la idea de irme! —convino Grover.

A mí también me gustaba, pero había una promesa que quería cumplir, por mucho que me odiase Estigia.

Me arrodillé en el borde de la plataforma y me quedé mirando el icor en llamas.

—Ejem, ¿Apolo? —dijo Meg.

—¿Lo apartamos? —preguntó una dríade.

—¿Lo empujamos? —preguntó otra.

Meg no respondió. Tal vez sopesaba qué oferta le parecía mejor. Yo traté de concentrarme en el fuego de debajo.

—Helios —murmuré—, tu encarcelamiento ha terminado. Medea ha muerto.

El icor se agitó y destelló. Sentí la ira semiconsciente del titán. Ahora que era libre, parecía que se planteara por qué no debía soltar su poder de esos túneles y convertir el campo en un erial. Seguramente tampoco le entusiasmaba que hubieran echado a dos pandai, algo de ambrosía y a su malvada nieta en su bonita esencia ardiente.

—Tienes derecho a estar furioso —dije—. Pero yo me acuerdo de ti: tu brillo, tu calor. Me acuerdo de tu amistad con los dioses y los mortales de la Tierra. Nunca podré ser una deidad del sol tan fabulosa como tú, pero cada día trato de honrar tu memoria, de recordar tus mejores cualidades.

El icor borboteó más rápido.

«Solo estoy hablando con un amigo», me dije. «No estoy convenciendo a un misil balístico intercontinental de que no se lance».

—Aguantaré —le dije—. Recuperaré el carro solar. Mientras yo lo conduzca, serás recordado. Mantendré tu vieja senda a través del cielo con firmeza y dedicación. Pero sabes mejor que nadie que el fuego del sol no debería estar en la Tierra. ¡No se creó para destruirla, sino para darle calor! Calígula y Medea te han manipulado para convertirte en un arma. ¡No dejes que ellos ganen! Lo único que tienes que hacer es descansar. Vuelve al éter del Caos, mi viejo amigo. Descansa en paz.

El icor se puso muy caliente. Estaba seguro de que estaba a punto de recibir un *peeling* facial extremo.

Entonces la esencia ardiente se agitó y relució como un estanque lleno de alas de polilla, y el calor se disipó. Las baldosas de piedra se deshicieron en polvo y cayeron al foso vacío. Las terribles quemaduras de mis brazos desaparecieron y mi piel cuarteada se curó. El dolor disminuyó a un nivel de angustia tolerable propio de una tortura de seis horas, y me desplomé en el suelo de piedra temblando y helado.

—¡Lo has conseguido! —gritó Grover. Miró a las dríades y luego a Meg, y se rio, asombrado—. ¿Lo notáis? La ola de calor, la sequía, los incendios... ¡han desaparecido!

—En efecto —dijo la dríade principal—. ¡El sirviente debilucho de la Gran Meg ha salvado a la naturaleza! ¡Ave, Gran Meg!

—¡¡¡Ave!!! —intervinieron las demás dríades.

Ni siquiera tenía energías para protestar.

La cámara retumbó más violentamente y apareció una enorme grieta zigzagueante en medio del techo.

—Larguémonos de aquí. —Meg se volvió hacia sus dríades—. Ayudad a Apolo.

—¡La Gran Meg ha hablado! —dijo la dríade principal.

Dos espíritus de la naturaleza me pusieron en pie y me llevaron entre ellas. Traté de apoyar el peso en los pies, por pura dignidad, pero era como patinar sobre unas ruedas de macarrones mojados.

—¿Sabéis cómo salir? —preguntó Grover a las dríades.

—Ahora lo sabemos —dijo una—. Es el camino más rápido de vuelta a la naturaleza, y eso es algo que siempre podemos encontrar.

En una escala del uno al diez para puntuar situaciones en las que gritarías «Socorro, voy a morir», salir del Laberinto era un diez. Pero como el resto de cosas que había hecho esa semana eran un quince, parecía pan comido. El techo del túnel se desplomó a nuestro alrededor y el suelo se desmoronó. Nos atacaron monstruos que recibieron la muerte a cuchilladas de manos de siete ávidas dríades que gritaban:

—¡¡¡Ave!!!

Finalmente llegamos a un estrecho hueco que ascendía en pendiente hacia un cuadradito de luz del sol.

—Este no es el camino por el que entramos —dijo Grover inquieto.

—Se le parece bastante —contestó la dríade principal—. ¡Nosotras iremos primero!

Nadie protestó. Las siete dríades levantaron sus escudos y subieron en fila india por el hueco. A continuación ascendieron Piper y Herófila, seguidas de Meg y Grover. Yo cerraba la marcha, lo bastante recuperado para arrastrarme sin ayuda con un mínimo de llantos y gritos ahogados.

Cuando salí a la luz del sol y me levanté, todo estaba listo para la batalla.

Volvíamos a estar en el antiguo foso de los osos, aunque no sabía cómo habíamos llegado allí por el hueco. Las melíades habían formado un muro de escudos alrededor de la entrada del túnel. Por encima de nosotros, alineados en la cornisa de la cuenca de cemento, una docena de pandai nos esperaban con flechas preparadas en sus arcos. En medio se hallaba el gran corcel blanco Incitatus.

Cuando me vio, sacudió su hermosa crin.

—Ahí está por fin. Medea no ha podido cerrar el trato, ¿eh?

—Medea está muerta —dije—. Y a menos que escapes ahora mismo, tú serás el siguiente.

Incitatus relinchó.

—De todas formas nunca me gustó esa hechicera. En cuanto a lo de rendirme, ¿te has mirado últimamente, Lester? No estás en condiciones de amenazar. Nosotros tenemos ventaja. Ya has visto lo rápido que pueden disparar los pandai. No sé quiénes son tus guapas aliadas con armaduras de madera, pero me da igual. Entregaos. El Gran C se dirige al norte para ocuparse de tus amigos del Área de la Bahía, pero podemos localizar la flota fácilmente. Mi amigo te tiene reservadas toda clase de sorpresas.

Piper gruñó. Yo sospechaba que la mano de Herófila posada en su hombro era lo único que impedía que la hija de Afrodita arremetiese contra el enemigo ella sola.

Las cimitarras de Meg destellaron al sol de la tarde.

—Eh, señoras del fresno —dijo—, ¿cómo de rápido podéis subir ahí?

La líder echó un vistazo.

—Bastante rápido, oh, Meg.

—Guay —dijo Meg, y a continuación gritó al caballo y a sus tropas—: ¡Última oportunidad de rendiros!

Incitatus suspiró.

—Muy bien.

—Muy bien, ¿os rendís? —preguntó Meg.

—No. Muy bien, os mataremos. Pandai...

—¡¡¡Dríades, atacad!!! —chilló Meg.

—¿Dríades? —preguntó Incitatus con incredulidad.

Fue lo último que dijo.

Las melíades salieron del foso de un salto como si no fuera más alto que el escalón de un porche. La docena de arqueros pandai, los tiradores más rápidos del oeste, no pudieron disparar ni una sola flecha y fueron reducidos a polvo con lanzas de fresno.

Incitatus relinchó asustado. Mientras las melíades lo rodeaban, se encabritó y coceó con sus pezuñas con herraduras doradas, pero ni siquiera su gran fuerza podía competir con los letales espíritus de los árboles. El corcel cedió y se cayó, atravesado por siete ángulos distintos al mismo tiempo.

Las dríades se volvieron hacia Meg.

—¡Está hecho! —anunció su líder—. ¿Le apetecen ahora a la Gran Meg enchiladas?

A mi lado, Piper parecía ligeramente asqueada, como si la venganza hubiera perdido parte de su atractivo.

—Yo creía que mi voz era poderosa.

Grover asintió gimoteando.

—Nunca he tenido pesadillas con los árboles. La cosa podría cambiar a partir de hoy.

Hasta Meg parecía incómoda, como si acabara de percatarse de la clase de poder que había recibido. Me tranquilizó ver esa inquietud. Era una clara señal de que seguía siendo buena persona. El poder provoca desasosiego a la gente buena, en lugar de alegría o presunción. Por eso la gente buena casi nunca asciende al poder.

—Larguémonos de aquí —decidió.

—¿Adónde nos largamos, oh, Meg? —preguntó la dríade principal.

—A casa —contestó ella—. A Palm Springs.

No había rastro de amargura en su voz cuando articuló esas palabras: «A casa. A Palm Springs». Necesitaba volver, como las dríades, a sus raíces.

Las flores del desierto se abren.
La lluvia del atardecer refresca el aire.
¡Hora de un concurso!

Piper no nos acompañó.

Dijo que tenía que volver a la casa de Malibú para que ni su padre ni la familia Hedge se preocuparan. Partirían todos juntos a Oklahoma al día siguiente por la noche. Además, tenía que encargarse de unos asuntos. Su tono sombrío me hizo pensar que se refería a unos asuntos finales, como los relacionados con Jason.

—Nos vemos mañana por la tarde. —Me dio una hoja de papel doblada de color amarillo diente de león: un aviso de desalojo de Finanzas N. H. En el dorso había garabateado una dirección de Santa Mónica—. Podrás seguir tu camino.

No estaba seguro de qué quería decir con eso, pero se fue sin más explicaciones al aparcamiento del campo de golf que había cerca, sin duda a pedir prestado un vehículo de la categoría del Bedrossianmóvil.

El resto volvimos a Palm Springs en el Mercedes rojo. Herófila condujo. ¿Quién habría dicho que los antiguos oráculos sabían conducir? Meg iba sentada a su lado y Grover y yo nos pusimos en la parte trasera. Yo no paraba de mirar tristemente mi asiento, donde solo unas horas antes había estado sentado Crest, impaciente por aprender los acordes y convertirse en un dios de la música.

Es posible que llorase.

Las siete meliades marchaban junto al Mercedes como agentes del servicio secreto, siguiendo nuestro ritmo sin problemas, incluso cuando

dejamos atrás los embotellamientos.

A pesar de nuestra victoria, éramos un grupo taciturno. Nadie daba conversación. En un momento determinado, Herófila intentó romper el hielo.

—Veo veo...

—No —respondimos al unísono.

Después de eso, viajamos en silencio.

La temperatura en el exterior bajó al menos diez grados. Una bruma marina había cubierto la cuenca de Los Ángeles como una gigantesca bayeta húmeda y había absorbido todo el calor seco y el humo. Cuando llegamos a San Bernardino, unos nubarrones barrieron las cimas de la sierra y descargaron cortinas de lluvia sobre las montañas secas y carbonizadas por el fuego.

Cuando cruzamos el paso y vimos que Palm Springs se extendía por debajo de nosotros, Grover gritó de felicidad. El desierto estaba alfombrado de flores silvestres —caléndulas y amapolas, dientes de león y primaveras— que relucían gracias a la lluvia que acababa de caer y que había dejado el aire fresco y dulce.

Montones de dríades nos esperaban en la cima de la Cisterna. Aloe Vera se preocupó por nuestras heridas. Nopal frunció el entrecejo y preguntó cómo era posible que nos hubiéramos cargado la ropa una vez más. Reba estaba tan contenta que intentó bailar un tango conmigo, aunque las sandalias de Calígula no estaban diseñadas para hacer filigranas en la pista de baile. El resto de los anfitriones reunidos formaron un corro alrededor de las melíades, mirándolas con la boca abierta de asombro.

Josué abrazó tan fuerte a Meg que la niña chilló.

—¡Lo habéis conseguido! —dijo—. ¡El fuego ha desaparecido!

—No hace falta que te hagas el sorprendido —masculló ella.

—Y estas... —Se volvió hacia las melíades—. Las... las vi salir de sus árboles antes. Me dijeron que habían oído una canción que tenían que seguir. ¿Eras tú?

—Sí. —No parecía que a Meg le gustase la forma en que Josué miraba a las dríades con la mandíbula desencajada—. Son mis nuevas seguidoras.

—¡Somos las melíades! —exclamó la líder y se arrodilló ante la niña—. ¡Necesitamos que nos aconsejes, oh, Meg! ¿Dónde echamos raíces?

—¿Raíces? —preguntó Meg—. Yo creía...

—Podemos permanecer en la ladera donde tú nos plantaste, Gran Meg —dijo la líder—. ¡Pero si deseas que echemos raíces en otro sitio, debes

decidirlo rápido! ¡Pronto seremos demasiado grandes y fuertes para trasplantarnos!

De repente visualicé una imagen de nosotros comprando una camioneta, llenando la plataforma de tierra y viajando hacia el norte, en dirección a San Francisco, con siete fresnos asesinos. Me gustaba la idea. Lamentablemente, sabía que no daría resultado. A los árboles no les hacían mucha gracia los viajes.

Meg se rascó la oreja.

—Si os quedáis aquí..., ¿estaréis bien? Me refiero a que como esto es el desierto y eso...

—No nos pasará nada —dijo la líder.

—Aunque sería preferible un poco más de sombra y agua —apuntó un segundo fresno.

Josué carraspeó y, pasándose los dedos por el pelo enmarañado de forma afectada, dijo:

—¡Nos, ejem, sentiríamos muy honrados de teneros con nosotros! La fuerza de la naturaleza es intensa aquí, pero con las meliades entre nosotros...

—Sí —convino Nopal—. Nadie volvería a meterse con nosotros. ¡Podríamos crecer en paz!

Aloe Vera estudiaba a las meliades con reserva. Me imaginé que no se fiaba de unas formas de vida que requerían tan poca curación.

—¿Cuánto alcance tenéis? ¿Cuánto territorio podéis proteger?

Una tercera meliade se rio.

—¡Hoy hemos ido a Los Ángeles! No nos ha costado nada. ¡Si echamos raíces aquí, podemos proteger todo un radio de quinientos kilómetros!

Reba se acarició el pelo oscuro.

—¿Abarca eso Argentina?

—No —contestó Grover—. Pero abarcaría prácticamente todo el sur de California. —Se volvió hacia Meg—. ¿Qué opinas?

La hija de Deméter estaba tan cansada que se balanceaba como un árbol joven. Yo esperaba que murmurase una de sus respuestas como «No sé» y se quedase frita. En cambio, hizo un gesto a las meliades.

—Venid aquí.

Todas la siguieron hasta la orilla de la Cisterna. Meg señaló el pozo sombreado con su estanque azul intenso en el centro.

—¿Qué tal alrededor del estanque? —preguntó—. Sombra. Agua. Creo... creo que a mi padre le habría gustado.

—¡La hija del creador ha hablado! —gritó una meliade.

—¡Hija de dos creadores! —dijo otra.

—¡Bendecida por partida doble!

—¡Sabia solucionadora de enigmas!

—¡La Gran Meg!

A las dos últimas les quedó poco que añadir, de modo que murmuraron:

—Sí. La Gran Meg. Sí.

Las demás dríades murmuraron y asintieron con la cabeza. A pesar de que los fresnos invadirían el sitio que ellas destinaban a comer enchiladas, nadie se quejó.

—Una fresneda sagrada —dije—. Yo tuve muchas en la antigüedad. Es perfecto, Meg.

Me volví hacia la sibila, que había permanecido en silencio al fondo, asombrada sin duda de encontrarse entre tanta gente después de su largo cautiverio.

—Herófila, esta arboleda estará bien protegida —dije—. Nadie, ni siquiera Calígula, podría amenazarte aquí. No te diré lo que debes hacer. La decisión es tuya. Pero ¿te plantearías convertirla en tu nuevo hogar?

Ella se rodeó el cuerpo con los brazos. Su cabello castaño rojizo era del mismo color que las colinas del desierto a la luz de la tarde. Me preguntaba si estaba pensando en lo distinta que era esa ladera de la ladera en la que ella había nacido, donde había tenido su cueva en Eritras.

—Podría ser feliz aquí —decidió—. Lo primero que he pensado, y solo es una idea, es que según tengo entendido, en Pasadena hacen muchos concursos. Tengo varias ideas para crear programas nuevos.

Nopal se estremeció.

—¿Qué tal si dejamos eso para más adelante, querida? ¡Únete a nosotras!

Aloe Vera asintió con la cabeza.

—¡Sería un honor para nosotras tener un Oráculo! ¡Podrías avisarme cada vez que alguien estuviera a punto de resfriarse!

—Te recibiríamos con los brazos abiertos —convino Josué—. Menos los que tienen espinas en los brazos. Esos solo te saludarían con la mano.

Herófila sonrió.

—Muy bien. Sería... —Se le trabó la lengua, como si estuviera a punto de iniciar una nueva profecía y de hacernos salir a todos en desbandada.

—¡Está bien! —dije—. ¡No hace falta que nos des las gracias! ¡Está decidido!

Y de ese modo Palm Springs consiguió un Oráculo, mientras que el resto del mundo se libró de varios concursos de televisión nuevos como *La Sibila*

de la Fortuna o El Oráculo Justo. Todos salían ganando.

Pasamos el resto de la velada montando un nuevo campamento ladera abajo, cenando comida para llevar (yo elegí enchiladas verdes, gracias por preguntar) y asegurando a Aloe Vera que nuestras capas de mejunje medicinal eran lo bastante generosas. Las meliades desarraigaron sus árboles jóvenes y los replantaron en la Cisterna, que supuse era la versión driádica de levantarse por uno mismo.

Al atardecer, su líder se dirigió a Meg y le hizo una reverencia.

—Nos vamos a dormir, pero siempre que nos llames, si tenemos suficiente cobertura, te responderemos. ¡Protegeremos esta tierra en nombre de la Gran Meg!

—Gracias —dijo la Gran Meg, con su lirismo característico.

Las meliades se fundieron con sus siete fresnos, que ahora formaban un bonito cerco alrededor del estanque. Sus ramas emitían una luz suave y amarillenta. Las demás driades pasearon por la ladera disfrutando del aire fresco y de las estrellas en el cielo nocturno sin humo mientras enseñaban a la sibila su nuevo hogar.

—Y aquí hay unas rocas —le decían—. Y allí, más rocas.

Grover se sentó al lado de Meg y de mí lanzando un suspiro de satisfacción.

El sátiro se había puesto ropa nueva: un gorro verde, una camiseta desteñida limpia, unos vaqueros limpios y unas zapatillas New Balance nuevas adaptadas a sus pezuñas. Llevaba una mochila al hombro. Se me cayó el alma a los pies al verlo vestido de viaje, aunque no me sorprendió.

—¿Te vas a alguna parte? —pregunté.

Él sonrió.

—Vuelvo al Campamento Mestizo.

—¿Ahora? —inquirió Meg.

Él abrió las manos.

—He pasado años aquí. ¡Gracias a vosotros, mi trabajo por fin ha terminado! Ya sé que todavía tenéis mucho camino por recorrer, liberando a los oráculos y todo eso, pero...

Era demasiado educado para terminar la frase: «... pero, por favor, no me pidáis que siga con vosotros».

—Te mereces volver a casa —dijo tristemente, deseando poder hacer lo mismo—. Pero ¿ni siquiera vas a descansar esta noche?

Los ojos de Grover adoptaron una mirada ausente.

—Necesito volver. Los sátiros no somos dríades, pero también tenemos raíces. El Campamento Mestizo son las mías. He estado ausente demasiado tiempo. Espero que Enebro no se haya buscado una nueva cabra...

Me acordé de lo inquieta y preocupada que estaba la dríade Enebro por su novio ausente cuando estuve en el Campamento.

—Dudo que encuentre sustituto a un sátiro tan magnífico —comenté—. Gracias, Grover Underwood. No lo habríamos conseguido sin ti y Walt Whitman.

Se rio, pero su expresión se ensombreció de inmediato.

—Siento lo de Jason y... —Su mirada se posó en el ukelele de mi regazo. No lo había perdido de vista desde que habíamos vuelto, aunque no había tenido el valor de afinarlo, y menos aún de tocarlo.

—Sí —convine—. Y lo de Planta del Dinero, y lo de todos los demás que han muerto buscando el Laberinto en Llamas, o por culpa de los incendios, la sequía...

Vaya, por un instante me había sentido bien. Grover sabía cómo cargarse el buen rollo.

Le tembló la perilla.

—Estoy seguro de que llegaréis al Campamento Júpiter —dijo—. Nunca he estado allí, ni he conocido a Reyna, pero tengo entendido que es buena persona. Mi colega Tyson, el cíclope, también está allí. Dadle recuerdos de mi parte.

Pensé en lo que nos esperaba en el norte. Aparte de lo que habíamos deducido a bordo del yate de Calígula —que su ataque durante la luna nueva no había tenido un desenlace favorable—, no sabíamos qué pasaba en el Campamento Júpiter, ni si Leo Valdez seguía allí o estaba volviendo a Indianápolis. Lo único que sabíamos era que Calígula, que ya no contaba con su corcel ni su hechicera, se dirigía al Área de la Bahía para ocuparse en persona del Campamento Júpiter. Teníamos que llegar primero.

—No nos pasará nada —dije, tratando de convencerme—. Hemos arrebatado tres oráculos al triunvirato. Ahora, aparte de Delfos, solo queda una fuente de profecías: los libros sibilinos... o, mejor dicho, lo que la arpía Ella intenta recrear de memoria.

Grover frunció el ceño.

—Sí. Ella, la novia de Tyson.

Parecía confundido, como si no entendiera que un cíclope tuviera una novia arpía, y mucho menos una con una memoria fotográfica que se había

convertido en nuestro único vínculo con unos libros de profecías quemados siglos antes.

Muy pocas cosas de nuestra situación tenían sentido, pero yo era un antiguo dios del Olimpo, así que estaba acostumbrado a la incoherencia.

—Gracias, Grover. —Meg lo abrazó y le dio un beso en la mejilla, lo que sin duda era más gratitud de la que me había mostrado a mí jamás.

—De nada —dijo él—. Gracias a ti, Meg. Has... —Tragó saliva—. Has sido muy buena amiga. Me ha gustado hablar de plantas contigo.

—Yo también he estado presente —dije.

El sátiro sonrió tímidamente. Se levantó y se abrochó los tirantes de la mochila al pecho.

—Que durmáis bien, chicos. Y buena suerte. Tengo la sensación de que volveré a veros antes... Sí.

«¿Antes de que yo suba al cielo y recupere mi trono inmortal?».

«¿Antes de que todos muramos de forma espantosa a manos del triunvirato?».

No estaba seguro. Pero después de que Grover se fuese, sentí un vacío en el pecho, como si el agujero que me había hecho con la Flecha de Dodona se estuviera volviendo más hondo y más grande. Me desaté las sandalias de Calígula y las tiré.

Dormí espantosamente y tuve un sueño espantoso.

Estaba en el fondo de un río frío y oscuro. Encima de mí flotaba una mujer con una túnica de seda negra: la diosa Estigia, la viva encarnación de las aguas infernales.

—Más promesas rotas —susurró.

Un sollozo se formó en mi garganta. No necesitaba que me lo recordasen.

«¡Crest!», me dieron ganas de gritar. «¡Tenía un nombre!».

—¿Empiezas a darte cuenta de la insensatez de haber jurado precipitadamente por mis aguas? —preguntó Estigia—. Habrá más muertes. Mi ira no perdonará a nadie próximo a ti hasta que se repare el daño cometido. ¡Disfruta de tu tiempo como mortal, Apolo!

Mis pulmones empezaron a llenarse de agua, como si mi cuerpo acabara de acordarse de que necesitaba oxígeno.

Me desperté jadeando.

Estaba rompiendo el alba sobre el desierto y yo abrazaba tan fuerte el ukelele que me había hecho marcas en los antebrazos y el pecho magullado. El saco de dormir de Meg estaba vacío, pero antes de que yo pudiera buscarla,

bajó por la colina en dirección a mí con una luz extraña y vehemente en los ojos.

—Levántate, Apolo —dijo—. ¡Tienes que ver esto!

Segundo premio: un viaje por carretera
con Bon Jovi en casete.

Primer premio: por favor, no preguntes

La mansión McCaffrey había renacido.

O, mejor dicho, rebrotado.

Durante la noche, habían crecido y germinado árboles de hojas caducas del desierto a una velocidad increíble y habían formado las vigas y el suelo de un palafito con varios pisos muy parecido al antiguo. De las ruinas de piedra habían salido gruesas enredaderas que sujetaban las paredes y el techo, y habían dejado espacio para ventanas y tragaluces protegidos del sol con toldos hechos con glicinias.

El mayor cambio de la nueva casa era que el gran salón había sido construido en forma de herradura alrededor de la Cisterna, una reforma que dejaba la fresneda abierta al cielo.

—Esperamos que os guste —dijo Aloe Vera, mientras nos llevaba de visita—. Nos hemos reunido todas y hemos decidido que era lo mínimo que podíamos hacer.

El interior era fresco y cómodo, con fuentes y agua corriente en todas las habitaciones suministrada con tuberías de raíces vivas procedentes de manantiales subterráneos. Cactus en flor y árboles de Josué decoraban los espacios. Unas ramas enormes se habían transformado en muebles. Incluso la antigua mesa de trabajo del doctor McCaffrey había sido recreada con el mayor cuidado.

Meg se sorbió la nariz parpadeando frenéticamente.

—Vaya por los dioses —dijo Aloe Vera—. ¡Espero que no seas alérgica a la casa!

—No, este sitio es increíble. —Meg se lanzó a los brazos de Aloe, haciendo caso omiso de las partes puntiagudas de la dríade.

—Hala —dije. (Se me debía de haber contagiado la poesía de Meg.)—. ¿Cuántos espíritus de la naturaleza han hecho falta para conseguirlo?

Aloe se encogió de hombros modestamente.

—Todas las dríades del desierto de Mojave han querido ayudar. ¡Nos habéis salvado a todas! Y habéis recuperado a las melíades. —Le dio a Meg un beso pegajoso en la mejilla—. Tu padre estaría muy orgulloso. Has completado su obra.

La pequeña parpadeó para contener las lágrimas.

—Ojalá...

No hizo falta que terminara. Todos sabíamos cuántas vidas no se habían salvado.

—¿Te quedarás? —preguntó Aloe—. Aeithales es tu hogar.

Meg contempló el paisaje del desierto. Me aterraba que dijera que sí. La última orden que me daría sería que continuase las misiones yo solo, y esta vez lo diría en serio. ¿Por qué no iba a hacerlo? Había encontrado su hogar. Allí tenía amigos, incluidas siete poderosísimas dríades que la alabarían y le llevarían enchiladas cada mañana. Podía convertirse en la protectora del sur de California, lejos de las garras de Nerón. Podía encontrar la paz.

Hacías unas semanas, la idea de ser libre y no tener que obedecer a Meg me habría alegrado, pero ahora me parecía insoportable. Sí, quería que fuera feliz. Pero sabía que todavía tenía muchas cosas por hacer: la primera, hacer frente a Nerón otra vez y cerrar ese horrible capítulo de su vida enfrentándose y venciendo a la Bestia.

Ah, y yo también necesitaba su ayuda. Llámame egoísta, pero no me imaginaba continuando sin ella.

Meg apretó la mano de Aloe.

—A lo mejor algún día. Eso espero. Pero ahora... tenemos que ir a otros sitios.

Grover nos había dejado generosamente el Mercedes que había tomado prestado en... donde fuese.

Después de despedirnos de Herófila y las dríades, que se quedaron debatiendo sus planes de instalar un suelo como un tablero de Scrabble

gigante en uno de los dormitorios traseros de Aeithales, fuimos a Santa Mónica buscando la dirección que Piper me había dado. Yo no paraba de mirar por el espejo retrovisor, preguntándome si la policía de tráfico nos pararía por robo de automóvil. Habría sido el perfecto final de semana.

Tardamos un rato en encontrar la dirección: un pequeño aeródromo cerca del puerto de Santa Mónica.

Un vigilante jurado nos dejó pasar por la verja sin hacernos preguntas, como si estuviese esperando a dos adolescentes en un Mercedes rojo posiblemente robado. Fuimos directos a la pista.

Un reluciente Cessna blanco se hallaba aparcado cerca de la terminal, justo al lado del Pinto amarillo del entrenador Hedge. Me estremecí preguntándome si estábamos atrapados en un programa de *El Oráculo Justo*. Primer premio: el Cessna. Segundo premio... No, no soportaba la idea.

El entrenador Hedge estaba cambiándole el pañal al pequeño Chuck sobre el capó del Pinto y distraía al bebé dejándole morder una granada. (Que probablemente solo era una carcasa vacía. Probablemente). Mellie estaba a su lado supervisándolo.

Cuando nos vio, la ninfa nos saludó con la mano y nos dedicó una sonrisa triste, pero señaló hacia el avión, al pie de cuya escalera se encontraba Piper hablando con el piloto.

La chica tenía en las manos algo grande y plano: un tablero. También tenía un par de libros debajo del brazo. A su derecha, cerca de la cola del avión, el compartimento del equipaje se encontraba abierto. Miembros del personal de tierra sujetaban cuidadosamente con correas una gran caja de madera con accesorios de latón. Un ataúd.

Mientras Meg y yo nos acercábamos, el capitán estrechó la mano de Piper. El hombre tenía una expresión tensa de compasión.

—Todo está en regla, señorita McLean. Estaré a bordo haciendo las comprobaciones previas hasta que los pasajeros estén listos.

Nos saludó con un rápido gesto de cabeza y subió al Cessna.

Piper iba vestida con unos vaqueros descoloridos y una camiseta sin mangas de camuflaje verde. Llevaba el cabello más corto y peinado de forma más desigual —probablemente porque se le había quemado mucho pelo—, un detalle que le daba un inquietante parecido con Thalia Grace. Sus ojos multicolores reflejaban el gris de la pista, de modo que se la podría haber confundido con una hija de Atenea.

El tablero que sostenía era, naturalmente, la maqueta de la Colina de los Templos del Campamento Júpiter que Jason había hecho. Debajo del brazo

llevaba los dos cuadernos de bocetos del chico.

Se me alojó una bola de acero en la garganta.

—Ah.

—Sí —dijo—. Los del internado me han dejado llevarme estas cosas.

Cogí la maqueta como alguien podría haber cogido la bandera doblada de un soldado abatido. Meg guardó los cuadernos en su mochila.

—¿Te vas a Oklahoma? —pregunté, señalando el avión con la barbilla.

Piper se rio.

—Pues sí. Pero vamos en coche. Mi padre ha alquilado un todoterreno. Nos espera a los Hedge y a mí en DK's Donuts. —Sonrió tristemente—. El primer sitio al que me llevó a desayunar cuando nos mudamos aquí.

—¿En coche? —preguntó Meg—. Pero...

—El avión es para vosotros dos —explicó—. Y para... Jason. Ya os dije que a mi padre le quedaba suficiente tiempo de vuelo y combustible para un último viaje. Le comenté la idea de mandar a Jason a casa; o sea, la casa donde pasó más tiempo, en el Área de la Bahía, y le dije que vosotros lo acompañaríais hasta allí. Le pareció una forma mucho mejor de usar el avión. Nosotros iremos encantados en coche.

Miré la maqueta de la Colina de los Templos; todas las fichas de Monopoly cuidadosamente etiquetadas con la letra de Jason. Leí la etiqueta en la que ponía APOLO. Todavía podía oír su voz en mi mente pronunciando mi nombre, pidiéndome un último favor: «Pase lo que pase, cuando vuelvas al Olimpo, cuando vuelvas a ser un dios, no te olvides. No te olvides de lo que es ser humano».

Eso, pensé, es ser humano. Estar en la pista, ver cómo unos mortales cargaban el cadáver de un amigo y un héroe en la bodega, saber que no volvería nunca. Decir adiós a una chica de luto que lo había hecho todo para ayudarnos y saber que jamás podrías compensarla, que jamás podrías resarcirla por lo que había perdido.

—Piper, yo... —Se me trabó la lengua como a la sibila.

—No pasa nada —dijo ella—. Que lleguéis bien al Campamento Júpiter. Aseguraos de que le dan a Jason el entierro romano que merece y detened a Calígula.

Sus palabras no fueron duras, como yo podría haber esperado. Fueron simplemente secas, como el aire de Palm Springs; sin emitir ningún juicio, solo un calor natural.

Meg miró el ataúd en la bodega. Parecía que la incomodase viajar con un compañero fallecido, y yo la comprendía. Por algo nunca había invitado a

Hades a volar en el carro del sol. Mezclar el inframundo y el supramundo traía mala suerte.

A pesar de todo, Meg murmuró:

—Gracias.

Piper atrajo a la niña hacia sí, le dio un abrazo y le besó la frente.

—De nada. Y si alguna vez estás en Tahlequah, ven a visitarme, ¿vale?

Pensé en los millones de jóvenes que me rezaban cada año con la esperanza de abandonar sus pueblecitos natales de todo el mundo y venir a Los Ángeles para hacer realidad sus grandes sueños. Piper McLean emprendía ahora el camino contrario: abandonaba el *glamour* y los oropeles cinematográficos de la antigua vida de su padre y volvía al pueblecito de Tahlequah, en Oklahoma. Y parecía estar contenta con esa decisión, como si su Aeithales particular le esperase allí.

Mellie y Hedge se acercaron; el pequeño Chuck seguía mordiendo alegremente su granada en brazos de su padre.

—Hola —dijo el entrenador—. ¿Estás lista, Piper? Tenemos un largo camino por delante.

El sátiro tenía una expresión seria y decidida. Miró el ataúd en la bodega y rápidamente clavó los ojos en la pista.

—Estoy lista —convino ella—. ¿Seguro que el Pinto aguantará un viaje tan largo?

—¡Claro! —contestó Hedge—. Pero, bueno, manteneos a la vista por si el todoterreno se avería y necesitáis ayuda.

Mellie puso los ojos en blanco.

—Chuck y yo vamos en el todoterreno.

El entrenador carraspeó.

—Está bien. Así podré poner mi música. Tengo la discografía entera de Bon Jovi en casete.

Intenté sonreír de forma alentadora, aunque decidí hacerle a Hades una nueva propuesta para los Campos de Castigo si volvía a verlo: «Pinto. Viaje en carretera. Bon Jovi en casete».

Meg le pellizcó la nariz al pequeño Chuck, un gesto que hizo reír y escupir virutas de granada al bebé.

—¿Qué vais a hacer en Oklahoma? —preguntó.

—¡Entrenar, cómo no! —dijo el entrenador—. En Oklahoma tienen muy buenos equipos universitarios. Además, me he enterado de que allí hay mucha naturaleza. Es un buen sitio para criar a un niño.

—Y siempre hay trabajo para las ninfas de las nubes —terció Mellie—. Todo el mundo necesita nubes.

Meg se quedó mirando el cielo, preguntándose quizá cuántas de aquellas nubes eran ninfas que cobraban el salario mínimo. De repente, se quedó boquiabierta.

—Ejem, ¿chicos?

Señaló hacia el norte.

Una silueta brillante se recortó contra una hilera de nubes blancas. Por un momento, pensé que se acercaba un pequeño avión. Entonces agitó las alas.

El personal de tierra salió en desbandada para ponerse manos a la obra mientras Festo, el dragón de bronce, aterrizaba con Leo Valdez montado en su lomo.

Los miembros del personal de tierra agitaron sus conos luminosos de color naranja para guiar a Festo a un sitio al lado del Cessna. A ninguno de los mortales parecía resultarle extraño. Uno de ellos gritó a Leo y le preguntó si necesitaba combustible.

Leo sonrió.

—No. Pero si pudierais lavar y encerar a mi amigo y buscarle un poco de salsa de Tabasco, sería genial.

Festo rugió en señal de aprobación.

Leo Valdez se apeó del dragón y trotó hacia nosotros. No sabía qué aventuras había vivido, pero ahí estaba, con su pelo moreno rizado, su sonrisa pícara y su cuerpo menudo de duende intactos. Llevaba una camiseta morada con letras doradas en latín: MI COHORTE ESTUVO EN LA NUEVA ROMA Y SOLO ME COMPRÓ ESTA CUTRE CAMISETA.

—¡Ya puede empezar la fiesta! —anunció—. ¡Ahí están mis colegas!

Yo no sabía qué decir. Me quedé parado, perplejo, mientras Leo nos daba abrazos.

—¿Qué os pasa, chicos? —preguntó—. ¿Os han dado con una granada de fogeo? Bueno, tengo buenas y malas noticias de la Nueva Roma, pero antes... —Escudriñó nuestras caras. Se le empezó a descomponer el rostro—. ¿Dónde está Jason?

Las bebidas a bordo incluyen las
lágrimas de un dios.
Por favor, pague el importe exacto

Piper se derrumbó. Se desplomó contra Leo y le contó la historia llorando entre sollozos hasta que él, atónito y con los ojos rojos, la abrazó y sepultó su cara en el cuello de ella.

El personal de tierra no nos atosigó. Los Hedge se retiraron al Pinto, donde el entrenador apretó bien el cinturón a Mellie y al bebé, como había que hacer siempre con la familia, pues la tragedia podía sorprenderle a cualquiera en cualquier momento.

Meg y yo nos quedamos cerca; la maqueta de Jason se agitaba todavía en mis brazos. Al lado del Cessna, Festo levantó la cabeza, emitió un sonido grave y quejumbroso y acto seguido escupió fuego al cielo. Los miembros del personal de tierra se pusieron un poco nerviosos mientras le lavaban las alas con mangueras. Me imaginaba que los aviones privados no solían lamentarse y expulsar fuego por los orificios nasales ni... tener orificios nasales.

El aire pareció cristalizarse a nuestro alrededor y formar quebradizas esquirlas de emoción que nos cortarían independientemente de la dirección en la que nos girásemos.

Parecía que a Leo le hubieran golpeado repetidas veces. (Y sabía de lo que hablaba. Le había visto golpeado repetidas veces). Se secó las lágrimas de la cara y se quedó mirando la bodega del avión y luego la maqueta que yo tenía en las manos.

—No me... Ni siquiera pude despedirme —murmuró.
Piper sacudió la cabeza.

—Yo tampoco. Fue muy rápido. Él...

—Hizo lo que Jason siempre hacía —dijo Leo—. Os salvó.

Piper respiró entrecortadamente.

—¿Y tú? ¿Qué noticias tienes?

—¿Noticias? —Leo contuvo un sollozo—. Después de esto, ¿qué más dan mis noticias?

—Oye. —Piper le dio un puñetazo en el brazo—. Apolo me dijo lo que hiciste. ¿Qué pasó en el Campamento Júpiter?

Leo se puso a tamborilear con los dedos sobre los muslos, como si mantuviera dos conversaciones simultáneas en código morse.

—Detuvimos... detuvimos el ataque. Más o menos. Hubo muchos daños. Esa es la mala noticia. Muchas buenas personas... —Miró otra vez a la bodega—. Bueno, Frank está bien. Y Reyna y Hazel. Esa es la buena noticia... —Se estremeció—. Dioses, ya no puedo ni pensar con claridad. ¿Es normal? Se me está olvidando cómo se piensa.

Yo podía garantizarle que era normal, al menos en mi experiencia.

El capitán bajó por la escalera del avión.

—Lo siento, señorita McLean, pero estamos esperando para salir. Si no queremos perder la oportunidad...

—Sí —dijo ella—. Claro. Apolo y Meg, marchaos. Estaré bien con el entrenador y Mellie. Leo...

—Oh, no te vas a librar de mí —repuso él—. Acabas de ganarte un dragón de bronce escolta hasta Oklahoma.

—Leo...

—No vamos a discutirlo —insistió él—. Además, queda más o menos de camino a Indianápolis.

Piper sonrió débilmente.

—Tú te vas a instalar en Indianápolis. Yo, en Tahlequah. Vamos a conocer mundo, ¿eh?

Leo se volvió hacia nosotros.

—Adelante, chicos. Llevad... llevad a Jason a casa. Hacedle justicia. Encontraréis el Campamento Júpiter todavía en pie.

La última vez que vi a Piper, Leo, el entrenador y Mellie por la ventanilla del avión, estaban juntos en la pista, planificando su viaje hacia el oeste con su dragón de bronce y su Pinto amarillo.

Mientras tanto, nosotros avanzábamos por la pista de despegue en nuestro avión privado. Nos elevamos por los aires con gran estruendo rumbo al Campamento Júpiter y a nuestro encuentro con Reyna, la hija de Belona.

No sabía cómo encontraría la tumba de Tarquinio, ni quién se suponía que era el dios silente. No sabía cómo impediríamos que Calígula atacase el deteriorado campamento romano. Pero ninguna de esas cosas me preocupaba tanto como lo que ya nos había ocurrido: las numerosas vidas perdidas, el ataúd de un héroe que traqueteaba en la bodega y los tres emperadores que seguían vivos, dispuestos a causar más estragos en todo y todos los que me importaban.

Me sorprendí llorando.

Era ridículo. Los dioses no lloran. Pero mirando la maqueta de Jason en el asiento de al lado, lo único que podía pensar era que aquel chico no llegaría a ver terminados los planes que con tanto mimo había etiquetado. Al coger el ukelele, solo podía imaginarme a Crest tocando su último acorde con los dedos rotos.

—Eh. —Meg se volvió en el asiento de delante. A pesar de las gafas con montura de ojos de gato y la ropa de colores de preescolar que llevaba (remendada, una vez más, gracias a la magia de las siempre pacientes dríades), hoy parecía más madura. Más segura de sí misma—. Vamos a arreglarlo todo.

Moví la cabeza tristemente.

—¿Qué quiere decir eso? Calígula se dirige al norte. Nerón sigue ahí fuera. Nos hemos enfrentado a tres emperadores y no hemos vencido a ninguno. Y Pitón...

Ella me pellizcó la nariz, mucho más fuerte que al pequeño Chuck.

—¡Ay!

—¿Estás atento?

—Yo... Sí.

—Entonces escucha: «Llegarás al Tíber con vida. Y empezarás tu coreografía». Es lo que decía la profecía de Indiana, ¿no? Tendrá sentido cuando lleguemos. Vas a vencer al triunvirato.

Parpadeé.

—¿Es una orden?

—Es una promesa.

Ojalá no lo hubiera dicho de esa forma. Casi podía oír a la diosa Estigia riendo y su voz resonando en la fría bodega donde el hijo de Júpiter reposaba ahora en su ataúd.

La idea me enfureció. Meg tenía razón. Derrotaría a los emperadores. Liberaría Delfos de las garras de Pitón. No permitiría que los que se habían sacrificado lo hubieran hecho en vano.

Tal vez esa misión había terminado en un acorde de cuarta suspendida, porque todavía teníamos mucho que hacer.

Pero de ahora en adelante no sería solo Lester. No sería solo un observador.

Sería Apolo.

No me olvidaría.

Guía de lenguaje apolíneo

ADRIANO: decimocuarto emperador de Roma. Gobernó de 117 a 138 d. C. y fue famoso por levantar un muro que marcaba el límite septentrional de Britania.

AEITHALES: «árbol de hoja perenne», en griego.

AFRODITA: diosa griega del amor y la belleza. Forma romana: Venus.

ALEJANDRO MAGNO: rey del antiguo reino griego de Macedonia (336-323 a. C.). Unió las ciudades-Estado griegas y conquistó Persia.

AMBROSÍA: comida de los dioses que proporciona la inmortalidad a quien la consume. Los semidioses pueden comerla en pequeñas dosis para curar sus heridas.

ARBUTUS: cualquier arbusto o árbol de la familia del brezo con flores blancas o rosas y frutas rojas o naranjas.

ARES: dios griego de la guerra, hijo de Zeus y Hera, y hermanastro de Atenea. Forma romana: Marte.

ARGO II: trirreme volador construido por la cabaña de Hefesto en el Campamento Mestizo para llevar a los semidioses de la profecía de los siete a Grecia.

ARPÍA: criatura alada femenina que roba objetos.

ARTEMISA: diosa griega de la caza y la luna, hija de Zeus y Leto, y hermana melliza de Apolo.

ASCLEPIO: dios de la medicina, hijo de Apolo. Su templo era el centro curativo de la antigua Grecia.

ATENEA: diosa griega de la sabiduría.

BELONA: diosa romana de la guerra, hija de Júpiter y Juno.

BLACK SOX DE CHICAGO: ocho miembros de los White Sox de Chicago, un equipo de la Liga Nacional de Béisbol de Estados Unidos, acusados de perder a propósito en el Campeonato Mundial de 1919 contra los Reds de Cincinnati a cambio de dinero.

BLEMIAS: tribu de personas sin cabeza con la cara en el pecho.

BRITOMARTIS: diosa griega de las redes de caza y pesca. Su animal sagrado es el grifo.

BRONCE CELESTIAL: poderoso metal mágico empleado para crear armas empuñadas por los dioses griegos y sus hijos semidioses.

CALIGAE (*caliga*, sing.): sandalias militares romanas.

CALÍGULA: apodo del tercer emperador de Roma, Cayo Julio César Augusto Germánico, de infausta fama por su crueldad y sus carnicerías durante los cuatro años que gobernó, de 37 a 41 d. C. fue asesinado por su propia guardia.

CAMPAMENTO JÚPITER: campo de entrenamiento de semidioses romanos situado en California, entre las colinas de Oakland y las colinas de Berkeley.

CAMPAMENTO MESTIZO: campo de entrenamiento de semidioses griegos situado en Long Island, en Nueva York.

CAMPOS ELÍSEOS: paraíso al que los héroes griegos eran enviados cuando los dioses les concedían la inmortalidad.

CÍCLOPE: miembro de una raza primigenia de gigantes que tenían un ojo en el centro de la frente.

CIMITARRA: sable de hoja curva.

CIMOPOLIA: diosa griega de las olas de tempestad violentas, hija de Poseidón.

CLAUDIO: emperador romano (41-54 d. C.) que sucedió a Calígula, su sobrino.

CÓMODO: Lucio Aurelio Cómodo fue hijo del emperador romano Marco Aurelio. Se convirtió en coemperador a los dieciséis años y en emperador a los dieciocho, cuando su padre falleció. Gobernó del año 177 al 192 d. C. y fue megalómano y corrupto. Se consideraba el

nuevo Hércules y disfrutaba matando animales y luchando contra gladiadores en el Coliseo.

CUEVA DE TROFONIO: sima profunda, sede del Oráculo de Trofonio.

CURA DEL MÉDICO: brebaje preparado por Asclepio, el dios de la medicina, para resucitar a alguien de entre los muertos.

DAFNE: hermosa náyade que llamó la atención de Apolo. Se transformó en un laurel para escapar del dios.

DÉDALO: diestro artesano que creó el Laberinto de Creta, en el que estaba encerrado el Minotauro (mitad hombre, mitad toro).

DELOS: isla griega del mar Egeo, situada cerca de Miconos, en la que nació Apolo.

DEMÉTER: diosa griega de la agricultura, hija de los titanes Rea y Cronos.

DENARIO: unidad monetaria de Roma.

DIONISO: dios griego del vino y las fiestas, hijo de Zeus.

DRÍADE: espíritu (normalmente femenino) asociado a un determinado árbol.

EDESIA: diosa romana de los banquetes.

EDSEL: coche fabricado por Ford entre 1958 y 1960 que constituyó un gran fracaso.

EMPUSA: monstruo alado que chupa sangre, hija de la diosa Hécate.

ENCÉLADO: gigante hijo de Gaia y Urano que fue el principal adversario de la diosa Atenea durante la guerra de los gigantes.

ENEAS: príncipe de Troya y reputado antepasado de los romanos, héroe de la *Eneida*, el poema épico de Virgilio.

ESPARTANO: ciudadano de Esparta o algo perteneciente a Esparta, una ciudad-Estado de la antigua Grecia con hegemonía militar.

ESTACIÓN DE PASO: lugar de refugio para semidioses, monstruos pacíficos y cazadoras de Artemisa, situado por encima de Union Station, en Indianápolis, Indiana.

ESTIGIA: poderosa ninfa del agua, hija mayor del titán del mar Océano, diosa del río más importante del inframundo y diosa del odio. La

laguna Estigia recibe su nombre de ella.

ESTRIGE: gran pájaro de mal agüero que bebe sangre.

EUTERPE: diosa griega de la poesía lírica, una de las nueve musas, hija de Zeus y Mnemósine.

FALANGE: cuerpo compacto de tropas fuertemente armadas.

FERONIA: diosa romana de los bosques, también asociada a la fertilidad, la salud y la abundancia.

FILIPO DE MACEDONIA: rey del antiguo reino griego de Macedonia entre el año 359 y el 336 a. C., cuando fue asesinado. Era el padre de Alejandro Magno.

FURIAS: diosas de la venganza.

GAIA: diosa griega de la tierra, esposa de Urano y madre de titanes, gigantes, cíclopes y otros monstruos.

GERMÁNICO: adoptado por el emperador romano Tiberio, se convirtió en un destacado general del Imperio romano y fue conocido por sus exitosas campañas en Germania. Era el padre de Calígula.

GLADIUS: espada punzante, principal arma de los soldados de infantería romanos.

GUARDIA PRETORIANA: unidad de élite de los soldados romanos del ejército imperial romano.

GUERRA DE TROYA: según el mito, los aqueos (griegos) hicieron la guerra a la ciudad de Troya después de que Paris de Troya arrebatase a Menelao, rey de Esparta, a su esposa Helena.

HADES: dios griego de la muerte y las riquezas, señor del inframundo.

HÉCATE: diosa de la magia y las encrucijadas.

HÉCUBA: reina de Troya, esposa del rey Príamo, gobernante durante la guerra de Troya.

HEFESTO: dios griego del fuego, incluido el volcánico, y de los artesanos y los herreros. Hijo de Zeus y Hera, se casó con Afrodita. Forma romana: Vulcano.

HELENA DE TROYA: hija de Zeus y Leda, era considerada la mujer más hermosa del mundo. Desencadenó la guerra de Troya cuando dejó a su esposo Menelao por Paris, un príncipe de Troya.

HELIOS: titán dios del sol, hijo del titán Hiperión y la titana Tea.

HERA: diosa griega del matrimonio, esposa-hermana de Zeus y madrastra de Apolo.

HERACLES: equivalente griego de Hércules, hijo de Zeus y Alcmene; nacido con una gran fuerza.

HÉRCULES: equivalente romano de Heracles, hijo de Júpiter y Alcmene; nacido con una gran fuerza.

HERMES: dios griego de los viajeros, guía de los espíritus de los muertos, y dios de la comunicación.

HERÓFILA: hija de una ninfa del agua, su canto era tan hermoso que Apolo le concedió el don de la profecía y la convirtió en la sibila eritrea.

HESTIA: diosa griega del hogar.

HIDRA: serpiente acuática de múltiples cabezas.

HIERRO ESTIGIO: metal mágico raro capaz de matar monstruos.

HIPNOS: dios griego del sueño.

INCITATUS: caballo favorito del emperador romano Calígula.

INFRAMUNDO: reino de los muertos, gobernado por Hades, al que iban las almas por toda la eternidad.

JABALÍ DE ERIMANTO: gigantesco jabalí salvaje que aterrorizaba a la gente en la isla de Erimanto hasta que Hércules lo sometió en el tercero de sus doce trabajos.

JACINTO: héroe griego y amante de Apolo que murió cuando intentaba impresionar al dios con su destreza con el disco.

JANO: dios romano de los comienzos, las aberturas, las puertas, las verjas, los pasadizos, el tiempo y los finales, representado con dos caras.

JÚPITER: dios romano del cielo y rey de los dioses. Forma griega: Zeus.

KATOPTRIS: «espejo», en griego; daga que perteneció a Helena de Troya.

KHANDA: espada recta de doble filo, que es un importante símbolo del sijismo.

KUSARIGAMA: espada japonesa tradicional consistente en una hoz sujeta a una cadena.

LA VENTANA: sala de actuaciones y espectáculos de Buenos Aires.

LABERINTO: caótica creación subterránea construida originalmente en la isla de Creta por el artesano Dédalo para encerrar al Minotauro.

LAGUNA ESTIGIA: río que marca el límite entre la tierra y el inframundo.

LEGIONARIO: miembro del ejército romano.

LETO: fruto de su unión con Zeus, fue la madre de Artemisa y Apolo. Es la diosa de la maternidad.

LUCRECIA BORGIA: hija de un papa y de su amante, hermosa noble que se granjeó fama de intrigante política en la Italia del siglo xv.

MARCO AURELIO: emperador romano (160-180 d. C.), padre de Cómodo, considerado el último de los «cinco emperadores buenos».

MARTE: dios romano de la guerra. Forma griega: Ares.

MEDEA: hechicera griega, hija del rey Eetes de la Cólquida y nieta del dios del sol Helios. Fue esposa del héroe Jasón, al que ayudó a conseguir el vellocino de oro.

MEFITIS: diosa de los gases fétidos de la tierra, venerada sobre todo en pantanos y zonas volcánicas.

MELÍADES: ninfas griegas de los fresnos engendradas por Gaia, que amamantaron y criaron a Zeus en Creta.

MIGUEL ÁNGEL: escultor, pintor, arquitecto y poeta italiano del alto Renacimiento. Entre las muchas obras maestras de este genio destacado en la historia del arte occidental, se encuentra el techo de la capilla Sixtina del Vaticano.

MINOTAURO: hijo del rey Minos de Creta, mitad hombre, mitad toro, el Minotauro estaba encerrado en el Laberinto, donde mataba a la gente que era enviada allí. Fue vencido finalmente por Teseo.

MONTE OLIMPO: hogar de los doce dioses del Olimpo.

MONTE PALATINO: la más famosa de las siete colinas de Roma. Considerado uno de los barrios más codiciados de la antigua Roma, era el hogar de aristócratas y emperadores.

MONTE VESUBIO: volcán situado cerca de la bahía de Nápoles, en Italia, que entró en erupción en 79 d. C. y enterró la ciudad romana de Pompeya bajo ceniza.

NEOS HELIOS: «nuevo sol», en griego. Título adoptado por el emperador romano Calígula.

NERÓN: emperador romano (54-58 d. C.). Hizo ejecutar a su madre y a su primera esposa y muchos creen que fue quien provocó el incendio que destruyó Roma. Él, sin embargo, culpó a los cristianos, a los que quemaba en cruces. Se hizo construir un extravagante palacio nuevo en el terreno desbrozado y perdió apoyo cuando los gastos de la construcción le obligaron a subir los impuestos. Se suicidó.

NEVIO SUTORIO MACRÓN: prefecto de la guardia pretoriana de 31 a 38 d. C. que sirvió a las órdenes de los emperadores Tiberio y Calígula.

NINFA: deidad femenina de la naturaleza que vivifica el medio natural.

NIÓBIDAS: niños que fueron ejecutados por Apolo y Artemisa cuando su madre, Níobe, alardeó de que tenía más descendencia que Leto, la madre de los mellizos.

NUEVE MUSAS: diosas que inspiran y protegen la creación y expresión artísticas. Hijas de Zeus y Mnemósine, de niñas recibieron las enseñanzas de Apolo. Se llaman Clío, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsícore, Erato, Polimnia, Urania y Calíope.

NUNCHAKU: concebido originalmente como un apero de labranza para cosechar arroz, esta arma de Okinawa consta de dos palos unidos en un extremo por una cadena o cuerda corta.

ORÁCULO DE DELFOS: portavoz de las profecías de Apolo.

ORÁCULO DE TROFONIO: griego que fue convertido en Oráculo después de su muerte. Situado en la Cueva de Trofonio, es famoso por aterrorizar a los que lo buscan.

ORO IMPERIAL: metal poco común consagrado en el panteón que resulta letal para los monstruos. Su existencia era un secreto celosamente guardado

por los emperadores.

ORTOPOLIS: único hijo de Plemneo que sobrevivió al nacimiento. Disfrazada de anciana, Deméter lo amamantó para garantizar la supervivencia del niño.

PAN: dios griego de la naturaleza salvaje, hijo de Hermes.

PANDAI (pandos, sing.): tribu de hombres con orejas gigantescas, ocho dedos en las manos y los pies, y cuerpos cubiertos de pelo que empieza siendo blanco y se vuelve negro con la edad.

PARAZONIO: daga de hoja triangular que llevaban las mujeres en la antigua Grecia.

PEQUEÑO TÍBER: barrera del Campamento Júpiter.

PETERSBURG: batalla de la guerra de Secesión que tuvo lugar en Virginia, en la que una carga explosiva diseñada para ser utilizada contra los confederados provocó la muerte de cuatro mil soldados de la Unión.

PITÓN: dragón monstruoso al que Gaia nombró custodio del Oráculo de Delfos.

PLEMNEO: padre de Ortopolis, a quien Deméter crio para asegurarse de que crecía sano y saludable.

POMPEYA: ciudad romana que fue destruida en 79 d. C. cuando el volcán Vesubio entró en erupción y la cubrió bajo cenizas.

POSEIDÓN: dios griego del mar, hijo de los titanes Cronos y Rea, y hermano de Zeus y Hades.

PRETOR: magistrado romano electo y comandante del ejército.

PRINCEPS: «primer ciudadano» o «primero de la fila», en latín. Los primeros emperadores romanos se concedían este título, que llegó a significar «príncipe de Roma».

PUERTAS DE LA MUERTE: entrada de la casa de Hades, situada en el Tártaro. Las puertas tienen dos lados: uno en el mundo de los mortales y otro en el inframundo.

RÍO TÍBER: tercer río más largo de Italia. Roma fue fundada en sus orillas. En la antigua Roma, los criminales ejecutados eran lanzados a este río.

SARPEDÓN: hijo de Zeus que fue un príncipe licio y un héroe de la guerra de Troya. Luchó con honores en el bando troyano, pero fue eliminado por el guerrero griego Patroclo.

SÁTIRO: dios griego del bosque mitad cabra, mitad hombre.

SATURNALES: antigua fiesta romana que conmemoraba a Saturno (Cronos).

SHURIKEN: estrella arrojadiza *ninja*. Arma blanca plana utilizada como daga o para distraer al enemigo.

SIBILA: profetisa.

SIBILA ERITREA: profetisa que presidía el Oráculo de Apolo en Eritras, en Jonia.

SITULA: «cubo», en latín.

TARQUINIO: Lucio Tarquinio el soberbio fue el séptimo y último rey de Roma, reinó de 535 a 509 a. C., cuando, tras un alzamiento popular, se instauró la República romana.

TEMPLO DE CÁSTOR Y PÓLUX: antiguo templo del foro romano, erigido en honor a los hijos gemelos de Júpiter y Leda e inaugurado por el general romano Aulo Postumio, quien obtuvo una gran victoria en la batalla del Lago Regilo.

TERMÓPILAS: paso montañoso situado cerca del mar en el norte de Grecia que fue el escenario de varias batallas, la más importante entre los persas y los griegos durante la invasión persa de 480-479 a. C.

TERPSÍCORE: diosa griega del baile, una de las nueve musas.

TITANES: raza de poderosas deidades griegas, descendientes de Gaia y de Urano, que gobernaron durante la edad de oro y fueron derrocadas por una raza de dioses más jóvenes, los dioses del Olimpo.

TRAGO: protuberancia carnosa situada en la parte delantera de la abertura externa de la oreja.

TRIRREME: buque de guerra griego con tres gradas de remos a cada lado.

TRIUNVIRATO: alianza política formada por tres partes.

TROFONIO: semidiós hijo de Apolo, arquitecto del templo de Apolo en Delfos y espíritu del Oráculo Oscuro. Decapitó a su hermano

Agamedes para evitar que lo descubrieran después de asaltar el tesoro del rey Hirieo.

TROYA: ciudad prerromana situada en la actual Turquía, donde tuvo lugar la guerra de Troya.

URANO: personificación griega del cielo, esposo de Gaia y padre de los titanes.

VELLOCINO DE ORO: codiciado vellón del carnero alado con lana de oro que fue retenido en la Cólquida por el rey Eetes y vigilado por un dragón hasta que Jasón y los argonautas lo rescataron.

VENTUS (*venti*, pl.): espíritu de la tormenta.

VULCANO: dios romano del fuego, incluido el volcánico, y de la herrería.
Forma griega: Hefesto.

ZEUS: dios griego del cielo y rey de los dioses. Forma romana: Júpiter.



RICHARD RUSSELL RIORDAN nació el 5 de junio de 1964 en San Antonio, Texas (Estados Unidos). Estudió inglés e historia en la Universidad de Texas. Ejerció la docencia antes de alcanzar el éxito literario con la serie de novelas de fantasía protagonizadas por Percy Jackson, un adolescente que descubre que es hijo del dios mitológico Poseidón.

Rick Riordan es un autor de fantasía, misterio y literatura juvenil, conocido principalmente por su serie de libros acerca de Percy Jackson y los dioses del Olimpo. Ha recibido diversos galardones para sus relatos de misterio, como un Premio Edgar, y ha publicado en revistas como *Ellery Queen*.

También escribió la serie de misterio dedicado para el público adulto *Tres Navarres*, y ayudó en la edición de *Demigods and Monsters*, una colección de ensayos sobre el tema de su serie Percy Jackson. La mayoría de sus libros están basados sobre las mitologías griega, romana y egipcia, y la trama ambientada sobre la época actual.